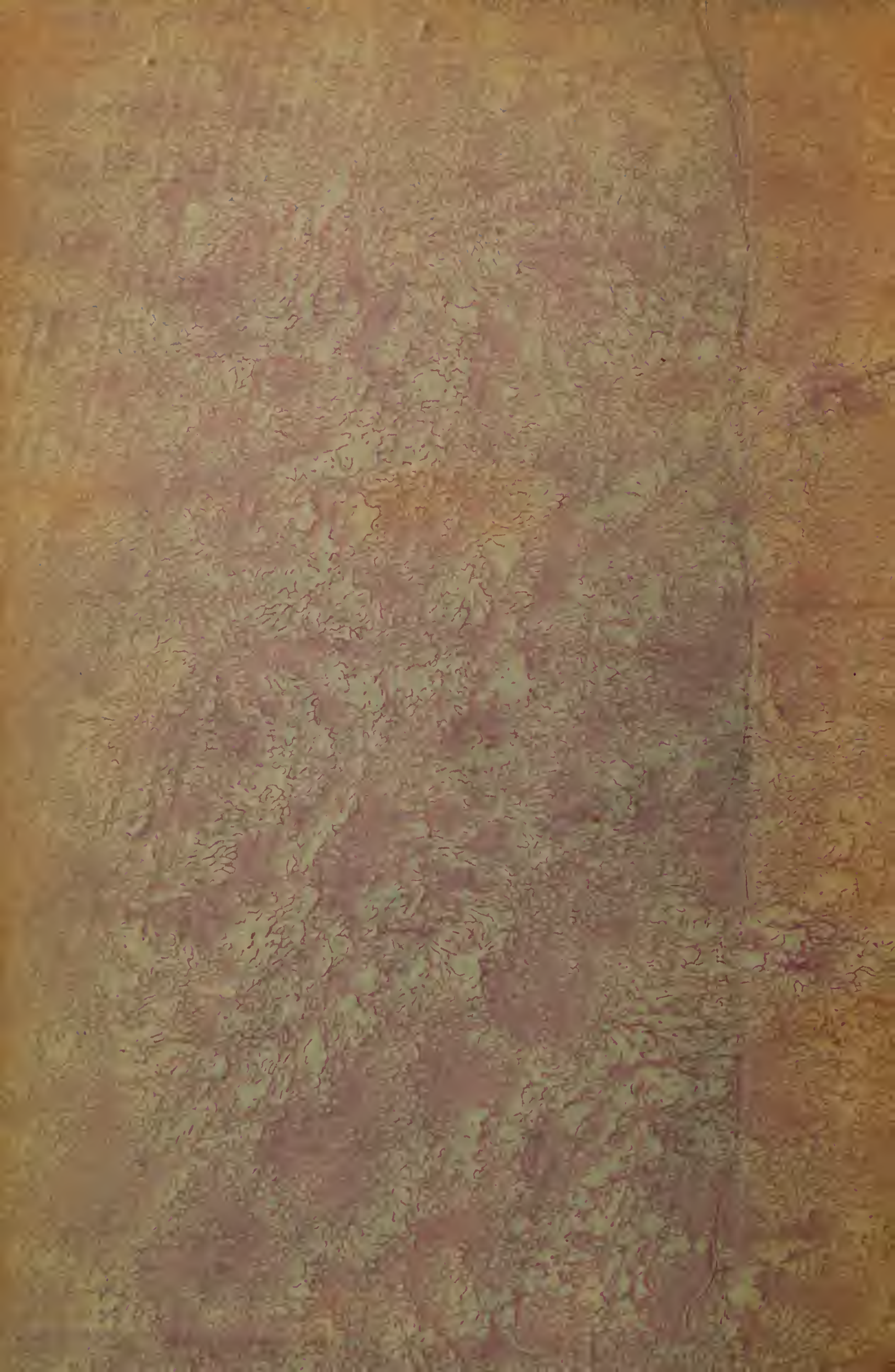
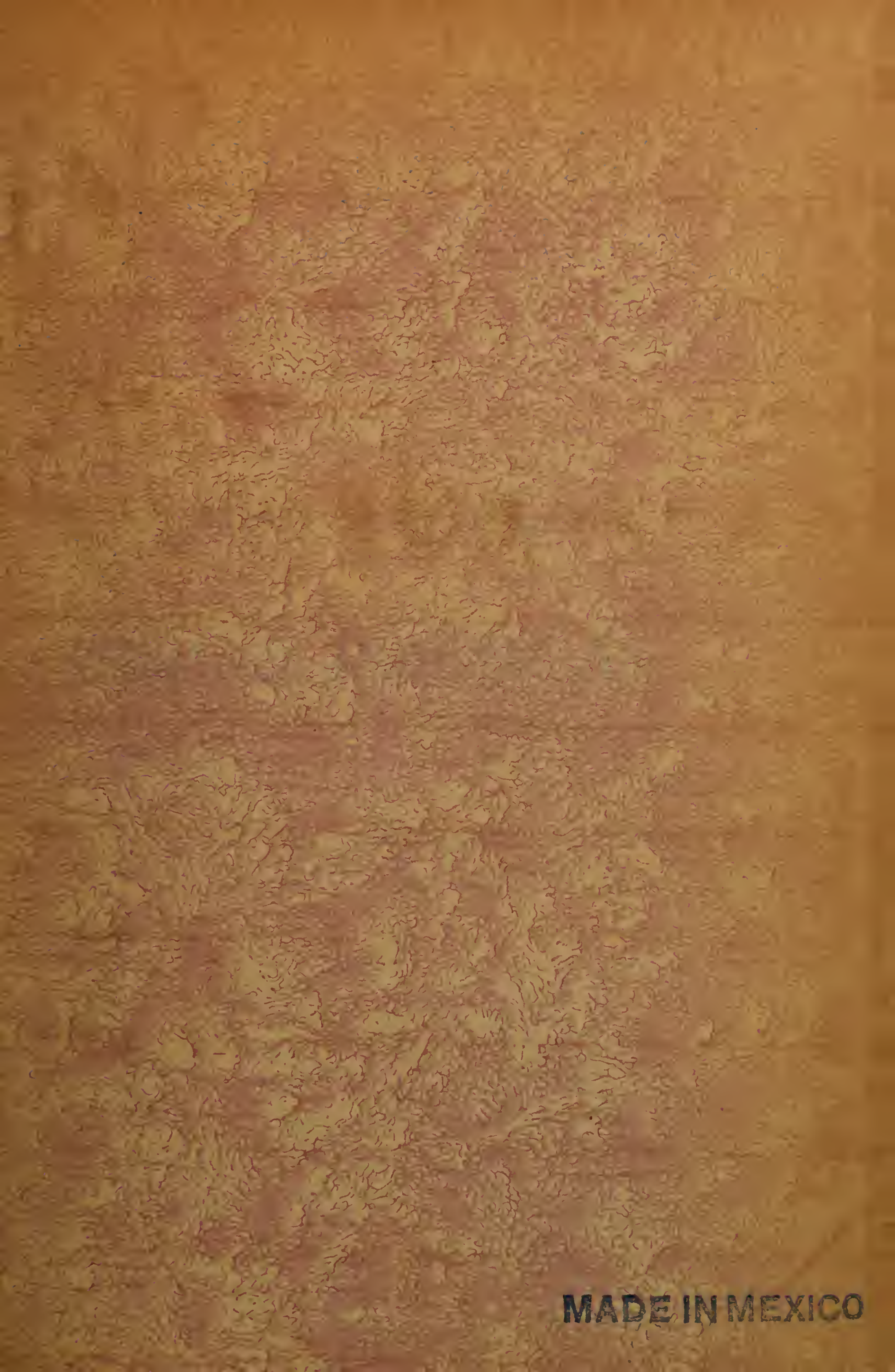
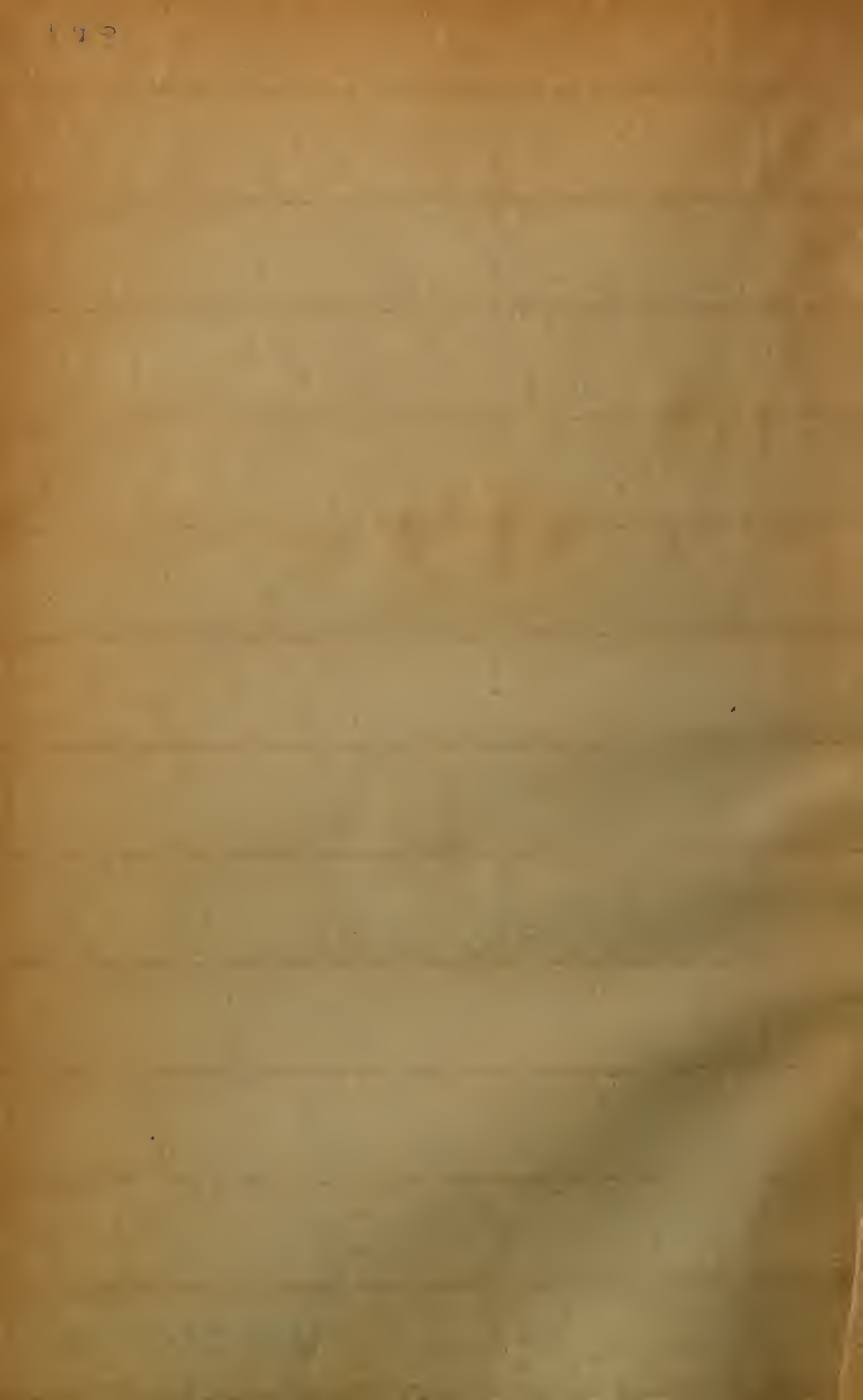

3 1761 08695431 0




MADE IN MEXICO



JOSÉ SANTOS CHOCANO

OBRAS POÉTICAS



Entra la hermosa. La revuelta espuma
rompe á sus pies con música de trueno;
el mar le abre los pliegues de la bruma,
y le da un golpe en la mitad del seno!

J. S. CHOCANO

El Bano.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

OBRAS POÉTICAS

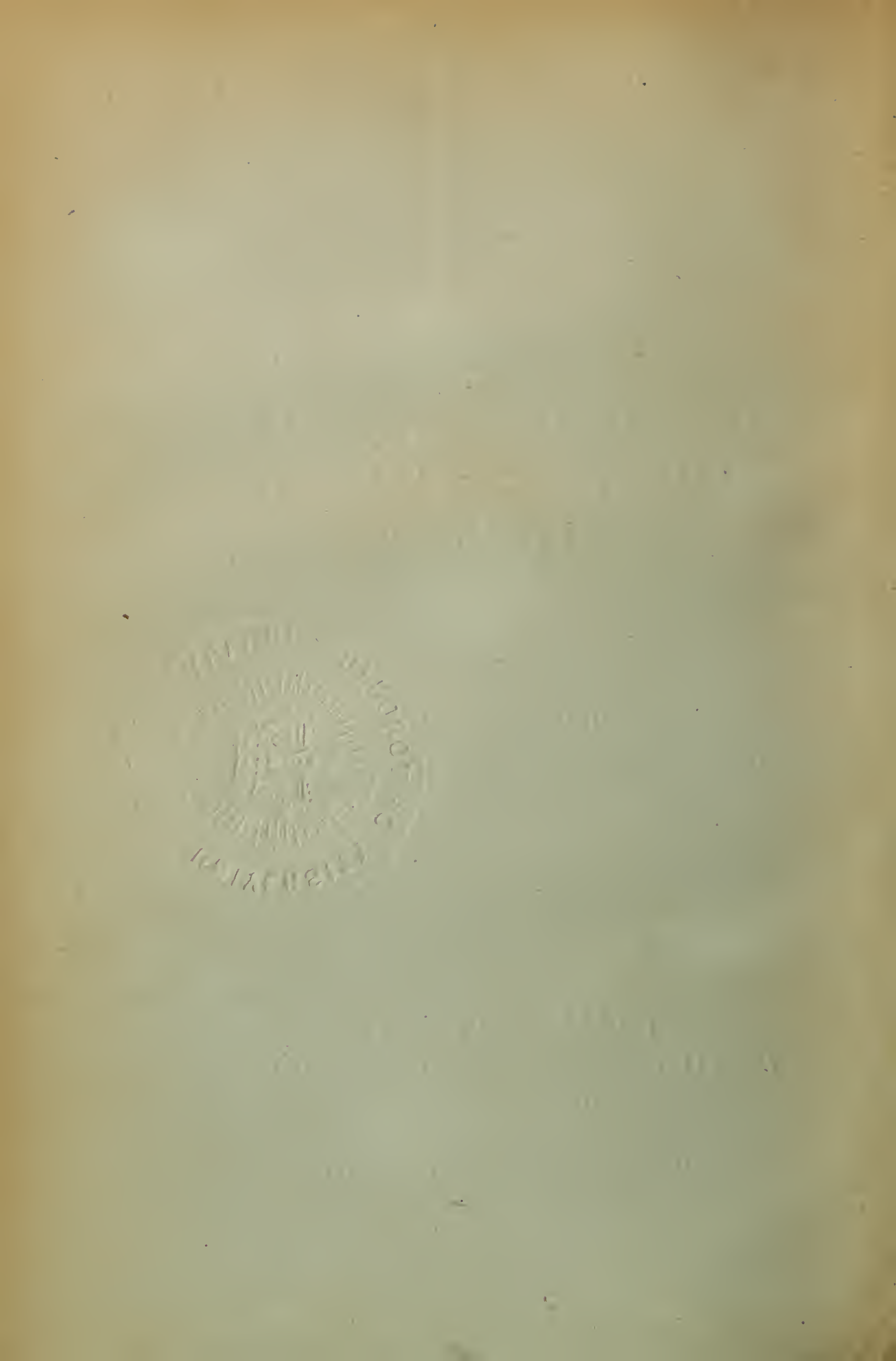
IRAS SANTAS - EN LA ALDEA
AZAHARES - SELVA VIRGEN
POEMAS

IN HOC SIC SIGNUM VINCIS
En mi arte caben todas las escuelas, como
en un rayo de sol todos los colores.
J. S. Ch.

EDICIÓN NOVÍSIMA
adornada de láminas fotograbadas



CASAS EDITORIALES
MAUCCI HERMANOS É HIJOS
BUENOS AIRES
Calle Rivadavia N. 1435
JOSÉ LOPEZ RODRIGUEZ
HABANA
Calle Obispo N. 133-135





PRÓLOGO

I

Al revés de muchos poetas que se inician cantando el amor ó quejándose de la vida, José Santos Chocano apareció fulminando himnos batalladores y revolucionarios. Si en sus primeras composiciones figura el amor. es incidentalmente, si vibra el lamento, no es por los males de la vida, sino por la miseria social y las iniquidades politicas.

Impresas con tinta roja, como para simbolizar el espíritu que las inflama, Iras Santas *no pertenecen á ese género vulgar y patriotero que por más de medio siglo reaparecía en cada 28 de julio y que, desde la derrota de San Juan y Miraflores, tiene su florescencia periódica y morbosa al aproximarse el 13 de enero. Los versos de Chocano traen á la memoria los* Yambos *de Barbier, los* Castigos *de Vítorc Hugo y los buenos pasajes de Quevedo en sus embestidas al conde duque de Olivares. Ahí no asoman las ironías agridulces, ni rastrean las alusiones solapadas: se ve la acometida leal y sin argucias, se oye el mandoble propinado con la visera levantada. Nos hallamos lejos del clásico poeta satírico, del* Homero *cortesano que, en vez de execrar los vicios y los crímenes de los grandes, se divertía en rasguñar con alfileres la piel de los malos copleros, de los maridos condescendientes, de las viejas entrometidas y de los escribanos rapaces.*

Es la poesía de cóleras y odios, de imprecaciones y diatribas: Chocano la maneja como nadie en el Perú y muy pocos en América. Por sus furibundos ataques al tirano, *hace pensar en Montalvo anatematizando á Rosas, en un* Montalvo poeta *clamando por la exterminación de García Moreno. También hace pensar en Llona, cuando lanza sus tremebundos sonetos que van á herír la frente del culpable, como pedruscos arrojados por un cíclope furioso. Con su lirismo justiciero y vengador, Chocano nos causa una impresión extraña, y más extraña debe producirla en sus víctimas, porque tirar á la cara de un hombre una lluvia de buenos endecasílabos salpicados de maldiciones y denuestos, es algo como abofetearle con rosas mojadas en vitriolo.*

En Iras Santas *abundan trozos que resumen la historia de nuestra vida social y política, versos que á menudo serán citados por su perenne actualidad. ¿Qué revolucionario del Perú no merece que le repitan los siguientes endecasílabos del* Juicio Final?

La patria miró á un hombre que surgía.
Hablaba de verdad, de bien, de gloria,
y amplio horizonte de esperanza abría:
¡era el ángel del mal de nuestra historia
anunciando el albor de un falso día!
Y surgió el hombre. En ademán resuelto
lo escaló todo. Y el honor lo ha visto
cruzar así como un Satán envuelto
en la divina túnica de un Cristo...

Él, que soñó ser grande y fué pequeño;
él, que debió vengar la patria ofensa;
él, que hoy conoce que el poder es sueño;
él las vendas rasgó de las heridas;
y fué traición, debiendo ser defensa,
y fué Efialtes, debiendo ser Leonidas!

Fué un histrión. Hoy que rueda á las ignotas
mansiones de los hondos precipicios,
le acompaña el baldón de sus derrotas:
César de teatro, que sus alas rotas
sintió al volar: *¡Pequeño hasta en sus vicios!*

***

Por la rudeza del ataque y la energía viril de la palabra, se infiere que Chocano se decía desde entonces:

Artes nimias y pueriles
extrañas son á mi pluma:
la delicadeza suma
es para almas femeniles.

A pesar del odio y de la rabia que truenan en Iras Santas, *se siente de cuando en cuando el soplo de una brisa mansa y refrigerante, algo como un aliento de elevación y generosidad. Sirva de único ejemplo* El Sermón de la montaña, *una de sus mejores poesías. Tal vez el Cristo no aparezca muy evangélico, ni muy eclesiástico; mas si Jesús no pudo enunciar en su época las ideas libertarias de nuestro siglo, el poeta las emite hoy, inspirándose quizás en la lectura de Kropotkine, Elisée Reclus y Jean Grave.*

Sin igualdad no hay luz. ¿De qué ha servido
que le hayan dado al pájaro derecho
á construir en cualquier campo un nido,
si el hombre con sus siervos y sus reyes,
no obedece al impulso de su pecho
sino al mandato de infernales leyes?
¡El todo para el todo! El mundo todo
es de la humanidad; ella, en conjunto,
sola, á sí misma, gobernarse debe:
que obedezca á un impulso y no á un tormento.
La hoja que cae y la hoja que se mueve
no obedecen á otra hoja, sino al viento...

II

En la aldea, *su segunda colección de versos, salió á luz el mismo año de 1895, aunque había sido escrita en el estío y el otoño de 1893, cuando el autor apenas frisaba en los 18 años. Al leer ambas colecciones, obra más bien de un niño que de un hombre, se admira ya la eclosión de todas las facultades que Chocano ha seguido acrecentando en sus libros posteriores. Se alaba también la precocidad, y se le otorga el derecho de repetir con Alfred de Musset:*

Mes premiers vers sont d'un enfant
Les seconds d'un adolescent,
Les derniers á peine d'un homme

La tinta azul en que se hallan impresas las composiciones de En la aldea, *simboliza también el espíritu que las anima: salvo una que otra* nota gris, *resuena en casi todas las páginas la sinfonía del azul. Se diría que el segundo libro de Chocano fué imaginado para servir de antítesis al primero: si en* Iras Santas *el apaciguamiento y la serenidad brillan como fulguraciones instantáneas, en* En la aldea *la cólera y el odio se transforman en amor, dulzura, contemplación y vago misticismo. En* Iras Santas, *Chocano empuña de los cabellos á la poesía y la da una fuerte sacudida; en* En la aldea, *se hace coger por la naturaleza que le subyuga, le hipnotiza y le obliga, no sólo á vivir con la vida de los seres animados, sino á existir con la existencia de las cosas.*

Efectivamente, los seres y las cosas que desaparecieron en la ofuscación de la lucha política, reaparecen ahora con sus voces, sus ritmos, sus colores y sus formas. El poeta cede al influjo bienhechor del Gran Todo, y hasta parece que se inoculará en las venas el germen de salud y segunda vida, un preservativo contra el miasma diseminado en la atmósfera del mundo intelectual. Así, cuando recorre algunas páginas de Hartmann, sufre la obsesión de las ideas pesimistas; mas se liberta del mal y vuelve á la sanidad del espíritu, con sólo mirar la sonrisa de los campos, con sólo asistir á un espectáculo de la naturaleza.

Manifiesta que sabe pintar y describir. En seis versos de Mañana alegre *nos pinta un cuadro:*

Mientras recoge el niño alborotado
la nívea concha, el caracol rosado
y la espuma del mar, contempla el hombre
el horizonte azul que limpio brilla,
y la joven gentil con la sombrilla
graba en la arena misterioso nombre...

...sos de un soneto nos introduce en una escuela:

El dómine paciente y circunflejo,
de calado birrete se pasea;
y trabaja y medita en una idea,
con febril ademán y hosco entrecejo...

Mientras uno decora con despejo,
otro alumno cantando deletrea;
y la tropa infantil chilla y vocea
fija y pendiente del callado viejo.

No satisfecho con mirar el exterior de las cosas y embriagarse en los ritmos del color y de la línea, quiere penetrar en el interior del mundo inorgánico para adivinar ó sorprender las vibraciones secretas de la vida. En Monte y Campiña, *breve composición de corte y sabor germánicos, dice:*

El viejo monte pensativo y triste
contempla la campiña que es su amada.
La campiña de flores se reviste,
y al sentirse fecunda
sonríe con sonrisa perfumada...

El viejo monte, en plácidos amores,
contempla su campiña con verdura,
con hojas y con flores;
pero recuerda el segador Otoño
que arranca de raíz esa hermosura...

Surge el Otoño y reina. Hoy la campiña,
ante el monte, de luto se reviste...
La campiña eres tú ¡oh hermosa niña!
y yo soy, niña hermosa,
el viejo monte pensativo y triste...

Al finalizar la lectura de este verdadero lied ¿quién no piensa en Heine? Ese viejo monte *que se enamora de una* campiña floreciente, *recuerda el pino del Norte que sueña con una palma del Mediodía.*

El Pavo Real *merece citarse por la frescura de la imaginación;* El Gallo, *por la originalidad y la intención;* El Buey, *por la ironía picaresca y maliciosa.*

EL PAVO REAL

El pavo real es el señor vizconde
que con golilla tornasol pasea,
que entre plumas magníficas se esconde,
y con un grito trémulo responde
si la alegre gallina cacarea...

Vedle cómo, señor de los señores,
mueve á compás el cuerpo en que tremola
la bandera de todos los colores,
mientras luciendo va todas las flores
sobre el arco iris de su abierta cola...

Vedle cómo en su cuello, donde empieza
ese matiz que entre las plumas vaga,
orgulloso levanta la cabeza:
vedle cómo conoce su belleza
y con su propia vanidad se embriaga.

Pasea como un rey entre sus salas,
luciendo altivo las abiertas rosas
que en amplia confusión forman sus galas;
él, que tiene en la cola y en las alas
prendidas un millón de mariposas...

EL GALLO

El de la pluma recortada y fina,
del amplio pecho y de la frente enhiesta,
es el gallo, — Tenorio que domina
sobre la blanda y cándida gallina,
—¡Tenorio con estacas y con cresta!

Ese Tenorio que á su Inés adora,
despiértala al rayar de la mañana,
cuando el beso del sol las cumbres dora,—
¡centinela avanzado de la aurora,
primer clarín de la primera diana!

La gallina azorada que despierta,
al soplo ardiente del amor se esponja,
mientras el gallo, con el ojo alerta,
del estrecho corral canta á la puerta;
¡que si el Tenorio es él, ella es la monja!...

EL BUEY

El buey, que de paciencia se reviste,
cruza á calmar la sed en el torrente,
mientras corre el novillo alegremente
tras de su hembra que á amarle se resiste...

Nada tan duro y tan cruel existe
como el yugo sufrir del impotente;
y tener ¡ay! que doblegar la frente
cuando se alza el amor. ¡Nada tan triste!...

Palpita el ansia que fecunda y crea;
y ante el cuadro triunfal de los amantes,
parece que hasta el árbol palmotea.....

El buey se cubre de un sudor de fragua;
tiembla; los ve con ojos vergonzantes;
inclina la cabeza y bebe su agua.....

III

A En la Aldea *siguieron:*
Azahares. — *Versos Líricos, 1896:*
La Epopeya del Morro, *1899:*
El Canto del Siglo. — *Poema Finisecular, 1900:*
Selva Virgen, *poesías compuestas desde 1892 hasta 1900 diseminadas en los diarios y reunidas hoy en el presente volumen. Hay que agregar* El Derrumbe, *largo poema, del que han salido algunos fragmentos en los periódicos de Lima.*

No intentaremos ni un análisis rápido de colecciones tan nutridas y poemas tan variados: un prólogo se diferencia de un minucioso juicio crítico. Pudiendo el lector juzgar por sí mismo, nos ceñimos á considerar en globo la personalidad de Chocano, más bien, á manifestar la impresión que nos ha dejado la lectura de sus libros: ha-

daremos franca y sencillamente, sin hipérboles irónicas ni restricciones malévolas.

Si de muchos hombres se ha dicho que vivieron en estado de gracia, *Chocano puede afirmarse que vive en* estado de poesía. *Nació tan formado para cernerse en la esfera de la imaginación, y ha vivido tan consagrado á vaciar las ideas en el verso, que al descender á la prosa denuncia su ídolo de poeta y merece que le apliquen el citado verso de Le Mierre.*

Même quand l' oiseau marche,
on sent qu' il a des ailes.

Goethe exigía de los poetas imágenes en lugar de meras palabras ó frases huecas. Chocano se distingue por la novedad y abundancia de las figuras; de modo que en sus versos las metáforas se suceden con tanta profusión que la lectura produce el efecto, no de palabras pue entran á girar en el cerebro, sino de personas y cuadros que se groyectan en la tela de un cinematógrafo. En sus estrofas, lo más intangible y aéreo, suele hacerse palpable y terrestre; piensa en imágenes.

Como le sobra potencia verbal, nunca le faltan vocablos ni giros para manifestar sus ideas y describir el mundo entero. Con tanta facilidad maneja el verso suelto, como el asonantado y el consonantado; y lo mismo cincela un soneto y una décima que una octava real ó un terceto. Ningún metro le arredra; y sale tan airoso del artístico endecasílabo, como del popular octasílabo. No se esclaviza en la métrica de Hermosilla, como lo prueban su El Verso Futuro *y sus dodecasílabos con acentuación en tercera, séptima y undécima sílabas.*

A la variedad en las formas responde la diversidad en el estilo y la manera: no parecen del mismo autor El Ultimo canto de Nerón *y* Asunto Velázquez, *ni* La Epopeya del Morro *y* El Maestro de Escuela. *Es que Chocano desdeña toda manifestación exclusiva de un Arte lugareño y mezquino; y como una protesta á los que pretendan enrolarle en una camarilla literaria, abre su libro con este epígrafe:*

En el Arte caben todas las Escuelas, como en un rayo de Sol todos los colores; *y cierra un soneto, exclamando:*

los gorriones se juntan en bandadas
en tanto que las águilas van solas!

En literatura, como en política, los mediocres y los nulos se aglutinan en montones ó se aglomeran en racimos, para dejarse conducir por el brazo de los fuertes y los audaces; mientras los hombres de mérito se aislan, rechazan toda sujeción y defienden su personalidad.

Si no pertenece ni quiere pertenecer á ninguna escuela, ¿cómo clasificarle? A Lamartine lo llamaron un laquísta, á Víctor Hugo un español: ¿no se le podría llamar un indostánico? La Selva Virgen, *el producto genuino de su evolución cerebral, guarda muchísima semejanza con un bosque nacido á las orillas del Ganges.*

Es tan fecundo como laborioso. A más de unos veinte á treinta mil versos, ha escrito en sus pocos años de vida, algunos dramas.

Como periodista, ha colaborado en casi todos los diarios de Lima y fundado varias revistas.

Chocano tiene el inapreciable mérito de florecer en un país donde no abundan los maestros, ni brilla mucho el progreso intelectual. En Política, Ciencias, Literatura y Bellas Artes, los peruanos vivimos

aún en la época del ensayo y del tanteo. Ni en la prosa ni en el verso hemos poseído lo que se llama un artista. *No habiendo encontrado maestros que le enseñen, ni modelos que le inspiren, Chocano se lo debe todo á sí mismo. Si los ateneos han premiado sus versos, si los congresos le han otorgado subvenciones para editar algunos de sus libros, si el público no ha dejado de aclamarle, todo lo debe á su esfuerzo solitario, á la luz que por sí mismo ha buscado fuera de su patria.*

Su nombre no es ya desconocido en la América española ni en España, sus versos andan reproducidos en los periódicos extranjeros y sus libros hallan editores en Barcelona y París. Como trabaja sin descanso y posee dotes excepcionales, irá lejos. A su edad, ¿quién hizo más en el país? Entre los hombres de veinticinco á cuarenta años, en la nueva generación de poetas que florecen en la actualidad ¿hay alguno destinado á eclipsarle? no lo sabemos; pero mientras surge el eclipsador, *Chocano merece llamarse el Poeta Nacional del Perú.*

MANUEL GONZÁLEZ PRADA.



IRAS SANTAS

Poesías Americanas

(1893-1895)

DESDE LA CUMBRE

Es el poeta un redentor que canta;
y así, cuando la luz en él palpita,
debe decirle á Lázaro: ¡Levanta!
y decirle al Derecho: ¡Resucita!

Es preciso que baje hasta la entraña
que fecundados gérmenes encierra;
y que levante al cielo una montaña,
y la deje caer sobre la tierra...

Es preciso que altívo y soberano
—y esta es la ley que en mi camino llevo—
desafíe las furias del oceano
quien quiera descubrir un mundo nuevo!

¡Esta es la ley que mi sendero marca!...
Lo humilde se Alza cuando pone empeño:
para salir á flote basta un Arca,
para ser endiosado basta un Leño...

¡Oh poetas! ¡El hierro nos reclama,
nos reclaman la lucha y el trabajo:
alcemos ante el ídolo la llama
y levantemos la canción del tajo!...,

¡Ah! Yo sabré con destructor anhelo
lanzar á lo alto mi canción airada;
y sabré herido, cuando caiga al suelo,
recostarme en mi propia barricada...

¡Cadáver me hallará quien me recoja,
contraído en mis ímpetus ardientes,
con un pedazo de bandera roja
entre los duros y apretados dientes!...

¡EXCELSIOR!

Ha llegado el momento del desborde...
Ha llegado el momento en que la lucha
una su ruido al de mi lira acorde...
El sol toca el zenit; la frente brilla;
un tumultuoso estrépito se escucha;
y resplandece en lo alto la cuchilla!

El joven trovador de ímpetu ardiente,
de lira férrea y de crispados nervios,
salpicada de sangue alza la frente,
humillando despóticas grandezas,
para arrojar sus cánticos soberbios
por encima de todas las cabezas.

Vano, vano será que una Dalila
recorte mi melena de poeta...
¡Mientras el Pueblo su puñal afila,
yo para darle tempestuoso ejemplo,
quiero también con cóleras de atleta
sacudir las columnas de este templo!

No acostumbro temblar; que soberano
sólo tiembla mi canto entre el cordaje
con los rudos temblores del oceano...
¡Yo doblegarme ante el mandón no puedo;
por eso siempre mi temblor salvaje
es de aquellos temblores que dan miedo!

¿Que retroceda yo? ¡Salvaje anhelo!...:
Yo tiendo por instinto á alzar la frente
el ave tiende por instinto al cielo...
¡Hoy nadie pone á mis furores raya;
que si yo retrocedo es solamente,
cual lo hace el mar, para inundar la playa!

¿Hasta cuándo el dolor de la pobreza
postrado ante las plantas del tirano,
no levanta orgulloso la cabeza?...
¡Raye el arco de luz de la esperanza;
y bajo dél, unidos de la mano,
despósense el Dolor y la Venganza!...

¡Oh Venganza, oh Venganza! Ella en los pechos
resuelva un porvenir de libertades:
es la resurrección de los derechos.
¡Ella abona los campos de batalla,
ella habla ante la faz de las maldades
y ante la faz de las virtudes calla!

Con la vara que mides, dijo un genio,
serás medido; y sacudió la frente,
de la escarpada altura en el proscenio...
¡*Con la vara que mides,* yo lo mismo
digo; y sacudo mi laúd ardiente;
como un ala de luz sobre el abismo!

El desgarrado traje del mendigo
vistió á todos los sabios; y ese traje
para el dios de la cruz sirvió de abrigo.

La púrpura es baldón; y su hilo de oro
no me puede servir ni de cordaje
para arrancar mi cántico sonoro...

¿No es santa la Venganza? ¡Oh sacrilegio!
¿No es santo reclamar la pertenencia
de un obscuro y burlado privilegio?...
¿No es santo reclamar con ansia loca
para el entendimiento algo de ciencia
y un pedazo de pan para la boca?...

Ven ¡oh musa! conmigo hasta la cumbre;
que ahí con el amor que tú me inspiras
lograremos tener calor y lumbre,
oyendo, entre delirios sobrehumanos,
el enorme concierto de mil liras
¡y el bronco aplauso de un millón de manos!

SUR LA BRÉCHE

I

Si vivir es luchar, — cuando la pluma
vibre en la mano del poeta ardiente,
debe el poeta levantar la frente
y sacudir el miedo que lo abruma.

Si escribir es luchar, — la gloria suma
es azotar al déspota insolente;
que estallando la ola prepotente
cubre su sien con delicada espuma...

Reviente el verso al roce de la chispa;
y zumbe de la gloria entre las palmas
con el tenaz zumbido de la avispa...

¡Que por la ley eterna de las cosas
y por la ley eterna de las almas,
los versos sin espinas no son rosas!

II

Hoy ¡oh mundo brutal! mi alma te mira
con lástima y desprecio; que tú mismo
á sepultarte al fondo del abismo,
vas impotente en medio de tu ira....

El sacro fuego que á cantar me inspira
resistirá tus golpes de egoismo:
no insultes mi doliente escepticismo,
no profanes el culto de mi lira!

¡Vano es que quieras apagar mi fuego!
Tenaz y altivo, — al modo de aquel griego —
ya que nunca tu aplauso me concedes,

...saldré á encontrar el carro del Destino
y, arrojándome en medio del camino,
gritaré á toda voz: — ¡Pasa, si puedes!...

Á LÁZARO

¡Pueblo, vibra tu luz! Rompe tus lazos;
y abre con furia tu millón de bocas;
y alza hasta el cielo tu millón de brazos.
¡Habla y obra, y verás cuán presto subes:
para tan fuerte oceano no habrá rocas,
para tan puro cielo no habrá nubes!

¡Trabaja y lucha! Que el trabajo es fuego
y la lucha es vigor. Hacha sin tajo
es astro sin calor, planta sin riego...
Lleno de fuerza cual lo sueña el vate,
lucha, Pueblo, en el campo del trabajo
y trabaja en el campo del combate!

Si es preciso otro Cristo que sucumba,
¡aquí estoy yo! Mi inspiración ardiente
puede seguir ardiente entre la tumba...
Venga el golpe hacia mí, firme y seguro;
¡que mi muerte espantosa en el presente
será vida gloriosa en el futuro!...

¡Oh carne con derecho! Escala el monte,
burla el ansia salvaje del sicario,
sube á la cumbre, ensancha tu horizonte;
que así parecerás sobre el Calvario,
en vez de muchos hombres, muchas cruces!

EN EL CIRCO

Opulento rumor el aire atruena;
vibra el sol sus belígeros fulgores;
y se apiñan plebeyos y señores
en el abierto circo. El clarín suena.

Entre los gritos de la turba obscena,
comienzan á escribir los gladiadores
la epopeya inmortal de sus dolores
sobre una triste página de arena...

¡Oh amada! Si fatídico y sañudo
caigo, de este combate en los despojos,
como buen gladiador sobre el escudo,
al mirarme expirar, corre prolija
á postrarte ante mí; y así en los ojos
tendré tu imagen para siempre fija!...

PARA TODOS

Yo quiero la igualdad, ya que la suerte
es común en el punto de partida:
¡si todos son iguales en la muerte,
todos sean iguales en la vida!

¿Quién es más que otro, cuando el negro abismo
la oculta mano con furor nos lanza?
Todos, ricos y pobres, son lo mismo
si los pesa la Muerte en su balanza!

Entre el noble señor y el indigente
no debe haber obstáculo ninguno:
todos tienen debajo de la frente
una chispa de Dios; ¡y Dios es Uno!

La igualdad de las razas es mi norma,
norma que á todos servirá mañana:
la carne humana cambiará de forma,
pero en cualquiera forma es carne humana!

¡El Pueblo, el Pueblo que la luz concibe
y que arroja la luz en plena escoria,
sobre el altar de su taller recibe
los Santos Sacramentos de la gloria!

El Pueblo es grande. En el furor, siniestro;
manso en la paz. Trabaja con porfía...
¡Si es ignorante es culpa del maestro;
si acaso se extravió, culpa del guía!

Si á veces el moscón que torpe zumba
cae en la red de laboriosa araña,
á trabajar. ¡El ocio es una tumba!...
¡Quien pone el grano, espere la montaña.

¡El pueblo que en la lucha no reposa
y en la paz marcha con el hacha al hombro,
hace una cuna sobre cada fosa,
canta un *Te Deum* sobre cada escombro!

¡Ave, Rey, Pueblo! En el taller es justo
que cobres la confianza de tí mismo...
Si es que está sobre tí César Augusto,
retira el hombro... ¡y rodará al abismo!

El Pueblo va en las sombras, como fiera:
es un atleta, cuando altivo y mudo
se envuelve en un jirón de su bandera
y se apoya en el bronce de su escudo...

Loco es Moisés si con furor se lanza
sobre el Pueblo, y lo insulta, y llora, y grita,
y porque el Pueblo ante sus dioses danza,
rompe las tablas de la ley escrita...

Aunque al verlo la pena le taladre,
debe Moisés, imperturbable y fijo,
hablarle siempre: ¡si se embriaga el padre,
tiene el deber de sostenerlo el hijo!

Guíese al Pueblo. Al dársele la mano
no se le apriete hasta que el hueso cruja:
que vaya dulcemente soberano...
¡tras la mano que guía y no que empuja!

Tal es lo justo. El débil y el potente
tener no deben valladar ninguno:
¡todos llevan debajo de la frente
una chispa de Dios; y Dios es uno!

¡Ante la eterna ley que flota encima
del docto Pueblo y de la Plebe incauta,
todo son versos de una sola rima,
todo son notas de una misma pauta!

PROFESIÓN DE FE

Es el poeta altanero
quien debe romper el yugo:
siempre al cantar Víctor Hugo
tembló Napoleón Tercero.
Tirteo, vate y guerrero,
si en la canción se levanta,
en la lid crece y espanta;
y ante el que lo ve y escucha,
es un poeta que lucha
y es un guerrero que canta.

Tal vez si entre mi palabra
palpita un mundo en embrión:
¿acaso sabe el botón
lo que valdrá cuando se abra?
Mi canto es hierro que labra
para la nueva simiente...
¿Quién sabe lo que latente
una sola frase encierra?
La sola palabra *¡Tierra!*
vale todo un continente...

Tal vez mi destino extraño
deje que, en brutal empeño,
lado á lado con el sueño
se acurruque el desengaño;
si viene la gloria en pos:
cual dice en la Biblia un Dios,
más vale, como consuelo,
mirar con un ojo el Cielo
y no el Infierno con dos!

El dolor cuanto más fiero
más fuerza da al que traspasa:
es preciso de la brasa
para templar el acero...
Tiene el triunfo verdadero
en el dolor su sostén.
De las sombras nace el bien
y del dolor brota luz:
¡más vale Cristo en la Cruz
que entrando á Jerusalén!.

Por ley de inercia, la Historia
siempre brinda al redentor
tras el ideal el dolor
y tras el dolor la gloria.
Cae el diamante en la escoria,
mas no pierde su chispeo...
y siempre halla en su arrebato
tras la paloma de Erato
el buitre de Prometeo!

El que á lo alto sube ciego
siéntese atraído al sol:
es mi alma como un crisol
que se alimenta de fuego.
Así cuando anciano luego
vea las empíreas salas,
el recuerdo de mis galas
brotará potente y grave:
¡yo moriré como el ave,
siempre batiendo las alas!...

CATILINARIA

¡Quiero otra vez, con exaltado acento,
envolver la cabeza del tirano
en el ciclón de luz del pensamiento;
quiero otra vez, altivo y soberano,
lanzar rayos sin ir al firmamento,
dar bofetadas sin mover la mano!

¡Hoy es preciso que ese pueblo triste,
acurrucado en un rincón, se inflame,
y transforme en sus brazos cuanto existe·
hoy es preciso que el poeta apronte
la ruda estrofa, y que porfíe y brame,
y que alce hogueras, y que incendie el monte!

Y es justo, es justo que en la selva luego
coronada de llamas, caiga el rojo
tigre entre lenguas de anchuroso fuego;
y que, apagado el fuego, dulces brisas,
por cima del espanto y del enojo,
arrebaten y esparzan las cenizas...

¡Es justo que el malvado en su influencia,
que todo lo reprueba y lo rehusa,
mire al fondo surgir, de su conciencia,
la sombra de Moisés que lo rechaza,
el dedo del Bautista que lo acusa
y el ojo de Jesús que lo amenaza!

Hoy que cada razón tiene su yugo;
hoy que con un cinismo nunca visto
se corona de lauros el verdugo;
hoy que á ver tanto crimen me resisto,
¡quién tuviera el laúd de Víctor Hugo
y quién tuviera el látigo de Cristo!

¡Que el bardo truene y que porfíe y brame,
y mostrando la frente del perverso
vierta un mundo de ideas que se inflame;
y que, erguido á la faz del Universo,
una corriente eléctrica derrame
en la excitada médula del verso!

¿Hasta cuándo el silencio; y hasta cuándo
con los brazos cruzados sobre el pecho,
hemos de estar las ruinas contemplando?
¡Las ruinas pertenecen al olvido;
hagamos nuevamente lo deshecho,
alcemos nuevamente lo caído!

Y, al hundir nuestra planta en el escombro,
tengamos el alerta sobre el labio
y tengamos el hacha sobre el hombro
y, al hallar el aplauso ó el desprecio,
una sonrisa eterna para el sabio,
una sonrisa eterna para el necio!...

¡Es de la juventud la grán tarea!...
Es de la juventud la misión noble
de hacer triunfar la redentora idea.
¡Que ella sus fuerzas en la lid redoble,
ya que sobre su sien hay luz febea
y entre su corazón jugo de roble!

¡Odia á la juventud sólo el menguado
que de su propia pequeñez se asombra,
cuando se mira ante la luz ahogado,
sintiendo, al ver que el mérito resalta,
en su retina palpitar la sombra,
en su conciencia palpitar la falta!

¡Y el réprobo caerá!... ¡Triste figura
hará rodando en el obscuro abismo,
ansioso de encontrar su sepultura!
Al envolverse en el nocturno manto,
así como quien huye de sí mismo,
señalará su sombra con espanto...

-¡Caín! ¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?-
preguntóle la voz del Infinito
al primer hombre que manchó su mano;
y cuando el can de la venganza ladre,
el réprobo al caer oirá otro grito:
-¡Nerón, Nerón! ¿Qué has hecho de tu madre?-

Hoy si canto es tan sólo porque miro
cómo sube el reptil. Tan sólo vengo
á decir lo que pienso y lo que aspiro...
¡Ante tanto dolor no he de callarme:
vuelvo la faz, porque ídolo no tengo
que pueda cual Jehová petrificarme!

Mientras el Pueblo compasión implora,
el vate canta amor, ¡oh suerte impía!
befando al Pueblo que blasfema y llora...
¡Deje el vate sus cánticos sencillos;
que si no habla de honor, llegará un día
en que ya se use caminar con grillos!...

VOX POPULI

A Emiliano Heraud, obrero

Yo amo al Pueblo, y en él mi gloria fío...
El Pueblo sabe estrangular tiranos;
¡y odia tanto á Caifás como al judío
que sentencia lavándose las manos!

Nada importa que el déspota en empeño
lave su frente con raudal de ciencia:
el que déspota ës, grande ó pequeño,
tiene en su propio nombre su sentencia!

Yo amo á ese Pueblo que llegó á la gloria,
subiendo por la escala de la ruina;
y que sobre la cumbre de la Historia
clavó un faro de luz: ¡la guillotina!

Él supo, al despertar de sus desmayos,
pasear por el planeta la mirada;
y como un Jehová vibró sus rayos,
y sacó sus derechos de la nada..

Cuando el Pueblo, impulsado por Belona,
sacudió el yugo con robusto brazo,
dividió en mil pedazos la corona:
¡cada cabeza reclamó un pedazo!

Erguido entonces con sagrado encono
verdugo fué de la nobleza impía;
¡y cada astilla que arrancó del trono
fué un puñal para herir la tiranía!

El Pueblo haciendo veces de verdugo,
al ejercer su rudo magisterio,
donde pone la mano rompe un yugo,
donde pone la planta hunde un imperio!

¿Cómo no amar al que forjó mi lira,
al que puso en mis manos la piqueta,
al que oyendo mis cánticos de ïra
pensó en la gloria y se sintió poeta?

Entre mis sueños y mis ansias locas,
quiero, al verme ceñido por sus brazos,
hallar una sonrisa en sus mil bocas
como un iris partido en mil pedazos!...

DOLOR

El dolor purifica como el fuego:
echa tu corazón sobre la brasa
y mirarás el sol sin quedar ciego...
¡La vida sin dolor parece muerte!
Piensa, y el pensamiento te hará grande:
sufre, y el sufrimiento te hará fuerte!

¿Qué te importa el tormento? ¿Y qué la nube
al sol que irradia por encima de ella?
Fíate en el dolor: el dolor sube.
Fíate en él: te servirá de escala
para besar la frente de la estrella...
Amo el dolor porque el dolor es ala,
y el que tiene alas se remonta al cielo:
¡querer sufrir es contemplar la altura,
y empezar á sufrir, romper el vuelo!...

¿Quieres purificarte? Sufre y llora.
Llora, pero escondido. El sufrimiento
un mundo de purezas atesora...
¡Busca dolores cuando busques palmas!
¡El dolor es el llanto de la aurora
y es el Jordán eterno de las almas!...

Amo el dolor, porque el dolor es fuego.
Ciego fué Homero, y perpetuó su Iliada:
¿quién no quiere ser ciego?
Yo sé que sin dolor la gloria es nada.
Cuando invoco el dolor la gloria invoco...
Colón fué un loco y descubrió otro mundo:
¿quién no quiere ser loco?

¡El dolor es un hálito de gloria!
Ahí el Cáucaso está, y ahí el Calvario;
y yo no soy el que habla: habla la Historia!
Ahí está Prometeo, y ahí Cristo...
¿Quién sin el beso de las sacras penas
el misterioso porvenir ha visto?
¿Quién tuvo, sin dolor, ansias divinas?
¿Y quién fué el Prometeo sin cadenas
y el Cristo sin espinas?

Dejadme sonreir... ¡Es tan hermoso
sufrirlo todo en actitud serena!
Dejadme sonreir... ¡Es tan gracioso
el creerse en las luchas un coloso
y arrastrar en la paz una cadena!

Mi canto será el canto de la brisa,
que en las trémulas ramas de los sauces
con acento burlón retoza y zumba.
Dejadme sonreir; que mi sonrisa
será un arco de luz sobre una tumba...
Dejadme sonreir. Oculto luego
tal vez podré llorar; pero ante el vulgo
dejadme sonreir, mintiendo calma,
y mostrando placer, mientras el fuego
me abrasa el corazón, me incendia el alma!

El dolor es la cruz de la grandeza.
El dolor hace mártires y genios;
¡hiere el pecho y alumbra la cabeza!
Es el puñal que esplende y que asesina,
la lluvia que entumece y que fecunda,
la flama que devora y que ilumina...

El dolor es filósofo y poeta,
con Diógenes fué sabio;
con Cristo, redentor; con Job, profeta.
Y así siendo el dolor el que agiganta,
el pecho que más sufre es el más grande:
el cisne moribundo es cuando canta!

Poeta, si eres grande, enseña el golpe
que te hayan dado en las contiendas rudas:
si eres Homero, enséñame á tu Zoilo;

¡y si eres Cristo, enséñame á tu Judas!
La envidia y la traición son las coronas
que encuentra el genio en su desgracia fiera:
¡cuántas rocas encuentra el Amazonas
que quieren detenerlo en su carrera!...

El águila se pierde entre las nubes;
y al perderse en las nubes, si no aspira
el delicado aroma de las flores,
tampoco en ellas mira
rebullir y arrastrarse los insectos...
¡Poeta, feliz tú! ¡Tú cuando subes
no ves á los espíritus abyectos!

Nada importa la estúpida diatriba...
Sigue, poeta, en tu sublime anhelo,
que quien tiene los ojos hacia arriba
no ve las pequeñeces de este suelo!

Tén el orgullo del potente roble
al que se prenden por subir las yedras:
el alma fuerte en el combate noble
arrastra insultos, como el río piedras...
Despreciando el rencor de los estultos
yérguete siempre impávido y sereno;
que, si arrojando á las alturas cieno
ruge la tempestad de los insultos,
¡el clarín de tu fama será un trueno!

LUCHA Y TRABAJO

¡Pobre Pueblo! Recoge la migaja
que te arroja mi loco patriotismo...
Muéstrate humilde, y ríete, y trabaja;
pero oculto, al hablar contigo mismo,
medita en tus despóticos mandones
y medita en las sombras de tu abismo.
¡Pobre Pueblo! Trabája humildemente;
y entre tu corazón llevando el luto,
contempla el porvenir, porque en sus sombras
brilla la punta del puñal de Bruto!

Niño, feliz aún, de amores lleno,
dormitaba con aire descuidado
ayer no más sobre el materno seno;
ayer también entre el fragor del trueno,
me despertó, de súbito espantado,
el ronco grito del clarín chileno...

Y desde entonces tempestuoso vate,
ya que fuí por la guerra despertado,
cuando el Pueblo sacude su bandera,
lanzo mis versos con potente embate;
porque cantando sucumbir quisiera
asfixiado en el humo del combate!

Viejo, patriota aun, lleno de horrores,
cuando baje á la tumba, donde acaso
nadie me arrojará versos y flores,
miraré con escéptica sonrisa
los esfuerzos del Pueblo y sus furores:
querrá tronchar el cetro del tirano
y romper la despótica divisa,
pero no tendrá fuerzas en la mano...

Yo amo á ese Pueblo que, al mirarme erguido
cantando el himno de las iras santas,
se arrebata, se encrespa, se sacude
y arroja sus espumas á mis plantas.
¿Qué poeta en el Pueblo no se inspira?
Brïosa la canción, tascando el freno,
se subleva en el fondo de mi lira,
como brusco corcel de ardores lleno,
que se prepara, altivo y prepotente,
á estampar con un golpe su herradura
del tirano brutal sobre la frente...

Maldito el torpe vate que profana
el dolor sacro de la Patria mía,
con su canción melódica y galana,
con sus versos de estúpida alegría
que no hablan de Hoy, de Ayer, ni de Mañana.
El me parece en su estultez impía,
cuando entre el Pueblo la cabeza asoma,
un Ovidio brutal, cínico y vago,
entonando los cánticos de Roma
en medio de las ruinas de Cartago.

Yo, por entre el estrépito sublime,
levantándome adusto y orgulloso,
diré lo que en mi espíritu se agita,
para lanzar la frase que redime
y la frase también qne resucita.
La Libertad, la Libertad bendita,
la Libertad de ensangrentadas manos,
pide para su frente una corona
fabricada con huesos de tiranos...

Y cuando caiga yo, la canción rota
y roto el corazón; y cuando caiga
después de fulminar la última nota,
y contemple al tirano victorioso,
haré un esfuerzo, y con furor ardiente
¡alzaré en alto mi tronchada lira
y se la romperé sobre la frente!
Y cuando del delirio en los excesos
quiera el Pueblo vengarse, yo potente
lanzaré al aire mi canción guerrera;
y hasta los héroes me darán sus huesos
para atizar las llamas de la hoguera!...

¡Lucha, Pueblo! Si ves que algún imbécil
te vence y te domina, no le temas;
para hacerle temblar sobre su trono

bastarán tus divinos anatemas...
Ya le verás caer como Juliano,
vencido en su fatídico deseo
alzando al cielo los crispados puños
para gritar: —¡Venciste Galileo!

¡Arriba, luchadores de herramienta!
Pueden todos beber:- ancha es la copa...
Rasgando el pliegue de los níveos mantos,
arrebatad el oro que alimenta
la sacra cordillera de mis cantos...
El culebrón de hierro
cruza allá, en las cadenas de montañas,
como un fantasma que rompió su encierro:
volviendo aquí y allá, sobre sí mismo,
sube precipitado hasta la cumbre,
baja precipitado hasta el abismo;
y febril, y veloz, y omnipotente,
camina, corre, escápase y revuela,
mordiendo el riel con acerado diente...

¿Y quién no piensa deslumbrar á Europa,
con el brillo de todos los asombros,
al contemplar en prolongada tropa,
tantas montañas encogidas de hombros?!...

Yo canto la piqueta bienhechora,
que abra al trabajo inmensos horizontes;
yo canto la veloz locomotora,
que al traspasar los horadados montes,
ni recula cobarde, ni se arredra:
y esos cantos altivos son los cantos
del hierro triunfador sobre la piedra:

Aprendan todos, como aprende el vate,
la ley de su conciencia levantada
en el curso del águila que vuela...
Agítense las ansias de combate
al fondo del taller y de la escuela,
y alístense las bélicas legiones:
porque el moho que hoy cubre los aceros
mañana cubrirá los corazones..-

¡Pueblo, no duermas nunca! El sueño embota
y es muy torpe dormir cuando hay derrumbe,
y es muy triste dormir tras la derrota:
que si duermes con aire descuidado,
quizá otra vez, al choque del acero,
te despierte, de súbito espantado,
el ronco grito del clarín guerrero!

Mas si el Pueblo no lanza sus protestas
y permanece maniatado y mudo;
y si, en lugar de Cristo, encuentro á Gestas
profanando la cumbre del Calvario;
y si, en lugar de ver sobre el escudo
caer al gladiador, huir le veo
de este horrible escenario

donde Jesús hace el papel de ateo,
¡ay! el pobre cantor meditabundo,
hundiendo en el abismo el pensamiento
verá con turbios ojos este mundo,
y oculto entre la selva enmarañada
la Patria dejará que tanto adora,
y pensará en los besos de la aurora,
y pensará en los ojos de su amada,
cuando levante la canción sonora...

Y con mi propio corazón en guerra
haré escribir de la extranjera tierra
sobre el barro que oculte mis despojos,
que aquí estarían al escarnio expuestos,
la frase de Escipión: —¡Oh Pueblo ingrato,
tú no mereces conservar mis restos! ..

LA ÚLTIMA IMPRECACIÓN

Callo, porque mi grito no se escucha
por las sordas y torpes multitudes;
callo, porque las ansias de la lucha
ceden á las pueriles inquietudes;
callo, porque un Scévola no brota
que hunda la mano en las heroicas brasas;
callo, porque en la atmósfera no flota
el beso enorme que se dan las masas...

Yo prediqué la unión; y el yugo infame
pudo más. Y la plebe que hoy se engríe
la propia mano que le hiere lame,
y en torno del buey Apis danza y ríe,
buscando al trovador de frase tierna;
y olvidando al poeta que apostrofa,
que lanza al verbo de la rabia eterna,
que apunta al vil la amartillada estrofa!

En vano, en vano, con augusto vuelo,
rasgó las nubes la canción del vate,
adivinando desde el alto cielo
los primeros hervores del combate;
en vano, en vano con el mismo anhelo
que hoy también entre mi alma hierve y late,
pensé un instante abandonar el suelo,
para verter mi soberana lumbre
con pródigo deseo y amplia mano,
y mirar triunfador desde la cumbre
tanto lodo social y escombro humano!...

En vano pensé un día —y aun perturba
mi alma ese pensamiento soberano,—
sobrenadar en la exaltada turba
que ahogase entre sus olas al tirano;

en vano quise quebrantar el yugo
y hablarle del divino Víctor Hugo
al dolorido Pueblo. ¡En vano, en vano!...

Truene mi última y bélica palabra;
y que al oirla, enternecido y triste,
el Pueblo redentor sus brazos abra...
Debe oirse mi voz hoy que ya invoco
la sombra del silencio: óigase el canto
que lanza el cisne enfurecido y loco,
como grito de su último quebranto...

Y que el Pueblo brutal no encoja el hombro
al oir de la lucha el grito santo,
con que quiero romper la imbécil calma,
entre tanto dolor y tanto escombro,
y entre tantos inválidos del alma!

Pero ¡oh tirano! el mismo
hosco, terrible y justiciero vate
que hoy reniega del Pueblo, y que al abismo
se lanza en su caballo de combate
no se olvida de tí.
Mi rudo canto
ha de zumbar constante entre tu oído,
como la nota eterna del quebranto
de este pueblo que tú has escarnecido,
que tú has escarnecido tanto y tanto...
Callo; pero insultado habrás de oirte
por mi dura canción resucitada,
que ha de tronar hasta que caigas muerto:
como terco fantasma he de seguirte,
y he de seguirte como un ojo abierto...

Y deseara que hubiera
otra vida no más, para que fuera
eterna esta canción que en mi alma zumba;
sí, que hubiera otra vida solamente
para poderte odiar desde ultratumba!

Yo volveré á entonar otras canciones
cuando el pueblo sacuda su marasmo
y bata á todo viento sus pendones;
cuando brille el puñal y triunfe Bruto;
cuando se alce el cadalso victorioso;
cuando se abra la flor y salga el fruto:
pero hoy, Pueblo, te encuentras arrastrado
á los pies de ese déspota, que ansía
resucitar los dramas del pasado,
para incrustarlos en el nuevo día...
Yo, que sobre la cruz me siento fijo,
cuando el dolor mi corazón taladre,
diré lo que Jesús muriendo dijo:
—¡Oh, Tirano, vé al Pueblo; ese es tu hijo!
¡Oh, Pueblo, vé al Tirano; ese es tu padre!

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

A Rubén Darío.

Mustio y enflaquecido por la fiebre,
Cristo va con su caña de viajero
y sus vagos ensueños del pesebre...
Cristo va, paso á paso, en su grandeza,
con su rostro de pálido lucero
envuelto en una nube de tristeza;
y lo sigue la turba hipnotizada;
y él marcha y marcha, pisoteando lodo,
clavando en las alturas la mirada:
¡tiene la enfermedad de verlo todo,
sacando muchos mundos de la nada!...
Mustio y enflaquecido por la fiebre,
Cristo va con su caña de viajero
y sus vagos ensueños del pesebre...

¿Qué voz extraña es esa; tan extraña
que remeda el crujido de los huesos
y el ciclópeo temblor de la montaña?...
¿Qué timbres de expresión tan tierna ó ruda
son esos timbres que en variados giros
tienen huracanadas de entusiasmo
con aglomeraciones de suspiros?
¿Qué expresión exaltada
es esa de calor, que zumba, y gira
y se agranda, y retiembla, y se hace nada?
¡Es Cristo que habla! El rostro, amoratado;
la sien, radiante; la pupila, inmensa;
y la mano, convulsa, en el cayado...
Habla y habla, y su voz estalla y zumba,
y parece, al vibrar, la voz de un muerto
que predica en el fondo de su tumba...
¿Qué voz extraña es esa; tan extraña
que remeda el crujido de los huesos
y el ciclópeo temblór de la montaña?...

Cristo habla de pobreza y de esperanza,
mientras da con acento tremebundo
una lección de gloria y de venganza...
Tendido el brazo, en actitud grandiosa,
sobrehumano, profético, soberbio,
habla Cristo, y la luz salta y rebosa;
y en su frase con hálito de rosa
como oculto reptil se enrosca el nervio...
Habla á la multitud y el rayo lanza
sobre el hombre que va meditabundo
estudiando el por qué de la esperanza;
y le da con acento tremebundo
una lección de gloria y de venganza..

« Alza la frente, pensador profundo:
— exclama el Redentor, con voz de abismo, —
palpa la realidad, conoce el mundo
y olvídate á menudo de tí mismo...
Cuídate sólo de estampar buen rastro;
y abre los ojos; no confundas torpe
mariposas y avispas...
¡Crees tener en el cerebro un astro
y sólo tienes un montón de chispas!
Vive como una máquina, que apenas
la idea fija en el cerebro zumba,
se sienten convulsiones de cadenas
y se mira la boca de una tumba...
Infeliz quien de todo desespere:
ten esperanza, y el por qué no indagues...
Mira ese cielo, y tiende el vuelo...
Piensa que la materia es lo que muere:
el cuerpo es polvo; ¡pero el alma es cielo!

¡Oh ilusión! ¿Quién penetra hasta el abismo
y á decir sale lo que ha visto luego?
Ten, pensador, confianza de tí mismo:
y ocúpate tan sólo de la herida
que abre en el alma este destino ciego,
y que te encona esta mundana suerte:
¡absorto ante el problema de la vida
no hagas por resolver el de la muerte!...
No veas el futuro, ve el presente
que es sombrío también, ábrete paso...
La sombra aglomerándose en mi frente,
espantada retiembla y se confunde,
al golpe seco de la luz interna
que brota, vibra rápida y se hunde;
y al ver tanto misterio que me asombra,
siento que mi retina se estremece
con las palpitaciones de la sombra!...

Amo el misterio. En el misterio se halla
la génesis de todo. Ante el misterio
el sabio pensador medita y calla;
y hoy que este mundo de pavor se puebla,
quiero arrojar mi idea como sonda
á las profundidades de la niebla...
Mas yo no callaré. ¡Sabed, hermanos,
que mi voz es relámpago y azote
para cruzar espaldas de tiranos...
Yo de la sombra sacaré la lumbre,
y de la nada sacaré el abismo,
y del abismo sacaré la cumbre!

¡Oh, déspotas, temblad! Mi voz de mando
será ley en la inmensa muchedumbre,
que ha de ser libre ó morirá luchando..
¡Oid, pues, oid! ¡Mi idea es fuego,
y como fuego entreabre con sus toques
hasta los ojos lóbregos del ciego!

Yo, que en círculo estrecho os miro á tantos,
medito en vuestras ansias de riqueza
y en vuestra decepción y en vuestros llantos;
y al sentir el ardor de vuestras ansias
pugnando en la pobreza,
con fantástico sueño siento un mundo
que gira alrededor de mi cabeza.
¡Oh, la igualdad! Hermanos, ¿no habéis visto
al sol vertiendo rayos sobre todos?
Así alumbra también el Dios del Cristo;
por eso nivelados en grandeza,
tenéis, ante este mundo, igual derecho
de recibir el Sol sobre la frente
que de tener á Dios bajo del pecho!...
Tal vez, aunque me oís, entrar no puedo
en vuestro corazón; tal vez la brega
deseáis trabar y os contenéis con miedo;
y me asesinareis con ansia impura
sin poder comprenderme! Sois esclavos,
porque esclavos os hizo la Natura;
y si es preciso que mi sangre corra,
corra también y no respete nada:
la sangre limpia y borra...

Yo quiero predicar esta doctrina,
porque si ella naufraga hoy en mi sangre
mañana surgirá tras de la noche,
cual la luz de las almas matutina
que tras la obscuridad desata el broche...
Yo predico igualdad; porque sin ella,
en el altar no resplandece el ara,
ni en el cielo la estrella;
porque sin ella la conciencia es lodo,
la gloria de la vida es un sarcasmo
y hasta el nombre de Dios se hace un apodo!

Sin igualdad no hay luz. ¿De qué ha servido
que le hayan dado al pájaro derecho
á construir en cualquier campo un nido,
si el hombre con sus siervos y sus reyes,
no obedece al impulso de su pecho
sino al mandato de infernales leyes?
¡El todo para el todo! El mundo todo
es de la Humanidad; y ella, en conjunto,
sola, á sí misma, gobernarse debe:
que obedezca á un impulso y no á un tormento..
La hoja que cae y la hoja que se mueve
no obedecen á otra hoja, sino al viento!
¡Oh, los pobres! El reino de la gloria
les pertenece. El que ha cargado yugo
tiene ya su tormento en la memoria...
¡Oh, los pobres! Los pobres que sin jugo
comen el frío pan en su trabajo,
son felices allá... ¡Mirad la altura!
¡Oh, qué gloria es vivir hecho un mendrugo!
¡Oh, qué gloria es vivir hecho un andrajo!

Porque rompiendo con la vida impura,
los hijos del dolor se santifican
cuando toman olor de sepultura!...

Crucificadme, ¿y bien? ¿Yo hablo al presente?
No: yo hablo al porvenir. La igualdad sacra
será el ideal de la futura gente...
Crucificadme, ¿y bien? Hoy sigo hablando
siempre con rigidez, siempre con calma;
y miro el porvenir; y arrojo el verbo
á las neblinas lóbregas del alma!
Yo, el hijo del humilde carpintero,
sentí latir debajo de la frente
algo así como el alma de un lucero;
y os hablé de pobreza y de esperanza,
y si os quedó semilla en la cabeza,
regadla con anhelos de grandeza,
que es semilla de gloria y de venganza!... »

...Y golpeó con la planta los abrojos,
y sacudió la temblorosa mano,
pegó los labios y entornó los ojos...
Y luego se alejó mirando el cielo,
tratando de olvidarse de lo humano,
resbalándose apenas sobre el suelo,
mustio y enflaquecido por la fiebre,
siempre lánguido y siempre con su caña
y sus vagos ensueños de pesebre...

Y la palabra aguda y balbuciente
del triste enamorado del vacío,
esparció su fulgor en cada frente;
y entonces irradió sobre ese Pueblo,
entre ígneos lauros y lumíneas palmas,
¡la santa comunión de los principios,
la eterna eucaristía de las almas!...

LA ALONDRA

A Enrique Gómez Carrillo

No te vayas, Romeo, todavía...
la Julieta murmúrame amorosa;
y une al dulce reclamo otra ternura:
— No es la alondra...

Yo bien sé, niña, cuando el sol es cumbre,
cuando la luz es triunfo. Hijo de Aurora,
bien sé las sinfonías del Oriente...
— No es la alondra...

Yo he visitado los celestes nidos,
y he pulsado las arpas luminosas,
y he violado el horóscopo del sueño...
— No es la alondra ..

Yo he visto frente á frente al astro rubio,
y he escuchado el preludio nota á nota,
y he recorrido palmo á palmo el cielo...
— No es la alondra...

Yo he bebido el licor del cáliz sacro,
y he comulgado la divina hostia
y bajo la patena he puesto el alma...
— No es la alondra...

He arrancado del huevo la avecilla,
de la cáscara vil la almendra hermosa,
de la palabra tibia la áurea idea...
— No es la alondra...

Y yo he lanzado en fin, vocablos libres
sobre las turbas, de cantar ya roncas,
que iban en pos de los Ideales nuevos,
y las vírgenes Ansias, afanosas,

con todas las banderas desplegadas
en la conquista de la Eterna Aurora...
— Vete, Romeo; es tiempo todavía:
¡Sí es la alondra!...

JUICIO FINAL

A Nicolás Augusto González

Hoy que las cumbres de las almas dora,
saliendo del abismo de las almas,
el primer beso de la nueva aurora;
hoy que el Pueblo despierta y resucita,
quiero vibrar las inmortales palmas,
viendo que entra la Ley ya triunfadora
en esta ideal Jerusalen bendita;
y mi canción, que antes fué tajo, ahora
que Cristo salta del sepulcro estrecho,
es la postrer palabra redentora
y es el Apocalipsis del Derecho!

Como surgió Jonás de la ballena,
surjo de la prisión, lanzando el verbo
de la Justicia á la caldeada arena,
cual paladín de un pueblo sin cadena,
de un odio santo y de un dolor acerbo.
Desatar quiero ese odio comprimido,
en mis estrofas de arrebato y pena;
porque nada me espanta ni me asombra:
en las mismas prisiones he sabido
pelear, como Leonidas, *á la sombra!...*

Torne el insulto y enmudezca el ruego...
Lucir sobre la frente es mi esperanza
una lengua también del sacro fuego
en el Pentecostés de la Venganza;



El flautista á la puerta de la choza
en llorar el crepúsculo se empeña,
viendo los ojos de una aldeana hermosa,
que la cartilla del amor le enseña.

De tarde.

que hundiendo al César de menguada estofa
se empinan hoy sobre el ataque ciego,
sobre la envidia y la rastrera mofa,
el Padre Pueblo y el Poeta Hijo
y el Espíritu Santo de la Estrofa!

Si no hubiera una ley que refrenara
el furor del oceano, un borde fijo
siempre en el vaso y una misma vara
para medir á todos, cuánto y cuánto
temporal sin piedad se desatara;
y unos á otros, con furor y espanto
disputándose irían cara á cara
la momentánea posesión de un manto;
y el manto rasgaríase; y el día
acaso llegaría
en que, tras del combate, aquel que pudo
á todo imponerse ¡ay! quedaría
sin manto que lucir, también desnudo...

Fulgure el iris.
En verdad os digo
que no he visto—en conciencia—á mi enemigo
con el puñal de Bruto hundido al pecho,
cuando la plebe le ajustó la dura
é inflexible medida del derecho;
porque nunca los déspotas villanos
merecen recibir muerte tan pura
de unas tan nobles y tan limpias manos...

Pero en verdad os digo
que le miraba fugitivo y lejos
de esta Patria infeliz, avergonzado
de verse en mis estrofas retratado
como en claros y límpidos espejos
creyendo ser, por único castigo,
ese mismo infernal decapitado
que en los cuadros dantescos surge horrible,
y lleno de fatídica extrañeza
se halla por un impulso irresistible
¡condenado á jugar con su cabeza!

La Patria miró á un hombre que surgía...
Hablaba de Verdad, de Bien, de Gloria;
y amplio horizonte á la esperanza abría:
¡era el Angel del Mal de nuestra historia
anunciando el albor de un falso día!
Y surgió el hombre. En ademán resuelto
lo escaló todo. ¡Y el honor lo ha visto
cruzar así como un Satán envuelto
en la divina túnica de Cristo!...

Él, que soñó ser grande y fué pequeño;
él, que debió vengar la patria ofensa:
él, que hoy conoce que el poder es sueño;
él las vendas rasgó de las heridas;
y fué traición, debiendo ser defensa,
y fué Efialtes, debiendo ser Leonidas!

Fué un histrión. Hoy que rueda á las ignotas
mansiones de los hondos precipicios,
le acompaña el baldón de sus derrotas:
César de teatro, que sus alas rotas
sintió al volar. ¡*Pequeño hasta en sus vicios!*

Cuando miró que la rebelde ola
le salpicaba con sangrienta espuma,
al romper en la playa triste y sola,
fingió un mundo de monstruos en la bruma;
y acobardóse; y en la peña erguido,
como Luzbel lloró su antigua pompa,
que se desvaneciera en el olvido...

Era el juicio final. A la llamada
de la guerrera trompa,
la justicia surgió transfigurada;
y el Pueblo — como un juez — supo tranquilo
mirar correr la sangre, y de la sangre
se salvó al fin, como Moisés del Nilo!

Sepan así los que en las bregas rudas
se alzan contra los déspotas que oprimen,
que hoy, como ayer, las víctimas del crimen,
desoladas, hambrientas y desnudas,
también crucificando se redimen:
— á Cristo no — crucificando á Judas!

— ¡Lázaro, ven á mí! — gritaba altivo
Jesús, el buen Jesús, ante un sepulcro;
y en vez de un muerto aparecía un vivo...
Lázaro aparecía
y caminaba hacia Jesús, y luego
despertaba azorado, y revivía...
¡Oh historia que pasó! ¡oh historia santa!
Hoy habla un Cristo ante las razas muertas
y el Lázaro moral no se levanta;
y á la vez ese Lázaro, arrastrado
por el delirio que en lo arcano zumba,
con rudo acento los espacios hiere,
para gritar del fondo de su tumba:
— ¡Oh Cristo, ven á mí!
Y el Cristo muere.

Así no ha sido. El libro de la Historia
se cierra por la página de luto,
mientras la sombra del severo Bruto
surge entre las fatídicas alarmas...
Sacerdotes del Pueblo: ¡canten gloria!
Soldatos del Ideal: ¡presenten armas!

Ved al ángel caído: se abre paso,
de espalda al sol, por la región sombría...
A haber muerto Caín, Abel acaso
también sobre su tumba lloraría!
Quien debió al recibir el golpe rudo
caer sobre el escudo con grandeza,
cayó con pequeñez bajo el escudo
y hacerle el Pueblo en realidad no pudo
mayor baldón: ¡dejarlo con cabeza!...

EL PRIMER ADIÓS (1)

A D. Ricardo Palma y D. Luis Benjamín Cisneros.

¡Yo he viajado también! Yo he recorrido
una y otra región. Desde temprano,
sacudiendo las alas en el nido,
siempre ensayé mi vuelo soberano.
¡Yo he viajado también! Porque he podido,
como hace con sus olas el oceano,
azotar con mi loco pensamiento
distintas playas, sin cambiar de asiento!

Y hoy que sobre un bajel rasgo los mares,
quiero decir lo que mi pecho encierra...
Hoy al bélico son de mis cantares,
con el reposo en declarada guerra,
como el poeta inglés, dejo mis lares
en busca de otro cielo y otra tierra;
como el poeta inglés, justo es que vaya
cantando libertad de playa en playa!

Alta la sien, mas con dolor profundo,
dejo la sociedad en que vivía,
para arrancar, valiente ó gemebundo,
otras canciones de la lira mía...
Y en la abierta extensión del Nuevo Mundo
desbocándose irá mi fantasía,
como agua que al tocar en la pendiente,
sacudiendo la crin, se hace torrente!

¿Llorar? ¿Y para qué? ¿Para qué llanto,
si el llanto es manantial de sinsabores,
y corriendo al impulso del quebranto
sólo abre cauces y arrebata flores?
¡Ay! El poeta de robusto canto,
como una exhalación de sus dolores
debe sólo reir befando todo:
¡las lágrimas también vuélvense lodo!

Serio siempre, no supe en mis dolores
nunca los labios enseñar risueños:
puse en las secas frases mis amores
y en las agrias estrofas mis empeños;
mas justo es distraer los sinsabores
con la opereta bufa de los sueños,
que ríen hoy en despiadada mofa
tras la máscara fría de mi estrofa.

¡Oh, qué santo es reir! Reir con furia,
reir con insolencia y con sarcasmo,
al sentir de los críticos la injuria

(1) El viaje que motivó esta poesía fracasó, por habérseme reducido á prisión en el momento de la partida. — (N. del A.).

que arranca de raiz nuestro entusiasmo...
Para lograr una grandeza espuria,
vale más, entregándose al marasmo,
pasear la vista con imbécil calma
¡y romper á reir con toda el alma!

¿Qué importan de los críticos resecos
las estiradas frases, cuando á gusto
repite el pueblo los divinos ecos
del ardiente cantar? ¿Qué el juicio adusto
de los cerebros fósiles y huecos,
cuando el pueblo viril aclama justo
al que solemne cántico le lanza
para hablarle de paz ó de venganza?

¿Qué es poesía? Que os lo diga el mundo,
siempre atento á la voz que lanza el vate...
Poesía es hacer que el moribundo
pugne por envolverse en el combate;
es hacer que en el lóbrego y profundo
corazón popular, donde amor late,
odio lata también contra el tirano;
y es colocar el hierro entre la mano!...

Idólatra del pueblo, es él mi gloria,
mi única gloria. De su voz un día,
á los primeros pasos de mi historia
oí la entonación ronca y sombría...
Guardada en un rincón de mi memoria
está esa voz! La multitud es mía:
el numen sacro entre su copa libo;
canto con ella, y para ella escribo!...

Pensé entre sueños que por fin pudiera,
conquistando un laurel para mi frente,
reir llena de amor el alma entera;
pero nunca sarcástico é insolente...
Y hoy veo ya, que por desgracia fiera
toda esa calma que soñó mi mente
sólo la tumba á realizar alcanza;
¡por eso hay una tumba en mi esperanza!

Hoy que empuño el bordón del peregrino,
siempre en mis horas de zozobra llenas
siento ¡ay de mí! con implacable sino
el alboroto eterno de las penas...
Dócil y mustio empiezo mi camino,
arrastrando fatídicas cadenas
y ciñendo en mis tristes desengaños
la corona marchita de veinte años!

El mal de Werther por mi sangre corre;
y mi canción apóyase aturdida
en el ayer, cuidando no se borre
el recuerdo ¡ay! de mi ilusión perdida...
Como en la vieja y olvidaba torre
sólo el nocturno pájaro se anida,
se anida sólo en mi cabeza ruda
el pájaro nocturno de la duda!

El siglo es un combate. El mundo todo
suspenso se halla de la lid ardiente
que revolcados en su mismo lodo,
libran doquiera corazón y mente...
¡La sangre en el Diluvio sube un codo
por cima de la cumbre prominente;
y en ese mar de sangre, al fin ya rota
el arca de la Fe pugna y no flota!

Hay una recia ley, una ley fría,
que triunfa en lo brillante y en lo inmundo,
hace que la exaltada fantasía
no suba al cielo abandonando el mundo;
hoy que en el amplio resplandor del día
bebe su última luz un moribundo
y su primera luz un siglo infante;
hoy que atrás miro luz y luz delante...

Y á pesar de la luz con vario modo
canto á la Madre Tierra, que inspirada
nos convida al descanso entre su lodo...
Sí; yo quiero, con alma lacerada,
confundirme en la nada de ese Todo,
confundirme en el todo de esa Nada;
y saber si un espíritu se encierra
en este cuerpo, cascarón de tierra!

Cuando á su hijo una madre abofetea,
finge ser en sus cóleras extrañas
una loca irritada que desea
también abofetearse las entrañas...
Y así la Madre Tierra forcejea,
brama de horror, sacude sus montañas,
y, al hundir á sus hijos en el cieno,
se rompe el corazón, se rasga el seno!

La tempestad se impone. El noto brama
el encrespado mar se precipita;
el soplo de la muerte se derrama;
y todo llora, languidece ó grita...
¡Yo amo la tempestad! Su horror me inflama,
su horror me inflama en cólera infinita:
venga la muerte á sorprender al vate;
pero que lo sorprenda en el combate!

¡Al combate!... Si el sol de mi mañana
vierte su luz, y enciéndese mi lira;
y ya desde su trono mi sultana
á su poeta en el combate mira...
¡Ah! ¡Si en medio al fulgor que hoy me engalana
la Musa—Humanidad es quien me inspira,
ella, la diosa de mi amor profundo,
tiene en su corazón también un mundo!

Yo te quisiera dar ¡oh alma de mi alma!
en la ruda explosión de los amores,
el lauro eterno, la triunfante palma,
pero nunca la cruz de mis dolores:

yo te quisiera dar, loco y sin calma,
en mis versos de luz todas las flores,
y con todos los trinos de la Aurora
todos los astros que la Noche llora...

Marco de tu hermosura, cada estrofa
surgirá de mi lira suavemente,
y ella que á los tiranos apostrofa,
silbando con silbido de serpiente;
ella que de lo santo haciendo mofa
todo lo punza vívida y ardiente;
ella te besará casta y sencilla,
como el nervudo mar besa la orilla...

¡Oh querub de mis cielos! Yo quisiera
cantarte mi pasión amante y ciego;
y dándote en un beso el alma entera,
en otro beso recogerla luego...
¡Ah! Cómo fueses tú la Primavera,
que con pródiga mano ante mi ruego
poblaros de tus pájaros cantores
la flora tropical de mis amores!

¡Toma mi lira! En trémulo desmayo
púlsala con tu mano de querube,
ya que en tu frente resplandece Mayo,
ya que tu idea hasta los cielos sube.
Si es que tú eres rocío y yo soy rayo,
vivir podremos en la misma nube;
y, al confundir nuestros divinos rastros,
beber las luces de unos mismos astros!

Si luchar y vencer es mi destino,
vencer espero tu desdén insano,
que entorpece mi tétrico camino,
no como el río ¡no! ¡como el pantano!
¡Ah! Yo el guerrero del ideal divino
sabré lanzar, potente y soberano,
la *Marsellesa de un amor sin yugos,*
de un amor sin testigos ni verdugos!...

Yo el brusco bardo del destino adverso,
lidiando con la envidia y con la mofa,
pongo un pedazo de alma en cada verso
y un pedazo de Pueblo en cada estrofa,
y pongo con amor el Universo
en la frase que punza y que apostrofa,
cuando lleno de fiebre y de locura
canto, endioso y adoro tu hermosura.

Yo que nunca me abato, yo que miro
el dolor con suprema indiferencia,
yo que ni en gloria ni en poder deliro,
yo que sólo me postro ante la Ciencia,
hoy ¡oh adorada! en tu fulgor me inspiro;
hoy depongo ante tí mi omnipotencia;
hoy mi cerebro conmovido estalla,
¡que cuando habla el Amor la Ciencia calla!

¡Pero no puede ser! Porque tú no eres —
de esas hermosas que la turba admira,
que sin fe ni pasión,—¡extraños seres!—
endiosan el disfraz y la mentira...
Tú, *bendita entre todas las mujeres,*
sueñas con un cerebro y una lira,
sueñas con un espíritu gigante:
eres una Beatriz que busca al Dante!

A muchas brindé rápidas amores
de nuestra vida en la veloz carrera:
¡hojas, anunciadoras de las flores!
¡chispas, anunciadoras de la hoguera!
Y hoy de esos erotismos brilladores
hago al verte ¡oh ideal de Primavera!
un ramillete de perfumes lleno:
¡ponte ese ramillete sobre el seno!

Y con él piensa en mí: piensa en la gloria
que lograrás del mundo entre el asombro,
levantando un trofeo á la victoria
tras la encendida lid con cada escombro..,
Y piensa en endulzar mi amarga historia;
piensa en poner tu frente sobre mi hombro,
ó en dar al sol sin manchas de mi frente
el blanco cielo de tu seno ardiente.

Si es que entrambos pensamos en la suerte
que han de tener la musa con el vate,
soñando en la Victoria y no en la Muerte
soñemos con los sueños del combate!...
Tú recuéstate en mí. Yo altivo y fuerte
resistiré del mundo el duro embate;
y en el diluvio del dolor sin calma,
un Arca de Noé tendrás en mi alma...

Me prestarás tus alas ¡oh querube!
cuando éstas se destrocen en su empeño...
Si hasta el gusano que se arrastra sube,
¿por qué se burlan de mi ideal risueño?
Si tú pones la sien en una nube,
yo tengo un ascensor en cada ensueño;
¡y tú para subir á la grandeza
tendrás que hacer escala en mi cabeza!

A los empujes de mi amor bendito
cederá tu alma indiferente y fría,
como cede la roca de granito
al recio empuje de la mar bravía,
y aunque luche conmigo lo infinito,
el mundo, el cielo, Dios,—el alma mía
tiene fe y esperanza en la Victoria;
¡mío el triunfo será, tuya la gloria!

Es gloria conquistar el duro pecho
que siempre libre del amor se mira...
Pero ¡ay! de mi ilusión es á despecho
un imposible nuestro ideal. ¡Mentira!

Nos separa un abismo tan estrecho
que hasta de puente servirá mi lira...
¡Para llenar abismos hay amores!...
¿Cómo se aman los astros con las flores?

¡Adiós, mujer! Las amorosas lumbres
nunca se apagarán en mis cantares,
ni con el hielo eterno de las cumbres
ni con las anchas olas de los mares...
¡Oh amada! Entre las vastas muchedumbres
sobresaliendo, desde extraños lares,
te arrojaré la luz de mis entrañas,
saltando de montañas en montañas...

Pero ¡ah! no esperen que mi mala estrella
implore compasión avergonzado;
y que rendido ante las plantas de ella
sólo me queje del furor del Hado...
Orgullo y dignidad siempre destella
el poeta en las luchas retemplado:
¡yo saldré de las luchas en que vivo,
ya que no triunfador, siquiera altivo!

¡Al combate! El vapor cruje y palpita;
se alzan las anclas, el dolor me abruma:
la ola lenguaraz se precipita;
y la estela sin fin rasga la espuma...
De pie en la popa, con la fe bendita
del que todo lo finge entre la bruma,
por lanzar pugno la postrer mirada
á mi Patria, á mis padres y á mi amada!

¡Oh mis padres! Mis padres, los ancianos
que abriéndome su seno sin fortuna,
con alma pura y con sagradas manos
labraron mi razón desde la cuna,
me verán á través de los océanos
cual yo los veo... El rayo de la luna
llévales luminoso mi recuerdo,
hoy que en los pliegues del azul me pierdo...

¡El azul por do quier! Ideas santas
sacuden su ala azul entre la mente;
el mar, el azul mar, aquí en mis plantas;
el cielo, el azul cielo, aquí en mi frente...
Y dime ¡oh brisa! que dormida cantas
tornándote después soplo potente,
¿por qué no barres las obscuras nubes?...
...¿O es que pierdes las alas cuando subes?

De pie en la popa,—con los rudos brazos
puestos en cruz,—forjando una sonrisa
que á los labios se asoma hecha pedazos,—
palpo las alas de ligera brisa...
¡Y en tanto el corazón rompe sus lazos;
que ese viento de mar que sopla á prisa
ó gime mustio en la solemne calma,
refresca el cuerpo, pero quema el alma!

¡Oh qué triste es mirar la sombra densa
que en fantásticos giros se desata,
cuando sentimos la nostalgia intensa
y el agrio dejo de la suerte ingrata!
Coger deseara, como en copa inmensa,
en la estrofa que tiembla y se dilata,
el último suspiro de la tarde
y el beso enorme que en los cielos arde...

Huye la luz. Allá en el horizonte
la tarde,—último canto del poema
que lanza el día,—sobre el alto monte
fija y clava su olímpica diadema.
Todo está en oración. Justo es que apronte
mi verso augusto, en la extensión suprema
del hondo mar, cuya tendida playa
se esfuma en el azul como una raya...

¡Adiós, Patria! Jamás pueda el tirano
poner su pie sobre tu altiva frente:
finge besarle la manchada mano
y muérdele después con furia ardiente...
Tal vez me mire el mundo americano
cruzar sereno, erguido y sonriente;
pero yo sé que en medio de mis penas
me llevo un eslabón de tus cadenas...

¡Patria, Patria, suicídate! Orgullosa
quema y tala tus campos y ciudades...
Virgen y mártir morirás grandiosa.
Y vivirás grandiosa en las edades;
virgen sucumbe, antes que ser la esposa
de un vil tirano... Y roncas tempestades
pregonarán furiosas sus asombros,
por encima de todos tus escombros!

No importa que con golpes de piqueta
se renueva el terreno; porque el grano
en su febril palpitación inquieta,
seguirá con empuje soberano...
Entre el revuelto polvo está la veta
del rico mineral; y el polvo vano
revuelto oculta, en génesis profundo,
con sólo una semilla todo un mundo!

¡Al combate! Una lágrima de fuego,
que al poeta suspende y maravilla,
va resbalando y se deshace luego
del Pueblo por la pálida mejilla...
El Pueblo en vano vigoroso y ciego,
al golpear el portón de la Bastilla,
llamó á la Libertad que tristemente
no tuvo fuerzas para alzar la frente!

¡Y hoy vedlo! Está de pie. Más le valiera
soñar con los ensueños de la tumba;
y desprenderse de la lucha fiera;
y amar el sauce donde el viento zumba;

y envolver en crespones su bandera,
y, al par que el grito del cañón retumba,
buscar paz, y sin fuerza y sin aliento
hacerse polvo y entregarse al viento!...

¡Ay! ¿Quién no siente entre el obscuro fondo
las horribles nostalgias del combate,
al ver cómo se oculta en lo más hondo
la Libertad que llora y que se abate?
¿Y quién no sueña ante el reptil hediondo
con la olorosa flor? ¡Por eso el vate
llama á la Libertad potente y bravo,
cuando mira correr sangre de esclavo!

¡Ah! Nadie extrañe que, exaltado y fiero,
como mis sueños son y mis pasiones,
temple el rudo laúd de arco de acero
al bronco diapasón de los cañones...
¡Si mi madre es la lucha, en ella quiero
la inspiración buscar de mis canciones,
y cuando el can de la venganza ladre,
morir entre los brazos de esa madre!

Los que nacimos cuando el son rotundo
del bélico atambor turbó el sereno
sueño con que soñaba el nuevo mundo;
los que nacimos de la guerra al trueno,
los que nacimos al dolor profundo,
sangre y lodo absorbimos en el seno;
y es por eso que echamos sobre todo
lo que le ha nacido muerto... sangre y lodo!

¡Oh! ¡qué santo es luchar! Correr ansioso
á la revuelta lid; vibrar la espada;
juntar un verso al himno fragoroso;
y hacerse todo ó convertirse en nada...
¡Y luego, allá en las horas de reposo,
vuelta hacia lo pasado la mirada,
poder tapar la boca de la herida
con lauros de la lucha por la vida!...

¡Basta ya, basta ya! Si en el combate,
entre las tempestuosas explosiones,
saben brotar, al destructor embate
por cada corazón cien corazones,
yo sé que ¡oh Pueblo! te ha de dar el vate
por cada verso muerto cien canciones;
y, en tu futura lid con los perversos,
metrallas lanzará si hoy lanza versos!

¡Pueblo! ¿No sabes tú que con el tajo
en la abrupta región se abre el sendero;
y en las lecciones que te da el Trabajo
no admiras la elocuencia del acero?...
hoy que te inclinas impotente y bajo,
déjame huir veloz; ¡porque hoy prefiero,
más que rico y feliz vivir contigo,
morir lejos de tí como un mendigo!...

Dislocando la frase entre la boca
por justa convicción, nunca por miedo,
sólo callar, sólo callar me toca
ante los vicios que aplastar no puedo;
pero desde otras playas vendrá loca
y viva mi canción, roto el enredo,
que rasgando el azul rápida y suave
¡volverá como al nido vuelva el ave!

Yo también volveré. Pero si el canto
tiene que apostrofar de nuevo al vicio,
si un tirano profana el poder santo
y el Pueblo es del tirano un desperdicio,
si todo es luto y es baldón y es llanto,
ábreme ¡oh ancho mar! tu precipicio
y arrastra mi cadáver en tus olas
á otras playas sin luz, tristes y solas...

Pero también con ímpetu de fiera,
antes ¡oh mar! de hundirme en el olvido,
escupe del tirano la bandera;
y en conmoción profunda sacudído,
lanza hasta el trono do el tirano impera
una ola de lúgubre bramido,
que exprese al estallar con choque recio
vergüenza y maldición, odio y desprecio!...

EN LA MAZMORRA

(A D. Numa Pompilio Llona.)

I

Preso caí. La resistencias rudas
nada hicieron. Tan sólo me contristo
por mi guía traidor: ¡infame Judas
que se puso la máscara de Cristo!

Preso caí. Fatídico trabuco
testigo es mudo de la suerte mía,
siempre encima del hombro de un eunuco
de cerebro sin luz. ¡Plena Turquía!

A la mazmorra, donde silba el viento,
llega el rumor del Pueblo y del oceano;
y la peña en que escribo, único asiento
de la prisión, recuérdame al tirano...

Quise huir del dolor y busqüé auxilio:
caí en los brazos del dolor eterno;
y empecé sin Beatriz y sin Virgilio,
mi peregrinación por el Infierno.

Cuando rompe la luz da la mañana,
se estremecen mis nervios de poeta,
al oir que la alondra en la ventana
me habla de la inquietud de mi Julieta...

Cuando el Sol llega á la empinada cumbre
y alcanza apenas á lamer mi yugo,
pienso en que cae su bendita lumbre
sobre muchas cabezas de verdugo...

Cuando viene la tarde, es justo y santo
que mis entrañas el dolor taladre,
porque al ver las estrellas veo el llanto
que corre de los ojos de mi madre...

Cuando la luna impávida y serena
mira mi pena con tranquilos ojos,
pienso en el Pueblo que al mirar mi pena
no viene á descorrerme los cerrojos...

Cuando la larga noche llega á lo alto
y domina mi espíritu y mi suerte,
pienso en el porvenir con sobresalto
y me duermo abrazado de la Muerte...

Si muero en la prisión y no en la lucha,
por donde vaya escuchará el tirano
mi acusadora voz, tal como escucha
el marino do quier ruidos de oceano...

Nada me atemoriza. El Pueblo mismo
dirá en mi tumba su oración gigante...
Subí á la cumbre y bajaré al abismo:
¡la muerte es sólo un paso hacia adelante!

¡Oh desesperación!... ¡Oh desengaños!...
¡Oh Libertad, oh Libertad bendita!
Ella ha sido la luz de mis veinte años:
¡Dios me la da y un hombre me la quita!

II

Sombra profunda. El salmo de mi vida
se ahoga en el silencio de la muerte;
y como un buzo, en la futura suerte
sumerjo la cabeza estremecida...

Tal como un ave con el ala herida,
yace la estrofa en mi laúd inerte:
ojalá que otro vate la despierte,
porque no muerta está, sino dormida...

Pulse otro vate mi laúd de acero:
y entonces, como flechas, mis canciones,
rápidas tomarán rumbo certero;

y cada verso que germine y se abra
será el Juicio Final de los mandones
y la Resurrección de la Palabra...

III

Al par que crece el sufrimiento mío
crece el santo furor con que combato...
Odío al mandón y del mandón me río:
cuanto me estrechan más, menos me abato...

Aunque me oprima el lóbrego tirano
ni corto mi ansia ni mi ensueño trunco...
Se dobla el junco al peso de la mano
y se yergue después: ¡soy como el junco!

Es justo y noble que mi canto vibre
hoy más que nunca, intrépido y ardiente...
Es mansa el agua cuando corre libre:
¡póngale vallas y se hará torrente!

Como el león, tras de segura reja,
me quejo con acento dolorido,
pues, como el león, sé que mi queja
tiembla con los temblores de un rugido...

¿Hasta cuándo la plebe no revienta
y ahoga este baldón y este cinismo?
¡Es que sólo en las cumbres hay tormenta!
¿Pero no hay terremoto en el abismo?

¿Hasta cuándo este déspota altanero
tendrá al Pueblo muriendo entre las ascuas?...
Hoy se quiebran los huesos del cordero:
¿cuándo hará el Pueblo sus sangrientas Pasquas?

¿Hasta cuándo con bárbaro derroche
no se lanza la Plebe á la anarquía?
¡Que se fecunde el vientre de la noche,
para que de la noche nazca el día!

¡Cómo! ¿El Pueblo de ideas sacrosantas
gime hoy al golpe de ominosas penas,
inclina la cerviz, besa las plantas,
soporta el yugo y lame las cadenas?

Al ver en mis patrióticos furores
tantos mandones, déspotas y bravos,
me hago también señor de los señores
y me río de todos mis esclavos...

IV

Entre la lobreguez de mi destino,
cambian y mezclan las canciones mías
de Juliano las foscas herejías
con la plácida unción de Constantino...

Para aclarar la vista, no adivino
el mejor medio en mis obscuros días;
si la oración ferviente de Tobías
ó la brutal lanzada de Longino...

Alternado el dolor blasfema y ora...
Ora y blasfema el infeliz cautivo
en sus noches de duda sin aurora;

y así de una sonrisa con la raya
tarjo la fe,—que salta como el vivo
pez que un tumbo arrojó sobre la playa...

V

(Aniversario patrio)

Libertar á la América española
fué revolver el descansado lecho,
prender la chispa y sublevar la ola:
grande la idea fué, pero no el hecho.

Ahí está el Pueblo que la frente inclina;
ahí el déspota está que impone el yugo;
muere la rosa, pero no la espina:
la ley sucumbe, pero no el verdugo...

¡Qué importa sacudir la regla odiosa
que el rumbo sin piedad marca á las greyes;
la espina vivirá, muerta la rosa;
y habrán verdugos aunque no hayan leyes!...

Murió la hispana ley; pero su muerte
sólo multiplicó nuestros tiranos:
tan sólo se han tornado, al golpe fuerte,
el monte en piedras, la mazorca en granos.

Mas si acaso le resta el Pueblo beodo
sólo una libertad, — la del suicida, —
¡culpa no es del rocío el hacer lodo!
¡ni el dolor culpa del que da la vida!

¡Oh soldados de ayer! ¡Oh nobles viejos!
desear es justo que el Pasado vuelva;
¡y estarse hoy, como troncos, á lo lejos,
contemplando el incendio de la selva...

VI

Robándome la calma un pensamiento,
como bandido intrépido, me asalta;
que la razón es el primer tormento,
como la vida es la primera falta...

Allá en la media noche del cerebro,
cuando la sombra triunfa y brinca el astro,
corto mis trabas, y mi yugo quiebro
y el verbo arrojo de profundo rastro...

Mientras tenga una lira bien templada,
cantando lucharé con los perversos;
y el vil tirano romperá su espada
en el nudo gordiano de mis versos...

Yo he de caer fatídico y sañudo
sobre el mismo laúd con que batallo,
cual cae el gladiador sobre su escudo,
cual muere el caballero en el caballo...

Yo que, como semilla, en los escombros
arrojo el verso de potente jugo,
no enlodaré, colgada de mis hombros,
la púrpura imperial de Víctor Hugo...

El mandón, en la capa de la intriga,
parte embozado, pero no se escapa:
como David, la compasión me obliga
sólo á cortarle un trozo de la capa...

Intrigante brutal, queda desnudo
al luminoso golpe de mi plectro;
que cuando canto yo, seco y huesudo,
álzase de su víctima el espectro...

Ácido el gesto y turbia la mirada,
cuando la copa en el festín apura,
sueña ver que la punta de una espada
le señala desde una sepultura...

Como él, entre la cárcel del recuerdo,
yace humillado, aunque se finge altivo,
yo soy entre la sombra en que me pierdo
más libre que el mandón, siendo cautivo...

Firme el recuerdo para gloria mía
ha de robarle al déspota la calma:
cárcel del cuerpo es la mazmorra fría;
y el recuerdo tenaz, cárcel del alma.

VII

Si falta libertad, sobra la vida...
Pensándolo quizás el vil tirano,
vuelve á ponerme el hierro entre las manos
y renueva la lucha concluída...

Pensándolo también, rota la brida,
pábulo doy á mi furor insano:
¡jamás el que me hirió pretenda en vano
halagarme curándome la herida.

Por eso en la prisión el verso zumba
pidiendo sólo libertad ó entierro;
que una puerta también se abre en la tumba...

Y muerte pido en dolorosa queja;
porque me aflige contemplar el hierro,
de arma de honor, prostituido en reja...

VIII

Vienen á visitarme la Esperanza,
la Fe y la Caridad en compañía;
pero la noche es plena; el sol no avanza
y está muy lejos el ansiado día...

Mi amada acaso, si á su anhelo cede,
vendrá á sacarme del profundo olvido
y á hablarme con pasión, pero no puede;
que aquí no entra el Amor. — ¡Está prohibido!

¡Mas no! Mi madre ha de venir acaso
á consolar mis penas dulcemente:
deja el Amor consuelos á su paso,
como á su paso espumas el torrente;

¡Cuando el pesado pórtico se abra,
la obscura Ausencia rasgará su manto;
y ya sin elocuencia la palabra,
ha de cederle la oratoria al llanto!

Yo no sé qué inefable regocijo
ante cada visita siente el preso:
¡si la visita es de la madre al hijo,
empieza en llanto, pero acaba en beso!

¡Y pensar que la súplica es preciso
para poder entrar en la mazmorra;
y siempre estar con obligada prisa,
sin poder evitar que el tiempo corra!...

¡Oh desesperación! De cuantos modos
mofarse pueden de la ley bendita...
¡Oh desengaños! Me visitan todos;
pero la Libertad no me visita!

IX

Alma sin sol, espíritu sin día,
siéntome henchido de rencor profundo:
la prisión es la cátedra sombría
donde se enseña á despreciar el mundo...

¿Qué me importa la voz de la protesta
zumbando al rededor? ¿Qué el loco empeño?
Tórnanse al fin, en prolongada siesta,
el fuego en humo y el dolor en sueño...

Durmiendo así, me muestro indiferente,
glacial, mustio, sin penas, sin enojos;
que aunque de par en par abra la mente,
para no ver mi mal cierro los ojos...

¡Silencio, paz, tranquilidad fingida,
pero en el corazón ánimo fuerte!...
¡Si se espera la muerte, hablar de vida:
si se logra la vida, hablar de muerte!

Ajustada la máscara al reverso,
ni me yergo potente, ni me postro;
me he acostumbrado á hablar corrido y terso,
sin contraer un músculo del rostro.

Haciendo del honor sangrienta zumba,
nuestro menguado César de rapsodia
cree que en la prisión, como en la tumba,
á un palmo bajo tierra, ya no se odia...

Aun de la misma tumba en los horrores
y de la muerte en la perpetua calma,
¡sólo concluirían los rencores
si con el cuerpo se pudriera el alma!

¿Retroceder? jamás, mientras recuerde
el talón vulnerable y el flechazo...
Nada del odio en mi desdén se pierde:
¡la garra existe aunque no dé el zarpazo!

X

Mientras haya en la cúspide un tirano,
mientras haya en el antro un prisionero,
mientras en la ciudad quiera el guerrero
hacer lo que en la breña y en el llano,

mientras no se alce el Pueblo soberano,
yo, hecho Job de este inmundo estercolero,
he de cantar las rabias que el acero
siente al hallarse entre la puerca mano...

Y cual mano que rueda cercenada
prendida siempre al puño de la espada,
bregando seguiré siempre con ira...

Y logrando aplastar á los perversos
los hundiré en la cárcel de mis versos;
¡y como reja les pondré mi lira!

Callao, Aljibes y Casamatas, 1894.

TESTAMENTO DE AMOR

(En la prisión).

Por la señal del bíblico madero,
ya que morir espero
en esta lucha desigual, me obligo,
con la diestra en el pecho colocada,
á olvidar á mi amada
antes que perdonar á mi enemigo...

El Odio sabe amar: ama lo bueno;
ama el fecundo seno
donde la ardiente sed su fiebre sacia;
ama el dolor que es cruz, la fe que es canto,
el recuerdo que es llanto
y el ensueño imposible que es desgracia.

El Odio sabe amar; por eso vengo
á ofrendar el que tengo
en los altares del Amor bendito...
Odio — así con silencio — al insolente
y estúpido presente:
¡recibo el golpe, sin lanzar el grito!

Yo, en medio de la lucha, con asombro
que me tocaba el hombro
una mano fantástica sentía;
y volteaba la faz, y hallaba al punto
junto, pero muy junto,
el dulce rostro de la amada mía...

Esa eterna visión hoy me acompaña:
mi odio es una montaña
sobre cuya alta cumbre el Sol fulgura;
y ese Sol eres tú, ¡Virgen bendita!
¡Virgen que de Afrodita
heredaste la clásica hermosura ...

Y hoy vas á recibir en testamento
el postrimer aliento
de un corazón que por el tuyo late...
Muy pronto sobre mí, rasgada y floja
batirá su ala roja
la bandera del último combate.

Yo soy el prematuro veterano;
yo soy el pobre anciano
de veinte abriles, que por fin desmaya;
yo soy el buzo que me hundía á solas
del Pueblo entre las olas,
que hoy arrojan un náufrago á la playa...

¡Y yo soy ese náufrago! Y yo el viejo
astro que su reflejo
mira desvanecerse en el vacío;
yo el fosco gladiador, hoy moribundo,
quiero á la faz del mundo
dártelo todo, porque todo es mío!...

¡Mío es el Sol y mío el Oceano!
Yo tengo entre la mano
los matadores rayos del Tonante;
y el trueno ronco de mi ardiente verso
rueda en el Universo
como la voz de un pueblo agonizante...

Mío es todo: también el suave aroma;
la cándida paloma
y la rosa inflamada; la laguna
de solemnes y eróticos desmayos;
y los últimos rayos
—azahares deshechos— de la luna!...

Y eso es tuyo también. Copo de espuma,
cojín de blanda pluma
es tu seno; y en él la gloria existe,
existe para mí, que en dulce anhelo,
al morir, sobre el suelo
pondré tu nombre espiritual y triste...

Así como Pizarro con su espada
dejó una cruz grabada,
donde un beso estampó con loco exceso,
yo con mi sangre escribiré tu nombre...
¡Y el poeta y el hombre
morirán á la vez con sólo un beso!

Y ese beso, después, irá sin calma
á resonar en tu alma...
¡Ah! Ya en tus labios palpitar lo miro,
lo miro palpitar cual mariposa
encima de una rosa;
y, al no poder ser beso, ser suspiro!...

¡Oh, los orgullos póstumos que siento!
Oir el dulce acento
de la Oración que dobla la rodilla;

lágrima ser en tu pupila luego;
¡y ser chispa en el fuego
que devora á la vez trono y bastilla!

Ser la columna de humo en el desierto
para el vulgo inexperto
que busca al hombre sin baldón ni tacha;
y al verlo combatir con los tiranos
palpitar en sus manos,
prestando un hueso para mango de hacha!

¡Ah! Todo es Amor y Odio es todo eso;
que en el último exceso
vienen Odio y Amor á ser lo mismo...
Todo el que odia lo bajo, ama la altura;
y á un golpe de Natura
lo que cúspide fué, tórnase abismo!...

Mi amor quedará en tí: quedará en tu alma,
cuando otra vez la calma
tras las angustias del dolor recobres;
y mi odio á los tiranos sin conciencia
quedará como herencia
para que se reparta entre los pobres!...

Callao, subterráneos del castillo, 1894.

ANTE EL PUEBLO

¡Oh Pueblo! De tus labios he aprendido
el verbo libertad y el himno-idea!...
Tal como el ave que abandona el nido
y por las altas nubes se pasea
para luego volver donde ha partido,
por las regiones de la luz febea
me he paseado también, airado y suelto;
pero de tí he partido y á tí he vuelto!...

Tú me has dicho tus íntimas congojas,
me has hablado de todos tus dolores,
y me has rodeado de banderas rojas,
y has cantado mis versos luchadores...
¡Ah! Yo, que como un ave, entre tus hojas
formé mi nido y aspiré tus flores,
quiero hoy treparme á tus dolientes ramas
y prender fuego y envolverte en llamas!

Ya sin ideal y sin vigor, con calma
de sepulcro, en verdad, tú, siempre adusto,
dormías como un león bajo una palma
donde la sierpe se enroscó... Con gusto
quizás te hubieras arrancado el alma
que como el Rey Don Carlos en San Justo
estabas entre pompas sepulcrales
contemplando tus propios funerales!

Dentro las venas resbalaba el frío
de la debilidad... ¿Qué harán las aves
sin alas para el vuelo? ¡Oh Pueblo mío!
¿qué te restaba hacer? ¡*Quemar las naves!*
Y quemar algo más: en el bravío
Jordán de sangre es justo que te laves;
¡porque el Jordán de sangre limpia todo,
arranca piedras y fecunda el lodo!

¡Oh Pueblo! Deja que á la vez que te ame
odie tanto baldón y tanto enredo:
yo no puedo romper el yugo infame,
pero tampoco soportarlo puedo...
Cuando el mandón, colérico. te llame
ante su tribunal ¡ah! tú sin miedo,
cual la heróica mujer, para su mengua
arráncate y arrójale la lengua!

¡Oh Pueblo! Al fin en libertad te dejo
y tus pasados infortunios lloro...
¡Con la experiencia de un esclavo viejo,
odia los yugos aunque sean de oro!
El déspota febril de hosco entrecejo
ya nunca, nunca, en su brutal desdoro,
te hará corcel para la lucha horrenda,
ni buey para el arado de su hacienda!

¡Detente, musa!... El Pueblo generoso,
que es todo dignidad, lo indigno olvida:
jamás en la grandeza de un coloso
puede una pequeñez hallar cabida.
El Pueblo alzando su pendón glorioso
se lanza á los combates por la vida;
¡y siempre noble, con segura mano,
mata á la tiranía, no al tirano!

Es la última vez que el verso mío
turba el silencio en que la paz gravita:
¿á qué lanzar el cántico sombrío
de la muerte, hoy que todo resucita?
En sus avances desbordado el río
riega el campo que riego necesita;
mas debe regresar al cauce luego
¡para que el campo se aproveche el riego!...





EN LA ALDEA

Poesías americanas.

(San Pedro de los Chorrillos.—Estío y Otoño de 1893)

PRELUDIO AZUL

¡El libro ya está abierto! Lee, amada,
este libro que he escrito, ora en las noches
de dolor — á la luz de tu mirada, —
ora en los días que pasé aturdidos
gozando, á pleno campo, los derroches
de perfumes, colores y sonidos...

Este libro es el mudo confidente
de las del alma tempestades fieras,
que me sofocan en el lecho ardiente;
y de todos los cantos y las risas
que lanzo, á toda voz, por las praderas,
al volado descuido de las brisas...

Lee, amada, mis versos á esa hora
en que la tarde trémula se esfuma, —
meciéndote en tu blanda mecedora,
el pie asomado entre tu blanca falda
cual breve caracol entre la espuma,
y libres los cabellos á la espalda.

Láncete el sol sus últimos destellos:
infle tu falda el aire impertinente,
después de alborotarte los cabellos...
Así debes leerme; así mecida,
suave, amorosa y sosegadamente,
¡ya que es sólo un vaivén toda la vida!

¡Lee, y encontrarás, una por una
todas tus ilusiones alocadas
de bienestar, de gloria y de fortuna;
porque en el ansia que tu ideal me inspira,
á tus cinco sentidos afinadas
tengo las cinco cuerdas de esta lira!

Castillo de barajas es la aldea:
de ella te voy á hablar; pero perdona
si algún vocablo la expresión afea.
El amor campesino el frac rehusa:
no la tersa levita se abotona,
sino se abre más bien la fresca blusa...

Este mismo aire respiraste un día,
en esta misma tierra el pie pusiste
y aquí mismo té adoro todavía.
¡De tí me hablan el campo florecido
y el mar, que llora al doblegarse triste
como mi alma en las playas de tu olvido!

¿Me has olvidado? ¡El corazón protesta!
Lo sé: ¡del labrador que la cultiva
nunca puede olvidarse la floresta,
nunca tampoco el cáliz del rocío,
nunca el labio del beso mientras viva,
ni el mar del monte mientras haya un río!

¿Y yo olvidarte? En el dolor me pierdo,
pero orientarme hacia el placer consigo
por el secreto imán de tu recuerdo...
¡Tú eres á mí lo que al abismo el lampo,
lo que el oro es al hambre del mendigo,
lo que el torrente es á la sed del campo!

¡Cómo puedo vivir, así, tan lejos,
sin oirte, sin verte, sin palparte,
absorto ante tus mágicos reflejos,
si tú, cuando mi espíritu se interna
en lo profundo, eres mi Ciencia, mi Arte,
mi Luz, mi Numen y mi Vida eterna!...

¡Aunque lejos estás, mirarte creo,
porque tiene el Amor sus embriagueces
en que todo se ve con el deseo;
y ebrio así, y aspirando tu fragancia,
cerca te veo, y me imagino á veces
que no existe ni tiempo ni distancia!

Te veo... ¿Y qué es la lluvia bendecida
¡ay! para el cáliz de la rosa mustia
que ya jamás ha de probar la vida?...
¡Pero valor!... ¡Yo no creí en el alma
hallar desiertos de mortal angustia,
donde no echara su raíz la palma!

¡Te veo; y basta!... ¡Tu belleza copio
en mis versos de amor; mi alma vacila;
y floto y vago, entre mis sueños de opio;
y, al ir vagando por camino incierto,
veo resplandecer en tu pupila
todos los espejismos del desierto!...

Lee, y verás que llenos de amargura
mis pobres versos á probarte vienen
que aun el recuerdo de tu amor me dura.

¡Ya dulces, ya violentos, á tu oído
mis versos sonarán; que en ellos tienen
el buitre y la paloma un mismo nido!

Lee mis pobres versos, ya que el yugo
sé constante llevar de tus amores;
devóralos y exprímeles el jugo;
porque acaso el mayor de mis placeres
está en verlos morir como esas flores
que deshojan, jugando, las mujeres...

MORIR

Yo quisiera morir en el campo,
sobre el musgo de mi árbol paterno,
embebido en el último lampo
que rasgue las brumas de un día de invierno...

Yo quisiera bajar de la cumbre
en que trabo la lucha sombría;
y embebido en la última lumbre
unir á mi muerte la muerte del día.

Hoy el hierro de Bruto en mi mano
sólo vibra al ideal del suicídio:
hace tiempo que todo lo humano
me sume en la noche de un hondo fastidio...

¡Qué fastidio es mirar come queda
triunfadora la sombra que fluye;
y mirar que girando la rueda,
si empieza de nuevo, de nuevo concluye!

La fatídica lucha es cansada;
y por eso, ya falto de alientos,
cojo el báculo en vez de la espada
y voy como niebla que arrastran los vientos.

Yo *luchar á la sombra* no quiero:
que del musgo tendido en la alfombra,
ya que falto de fuerzas me muero,
¡quisiera de un árbol *morir á la sombra!*

¡Morir joven! Estúpida calma
la que ahoga los cantos soberbios...
¡Luchar quiero con toda mi alma,
con toda mi sangre, con todos mis nervios!

¡Y morir en el bélico choque,
oprimiendo la lira en la mano,
con el beso del último toque
que estampe en las cumbres un sol de verano!

CAMPO DE LUCHA

Ahí cayó el patriota. De su mano
se desprendió la espada conmovida,
que fué una cruz sobre la masa muerta
¡como fué un rayo con la masa viva!

Si hay un Dios, y ese Dios abre los ojos,
y ese Dios todo mira,
mirar debiera lo que aquí debajo
causa en el sol, hasta en el sol, envidia.

Y si no es ciego Dios, y ve los triunfos
que la derrota misma
puede entrañar, debiera abrir los labios
y fuego dar á la palabra hoy fría...

Debiera abrir los labios, y elocuente
en su lengua infinita,
apostrofar con rabia á los verdugos
y defender con cólera á las víctimas...

¡Oh gran Dios! Pero ¿qué de tu palabra?
¿Qué de tus frases límpidas?
Abre los labios y háblanos; no sea
que se te crea mudo ó sin justicia...

Habla, para mostrar al héroe oculto;
habla, para decir las glorias íntimas;
habla, para que en todos los cerebros
truenen los nombres que la Patria olvida...

¡Oh, yo sé que es el campo la gran tumba,
dó mezclan sus cenizas
ricos y pobres, nobles y plebeyos,
como en el vientre de una madre misma!

Yo sé que ha de encontrar todo un poema
el rudo obrero de labor proficua,
rasgando esas entrañas maternales
y leyendo esas páginas perdidas;

ahí, bajo la tierra, en ese abierto
libro de fojas áridas y limpias:
de una campiña, un campo de batalla;
de un campo de batalla, una campiña...

En árboles y flores transformandos
saldrán los héroes de su tumba hoy fría;
que si el hierro guerrero les dió muerte,
¡el hierro labrador les dará vida!...

AQUÍ ESTOY

¡Oh dulce aldea! A visitarte vengo
buscando dicha y persiguiendo calma:
un ansia de cantar despierta tengo
en la infinita vaguedad de mi alma...

Quiero cantar tus valles dilatados,
donde jamás el labrador reposa;
y cantarte mi amor, ya que clavados
me dejastes los ojos de una hermosa...

¡Qué dulce es ver, cuando la tarde gime
con los gemidos de una muerte ignota,
el pentagrama que el arado imprime,
donde en forma de flor brinca la nota!...

¡Qué dulce es ver, cuando la luz su broche
entreabre en el confín del firmamento,
por los campos la huida de la Noche,
cabalgando en su hipógrifo violento!...

¡Oh aldea! Por tus calles y tus campos
la Guerra un día, derramando muerte,
cruzó rodeada de siniestros lampos
como un espectro descarnado y fuerte...

En tu alto morro que mis ojos pasma
¡oh dulce aldea! la neblina flota;
y en ella, como el ala de un fantasma,
volar parece una bandera rota...

MARINA

Tintas de conchaperla desde el cielo
fórmanle fondo á la disuelta bruma,
en que la ardiente fantasía espuma
paisajes locos con febril desvelo.

Una barca al impulso de su anhelo
entreabre el mar con sutileza suma;
y rasga rapidísima la espuma,
como rasgando de una novia el velo.

La tarde enlobreguece la ribera;
y el astro rey, antes de hundirse á solas
del horizonte tras la azúrea raya,

con un último lampo reverbera
en las arqueadas lenguas de las olas
y en los tendidos peces en la playa...

EN LIBERTAD

Amo la libertad; por eso al campo
me salgo á meditar sobre una roca,
mientras salta la estrofa y salta el lampo
de flor en flor, como de boca en boca.

Amo la libertad. De mis ideas
surgen llenas de amor las claridades.
Aquí cerca se apiñan las aldeas;
y allá... ¡se congestionan las ciudades!

Lejos del *qué dirán*, alzo y derrumbo
sueños extravagantes y alocados;
mientras... ¿quién sigue en la ciudad un rumbo
sin ir viendo los rostros á ambos lados?

Lejos del efectismo, en mis amores,
del arroyo feliz canto el donaire;
y canto la abertura de las flores,
que dibujan sus besos en el aire...

Callo cuando los últimos reflejos
alzan el himno de las tintas rojas;
¡y escucho resonar, allá, á lo lejos,
el palmoteo de las anchas hojas!...

LA BIEN AMADA

Tú me dirás qué verso he de cantarte,
qué gloria, qué fulgor, qué gentileza,
¡oh luminoso espíritu del Arte!
¡oh cuerpo encantador de la Belleza!

Tú eres la misma que inspiraba al vate
ímpetus de vigor y ansias de brega;
y le empujaba al choque del combate,
combatiendo también pálida y ciega.

Tú eres la misma de la lid... Hoy triste
juegas acaso con mi ruda espada;
y recuerdas las furias que tuviste,
y tu aleteo de paloma airada.

Hoy que recuestas sosegada y mustia
sobre el campestre lecho la cabeza,
véote yo con amorosa angustia,
padeciendo y gozando en tu belleza...

Llena de perfecciones y tranquila,
vibras del alma el misterioso lampo;
y ostentas en la trémula pupila
reflejados el cielo, el mar y el campo!

¡El campo, el mar, el cielo! Virgen pura,
logrando sólo tú la eterna palma,
tienes algo de flor en tu hermosura
y algo de espuma y arrebol en tu alma...

Te amo; porque de mi odio entre las brumas,
amo también el campo con sus flores,
amo también el mar con sus espumas
y amo el cielo también con sus fulgores...

Te amo, al saber que rubias y morenas
tiénente envidia con ideal diverso;
mas todas porque ven que tú encadenas
Escultura, Color, Música y Verso...

Te amo, porque las artes con terneza
rinden su vasallaje á tu hermosura:
el Verso, ardor; la Música, viveza;
el Calor, luz; y formas, la Escultura.

MAR AFUERA

Tiéndese haciendo curvas la espuma blanca
en los abiertos brazos de la ribera;
y por sobre la espuma su estela arranca
mi falucho que parte del mar afuera.

Entre blancos jirones de tristes brumas
el pontón, á lo lejos, se balancea;
salta la ïsla en medio de las espumas;
y el mar hincha la öla que cabecea.

En la peña insolente que se abalanza
y alza entre remolinos las crestas rotas,
soñando sus ensueños de bienandanza,
apiñánse los patos y las gaviotas.

Guarda un pie entre las plumas del ala abierta
el alcatraz inmóvil que finje el cojo;
y tranquilo parece que se halla alerta,
escondiendo su pico y abriendo un ojo.

Allá en las altitudes de cada ola
el bufeo, que abrirse camino quiere,
salta, y el negro lomo se tornasola
con el último rayo de luz que muere...

Parte el falucho y vuela suave y ligero,
cuando tenue del día brilla la lumbre;
y del sol el radiante rayo postrero
va saltando y saltando de cumbre en cumbre.

CUADRO VIVO

Encima de una tumba, con exceso,
en el mismo panteón, pareja amante,
recorre, entre aturdida y delirante,
toda la gloria musical del beso.

¡El humilde panteón, en donde el yeso
quizás nunca hecho estatua se levante,
hoy ve el cuadro que vivo y palpitante
forma la carne sobre tanto hueso!

Los amantes se ocultan temerosos;
por eso astutos el cuidado toman
de guarecerse en las mortuorias fauces.

Ahí, murmuradores y curiosos,
desde la vecindad, sólo se asoman
sobre las tapias los arqueados sauces...

LA CAMPESINA

¡Levántate! La aurora ha despuntado,
y el abuelo regaña y te resondra...
Campesino, ¡despierta! En el tejado
revienta una canción por cada alondra!

Sacudes presta el último beleño
y te incorporas en el lecho blando;
rompes los lazos que anudara el sueño;
y gallarda, y de pie saltas cantando...

Buscando fuerzas y salud prolija
para el abuelo de sesenta octubres,
le escancias rebosante en la vasija
la leche espesa de las tibias ubres.

Eres así como una Hëbe amante
que, desterrada en un rincón del mundo,
le da el néctar en copa de diamante
á un Júpiter tronado y moribundo!...

Sales al campo fresco. Alegre chispa
siente el sátiro viéndote, escondido;
y te hace rueda la envidiosa avispa,
zumbándote con lúbrico zumbido...

Tú sin cuidarte del centauro ardiente,
que espía astuto el baño de las ninfas,
rápida te desnudas, y sonriente
surcas del lago las calladas linfas...

Y de las linfas en el claro espejo
retrátase la copa soberana,
llena de esplendidez, del árbol viejo
de los acusadores de Susana!

A la orilla también del mismo lago,
lavando los pañales infantiles,
aspiras en el aire húmedo y vago
el mismo aroma de tus veinte abriles.

Tendidos los pañales en los cerros
fingen, después, del sol á las vislumbres,
banderas de un ejército sin hierros
que marcha á la conquista de las cumbres!...

¡Oh dulce vida de serenas ondas!
vida que resbalar tranquila dejas,
entre el fresco murmullo de tus frondas
y el nítido vellón de tus ovejas...

Sigue viviendo alegre y sin cuidados:
no ante el rumor de la ciudad te asombres,
¡Más vale ser pastora de ganados
que ser pastora de rebaños de hombres!

EN EL POTRERO

Sobre el potrero, que vigor transpira
en sus tibios y lánguidos reposos,
el desalado viento zumba y gira
por los cañaverales rumorosos...

Entre las verdes cañas, serpentina
y angosta senda un carrizal separa,—
senda en que á trechos con orgullo empina
su ígneo penacho la gentil zacuara!

En la espesura, mugidor y ardiente
corre el toro ya libre del arado;
y allá, junto á las tapias, el torrente
ladra como un mastín encadenado!

Algún mozo de campo en plena lucha
su ardua tarea intrépido acomete;
que, entre el murmullo trémulo, se escucha
el sentencioso golpe del machete!

Pleno cañaveral. Signo es del cielo
la cruz de cañas que en la verde alfombra
se proyecta, inclinándose hacia el suelo,
como empeñada en abrazar su sombra...

SIESTA

¡Oh placer musulmán! Dulce tristeza
me convida á soñar, en suave lecho;
y, tendido en el campo, la cabeza
voy inclinando blandamente al pecho.

El párpado, que salta al menor ruído,
va cayendo y cayendo poco á poco:
todo lo miro vago, entredormido;
y al fin el pecho con la barba toco.

¡Qué suave laxitud! En mis soberbios
cánticos de pasión soñando apenas,
voy estirando mis malditos nervios,
como el mar que se estira en las arenas.

¡En cuánto pienso! La dorada cima,
al gran beso del sol, piérdese lejos;
y oigo del campo la solemne rima:
y me hundo de esa rima en los reflejos...
¡Oh música! ¡Oh señora de los mundos!
Tú que adivinas, al primer acento,
lo que dicen los báratros profundos,
lo que murmura el bosque y habla el viento!

Todo en el valle con amor se esfuma
bajo enorme y opaca sinfonía...
Reina el sol; ¡y es por eso que la bruma
se ha refugiado entre la mente mía!

Y de la bruma, envuelta en los deshechos,
el fantástico son de arpas eolias,
va surgiendo mi amada con sus pechos
blancos y puros como dos magnolias!

¡Oh placer musulmán! ¡Dulce tibieza!
¡No entrabéis más la mente atolondrada:
justo es que se levante la cabeza
cuando se piense en la mujer amada!

¡Arbol que me ofreciste lecho y sombra,
recibe del poeta los cantares:
de tus hojas caídas, en la alfombra,
han dormido un momento mis pesares!

Y ya que vuelvo, enfurecido y bronco,
á la obligada lucha de los hombres,
quiero estampar sobre tu duro tronco,
entrelazados con amor dos nombres.

Si una mano después osa el ultraje
de arrancarte esos nombres en pedazos,
tú crispándote en cólera salvaje
los debes defender... con tus cien brazos!

LA QUEBRADA

Es la quebrada una insolente brecha
que con tajo viril corta el camino,
y rauda precipítase y sin tino
hacia el mar que encogiéndose la acecha.

Ante el mar la quebrada se despecha,
al no poder seguir en su destino;
se contrae con golpe repentino;
y se abre, como un libro, al fin deshecha.

Ella que luce en fértiles adornos,
de vida tropical, fuerzas extrañas,
turbando la aridez de los contornos,
fecunda todo en su interior abierto,—
¡cual madre que se abriera las entrañas
para darle calor al hijo muerto!

EL BAÑO

Hacia el baño corriendo va la hermosa
desatado el cabello por la espalda,
lanzando en la carrera presurosa
á todo viento voladora falda.

El pie menudo y afilado estruja
en su marcha veloz, la flor que huella,
mientras ceñido el cinturón dibuja
curvas de tentación en la doncella.

El baño es el ideal. Con toda prisa,
en enviolable cárcel de madera,
desátase la falda que la brisa
hinchaba voluptuosa. El mar espera.

Traje corto. Las mangas recogidas
lucen dos frescos y turgentes brazos.
¡Las bañistas se mecen comprimidas,
formando un paraíso en mil pedazos!

Entra la hermosa. La revuelta espuma
rompe á sus pies con música de trueno;
el mar le abre los pliegues de la bruma,
y le da un golpe en la mitad del seno!

Cae de espaldas. De su abierta boca
salta la carcajada á borbotones;
porque la ola histérica la toca,
corcobeando con bruscas inflexiones...

Finge luego al nadar blanca gaviota.
Y sacudiendo el pie bate la mano;
mientras encima de su seno flota
el beso inacabable del oceano

Yérguese de los pies sobre las puntas,
luciendo, en plena faz, cárdena roncha;
y recoge agua entre sus manos juntas,
que fingen blanca y entreabierta concha...

Sale por fin del mar. Húmedo el traje
muestra las glorias de la curva llena;
y las espumas como níveo encaje,
desprendidas del pie, bordan la arena.

Cuando el húmedo traje rompe el lazo,
para enjugar su desnudez de diosa,
siente en las formas el supremo abrazo
de la sábana abierta y temblorosa...

LAS AVES

¡Cuántas aves que anidan sin recelo
en un árbol, que es luego cruz ó nave,
tienden por fuerza misteriosa y grave,
como el árbol también, al mar ó al cielo.

El ave es ambición que huye del suelo
y es alerta estentóreo ó trino suave;
que el canto más glorioso es el del ave
y la línea más pura es la del vuelo.

No importa—ya que el sol rasga las brumas—
que el mal persiga al bien y el buitre altivo
á la paloma, hecho un Satán con plumas;

que, mientras alas tengan y garganta,
serán las aves el emblema vivo
de todo lo que vuela y lo que canta!

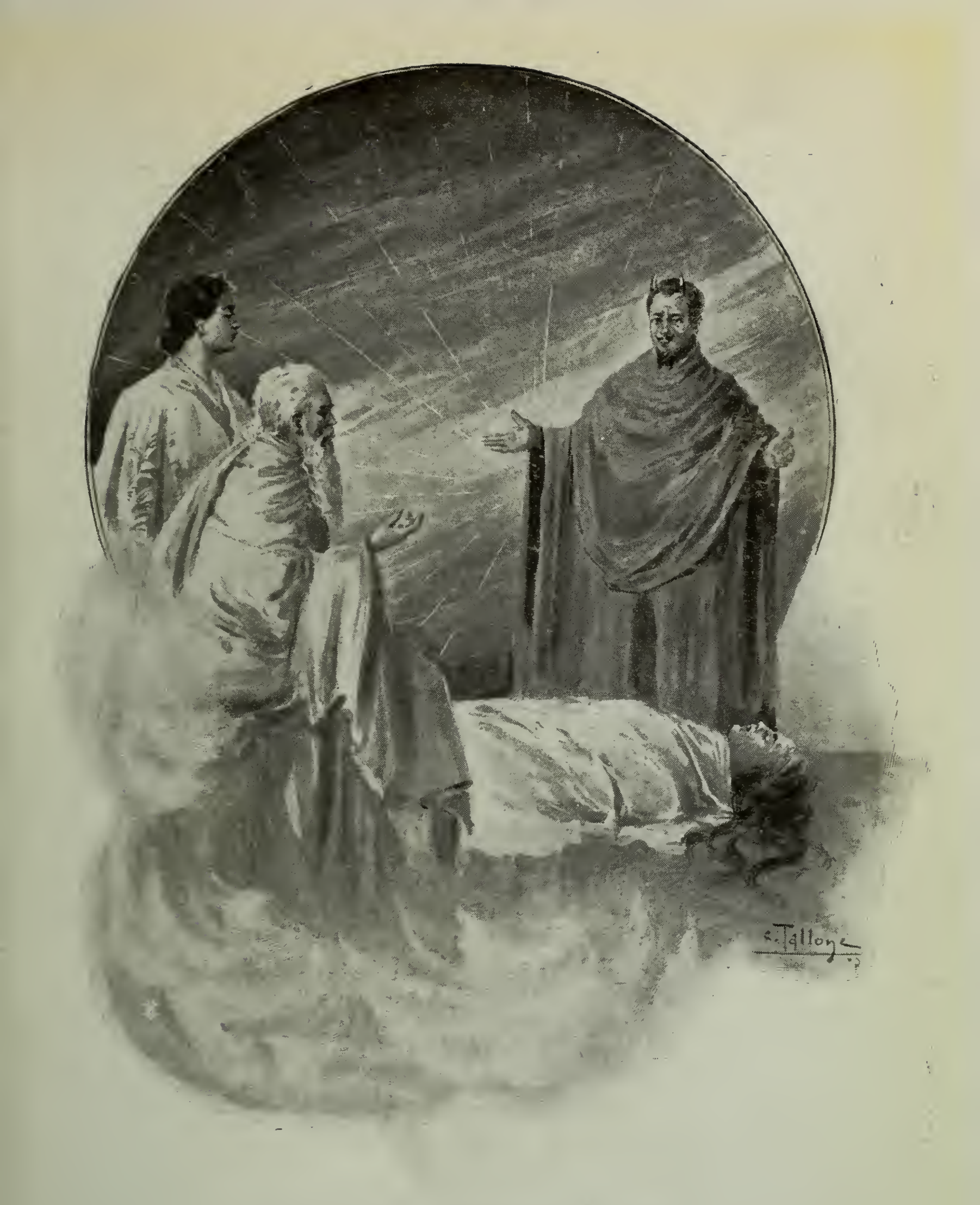
EL MORRO

Centinela avanzado que se empina,
defendiendo del mar la dulce aldea,
sueña el morro en la bárbara pelea
de la ola estallando repentina.

De la playa, á los cielos se avecina;
y, en su sien escarpada y gigantea,
la luz del sol pletórica chispea
ó la bruma temblando desafina...

Como cuanto más alto es cada monte
puede más de su cumbre divisarse,
porque se ensancha más el horizonte,

asombrado del morro ante el anhelo,
¡nadie atina si el morro al empinarse
más agua quiere ver ó ver más cielo!...



Cual surge, con estrépito de trueno,
de entre la nube el rayo tempestuoso,
aparece Satán, se alza ante el Bueno,
á la boca del antro. Está sereno:
¡casi puede pensarse que está hermoso!

El Fin de Satán.

LA ISLA

Inflámase la isla, allá, á lo lejos,
con los sanguíneos besos de la tarde,
mientras haciendo el sol su último alarde
dora del mar los límpidos espejos.

Asilo de los pósteros reflejos,
la ïsla por el sol de pasión arde;
y á su pie el mar inclínase cobarde
llorando triste sus amores viejos...

Antes de que Moisés con fuerza extraña,
á un golpe, del peñón de dura entraña
sacar lograse el manantial que encierra,

alguien hizo más grande maravilla,
¡porque golpeó con mágica varilla
en la mitad del mar... y brotó tierra!

PLAYERA

Filósofo es el mar: se alza y se llena;
y después de estallar en broncos ruidos,
corta su voz, apaga sus latidos,
y se dilata en la extensión serena.

Sabe que hay una ley que lo refrena;
y, sus sueños al ver desvanecidos,
se queja con furiosos alaridos
y como un gladiador rueda en la arena.

Almas que el ansia de luchar obstina:
venid conmigo á la arenosa raya,
y veréis cómo el mar tambïén se inclina;

que el rendirse ¡ay! cuando el vigor se abruma
es solamente respetar la playa,
y dejar de ser ola, y ser espuma!...

LA LAGUNA

El despeinado copo juguetea
al golpe de ala del cansado viento,
que retiembla sin brío y sin aliento,
sobre la espuma que á su soplo ondea

El pato nadador se balancea,
al resbalar con tardo movimiento,
por el azul cristal, que un firmamento
cuajado finge donde el sol chispea.

El blanco cisne, incólume y tranquilo,
arqueando el cuello, al desgarrar la espuma.
bate del ala el recortado filo.

Y doblegado, con las fibras flojas
por el dolor, un sauce que se abruma
llora en el agua sus marchitas hojas...

NOCHE DE MAR

¡Cuántas noches á cantar
desciendo hasta la ribera,
donde un recuerdo me espera
como saliendo del mar!...

Amo el vaivén del oleaje;
la bruma de tristes galas:
el golpe de ignotas alas
entre el espumoso encaje;

el rugido que apostrofa;
el cielo gris; y el fanal,
que es como el punto final
de toda la enorme estrofa!

Amo el lucero prendido
al manto real de la noche:
recuerdo que entreabre el broche
en las fauces del olvido.

Cada estrella es un recuerdo
que el sol á la noche envía:
por eso hoy, que en la sombría
mansión del dolor me pierdo,

hoy que voy loco y sin calma
buscando mi propia huella,
si un recuerdo es cada estrella
una vía láctea es mi alma!

Cuando se pierde una gloria,
el alma, vuelta al ayer,
debe también aprender
á soñar con la memoria;

que así visto el pensamiento
más bello y límpido es,
cual si pasara á través
de una gran luna de aumento.

Por eso bajo á soñar
de noche hasta la ribera,
donde un recuerdo me espera
como saliendo del mar...

Es ella la que el acorde
puso en mis versos de amor.
Yo fuí el vaso; ella el licor,
¡y el licor llegó hasta el borde!

Afinada nota á nota
su alma estaba con la mía:
el amor es harmonía:
el desdén es cuerda rota.

Un día huyó. La vi huir
hacia su país lejano:
¡alguno, yo ó el oceano,
no debería existir!

Esa noche, en esta playa,
entre el lóbrego capuz,
ví á lo lejos una luz
trazando una inmensa raya...

Era la nave traidora
en la que mi amada huía:
un lucero parecía
que iba en pos de alguna aurora.

¡Oh noche de negro espanto!
Era como ésta; lo mismo:
el fanal en el abismo
como una gota de llanto.

¡Ahí está! y aunque arrancar
pudiera yo en mi dolor
la ancha página del mar,
¡nunca podría enjugar
esa lágrima de amor!

EL PAVO REAL

El pavo real es el señor vizconde
que con golilla tornasol pasea;
entre plumas magníficas se esconde;
y con un grito trémulo responde,
si la alegre gallina cacarea.

Pasea como un rey entre sus salas,
luciendo altivo las abiertas rosas
que en amplia confusión forman sus galas;
él, que tiene en la cola y en las alas
prendidas un millón de mariposas...

Vedle cómo en su cuello, donde empieza
ese matiz que entre las plumas vaga
orgulloso levanta la cabeza:
¡vedle cómo conoce su belleza
y con su propia vanidad se embriaga!

Vedle cómo, señor de los señores,
mueve á compás el cuerpo en que tremola
la bandera de todos los colores,
mientras luciendo va todas sus flores
sobre el arco iris de la abierta cola...

EL GALGO

Echado está á mis pies: hunde dormido
la cabeza en las patas delanteras
y así sueña con todas sus carreras
y con todas las liebres que ha cogido

Largo, elástico—así como tendido
con ímpetu veloz en las ligeras
ansias conque recorre las praderas —
se despierta y sacude al menor ruido.

La cenicienta piel, aunque se afana
el hueso por salir con raro empeño,
finge el lustre de limpia porcelana.

Súbito tiembla con extraña fiebre;
porque ve que en los campos del ensueño
donde menos se piensa está la liebre.

LA ESPIGA

El golpe de la hoz sobre la espiga
repercute en el cielo; porque el cielo
hace del trigo el pan que calma el duelo
y hace la hostia que el pesar mitiga.

El codiciado pan de blanda miga
y la hostia ritual son, sobre el suelo,
trasuntos de ese Dios que da consuelo
al mismo que lo insulta y que lo hostiga.

En el campo la espiga que se mece
á compás de las músicas del viento,
siempre hacia el cielo sin doblarse crece.

Heraldo el trigo de ventura y calma
cuando no es hostia, es pan: es alimento,
¡cuando no para el cuerpo, para el alma!

CANÍCULA

El alma de los campos desfallece
soñando con el alma de los cielos:
triunfa el príncipe Sol. El fuego crece
en la fermentación de los anhelos.

Acre transpiración. Sombras extrañas
los árboles proyectan blandamente;
y hay murmullos de amor entre las cañas
y risas de placer en el torrente...

Puesta sobre las tapias la cabeza
rumiando el buey el último resabio
contempla la inmortal naturaleza,
triste el ojo y caído el belfo labio.

Trepado á un sauce, sobre débil rama,
busca el pilluelo el pájaro escondido,
que más que nunca se alboroza y ama
purificado en el crisol del nido.

El que con los sudores de su frente
amasa el pan, rendido y cabizbajo
batallador del surco y la simiente,
tregua pide á las luchas del trabajo.

En la lejana cumbre el sol chispea
entusiasta y viril, con santa furia;
y como un amplio mar ruge y ondea
sobre los verdes campos la lujuria...

El ave se une al ave, el grano al grano,
lanzando el himno del eterno coro;
y el Sol ajusta el himno soberano
á las cien cuerdas de sus arpas de oro...

La canícula es sueño y es reposo;
y el campo en ella es languidez y fuego,
mientras no siente el largo y delicioso
escalofrío bautismal del riego...

EL GALLO

El de la pluma recostada y fina,
del amplio pecho y de la frente enhiesta,
es el gallo, — Tenorio que domina
sobre la blanda y cándida gallina, —
¡Tenorio con estacas y con cresta!

Ese Tenorio que á su Inés adora,
despiértala al rayar de la mañana
cuando el beso del sol las cumbres dora,
centinela avanzado de la aurora,
¡primer clarín de la primera diana!

La gallina azorada que despierta,
al soplo ardiente del amor se esponja,
mientras el gallo, con el ojo alerta,
del estrecho corral canta á la puerta;
¡que si el Tenorio es él, ella es la monja!...

CARNAVAL

Siempre galante, impávido y risueño,
viejo raro que nunca se envejece,
solicita al amor que le enloquece
y que le incita dislocado empeño.

Carnaval luce, con alegre ceño,
apurando la dicha que apetece,
algo así como un sol que se estremece
en los ojos azules del Ensueño.

Él, que es en la ciudad un estirado
bailarín, rompe aquí reglas tiranas,
danzando libre sobre el verde prado.

Ríndese y duerme al fin; y al fin, sin ganas,
despierta hecho un Don Juan, desencajado,
de hondas ojeras y de verdes canas...

EL POEMA DE LAS FLORES

Soñé que cada flor tenía un alma;
y que en las almas de las flores todas
vibraba el beso que febril, sin calma,
rebosaba del borde
de las inmensas y solemnes odas
que elevaba el jardín en cada acorde,
desde las almas de las flores todas...

Soñé lo que cantaban. Era el salmo
de la vida del hombre enfermo y triste,
que cura sus dolencias por ensalmo
con sólo alzar las flores
que troncha bajo el pie, y en las que existe
el verbo espiritual de los amores
de la vida del hombre enfermo y triste...

Soñé lo que deseaban. Tutelares
después de ser sobre las cunas, rosas,
sobre los magnos lechos, azahares,
querían con empeño
violas y lirios ser sobre las fosas:
velar, como el primero, el postrer sueño
después de ser sobre las cunas rosas...

¡Soñé la apoteosis! Todo ardía
transfigurado en el furor del estro;
y en cada flor del cálice surgía
un femenino busto
como hecho á golpe de cincel maestro...
¡Y yo, de flor en flor, zumbaba á gusto,
vuelto un enorme moscardón siniestro!

EL POEMA DE LAS FRUTAS

Simbólico festín. Amplia y espesa
enramada de vides forma el techo;
y de la hierba húmeda en el lecho,
tendida se halla la silvestre mesa.

Sobre los hombros de un gran Atlas pesa
un recipiente, para tanto estrecho,
en donde saltan del montón deshecho
la piña enorme y la menuda fresa...

Corona la alta torre una partida
manzana de oro, que á gustar provoca
frescas corrientes de ignorada vida

y empinándose así la torre ufana,
se hace una torre de Babel que toca
el cielo del amor con la manzana.

LA CULEBRA

Bajo la yerba se desliza y salta,
rompiendo el tallo y profanando el nido,
en zig zag caprichoso y aturdido
como presa de fiebre que la exalta.

Al rededor de la robusta y alta
encina secular trepa, sin ruido;
y enroscada después, lanza el silbido
alentador de la primera falta...

Entre los sueños de mi mente obscura,
triunfante en el macábrico dominio,
la he mirado surgir reseca y dura;

y vibrar en los aires, empuñada
por el Genio infernal del Exterminio,
matadora y viril, como una espada.

EN LA CAMPIÑA

La campiña se tiende cortada á tajos
el arroyo circula bajo las plantas;
y en raudos borbotones ríe y murmura,
con los gorjeos roncos de cien gargantas.

Las flores vanidosas hinchan su cáliz;
los árboles se empinan llenos de orgullo;
y entre las ramas secas, tiembla el gusano
envuelto en la blancura de su capullo.

La araña trepadora teje sus hilos,
y sus tendidas redes presto enmaraña;
y hay con cada tejido mil fibras de oro;
y una gota de fuego con cada araña.

Retemblando y ocultas á ras de suelo,
pálidas y modestas y pudorosas,
las violetas se juntan formando grupos
como ramilletitos de mariposas.

Resplandecen los picos de las montañas;
castiga el sol los campos como un verdugo;
canta el ave; la lampa se hunde en el polvo;
y al surco va el arado y el toro al yugo...

EL SAPO

Piedra con vida, que al saltar sin tino
del negro monte por el seco tajo,
vas á caer en el obscuro y bajo
charco, — espejo de todo lo mezquino.

¡Qué pequeño y qué torpe es tu destino!
¡qué torpe y qué pequeño es tu trabajo!
sólo sirves, así como estropajo
para limpiar el lodo del camino...

¡Oh bufón de los campos! si te irritas,
— como un puño apretado — en la maleza
muestras al cielo tu joroba y gritas.

Hundir debieras la aplastada frente;
que, así chato, pareces la cabeza
rebanada de golpe á una serpiente.

EL ARADO

Dejad que goce en amistoso trato
del verde campo y del verano austero:
más que la lid de Napoleón prefiero
la deliciosa paz de Cincinato.

Ajeno al banal ruido y al boato,
sin huir de la paz seré un guerrero;
y, en el arado, blandiré ese acero
que es súplica de amor y no mandato...

Abre el arado fecundante herida,
en que germina la gloriosa suerte
de la campiña plácida y serena;

porque ese acero es libertad y es vida,
en vez de aquel que es tiranía y muerte,
¡tajo en la espada y nudo en la cadena!

Á UN ÁRBOL

Cuchichean tus hojas sus amores,
tus pájaros se besan disolutos...
¡y no está el azahar entre tus flores!
¡y no está la manzana entre tus frutos!

En vano te alzas retemplado y bronco;
también inclinas al amor la frente:
todas las primaveras, en tu tronco
se enroscará la bíblica serpiente.

Quizá al golpe del hacha que te hiere
una cruz ó un navío en tí palpita,
porque al golpe del hacha el árbol muere,
pero apenas ha muerto resucita.

Cruz ó navío, erguido en los altares
ó abriendo el agua con potente anhelo,
conducirás los cuerpos por los mares
ó llevarás las almas hacia el cielo...

PROCESIÓN DE RAMOS

Hoy se celebra la triunfal entrada
de Jesús á Salem: blanda pollina
con adorable carga se encamina
por la senda de rosas alfombrada.

Luciente procesión. La aglomerada
plebe, que entorno de Jesús se empina,
vibra la palma de la fe divina
cual pudiera vibrar odiosa espada.

¡Y el Saqueo está ahí! La ajena gloria
curiosidad despierta: ¡y pobre el alma
que nunca en otra provocó un deseo!

Es una ley por eso, de la Historia,
que así como en el triunfo hay una palma,
en la palma del triunfo haya un Saqueo.

LA NOTA GRIS

¿Dónde la nota gris? La sinfonía
de los cielos clarea. Es el instante
en que sobre el cadáver del lucero
nace el sol rey; y el embriagado Día
de su volcada capa de diamante
vierte en el campo el iris vocinglero.

¿Dónde la nota gris? Hasta del llanto
del abrupto peñón la eterna gota
luce también su cristalino encanto...
La alegría es ya cumbre; el triunfo nota...

el trino de la alondra limpio y suelto
en torno se desgrana. Hacia el abismo
el Espectro, espantado de sí mismo,
en su gran dominó se aleja envuelto.

¿Dónde la nota gris? No son las alas
propiedad de los pájaros... A veces,
con loco giro, en las campestres salas,
cruza el insecto alado, que Natura
formó á la postre, acaso con las heces,
aunque el áureo escorpión simula en vano
ascua de eterno ardor y en su blancura
un dije de marfil finge el gusano.

Entre la yerba húmeda; entre el seno
de las tumbas ocultas y ateridas,
surge la nota gris: roncha ó veneno...
Bajo las flores trémulas y erguidas
que inciensan ó matizan lo que tocan,
los insectos que triunfan sobre el cieno
turban el himno azul y se dislocan...

Todo no ha de ser mal. La abeja zumba
la canción del trabajo entre las rosas;
y hacia el almo confín parten radiosas;
de los abiertos labios de una tumba,
como besos de amor, las mariposas...
¡Oh, vosotros, insectos,
que palpáis los cadáveres infectos,
como que sois amados de las fosas,
y conocéis los últimos efectos,
y el origen primero de las cosas!
¡oh, vosotros, insectos! En la noche,
cuando la flor de luz desata el broche
sobre la nube parda y el Arcano,
como un ángel custodio, abre las alas,
acaso, acaso en las funéreas salas
del adormido y rumoroso llano
debéis de oir, á las más altas horas,
el trino de la alondra, que sus galas
lucir quiere con mágico deseo,
cantando la canción de las auroras
entre la calavera de un Romeo...

Todo marcha hacia el bien. Y vendrá el día
en que merezcan los insectos palmas
y triunfen como notas de alegría
sin turbar ya los himnos soberanos
de la campiña azul... ¡Oh, cuántas almas,
que hoy mariposas son, fueron gusanos!

LA LAMPA

Cuando el reloj de la cuarteada torre
á las doce ha llegado;
cuando la luz como una ola corre
de tejado en tejado;
cuando suda el Trabajo y cuando el Hambre
cava su propia tumba;
mientras que del telégrafo el alambre
electrizado zumba;
mientras el viento cálido requema
la frente sudorosa;
mientras canta la Vida su poema
y la Muerte reposa,
golpe tras golpe, empuje tras empuje,
en la florida pampa,
al clavarse entre el polvo tiembla y cruje
la reluciente lampa.

Ella en la mano del Trabajo brilla:
es la conquistadora
que saca al sol la cálida semilla,
que el sol requema y dora;
es la conquistadora de la grave
y eterna poesía
que se compendia en la migaja suave
del pan de cada día.

¡Bendito sea el pan! Mas no el que sobre
en la mesa del rico,
sino el que arranque de la tierra el pobre
con la lampa y el pico:
no ese que arroja estúpido y ufano
el lujo con su planta,
sino ese otro que va de mano en mano
como una hostia santa...

Cuando el Trabajo intrépido jadea
sudoroso y potente,
y cuando un ave en cada flor gorjea
y un sueño en cada frente;
cuando la vida erótica palpita
en oleadas serenas;
cuando la savia del amor se agita
del árbol en las venas;
cuando todo rebulle y se levanta
con ansia tumultuosa;
cuando la vida su poema canta
y la Muerte reposa,
golpe tras golpe, empuje tras empuje,
del osario en la pampa,
al clavarse entre el nicho, tiembla y cruje
la reluciente lampa.

Ella que mueve y que fecunda el llano,
en el panteón desierto
saca á veces al sol, en vez de un grano,
la cabeza de un muerto!
Ella sabe, burlándose de todo,
que la gloria es un mito,
y que sobre una página de lodo
se lee lo infinito...

Ella también trabaja cuando el beso
de las luces revienta:
sobre la lampa el sol, — de hueso en hueso, —
relame la osamenta..
Y ella, entre el polvo del sepulcro hundida
con golpe seco y fuerte,
es así como el brazo de la Vida
abriendo las entrañas de la Muerte!

EL MAESTRO DE ESCUELA

El dómine paciente y circunflejo,
de calado birrete, se pasea;
y medita y trabaja en una idea,
con febril ademán y hosco entrecejo.
Mientras uno decora con despejo,
otro alumno cantando deletrea;
y la tropa infantil chilla y vocea,
fija y pendiente del callado viejo.
¿En qué piensa el señor? Piensa que todo
á golpe de palmeta y por espanto,
si no cambia de sér, cambia de modo;
y piensa que no hay acto ni objeto,
que no se encierre en la lección de canto
de la escala inmortal del alfabeto.

EL BUEY

El buey que de paciencia se reviste,
cruza, á calmar la sed en el torrente,
mientras corre el novillo alegremente
tras de su hembra que á amarle se resiste.

Nada tan duro y tan crüel existe
como el yugo sufrir de lo impotente;
y tener ¡ay! que doblegar la frente
cuando se alza el amor. Nada tan triste.

Palpita el ansia que fecunda y crea;
y ante el cuadro triunfal de los amantes,
parece que hasta el árbol palmotea.

El buey se cubre de un sudor de fragua;
tiembla; los ve con ojos vergonzantes;
agacha la cabeza y bebe su agua...

EL CEMENTERIO

¡Qué blanco está el cementerio
tendido entre la maleza!
¿Por qué será que el misterio
tiene color de pureza?

¡Qué verde el campo parece
tendido allá en lontananza...!
¿Y por qué lo que florece
tiene color de esperanza?

El panteón junto á la ermita,
con su lánguida hermosura
parece una hoja marchita
caída en plena verdura.

Y como nota de horror,
y de lóbrego alborozo,
el nombre de enterrador
lo lleva un alegre mozo;

y el mozo que, abriendo atajo
las tumbas, entierra muertos,
no cree que estén abajo
los cadáveres despiertos..

Los fuegos fatuos le miran;
el mustio ciprés le llama;
las sombras en torno giran;
y él trabaja, y ríe, y ama.

El de las tumbas se olvida
para pensar en su suerte;
y su lucha por la vida
es la lucha por la muerte.

Los muertos le están mirando;
le llama el viento que zumba;
¡pero él sigue trabajando
y se sigue alimentando
con el polvo de la tumba!

¡Qué blanco está el cementerio
tendido entre la maleza!
¿Por qué será que el misterio
tiene color de pureza?

DE TARDE

Tarde apacible, desabrida y mustia...
Retiembla el sol, con épica agonía;
y lanza, de los cielos en la angustia,
los parpadeos últimos del día.

El labrador cansado de la lucha
que libra á pleno sol, — al hombro el hierro,
regresa hacia el hogar, á donde escucha
los alaridos lánguidos del perro.

Y mientras todo con color de barro
dilatándose va triste y sereno,
en el enorme y palpitante carro
como una nota rubia salta el heno.

El sol se abraza al árbol. Y el donaire
de la campiña desfallece luego...
El buey muge; y allá... brincan al aire
los agudos silbidos del labriego.

El flautista á la puerta de la choza
en llorar el crepúsculo se empeña,
viendo los ojos de una aldeana hermosa,
que la cartilla del amor le enseña.

Y mientras charlan sin cesar los viejos
y los niños se dicen sus antojos,
los amantes conversan desde lejos
con el abecedario de los ojos...

Cántase la epopeya de las luces;
saltan los astros en la bruma espesa,
el derrotado sol cae de bruces
ante la Noche; y Satanás bosteza...

Los que se aman repiten su querella
de noche ya sobre la verde alfombra;
y ambos se miran en la misma estrella;
¡y ambos se envuelven en la misma sombra!

LOS MOLINOS

Allá... se ven de la vecina aldea
las burladoras aspas de molino,
girando arrebatadas y sin tino,
con fe que impulsa y rabia que jadea.

Una estrofa en las aspas voltejea,
lanzando al cielo el cántico divino
del hombre triunfador sobre el Destino
y del viento enfrenado por la Idea.

Cuando, entre las penumbras de la tarde,
veo allá... los molinos. donde en vano
un gran beso de sol palpita y arde,

¡espero ver que de las aspas brote,
sobre flaco rocín, y lanza en mano,
el tipo espiritual de Don Quijote!...

EL MONUMENTO

(Jueves Santo).

Mil lámparas alumbran la agonía
del buen Jesús. En el rasgado velo,
palpita, así como con sacro anhelo,
el germen áureo del Eterno Día.

Allá, al fondo, en la bóveda sombría,
rueda la bruma con pausado vuelo:
cada rincón obscuro se hace un cielo;
cada mundo de pena, una alegría...

¡Impiedad es la luz! Por eso luego
la Iglesia, con la sombra en que se enluta,
va enjugando sus lágrimas de fuego;

y al fin un solo cirio se estremece,
ante la cruz cuya silueta enjuta
adelgázase más cuanto más crece...

VIERNES SANTO

La cruz yace sobre el polvo. Duerme el templo. En los altares
ya los coros abatidos de las vírgenes no cantan.
Secos cirios, arropados en las sombras tutelares,
con nostalgias luminosas, de las sombras se levantan!

En el órgano — ese duro roncador empedernido —
duerme el cántico los sueños de sus rústicos ensalmos;
y se escucha que resuenan en el fondo del oído
los gorjeos de las notas postrimeras de los salmos.

El espíritu escapándose en el verbo que aletea,
va girando por las nubes esperando que se le abra
el gran pórtico dorado del alcázar de la Idea,
donde el pie del Padre Eterno canta gloria á la Palabra!

La neurótica creyente, en fantástica ternura,
murmurando sus cortadas oraciones, se arrodilla;
y en sus labios perfumados con olores de mistura,
todo llora, todo gime, todo tiembla, todo brilla...

A través del casto velo de las gotas de su llanto,
ella observa el lienzo obscuro que hacia un lado se divisa:
Satanás alza los cuernos á los pies del ángel santo,
con la boca dilatada por estúpida sonrisa.

¡Oh qué pánico! ¡oh qué frío va corriendo por las venas!
¡oh qué vértigo de sombras! ¡oh qué golpes de locura!
La neurótica creyente que en su Dios pensaba apenas,
como ha visto al diablo salta y en sus rezos se apresura.

Ella ha visto que un fantasma gira en torno de las luces;
y teñida con los tintes inflamados de la rosa,
atropella sus palabras, con los dedos hace cruces
y va hundiéndose en las nieblas de la iglesia silenciosa.

Todo calla. La campana de las torres yace muda;
y sus cantos, que ayer mismo fueron gloria, hoy fuesen mengua:
taciturna con sus sueños melancólicos de viuda,
bamboléase en las sombras, amarrada de la lengua...

Mas en medio del silencio filosófico y profundo,
se levanta el señor cura; y espaciando la mirada,
con la idea en los abismos, con las plantas en el mundo,
sube á lo alto del Gran Todo, baja al fondo de la Nada.

Mueve ideas, cambia rumbos; mueve frases, cambia giros;
y, á los lóbregos pasando de los tonos más serenos,
va soltando las palabras como lánguidos suspiros,
como besos, como quejas, como gritos, como truenos...

EL SANTO SEPULCRO

(Procesión).

Bamboleándose cándido y suave
va el Señor con sin par gentileza,
como encima del ala de un ave;
y la chusma fanática y grave,
en coreada oración zumba y reza.

A una cruz que enlutada camina,
en altar que entre inciensos se esfuma
y que cruje y retiembla y se empina,
el ya muerto Señor se avecina,
sobre un lecho cuajado de espuma.

Se deslizan dos largas hileras;
y rodeando al Señor como adorno
de rojizas y extrañas lumbreras,
van del lecho clavadas en torno
temblorosas las pálidas ceras.

Un runrún infinito que atruena
los oídos, palpita y estalla
en la gran procesión nazarena:
allá lejos, al fin... triste suena
destemplado clarín de batalla.

Larga tropa de fríos soldados
acompaña los santos dolores:
mal seguros y mal enfilados, —
los clarines al par destemplados,
destemplados al par los tambores.

Casi en medio, Jesús, ya rendido
por el peso de un árbol que asombra,
pues no tiene una hoja ni un nido,
va de túnica obscura vestido
como pálida y trémula sombra.

El buen cura, entre cien feligreses
con un místico orgullo se entona,
para alzar sus católicas preces;
un rayito de luz cae á veces
en la tersa y rapada corona...

Todos llevan los ojos clavados
en el Dios de los grandes martirios,
por la fe de ese dios arrastrados...
Y jazmines y rosas y lirios
á sus pies van cayendo mezclados...

¡Sopla el viento, y apaga los cirios!

ÁRBOLES VIEJOS

Hasta el árbol tronchado en el camino,
sin hojas, y sin frutos, y sin flores,
puede prestar asiento á los pastores
y un báculo prestar al peregrino.

Así el anciano de experiencia y tino
máximas da que evitan sinsabores:
y sin savia, ni aroma, ni colores,
cumple su ley y tiene su destino.

¡Oh, labrador! Escucha mi consejo:
te debes resistir cual me resisto
á cortar ramas aunque estén desnudas

porque puede salir de un árbol viejo
quizás la cruz en que sucumba un Cristo,
quizás la rama en que se cuelgue un Judas!

¡GLORIA!

La aldea ayer no más entristecida
cobra hoy nuevo placer; que en torno vierte
alborozada luz la misma Muerte
desde el cenit de la perpetua Vida.

Como corcel que destrozó la brida,
el alma deja la materia inerte;
y entre los bruscos cambios de la suerte
brota transfigurada y desprendida.

Es la Resurrección. Mientras que llena
la Pascua todo de inefable brillo,
surge el aldeano en traje dominguero;

y luego, en aras de la alegre cena,
se inclina á la amenaza del cuchillo
la humilde frente del pascual cordero...

EN EL SALÓN

¡Entrad! — me dijo el estirado paje;
frunció la faz con rápida sonrisa;
y descorrió de golpe en la cornisa
el doblegado alón del cortinaje.

Ceñido el cuello de espumoso encaje,
surgió ella leve, vaporosa, aprisa,
ahogando el taconeo con que pisa
entre el frufrú de su sedoso traje.

Nos saludamos con cortés palabra.
Hablamos del estío adusto y fiero
y del trabajo que fecunda y labra.

Hablamos de la ardiente poesía;
hablamos con ardor... Cogí el sombrero;
y le estreché la mano: ¡estaba fría!

EN LA ALCOBA

Olor de nido. Sonrosada lumbre,
tras la pantalla, esplende en la cortina,
entre la cual á Venus se adivina
llena de placidez y mansedumbre.

Como el pálido copo de la cumbre,
yace Venus, helada y cristalina;
mientras que afuera el campo desafina
con su rumor de ronca muchedumbre...

Duerme ella al fondo de su cuja blanca,
luciendo un brazo que torneado arranca
y el alabastro de su seno combo,

sin más testigos en la paz nocturna
que el Cristo agonizante entre la úrna
y los chinos bordados sobre el biombo...

EN EL COMEDOR

Mágico hervor, que se dilata en torno,
saltar hace la nota cristalina
de la ancha copa, que el aldeano empina,
del carnaval por el feliz retorno.

Es un arado el singular adorno
único que impresiona la retina;
y allá, tras de la puerta, se adivina,
caduco, ahumado y ceniciento un horno.

Hoy es Pascua. Hoy del sol al postrer lampo,
bebe una misma copa con su amada
el labrador, por la salud del campo;

y hoy á la cena la Embriaguez asiste,
danzando al rededor de una colgada
ave sin plumas, retorcida y triste.

EN DESCANSO

Tendido está el gañán. En su sereno
rostro de paz resbala una sonrisa,
mientras lo cubre jugueteando el heno
con los extraños juegos de la brisa.

El sol va combatiendo en retirada.
Los árboles sacuden la cabeza;
y empínanse, la copa iluminada,
abriéndose de brazos con pereza.

Y la tarde, poniendo como huellas
sombras cargadas en las anchas fosas,
enterró al sol, habló con las estrellas
y acarició las frentes sudorosas...

El tendido gañán, lleno de asombro,
al fin se incorporó. Y hacia su nido
por las campiñas, con el hacha al hombro,
cruzó lanzando su especial silbido.

La noche hallóle bajo un árbol viejo,
junto á su choza, en actitud serena,
viendo de un charco en el redondo espejo
el ancho rostro de la luna llena...

LOS VAMPIROS

El vampiro es la astucia: se cuela
batiendo sus alas y dando sus tumbos...
¡Puñado de sombra que salta, revuela,
combina los brincos y quiebra los rumbos!

Pero á veces en vano á la chica
y obscura ventana del templo se pega;
y encima del muro repica y repica,
con ansia apurada, con fe loca y ciega.

¡Cuántas veces también yo pegado,
sufriendo paciente ludibrio tan duro,
con alas nerviosas he dado y he dado
histéricos golpes encima de un muro!

Y he sabido golpeando sin calma
que existen mujeres con pechos de piedra,
con hoscos vampiros adentro del alma
y encima del cuerpo ropaje de yedra!...

HÉROES OCULTOS

Al otro lado del cequión, vecinas
á una choza infeliz, tienden sus brazos
dos cruces, en que cuelgan á pedazos
dos coronas que hoy sólo son de espinas.

¿Quiénes duermen ahí? Leyes divinas
juntan quizás, en póstumos regazos,
á dos héroes que ayer, rotos los lazos,
combatieron rodando por las ruinas.

¡Ah! Yo sé que en incógnito heroísmo
si, entre los choques de la lucha acerba,
muerde el polvo el intrépido soldado,

tendrá su tumba en ese polvo mismo,
y en esa tumba crecerá la yerba,
y en esa yerba pastará el ganado!...

LA GITANA

Se acerca ya la gitanilla ardiente,
de hondas pupilas y de labios rojos,
que llega desde el viejo continente
predicando la Biblia con los ojos...

Ella cuando abre el encendido labio
clava en un corazón firme saeta,
mientras danza á la vez un mono sabio
al són de la rotunda pandereta.

La acompañan tres viejos: uno toca
triste zampoña de letal ternura,
otro una flauta electrizada y loca
y otro rasca un violín con mano dura...

Ellos que siempre hacia el confín avanzan
envuélvense en nostálgicos empeños;
y en torno suyo los recuerdos danzan,
al compás de una música de sueños.

¡Qué triste me parece agradecida
la gitana, que al fondo se sonroja,
cuando cae en su falda recogida
la vil limosna que el burgués la arroja!

A todos, ya la gloria, ya la muerte,
con un desdén supremo y soberano,
les adivina la futura suerte,
si les mira la palma de la mano.

Y otra vez canta... Y la gitana ardiente
de hondas pupilas y de labios rojos,
se regresa á su viejo continente
predicando la Biblia con los ojos...

PROBLEMA

Como en la misma iglesia vive el cura,
al primer resplandor de la mañana
lo visitan en turba soberana
niños llenos de gracia y de hermosura...

El los deja jugar á su ventura;
y al par que uno sacude la campana,
otro hecho fraile en levantar se afana
el cáliz sacro á la divina altura.

Si el cura al cielo la mirada tiende,
todos los niños en alegre coro
ante el altar de Dios rezan y cantan.

Diga el cristiano si el señor desciende
cuando el cura levanta el cáliz de oro,
ó cuando aquellos niños lo levantan...

NOCHE DE ESTÍO

Paisaje tibio. En el campo
respirando á pulmón lleno,
mientras la luna relame
la espuma del riachuelo,
oyendo la flauta triste
de prolongados acentos,
el suspiro de las brisas
y el ladrido de los perros,
¡oh cuánto discurre el alma,
girando sobre un ensueño,
como sombra que da vueltas
al rededor de un lucero!

La luna, la blanca luna,
casto espejo de mis dichas,
como una gota de azogue
que corre sobre sí misma,
pasando de blancas nubes
á obscuras nubes tranquila,
plácida, con tardo vuelo,
silenciosa y pensativa...
¡Si levantara los ojos
á lo alto la amada mía:
ella que todo lo sabe
ó que todo lo adivina!

¡Oh, qué dulce y vaporoso
ensueño se hunde en mi alma:
en vez de temporal, brisa;
paz, en vez de guerra airada!
Entre las sombras dibujo
á mi novia, dulce y cándida;
yo el gladiador incansable,
yo el del golpe y de la carga.
Allá también ese roble
sueña entre la niebla vaga;
y el roble sus ramas presta
para hacerlas mangos de hacha!

Ese frufrú de las hojas
tan esponjoso, tan vivo,
es la canción de los trajes
de un valse en el loco giro;
ese frufrú es como un beso
que dieran, á un tiempo mismo,
en cien mil inquietos labios
cien mil labios convulsivos...
Primer violín de la fronda.
en las matas tiembla un grillo,
con su falsete erizado
que me araña los oídos...

¿Cómo, á los ojos de Diana
que me mira sonriendo,
me embriago con la locura
de hacer y deshacer sueños,
yo que no guardo esperanzas
ni en la tierra ni en el cielo;
yo que me burlo del cura
que echa el sermón en el templo?...
Busco la respuesta. El rostro
giro hacia atrás y la encuentro;
¡es un ruiseñor que canta
encima de un árbol seco!...

CUASIMODO

Las campanas anuncian la fiesta;
el petardo revienta rotundo;
y el pilluelo taimado y jocundo
con sus risas perturba la orquesta.

Procesión fervorosa y honesta
luce el palio, en que arroja este mundo,
con las rosas de campo fecundo,
las de triste y malvada floresta...

A la vez que el repique en la torre
rimar logra con raudo cohete,
que cual sierpe metálica corre,

Judas arde y se lanza al infierno
por los aires, volando, jinete
en enorme y diabólico cuerno...

PAISAJE

En la abertura de las campiñas estremecido,
sueltas las crines, el hosco verso vibra sus zarpas;
la avispa zumba; de la culebra salta el silbido;
y los nerviosos árboles secos tiemblan como arpas.

Agrio bochorno. Pesado cielo. Campiñas suaves.
Sobre montones de pajas secas corren las cabras;
bala el ganado; canta el labriego, pían las aves;
y se oye al fondo de la espesura chocar palabras.

Las grises tapias crúzanse, y bordan de los potreros
la túnica amplia, llena de accesos y hecha girones,
por donde el pico puesto en el hombro, cruzan ligeros
los duros mozos enseñoreados de esas regiones.

El viento barre las hojas secas de las campíñas
con su ala enorme, que acariciando va los maizales;
y el agua turbia de los torrentes, en broncas riñas,
precipitada corre entonando cantos triunfales.

Bajo las hojas y entre las largas múltiples hebras,
brinca de en medio de las obscuras notas dormidas,
ya el zigzag breve de los silbidos de las culebras,
ya el gluglú fresco de las ruidosas aguas sorbidas...

La tarde llega. Los brazos caen. Los picos duermen.
Su nido busca con locos giros el ave cauta.
Se esfuma el árbol; se opaca el surco; se entibia el gérmen
y allá á lo lejos, allá á los lejos... suena la flauta!

Á UN ASNO

Joven asno, que trotas y te alejas
con tu carga de amor, oye mi acento;
y no porque te zumbe alegre el viento
sacudas tus larguísimas orejas.

Oyeme, asno crüel, ¿por qué no cejas?...
¿Por qué huyes con tu aldeana en el asiento.
si símbolos de dicha son, jumento,
las herraduras que estampadas dejas?

Joven asno, oye bien! Yo te daría
este rincón que es el mejor del prado,
este árbol que hace sombra todo el día,

este arroyuelo que temblando arranca,...
¡por ese pie que aprieta tu costado,
por esa mano que palmea tu anca!

EL CABALLO AGRICULTOR

No es el corcel, que en el feral combate
salpicándose va de espuma blanca;
y que en salto veloz se desbarranca
al empuje viril del acicate.

Es el que trabajando no se abate;
qûe á la fecunda Ceres lleva al anca,
y que entre el polvo que trotando arranca,
remueve el grano que en el surco late.

El no ha sentido por los rojos lampos
impresionada la febril pupila;
él vela por la vida de los campos.

Y como lejos dè la lucha acerba
es enemigo del corcel de Atila,
donde pone los pies... ¡brota la hierba!

EL BOSQUECILLO

En la mitad de la cercana hacienda
un bosquecillo que al arroyo abona,
al redor de una mísera vivienda
de inmarcesibles flores se corona!

El pino — retemplado centinela —
descuella entre las amplias multitudes;
y, meditando en su destinó, vela:
¡de su tronco quizás dará ataudes!...

El álamo, abrazado con el pino,
el viento corta que en las ramas zumba
y vela, meditando en su destino:
¡quizás dará una cruz para la tumba!...

Un sauce sobre un lago. Acaso fíe
al lago el sauce el mal que lo devora...
¡El lago es un poeta que sonríe!
¡El sauce es un filósofo que llora!

Los pájaros cantando sus empeños
preludian una música de amores:
vuelan como visiones de los sueños
que, dormidas quizás, sueñan las flores...

El ruiseñor de trémulas escalas
lanza al aire su voz limpia y coqueta;
y desplegando de su voz las galas,
habla de los amores de Julieta.

El picaflor sobre la rosa trina;
préndese de una rama y salta al fruto;
y bajo de sus alas se adivina
su cuerpo tembloroso y diminuto.

Coronación de todos los jardines,
robusta y opulenta y orgullosa,
en medio de explosiones de jazmines,
prodigando su olor, se abre la rosa.

Vuelan las mariposas alocadas,
unas tras otras con amante apuro:
¡para siempre quizás se unan clavadas
con las alas abiertas contra un muro

Cabe la choza, su follaje umbrío
vierte en torno simbólico manzano;
¡y entre tanto placer y tanto brío,
y tanta juventud, vive un anciano!...

PUESTA DE SOL

Crepuscular el ritmo que se esfuma
tiembla sobre el matiz del firmamento.
Se cuajan los fantasmas de la bruma
y se entibian las ráfagas del viento...

La bruma azul ahoga los reflejos
y de vagos espíritus se llena;
y la isla dibuja allá á lo lejos
las formas de hiperbólica ballena.

El latido del mar sube y se exalta,
y cesa luego en aire religioso;
y el verso, como un duende, brinca y salta
jugando con la espuma del coloso.

La espuma festonada de la öla
me acaricia en sus bruscos desaliños;
las rimas entreabren su corola;
los astros hacen sus primeros guiños...

Sentado en un peñón, tal vez parezco
así como un espíritu maldito;
y en mi sombra haeia tierra, crezco y crezco
y crezco hasta llegar á lo infinito.

Oscilan entre mi alma ansias inquietas;
y atráenme en sus fuerzas alternadas,
ya el cielo con sus típicas siluetas,
ya el mar con sus groseras carcajadas.

¡El sol y el mar con ansias amorosas,
tocándose al poniente en dulce exceso,
ensayan variaciones caprichosas
sobre la gama espiritual del beso!...

LA HACIENDA

Ven: la hacienda está cerca. Ahí... la casa
se acurruca á las faldas de ese monte;
y brilla con el sol como una brasa
que salta sobre el límpido horizonte.

Escápate conmigo de la aldea.
La máquina está ahí y ahí el trabajo;
y el humo que arrojó la chimenea
flota del monte en el abierto tajo.

La gentil caña en los potreros nace,
y da el azúcar de la esencia blanca,
cuando el hosco trapiche la deshace
y el flaco y duro corazón le arranca.

Ven conmigo al trapiche. El agrio chino
y el rudo negro con afán jadean:
¡y qué dulce consuelo en su destino
sentirán renacer cuando te vean!

Ven conmigo. Verás cómo la rueda
ante ti un punto con amor reposa;
y verás cómo extática se queda
la máquina huesuda y musculosa!

Y al regresar después, sobre la alfombra
blanda y florida que el arroyo baña,
nos sentaremos á la misma sombra
y comeremos de la misma caña...

EL PILLUELO

El pilluelo del campo es el pilluelo
más lleno de destreza y de osadía,
que se despierta cuando el nuevo día
le despierta también allá, en el cielo.

Métese en el corral. Arroja al suelo
el árbol más amado en la alquería;
y escala el muro, y rueda por la vía,
y cruza el monte sobre un asno en pelo.

Sacudiendo el mechón en su escondrijo
trépase al pino ó se hunde entre las yedras
con su rojo pañuelo al cuello fijo.

Y allá en la calma de sus ocios vagos,
busca piedras, y rompe con las piedras
todos los vidrios de los tersos lagos!...

NEGRO Y AMARILLO

Es la hacienda refugio consagrado
de las razas ungidas por el crimen,
que con la lampa, el pico y el arado,
se alzan, se transfiguran, se redimen.

Siempre jadeantes, la lección aprenden
del trabajo viril negros y chinos:
el giro de los émbolos atienden,
cortan la caña y limpian los caminos.

Cuando, cansados, al hogar sencillo
vuelven y se amontonan á la puerta,
de cenicienta luna con el brillo
mudos admiran la extensión desierta;

y acaso sienten la nostalgia inmensa,
dibujando un recuerdo en la penumbra,
que siente el incensario que no inciensa
y que siente la antorcha que no alumbra...

Quizá el negro, cruzándose de brazos,
espera siempre que su gloria vuelva
soñando en los recónditos regazos
de una africana y majestuosa selva...

Quizá el chino, en cuclillas, como un brujo,
con apostura extraña y gesto impropio,
finge suave y exótico dibujo
en las volutas lánguidas del opio...

Y siempre entre sus sueños soberanos
sienten así, pensando en sus destinos,
el rugir de los leones africanos
ó el aletear de los dragones chinos...

EL PESCADOR

El viejo militar endurecido
no tantos lances ni victorias cuenta,
como el buen pescador, que en la tormenta
duérmese al són de tumultuoso ruido.

Él, por las olas trémulas mecido,
cuando la bronca tempestad revienta,
piensa en su hogar y en su familia hambrienta:
ave que sufre, se dirige al nido...

Cuando alza el día su cantar sonoro,
recoge alegre el pescador sencillo
en las preñadas redes su tesoro;

¡y, en medio del placer con que se inflama,
de las monedas adivina el brillo
sobre el plateado lustre de la escama!...

EL ARROYO

Una perpetua lágrima de plata
en su inmenso dolor llora la fuente;
y esa lágrima corre cual serpiente
que entre el húmedo musgo se desata.

Inquieto arroyo, que humillado acata
la ley que le hace doblegar la frente,
besa al soslayo y prolongadamente
el verdor que en las linfas se retrata.

Vedlo: marchando ciego en su destino
por las pendientes rápidas se aleja,
sin escoger ni preferir camino;

y siempre amante y con el mismo gusto
sobre sus ondas límpidas refleja
la flor gentil como el reseco arbusto...

ACUARELA

Soberbio mar. Una irritada ola
abre los abanicos de su espuma;
y palmotea con presteza suma
sobre una peña indiferente y sola.

La arena se abrillanta y tornasola,
al halago de Febo que se abruma,
mientras allá... leve jirón de bruma
ciñe á la cumbre espiritual aureola.

En las ondas elásticas, las yerbas
retozan y se entregan á la orilla,
entre las ansias de la lucha acerbas.

De pie, sobre la peña, álzase un viejo,
que absorto con su anzuelo y su varilla
sólo atina á pescar un gran cangrejo...

LA CARRETERA

¿No deseas, amada, á las sencillas
gentes del pueblo unirte placentera
y pasearte conmigo por afuera,
entre flores, aldeanos y avecillas?

Los árboles — soldados en guerrillas —
cuidan la polvorosa carretera,
que cruza, como un cauce, la pradera,
seca el agua y borradas las orillas...

Al tornar á este pueblo, del vecino,
con todas sus brillantes lentejuelas
como una bruja saltará la Noche;

y para no extraviarnos del camino,
seguiremos las líneas paralelas
que trazaran las ruedas de algún coche.

MELOPEA AUTUMNAL

El mal del siglo mi cabeza oprime
y la tristeza alienta en mis empeños.
El gris es el color de mi sublime;
el tizne es la gran nota de mis sueños

¡La gama del ideal se estira suave;
y corriendo la estrofa en esa escala,
bate el cantar altilocuente y grave
prendido al pensamiento como un ala!

Los miserables nervios me atormentan;
y la bilis se cuaja en mis cantares;
y las estrofas bárbaras revientan
como las gruesas olas de los mares.

El ciclón de mis gritos elegiacos
ha de tomarse en bienhechora calma.
Venid á mí ¡oh espíritus opacos!
Venid ¡oh paralíticos del alma!

Ante las ninfas que su amor invocan,
cantará el verso, abandonando el mundo,
á esas dulces mujeres que provocan
sólo un suspiro trémulo y profundo...

¡A esas hermosas de la triste endecha;
del cuello arqueado que flexible arranca;
y de la boca fría, que es sólo hecha
para el halago de la hostia blanca!

Oíd vosotros mis pesados ecos,
mis gritos agrios y mis roncas salvas:
¡vírgenes mustias de pulmones secos!
¡tristes mancebos de cabezas calvas!

ULTRATUMBA

En la playa do se rompen los oleajes iracundos,
en la tumba do se apaga tanta cólera encendida,
se columbra el horizonte de la Tierra Prometida
que se ensancha ante los ojos de los tristes moribundos.

Inflamándose en la atmósfera esos gérmenes fecundos,
que celebran el consorcio de la muerte con la vida,
hacen sólo al Universo breve punto de partida
para el viaje del espíritu á través de eternos mundos...

Frío el mármol vanidoso, tibio el seno de los campos,
preferible es dormir siempre dentro el hoyo de un sendero,
bajo un árbol que acaricien los rocíos y los lampos.

¡La Natura en sus campiñas brinda á su hijo abiertas fosas;
y por eso en las entrañas de la Madre dormir quiero,
la materia hecha gusanos y el alma hecha mariposas!...

ANTE EL ABISMO

—Bien, Ya puedes hablar.
Y abrí los labios;
Y le dije al abismo:
—¡Oh tú el eterno padre de los sabios!
¡oh tú el obscuro arcano de los hombres!
Díme con tu implacable pesimismo
si el vicio y la virtud sólo son nombres;
y díme si un espíritu se encierra
en el ansia, el amor y el pensamiento...

Y nadie respondió.
¡Tan sólo el viento
batió las alas, levantando tierra!

LA TEMPORADA

Como desborde que febril avanza
por las campiñas con salvaje brío,
la ciudad se despuebla en el estío
y hacia la aldea sin temor se lanza.

Contúrbase la dulce venturanza
de la aldea á la fuerza del gentío,
como laguna al recibir un río,
que ansioso de amplitud por fin la alcanza.

De gozar ya cansado, noche y día,
—en el mar ó en el campo, brisa ú ola,—
huye el tumulto á la ciudad sombría;

mas siempre inmensa hacia la aldea sola
torna en verano aquella farsa impía,
que se viste de frac ó arrastra cola...

MONTE Y CAMPIÑA

El viejo monte pensativo y tríste
contempla la campiña, que es su amada..
La campiña de flores se reviste;
y, al sentirse fecunda,
sonríe con sonrisa perfumada.

El viejo monte, en plácidos amores
contempla su campiña con verdura,
con hojas y con flores;
pero recuerda al matador Otoño
que arranca de raíz esa hermosura.

Surge el Otoño y reina. Hoy la campiña
ante el monte de luto se reviste.
La campiña eres tú ¡oh hermosa niña!
yo soy, niña hermosa,
el viejo monte pensativo y triste...

RESURRECCIÓN

¡Oh víctima triste de estúpida guerra, que yaces dormida!
¡oh aldea arruinada que en polvo infecundo descansas la frente!
¿por qué no te empinas; y rompes, con soplos de espíritu ardiente,
la paz del sepulcro, que bajo la losa te tiene oprimida?
Los viejos campeones con mano crispada, se tapan la herida,
y siguen luchando, con toda la furia de su alma valiente:
preciso es ¡oh aldea! que te alces airada también de repente,
y sigas la lucha, la bárbara lucha de toda la vida...
¡Camina! Es preciso marchar con el rumbo que lleva el Progreso:
preciso es que, á impulsos del ansia, deslumbres mañana, si hoy brillas,
llevando en las sienes de un sol sin desmayos prolífico beso.
¡Sacude la niebla! Ya el sol en tu rostro se empina y se agranda;
y allá... sobre el flanco del morro, en las tristes y abiertas orillas,
te gritan las olas, golpeando las peñas:—¡Levántate y anda!...

DESDE LEJOS

Hoy te quiero cantar, y es porque quiero
que sepas que mi amor es un tesoro:
¡sin empuñar el pico del minero,
te voy á descubrir un filón de oro!

¡Si no supiese yo que en la cabeza
tienes luz, tanta luz como en el pecho,
no me atreviese á hablar de tu belleza
y á decir que mi amor es un derecho!

Tú sabes, cual yo sé, que los doctores
del dogma del amor, toman á ultraje
pensar que mude el corazón de amores
como mudan las aves de plumaje.

¿Quién se puede oponer á mis anhelos?
¿quién tuerce la intención de mis cantares?
Cuando voy hacia tí crecen los cielos
y se acortan las tierras y los mares...

¡Mi amor, mi loco amor, que es luz y fuego
cruza á través del tiempo y la distancia;
y se guía sin verte, porque es ciego,
para llegar á tí... por la fragancia!

Rosa mística ó flor de los ideales
ensueños de David, te llamaría,
en mis fervientes cánticos triunfales,
si tuviese el amor su letanía...

Tu fragancia me embriaga... Aquí en la frente
recibo el beso perfumado y suave
que me traen las brisas del Oriente,
llenas de aroma y de gorjeos de ave!

¡Oh las aves marinas!... A lo lejos
las miro, de un crestón del alto monte,
cruzar, entre los últimos reflejos,
con tardo vuelo el límpido horizonte;

y soñando contigo, hágoles señas
con el pañuelo que febril sacudo:
trepo después á las más altas peñas,
cruzo los brazos y me quedo mudo...

¡Oh dolor! Yo también, cual Bonaparte,
decir puedo, sin fútiles engaños:
—¡Mujer! ¡Desde la cúspide del Arte
te contemplan llorosos mis veinte años!...

Santo es sufrir. Los corazones yertos
cobran con el dolor nuevos vigores:
¡los podridos despojos de los muertos
hacen á veces retoñar las flores!

El alma por las penas acosada
no se debe creer jamás perdida;
¡porque la misma sangre coagulada
puede cerrar la boca de la herida!

Sufriendo así, con pena que me abruma,
te miro, de mi amor á los reflejos,
como una ave marina entre la bruma,
volar, volar, hasta perderte lejos...

¡Desde la aldea en que admiré tu encanto
y en que adorando tu recuerdo vivo,
te envío la paloma de mi canto...
mándame tú la rama del olivo...!

SOBRE HARTMANN

Hojeaba á Hartmann. La mirada triste
se paseaba fugaz y distraída,
temblando entre las brumas, como tiembla
del mustio fuego la postrera chispa.

Todo es insoportable. Todo cansa,
y todo desespera, y todo hastía:
¡Oh qué sublime es aplastar de un golpe
con el suicidio universal la vida!

¡Qué desesperación! No hallar remedio
para este mal, para esta suerte impía:
¡no poder arrancar de nuestra frente
la corona fantástica de espinas!..

Y cuando meditaba cejijunto
en la sangre de todas las heridas,
en las garras de todos los dolores
y en el llanto de todas las pupilas,

pensé de pronto en mi nerviosa amada,
y en su mirada plácida y tranquila,
y en su dulce pasión... ¡Volví los ojos,
y miré que los campos sonreían!...

NOCHE DE OTOÑO

Noche turbia. La luna en su agonía
hunde entre el lago el último derroche,
guardando la crisálida del día
bajo la urna negra de la noche.

La luna se hunde entre la noche densa...
El viento sopla con extraño empuje.
Rueda un suspiro en la llanura inmensa;
brinca la hoja y la corteza cruje.

Llueve. Los goterones crepitantes,
que humedecen la flor con dulce halago,
lágrimas son de los luceros que antes
se reflejaban en el terso lago.

Cae en la hoja el goterón; y rueda,
y el mismo extremo de los filos toma:
ahí un instante retemblando queda;
y, alargándose luego, se desploma...

¡Oh, qué rara es la música del trueno!
y esa también que de los cielos trae
la viva lluvia, que del alto seno
sobre el teclado de las hojas cae.

¡Cada hoja que tiembla, en su quebranto,
allá, á lo lejos, sobre oculta rama,
mirada con los ojos del espanto,
es una mano negra que nos llama!...

LA ÚLTIMA HOJA

Ha terminado el libro. En él mi amada
verá flotar recuerdos de su vida,
cual humos de una hoguera ya apagada.
El campo, de sus galas se despoja;
¡y así mi último verso es la caída
de la última hoja!

El invierno se acerca: es un sombrío
leñador que va al campo por las ramas
que en el hogar ahuyentarán el frío,
secas, carbonizadas, crepitantes,
relamiendo el brasero con las flamas
y lanzando explosiones de diamantes.

Mi último verso en las campiñas vibro:
nunca el viento invernal, haciendo mofa,
jugará con las hojas de mi libro;
que antes de ver, entre indecibles penas
morir helada la floreal estrofa,
como Petronio me abriré las venas.

Mi amada y yo mañana envejecidos,
cuando, al leer mi libro, contemplemos
nuestra dicha en el mar de los olvidos,
entre el tumulto de las olas vanas,
después de zabullir, sacudiremos
con altivez nuestras cabezas canas...

Es preciso callar. ¡Mudo el abismo,
respeto da y pavor! Mi alma aterida
se aquieta y duerme en hondo escepticismo,
al ver que el nadador más inexperto
se burle de las olas de la vida,
sólo con aprender á hacer el muerto.

No importa. Aunque la gloria en los mortales
hojarasca es no más, cual la barrida
del campo por los vientos otoñales,
torno á la lid, y con el arma quiero
marcarle nuevos rumbos á la vida
y darle otro destino al mundo entero!

En la ciudad de bronca algarabía,
acaso extrañaré la mansedumbre
con que la aldea mi furor enfrena;
pero vendrán á la memoria mía,
entre la clamorosa muchedumbre,
derrotas de la mar sobre la arena...

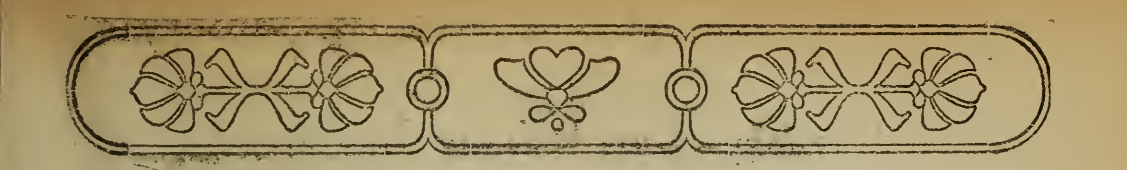
Es preciso callar. Rompo mi lira
ya que el Invierno tormentoso viene,
rígido en su dolor, frío en su ira.
¡Soy como un padre que en su amor prolijo
viendo al hijo morir, por fuerza tiene
que abrir la tumba y enterrar al hijo!





Luego el verdugo con veloz destreza
decapitó el esclavo. Y sonriente
quiso ver Cleopatra la cabeza....

El Beso de Cleopatra.



AZAHARES

Notas líricas

(1896)

SINFONÍA DE AMOR

Dáme el arpa, mujer: si quieres versos
palpitantes y tersos,
puros y cristalinos, dáme el arpa.
El formidable león que horror pregona
cuando halaga á la leona
guarda y recoge la filuda zarpa!

En la eminente cúspide y erguida,
como si de la vida
fueras hermoso y celestial emblema,
apareciste sobre el campo yerto;
y el zarzal se hizo huerto
y la estrofa lilial se hizo poema.

No es más radiante el sol cuando se asoma
hacia la verde loma,
por detrás de la cúspide elevada:
surgiste; y se hizo entre mi noche umbría
el génesis del día,
al *hágase la luz* de tu mirada!

El que de un solo golpe ha roto un yugo,
estropeando al verdugo,
rinde ante ti sus esplendentes galas;
y te invita á subir. ¡Vamos al cielo!
que si no es para el vuelo,
¿para qué tienen nuestros hombros alas?

Jugarás con los astros y las nubes,
si hasta el empíreo subes:
y saltando de asombros en asombros,
quizá el arpa de versos soberanos
se caerá de mis manos,
pero nunca las alas de mis hombros.

Y bajaremos hasta el bosque luego,
y delirante y ciego
cruzaré el bosque como un león herido.
¡Haré que el bosque á nuestro paso se abra
con golpes de palabra,
y nos reciba como al ave el nido!

Saldremos de los bosques á los mares;
y al són de mis cantares,
con ruda proa y con hinchada vela,
rasgaremos el pliegue de la bruma,
mirando ambos la espuma
con que cuaja su látigo la estela.....

La ola de espumosas explosiones
mezclará en sus canciones,
con gritos de titán, gorjeos de ave.
Eolo soplará. ¡Neptuno mismo
surgirá del abismo
á servir de piloto en nuestra nave!

Lánzate sobre frágil carabela,
desplegada la vela;
y sondeando mi espíritu profundo,
tu anhelo alcanzarás. Avanza, avanza;
ten fe, ten esperanza:
¡oh Colón de mi amor, toma este mundo!...

Soy áspero, y tan áspero, ¡oh zagala!
que con un golpe de ala
te habré herido quizás... Pero perdona:
la que al vate perdona y da consuelo
se hace reina del cielo,
¡aunque aquí sea reina sin corona!

¡Ah! no te extrañen mis canciones rudas:
en las hachas filudas
vibra el canto de muerte y de trabajo...
¡El hierro es el trabajo y es la muerte;
que por extraña suerte
también se da la vida con un tajo!

AB ETERNO

Traemos desde otros mundos,
cual recuerdo de otros días,
inefables simpatías,
resentimientos profundos.
¿Los oleajes iracundos
chocan sólo por chocar?
¿Amar es tan sólo amar?
¿Dónde el punto de partida
está para nuestra vida:
en la playa ó en la mar?

A dormir cual pescadores
en alta mar nos echamos,
y en la playa despertamos
de esta vida de dolores.
Y esas vidas anteriores
confunden cunas y fosas,
dando así á las presunciosas
Ciencias de moldes estrechos
el *cómo* de tantos hechos
y el *por qué* de tantas cosas.

La Natura tal vez quiere,
haciendo lo que deshace,
que el alma de uno que nace
sea el alma de otro que muere.
Nadie así romper espere
tal destino eslabonado.
¿Quién es el que no ha mirado
singulares coincidencias,
en hondas clarividencias
de futuros que han pasado?

Cruzando el recuerdo está
un puente sobre el abismo,
cuando á veces me ensimismo,
cuando el alma se me va.
Recuerdo el placer quizá
hoy que las penas me afligen:
placer de amores que rigen
el rumbo de una pasión,
no sólo sin conclusión,
sino también sin origen...

Pasión que es luces, sonidos,
mieles, aromas y plàsticas:
¡todas las fuerzas elásticas
de nuestros cinco sentidos!
En los sueños desmedidos
de mi corazón amante,
truena un beso resonante;
se ensancha; se alza hasta Dios;
y nos arrastra á los dos,
como un círculo del Dante...

¿Amo ó deseo? ¿Otra vez
tras de apurar el licor,
dejaré el vaso de amor
volcado sobre la hez?
¿O cual muribundo pez,
que tornara á su elemento
gozaré gozos sin cuento
en ilusiones sin fin?
¿Es de Edén ó es de jardín
el olor que trae el viento?

Tengo yo al quedarme á solas
sentimientos encontrados:
amores contra pecados,
leños flotando en las olas...
¡En mis flores las corolas
y en mis árboles los nidos
son otros tantos oídos
con que escucho eternamente
la pifia de la serpiente
sobre los frutos prohibidos!

Caiga ó no caiga en error,
después de dudarlo, creo
que todo amor es deseo
y todo deseo amor.
Esto que es en mí fulgor
y que alumbrándome va,
el primero no será
pero el más profundo, sí,
da mis deseos de aquí,
de mis amores de allá...

Memoria que es ambición,
recuerdo que es porvenir,
este amor me hace sentir
como una resurrección.
¡Si es justo que la Pasión
pidiendo limosnas ande,
ya que el amor que se expande
en mi alma, no cabe en ella,
dénme otra vida más bella
sobre otro mundo más grande!...

CANTO DE CANTOS

Vaya á perderse este canto
ó á ganarse el porvenir.
¡Si lo pierde en su quebranto,
sabrá envolverse en su manto
como César al morir!

Sentir no debes asombros
si me ves turbar la calma
y alzar al Pueblo en mis hombros;
que humeando están los escombros
de los incendios de mi alma...

Al ver mi ardoroso exceso
suspiras tú, y es por eso
que á besarte siempre aspiro:
¡porque yo sé que un suspiro
sólo es la sombra de un beso!

Así á tus espaldas voy,
siendo hoy lo mismo que ayer,
mañana lo mismo que hoy;
tu ideal, tu amor, tu placer,
tu gloria. Soy el que soy.

¡Soy el llanto que te llora,
soy el númen que te canta,
soy el grito que te implora,
soy todo lo que te adora
y te inciensa y te levanta!

Estos son los versos mismos
que oyeron las muchedumbres
y saben los despotismos:
¡pies firmes sobre las cumbres,
alas sobre los abismos!

Debes tú poner la lima
que lime mis cantos tersos..,
Deja que un beso te imprima;
y haremos con esa rima
todo un poema en dos versos.

Que de amor al golpe rudo
un haz vibrante y nervudo
mis cánticos son per eso,
recogidos en el nudo
indisoluble de un beso.....

LA CANCIÓN DEL BESO

¿No deseas que te diga lo que sueño al contemplarte
con los labios sonrientes, con los ojos en el cielo,
como ansiando sobre el ala de un suspiro evaporarte,
muda, extática y radiosa, cual un témpano de hielo?
¿No deseas que te cuente lo que tengo que contarte?
Si me prendo á tus amores como el náufrago á la tabla,
saber debes las zozobras de este náufrago del arte...
— Habla... ¡Habla!

Te diré lánguidamente lo que dicen las espumas
á la roca que en los bancos de la orilla se levanta,
lo que grita la gaviota que se escapa de las brumas,
lo que llora el tumbo altivo que en la arena se quebranta;
y tú, en cambio, enterneciendo mis fatídicos pesares,
mil arpados ruiseñores soltarás de la garganta:
cantarás el canto eterno del Cantar de los Cantares.....
— Canta... ¡Canta!

Tu silencio me seduce, tu palabra me enamora...
Si sonríes... no copiaran tus sonrisas los pinceles;
que en tu boca hay si sonríes con sonrisa de la aurora
hoyos,—tumbas para besos,—rosas,—copas para mieles.
Sé que cautivas las almas cuando tu pupila llora;
pero ¡ay! del poeta incauto que en tu risa se confíe:
en tus risas hay punzadas como espinas en la flora...
—Ríe... ¡Ríe!

Tú no sabes los placeres sublimados de la boca:
besa y ríe y canta y habla, besa y ríe y nunca cesa...
¡Tú no sabes las delicias que suavemente provoca
el chasquido de unos labios sobre otros labios de fresa!
La sonrisa con que pagas el amor que te dedico
suele abrirse como abriese su abanico una princesa:
dar un beso es dar un golpe; dame un golpe de abanico...
—Besa... ¡Besa!

EL SUSPIRO

Suspirando en las cuerdas de mi lira,
la inspiración á torturarme empieza:
y el suspiro — hecho mundo — en mi cabeza
por los abismos de la mente gira.

¿Quién cuando á Venus en las aguas mira,
no suspira al mirar tal gentileza?
Muda es la admiración á la belleza;
y el verdadero amor — no habla — ¡suspira!

Con vago ideal, con místicos temblores
y con arrullos de apagado acento,
el suspiro disipa los dolores;

y es, dando fuerzas é infundiendo calma,
jirón del alma... convertido en viento,
jirón del viento... convertido en alma!

SIN SOBRE

¡Pues no pudo saltar, remache al clavo!...
El mundo ruîn escuchará mis penas;
¡y ha de escucharlas! ¡Donde va el esclavo
va también el rumor de sus cadenas!

Dices que soy poeta; y no lo ignoro:
poeta soy, si tú eres poesía;
y quizás por lo mismo que te adoro
siento algo tuyo entre la mente mía!

¡Si te arrepientes tú, tendrás el cielo!...
Recoge el haz de tus cadenas; toma,
entre arrullos de místico consuelo,
actitudes de cándida paloma...

Y perdona, mujer, que mi principio
haya sido tan ruda sinfonía:
esos que dicen que el amor es ripio
deben saber al fin que es poesía!

Es justo que el amor ya se levante,
y en levantarle es justo que me empeñe:
que te mire un poeta, y que no cante;
que te mire un artista, y que no sueñe!...

Yo, que poeta soy, busco una estrofa
que suene bien al delicado oído;
pero siento el azote de la mofa,
y el verso escapa destrozando el nido.

¡Ah! y es mi verso el áspero y salvaje,
que hace en la lira retemblar la mano,
que silba con el viento en el boscaje.
que ruge con la ola en el oceano!

¿ Me comprendes? ¡Feliz! Y yo más fuerte
déjome avasallar por tu belleza...
¿Me amas ó no? No puedo comprenderte:
¡se me sube el amor á la cabeza!

¿Y tú no puedes comprender que el mismo,
el mismo amor es ya capaz de todo?
subir al sol, bajar hasta el abismo,
bañarte en luz ó salpicarte lodo!

Vuelto mi amor, por tus desdenes, fango,
tal vez ha de manchar tu pecho noble:
¡de una rama del roble sale el mango
del hacha misma que ha de herir al roble!...

EL REGRESO

Como el que lucha hasta el postrer instante
y no como el que tiembla y se intimida,
caí, pero no á plomo: mi caída
describió una parábola gigante...

Fuí el más amado de tu pecho amante
y fué el alma entre todas escogida:
mas quise hacerte vida de mi vida:
y entonces la Beatriz huyó del Dante.

Volví al infierno. En el infierno ahora
sueño con que tu mano protectora
me levante á las cumbres del pasado;

debe de ser hermoso y elocuente,
ver entrar á los cielos nuevamente
á Satán redimido y perdonado!

TRIUNFAL

Piensa en el ala, aunque las plumas mude:
recuerda tantas horas intranquilas,
cuando el Candor muriendo te salude
y tus sueños de novia rompan filas!...

Juntos ya, cambiaremos de horizonte;
y si antes muero, rendiré la vida
como Moisés en el enhiesto monte,
entreviendo la Tierra Prometida...

Mal te encerraste en tu desdén fingido;
porque el perfume se escapó del frasco...
¡El grito del amor te ha soprendido
en mitad del camino de Damasco!

Mientras que tú bajabas, yo subía:
nos hallamos en medio de la escala.
Tuviste que volverte; porque había
fuerza en tu pie, pero más fuerza en mi ala!

ROCÍO

Vamos, niña! Bueno está
que te quejes de mis quejas;
devuélvanme tus abejas
la miel que mi amor les da;
mas no prosigas, que ya
mayor que el tuyo es mi duelo:
secar tus llantos anhelo
siempre que mi amor implores.
Pero ¿qué tiene que llores
si llora también el cielo?

¿Lloras? Tu dolor es santo;
porque el humano dolor
en los bautismos de amor
se cristianiza con llanto.
Si te inclinas al quebranto,
mayor cariño me enflama;
que solamente la que ama
puede pensativa y grave
tener, al peso del ave,
la inclinación de la rama.

¡Llora, llora, en tus dolores
caiga cual bautismo santo
el rocío de tu llanto
en mis agostadas flores...
Deja que en amor de amores
y en éxtasis de pasión,
la copa de mi aflicción
con tus lágrimas se llene...
¡Forma de lágrima tiene
hasta el mismo corazón!

Secar quisiera en mi anhelo,
por lograr tu imagen pura,
el llanto de tu amargura
con el bíblico pañuelo...
Tus lágrimas como un velo
en que la luz se adivina,
fingen con magia divina
un sol entre vagos tules;
abre tus ojos azules
como un cielo sin neblina!

¡Sonríe, ángel del ensueño!
tú no debes padecer:
los hombros de la mujer
no pueden cargar el leño...
¡Perdón, perdón si en mi empeño
turbé la paz de tuz lares!
La causa de tus pesares
fué causa de mis locuras:
¡tu llanto es en perlas puras
y mi llanto ha sido á mares!

ANGELUS

Ven, hermosa, á mi lado: los dos juntos,
desde el alto balcón, morir veremos
el sol, allá, en los últimos extremos,
de negro palio de argentados puntos.
Caronte fosco al golpe de sus remos
canta ya la canción de los difuntos:
y el pájaro agorero con su grito
conturba la apacible bienadanza,
mientras naufraga en sombra el infinito
triste como un amor sin esperanza...

Ven, hermosa, á mi lado: es el momento
en que la luz se junta con la sombra.
Mira: el sol rueda por la espesa alfombra
como un sultán caido de su asiento.

Es la hora de Dios: la tarde reza.
¡La hora en que la olímpica Pereza
convida con mortal melancolía
á tomar la ceniza de tristeza,
después del carnaval de cada día!

¿No es verdad que la Tarde es triste y bella?
Es triste y bella como tú. Tu frente
tiene fulgor de vespertina estrella:
crepúsculo es tu espíritu inocente:
tarde que cae es la mudez sombría
con que sueñas angélicos placeres;
porque si eres un ángel, quizás eres
el ángel mismo que anunció á María...

Ven, lee: abierto el libro, deletrea.
Allá mira ese pálido lucero
que como un ojo mustio parpadea;
allá ese monte que se empina fiero.

Si sobre el monte está la nube, encima
de la nube el lucero: al fin repara
que, de los mundos en la eterna rima,
sobre la estrofa obscura está la clara.
¿Sonríes? ¿No es así? ¿Qué duda acaso
roza tus aguas con el ala al paso?

¿Y qué pregunta en tu razón nacida
cual llanto en el recién abierto broche?
Todo es luz. Una máscara es la noche:
no hay sombra más allá de tu pupila...

Tal vez, tal vez á la fijada hora
del cósmico reloj, el Bien fecundo
hará que, en coincidencia abrumadora,
cuando caiga la noche en este mundo
en los astros que ves... raye la aurora!

Cuánto dulce misterio, niña hermosa,
á los labios sedientos de la Tierra
brinda en cáliz de rosa
la Tarde, ¡esa crisálida que encierra
de la Noche la negra mariposa!

Cuánto dulce misterio
vaga sobre la cumbre de los montes,
se ensancha en los gloriosos horizontes,
pasa de un hemisferio á otro hemisferio,

La luz escapa de la noche obscura;
pero hay filos de luz en la tiniebla
como chispas de genio en la locura.
Cae el silencio á plomo. La Natura
de misterios fantásticos se puebla.
El monte es nicho; el árbol, esqueleto;
á lo lejos el viento que murmura
un no sé qué... La tarde es un secreto!

Dime, ¿no te provoca
hacerte silenciosa y recogida
la señal de la cruz sobre la boca?
¿No sientes ansias de rezar? Acaso
no es raro que el espíritu desee,
cuando cae la tarde de la vida,
rezar también ¡porque la tarde cree!...

Reza, sí; que la tarde siempre sea
como ésta en que, á tu lado, el bardo aspira
á quemarte el incienso de la idea,
de sus estrofas en la sacra pira;
que á tu alrededor el perfumado ambiente
poblándose de notas de mi lira
hálito niegue á la profana gente
que en descompuesta atmósfera respira;
y que por fin te expliques el misterio
del sol, que, de hemisferio en hemisferio,
se hunde, y después con vigorosa mano
separa las tinieblas del oriente,
come Moisés las aguas del oceano,
como tú los cabellos de tu frente...

Reza, sí: que tus manos entreunidas
á las mías estén, ¡ay! cuando empiece
la tarde al par de nuestras juntas vidas;
que tus manos sostengan y mis manos
la temblorosa cuna que te mece
con un grupo de arcángeles humanos;
y que así, cuando el Angelus del alma
doble en el campanario de los sueños,
podamos ver con satisfecha calma
realizados al fin nuestros empeños, —
podamos, amorosos y prolijos,
en la tarde feliz de nuestra vida,
ver nuestra aurora en nuestros propios hijos

AMORES VIEJOS

Ambos en el diván. Breves las horas.
Lenguas de gas vibrando en las arañas.
Tibio el salón. Tus ojos como auroras
entre la obscuridad de tus pestañas!

Frases rápidas. Pláticas vulgares
como profanación de tu belleza,
hablando lo que se habla en los hogares
cuando mientras uno habla otro bosteza. —

Por fin, como un paréntesis, con suave
y dulcísima voz mi afán preguntas:
— Quiero — te digo — descubrir la clave
de todas tus pasiones ya difuntas.

¿Dices que no has amado? Te lo creo;
eres mujer al fin y mi Dios eres;
y, desde que dejé de ser ateo,
voy creyéndoles más á las mujeres!

Soy tu primer amor. Tú me lo juras;
y algo, que me lo afirma, en tu alma llevas:
conozco que son nuevas tus ternuras,
nuevas tus ansias y tus dichas nuevas...

En cambio, pecador arrepentido,
yo te confieso mis amores muertos:
mi rumbo era hacia ti, pero he tenido
que ir en el viaje visitando puestos...

¡He llegado por fin! Abre los brazos
y olvida la tardanza del viajero.
Te doy un corazón hecho pedazos:
¡vé modos tú de conservarlo entero!

No temas que retorne yo la vista
hacia esos muertos, no: vuelve á tu calma.
Tú pasarás con paso de conquista
por sobre los cadáveres de mi alma!

Ellos mismos, despiertos á tu paso,
viéndote como el Dios de mi Universo;
con vivo afán te aclamarán acaso:
Pía, felice, Emperatriz del Verso!

¿Qué me dices? — Variándolo de tono,
lo que dijo Jesús decir te escucho,
¡Qué ternura! ¡Qué gloria!
— *Te perdono,*
no porque amaste, porque me amas mucho!

EL SÉPTIMO DÍA

Dios satisfecho comtempló los mundos:
Eran frutos caídos de su mano,
en el juicio final de los profundos
é impenetrables bosques del Arcano...

Y vió que si en sus cielos extendía
alfombrados magníficos la aurora,
á sus plantas la Luz se retorcía
con el afán de una mujer que implora... —

Y vió que si la noche desfilaba
con negro palio en procesión de estrellas,
la Tiniebla gemía y derramaba
llanto de sol ó sangre de centellas...

Dios frunció el entrecejo un breve instante;
y como un haz que el labrador arranca,
arrancó y echó al éter fulgurante
copos de espuma de su barba blanca...

— ¡Cómo! — gritó con formidable acento —
¿Este es el Universo que he soñado? —
... Y quiso derrumbar con sólo un viento
el castillo de naipes levantado.

Pero súbita idea ardió en su mente:
y, como arado que la terra escarba,
una mano pasóse por la frente,
se sonrió, y acarició su barba...

¡Sea el amor! — gritó. — ¡Llene la historia;
y que todo á su hechizo se transforme,
que todo se haga música de gloria! —
...¡Y sonó un trueno como beso enorme!

— ¡Sea el amor! — gritó. — Pero que sea
digno de mí; que, á su celeste hechizo,
corran sobre los cauces de la idea
ríos de luz... ¡Y la mujer se hizo!

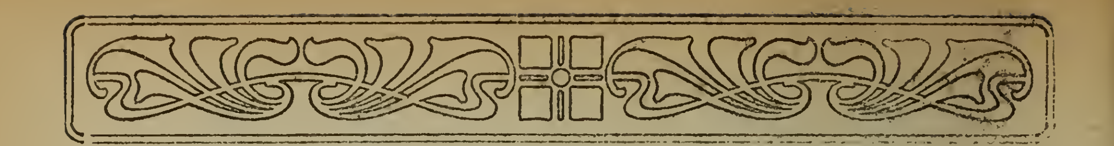
Vió entonces Dios que, con Satán en guerra,
la mujer rasgó el báratro sombrío
y sobre la hojarasca de la Tierra
cayó como una gota de rocío.

Cosa igual quiso hacer también el vate.
Con su espada flamígera en la mano
lanzóse, y á su paso abrió el combate
como abriera Moisés el oceano!

Pero llegado hasta el confín eterno
vió venir á Beatriz, — alma que hacía
á través de las sombras del infierno
despilfarros de luz de un nuevo día.

Entonces canté amor. Quité los velos
de encima de los génesis profundos;
y abrí mi libro, como Dios sus cielos;
y vi mis versos, como Dios sus mundos!...





SELVA VIRGEN

Poemas y Poesías

LA VOZ DE LA SELVA

I.

¡Oh, selva virginal! El arte es huella
de explorador en selva enmarañada:
tal el rayo de sol de una mirada
penetra el corazón de una doncella.

¡Oh, selva virginal! Óyeme en ella
de la fiera que corre la pisada,
del río que se va la carcajada,
de la hoja que cae la querella...

Ahí, cuando la lira ensaya un beso
y rompe, desde el árbol de la vida,
en nuevos cantos de rarezas sumas,

huye... y se pierde entre lo más espeso
una musa pagana, perseguida
por un salvaje de pintadas plumas!...

II.

Hay en mi selva venenosas flores,
frutos de salvación, crudas espinas
y maderos de olor... Veta de minas
guarda en libros de piedra sus fulgores.

Los suspensos follajes protectores
se espejean en fuentes cristalinas,
como fantasmas de dolientes ruinas
en los ojos de cándidos Amores...

Término huyó. Mi selva no rehusa
ya los vientos de ayer y de mañana,
ya los diluvios de los libres riegos...

¡Deje siquier la fugitiva musa,
sobre un tronco de selva americana,
su dulce nombre en caracteres griegos

III.

Siempre que el sol se rinde en su carrera
la virgen selva enluta sus paisajes;
y hay pláticas de viento en los follajes,
besos de amor y apóstrofes de fiera.

Se presiente lejana madriguera;
se ven sombras jugando en los ramajes;
y se adivina un grupo de salvajes
al rededor de luminosa hoguera...

La selva ciñe en su profundo duelo
por corona el relámpago fulgente,
que el ala bate en el negror del cielo,

¡hasta que el sol, al verla de soslayo,
funde, para corona de su frente,
siete dolores en un solo rayo!..,

¡RÍE!...

(Á Joaquín Suárez La Croix).

¿No sientes, dime, al fondo de tu alma
vagas penumbras de soñado cielo,
que te convidan á dormir en calma?
¡Duérmete, pensador! El sueño es vida:
deja, deja que el ala exija vuelo;
y siempre ostenta, con la fe dormida,
la luminosa rigidez del hielo...

Salvaje temporal torna en arenas
la azotada ciudad. ¡Te importa poco!
¿Qué mayor temporal que el de tus penas?
Deja, deja que en tanto
la turba lenguaraz te llame loco,
porque te encuentra risa en vez de llanto.

Ríe, que al fin la estupidez humana
te ha de quitar en su cansancio el yugo:
tu juez vendrá mañana,
¡cuando hoy antes que juez tienes verdugo!
Ríe, si te censuran los idiotas;
ríe, si te celebra algún estulto;
ríe, poeta, en tus soberbias notas...
Nunca llores: ¡la llama del insulto
no se apaga con gotas!

Egoísta te llaman. ¡Egoísta!
¿Egoísta es el que ama sus amores,
el que ve con su vista?
Justo es que el débil en el loco exceso
de su ambición, si el ánimo flaquea,

busque un auxilio para alzar el peso:
tú, para levantarlo del abismo,
haces que la palanca de la idea
tenga un punto de apoyo en tu egoísmo...

Si te dice egoísta el vulgo idiota,
ríe; que es débil, y á tus pies se inclina:
la risa del dolor quema y azota!
Él sí tiene egoísmo de grandeza;
y así al hombre de genio que se empina,
le corta la cabeza.
Él sí tiene egoísmo de ventura;
y así al hombre que plácido sonríe,
le arroja el can de la calumnia impura.
Las turbas viles, que lo ignoran todo,
ignoran que tu espíritu se engríe
cuando ellas lo salpican con su lodo:
la corona de espinas del sicario,
que ciñe al redentor turba inclemente,
fulmina como un sol sobre el calvario
y da flores debajo de la frente!

Que el vulgo te señale... Siempre augusto
muéstrate sonriente cual la Esfinge,
por más que te señalen como al Justo;
¡que, en las extravagancias del delirio,
el mismo dedo que señala finge
la I del Inri, el clavo del martirio!

En la risa se cuajan los dolores
y estallan con salvajes alaridos.
La risa es el temblor de los temblores:
la risa es el temblor de los sentidos.
Ríe de las espinas de tus flores,
de la esterilidad de tu heroísmo,
del hórrido pesar que te desgarra;
y te responderá desde el abismo
la risa filosófica de Larra...

OJOS AZULES

Si el espacio se encuentra obscuro y frío
del alto azul tras el ficticio velo,
tú, que en los ojos tienes todo un cielo,
tienes tras de los ojos el vacío...

Tras el velo celeste ¡oh, amor mío!
existe un Dios para el creyente anhelo;
y los astros, sin fin, tienden el vuelo
donde el reino de Dios niega el impío..

Pero tú siempre, con imbécil calma,
yerta al placer y yerta á los enojos,
inmóvil, muestras la aridez de tu alma.

Y así detrás de tus pupilas bellas,
y así detrás de tus azules ojos
¡hay un cielo sin Dios y sin estrellas!

PLUMA EN RISTRE

(Á Cárlos S. Amézaga).

Busco una idea rara, busco una frase;
é incrustando la idea, sin que se rompa,
hago que de una hipérbole al golpe seco
se estremezca y se hinche llena de pompa

Entre los alborotos de las canciones,
cuando mi tosca mano los versos labra,
vierto siempre el champaña de los delirios
hasta pasar los bordes de la palabra...

¡Cuántas chispas arranco del suelo rudo,
aplastando desprecios, hollando mofas,
cuando se me desboca la fantasía
entre la muchedumbre de las estrofas!

Cálido, enrojecido, vibra el acero
entre mis aferradas hercúleas manos:
él esculpe los temas de rebeldía
y rubrica la frente de los tiranos...

Uno estrofas á estrofas; y así que firmes
en el canto se yerguen con faz altiva,
¡rompo todas sus costras, abro sus llagas,
y las dejo desnudas en carne viva!

SANTA

(Para Teobaldo E. Corpancho).

¡Antes que el mundo cruel
te arroje de sí por vieja,
aunque te pique la abeja
róbale toda la miel!

Cuando el capullo revienta
debe exigírsele olores:
¿dónde están, pues, los amores
de tu hermosura opulenta?

Del Niño alado y travieso
formaría ante las plantas,
con la carne de las santas,
una montaña de yeso.

Exprimes para tí el jugo;
y, del principio hasta el fin,
celebras sola el festín,
sin despreciar un mendrugo...

Lloras; y en mi escepticismo
vacilo con crüeldad,
si llora tu santidad
ó si llora tu histerismo...

Ante el Cristo, hora tras hora,
te vas hundiendo en la nada:
mejor que santificada
te quisiera pecadora.

¡Oh, santa de falso cuño;
como amar nunca te ha visto,
cuando te alejas, el Cristo
te amenaza con el puño!

Deja ese ropaje denso
que ahoga todo latido;
y busca el olor del nido
más que el olor del incienso...

¡No subas tanto! ¡Y si subes,
cuando tu alma en lo azul se hunda
verás cómo se fecunda
hasta el viento de las nubes!

¡Natura acaso maldijo
á la que, cual duro yeso,
no tuvo en la boca un beso,
ni tuvo en el vientre un hijo!...

ELEGÍA BREVE

(En memoria de una joven hermosa).

I.

Eras hermosa. Pero ¿á qué en el verso
pretender retratar tu faz divina?
En él te retrataras temblorosa
cual limpia estrella sobre lago terso;
pero ¿á qué decir más? ¡Eras hermosa!
Si acaso el arte pretendiera un día,
sobre el mármol que guarda tu hermosura,
esculpir de algún ángel la figura,
con esculpir tu imagen bastaría...

II.

Eras joven. Viviste una mañana
como la rosa del poeta; y luego
subiste á esa región á donde sube
la oración pura, la blasfemia insana,
todo lo que es protesta y lo que es ruego,
humareda y olor, incienso y nube.
¡Ah! si no hubiera fe, no hubiera gloria:
porque sin esperanza lisonjera
lo mismo es oro ser que ser escoria,
monstruo que ángel, paloma que pantera...
¡Ah! si no hubiera el más allá ¡qué vano
fuera el luchar en el dolor sombrío!
El hierro se escapara de la mano...
Impiedad sabia: ¿si no hubiera oceano
á dónde fuera á detenerse el río?...

III.

Eras joven. Y en tanto que reposes,
bregará siempre, de dolor transido,
este mundo cruel, del que has huído
joven cual los amados de los dioses...
Pobre tú que tan pronto tierra fuiste,
tierra no más, y en tierra te perdiste,
y te amparaste en la perpetua calma;
si es cierto que no hay Dios y que no hay alma
y si es verdad que la Virtud no existe.
¡Dichosa tú si sólo en el desierto
encontraste la sombra de la palma,
para sentarte á descansar; y, al modo
como busca el piloto un rumbo cierto,
poder buscar el rumbo de su puerto
donde en vez de acabar comienza todo!

IV.

Has muerto. Y como rastro de tu gloria
que las tinieblas con su lampo hiere,
nos dejaste un recuerdo en la memoria:
tal si una flor se agosta y se consume
prisionera en un vaso, cuando muere
deja el vaso impregnado de perfume...

EN UN CAFE

(Á Julio Moevius).

Mozo, apresta un vaso del mejor ajenjo,
de azufrados tonos y opaco cristal;
el que estampa besos de irritadas tintas
en los negros labios del Angel del Mal.

He arrojado al cesto del desprecio mío
las áureas botellas del vino mejor...
¡Sólo quiero ajenjo! Las hojas de parra
desde el tiempo de Eva huelen á pudor.

¡Sólo quiero ajenjo! Que, á través del vaso
de Musset, grandezas los ensueños ven;
y, como el ajenjo, verdes son los ojos
de la tentadora sierpe del Edén...

Fumo... Los aromas del tabaco rubio
hacen en la pipa lujo de vigor...
Fumo y me sonrío; y acodado y triste
contemplo la escena sin odio ni amor.

Hay frío. Es invierno. La estufa que duerme
entre albas cenizas, á un rincón está...
Bebamos: la copa da sangre á las venas
y la nueva sangre nuevo ardor nos da.

¡Ay! ¡cuántas cabezas que admira este mundo,
siempre seducido por falso esplendor,
vacías parecen estufas sin fuego,
pipas sin tabaco, vasos sin licor!..,

PESIMISMO

(A Manuel De La Cruz).

A veces, cuando pienso que no es nada
la grandeza más alta de la vida,
rasgar quiero las vendas de mi herida
y bajo el firme pie quebrar mi espada.

Cuando á veces, después de la jornada,
llego á ver que el estímulo se olvida,
admiro el audaz paso del suicida,
conquistador de la verdad callada...

Veré desde hoy, por eso, indiferente
al héroe que su diestra hunde en la brasa
y al que defiende con su diestra un puente·
que ante la ley que lo sojuzga todo,
no es mérito el dejar cuando se pasa
estampadas las huellas en el lodo.

LAS VOCES DE LA DUDA

(Al Dr. Javier Prado y Ugarteche)

I

¡Oh siglo, á ti, que en la verdad reposas,
qué te importa el dolor! Mas ¿no adivinas
que ese sol de tus albas luminosas
es una flor que brota entre tus ruinas?...
¡Qué vale que haya perfumadas rosas
si para cada rosa hay cien espinas!
¡Que haya de noche luminosos rastros,
si una nube no más cubre cien astros!

Víctima de este siglo, que responde
—jamás al corazón— sólo á la mente,
dudo del porvenir que se me esconde
y á la vez desespero del presente.
¿Á dónde irá la Humanidad, á donde,
sin levantar la pensativa frente,
buscando á Dios, no por el alto cielo,
sino acaso caído por el suelo?...

¿Á dónde irá la Humanidad cansada,
sin fe en el porvenir, que siempre obscuro
preséntase á la tímida mirada
del espíritu débil ó inseguro?
¿A dónde se halla el fin de esta jornada?
¿Dónde el principio está de ese futuro
en que soñó la Humanidad un día,
cuando el alma soñaba todavía?...

¡Oh! yo también me río del estulto
que ante el ídolo tiembla; mas precisa
que tenga siempre el sacerdote un culto
y siempre el luchador una divisa...
Palpite un sacro verbo en cada insulto;
un germen salte en la voltaria risa;
fecúndese á la par que se derrumba:
¡pase el arado encima de la tumba!

No piense nadie que es la cruz mi escudo
y con el brillo celestial me ciego.
mas yo no quiero ser el siervo mudo,
que apenas tiene frases para el ruego.
Yo, si duda mi siglo, también dudo;
yo, si niega mi siglo, también niego;
pero no tenga libertad en vano:
¡sea el siglo mi ley, no mi tirano!

¿Á qué vivir, si el alma es soplo leve?
¿Á qué luchar, si el más allá no existe?
La lógica del siglo diecinueve
muy lógica será... ¡pero es tan triste!
¿Quién bajo el peso del dolor se mueve,
y surge, y de otras formas se reviste,
si Lázaro ¡ay! espera el anunciado
grito de Dios... ¡y Dios está callado!

¿Cómo resucitar? ¿Cómo se aspira
á sacudir el yugo, si la Idea
por los infiernos de la duda gira
y espantada de Dios revolotea?...
La Humanidad, que con sorpresa mira
todo á su alrededor, porque es atea
y tiene el sobresalto del delito,
caída está: ¡cayó de lo infinito!

La Humanidad caída y Dios suspenso:
ni Ella sube hacia El, ni El baja á Ella.
La Fe sólo es el alma del incienso,
que se disipa sin dejar más huella
que un montón de ceniza. Horror inmenso
mata la ley de la divina estrella,
guía una vez del mago peregrino
que hoy en busca de Dios tuerce el camino...

Ya que el vicio es la ley del mundo entero,
ya que Dios cede su corona al vicio,
nada del mundo ni de Dios espero:
ni del Mal cierto, ni del Bien ficticio...
Hastiado de las luchas, sondear quiero
de la tumba el abierto precipicio,
desque en el viaje de la humana suerte
la Vida es el camino de la Muerte...

II

¡Cuántas veces, de pie sobre una fosa,
quise romper la losa,
creyendo hallar tras de la losa el cielo
y de otros mundos el divino rastro:
si la nube ante el astro tiende un velo,
á través de ese velo brilla el astro!
¡Cuántas, de cementerio en cementerio,
he violado el misterio,
hundiendo mi razón, llena de vida,
de la muerte en los fúnebres horrores,
cual hunden su cabeza estremecida
en la boca del león los domadores!...

Ya en el combate, que aturdió mi mente,
en la hora presente,
ha de rasgar las sombras de mi abismo,
ya el león no ha de rugir en el desierto:
sepultando mi ensueño, á un tiempo mismo,
he sido tumba, enterrador y muerto.

El águila, que ayer miró en el monte
inmenso el horizonte,
siente hoy, al ver el porvenir humano,
que confunde en la tumba á rey y á siervo,
las desesperaciones del gusano
y las tristezas lóbregas del cuervo.

Todo un mundo de sombras ha caído,
se ha roto y se ha esparcido
en las campiñas de mi ideal risueño:

por donde el alma va, huérfana y viuda;
mi alma fué ayer la púrpura del sueño;
mi alma es hoy la mortaja de la duda.

Ella amó á la mujer, ella amó al hombre,
y quiso unir su nombre
á todos los impulsos y progresos;
y sólo halló, tras de las luchas fieras,
altos montones de roídos huesos
coronados de tristes calaveras...

¿Quién sondeará el sepulcro, y de la bruma
que en el fondo se esfuma,
con un puñal de luz rasgará el pliegue?
Mientras haya algo afuera de la idea,
no me digáis que crea y que no niegue,
ni me digáis que niegue y que no crea!

¡Dudar! ¡siempre dudar! Siempre la vida
de un ideal suspendida,
oscila cual un péndulo agitado,
que, al marcar en la esfera de la mente
todas las ilusiones del pasado,
marca todas las dudas del presente...

¿Cómo arrancar de la razón la duda,
que su garra filuda
clava en todo el que canta y el que sueña?
¿Cómo aclarar el turbio escepticismo?
¿Cómo ablandar lo duro de la peña?
¿Cómo alzar una cumbre en el abismo?

¡Morir para saber! Ante la fosa,
donde todo reposa,
y donde acaban la ficción y el dolo,
torpe es que el can de la blasfemia ladre
¡ya que la muerte para el hombre es sólo
el abrazo del hijo con la madre!

VIRGEN

La que hace amar y no ama; la que sueña
de la virgínea gloria con las palmas;
la que el agua no arranca de la peña;
la que en no amar al prójimo se empeñ
es una estafadora de las almas.

Ave que el rumbo de su vuelo olvida,
la hermosa que no luce su hermosura
es una criminal, una suicida,
en el código eterno de la Vida
y ante el gran tribunal de la Natura.

¡Oh virgen, deja tu mansión serena,
deja tu encierro donde todo es nada!
Teme el empuje de la turba oscena:
¡y agrega tu eslabón á la cadena,
si no quieres morir encadenada!...

EL ÚLTIMO AMOR

Dices que el tiempo pasó
en que sabías amar:
¿quién seca el agua del mar
porque en ella naufragó?
Este fuego en que ardo yo
á provocarte se atreve;
porque su desdén aleve
completaría mi afán,
al poner sobre el volcán
el contraste de la nieve.

El otoño del amor
da los frutos del placer;
y yo busco en la mujer
más el fruto que la flor.
De los huertos del candor
las aves siempre han huído;
porque en la árbol florido
pero sin frutos, cuando ama,
suele quebrarse la rama,
al peso de un solo nido!...

Ya las blancas mariposas
de tu inocencia están lejos:
los dioses nunca son viejos;
menos lo serán las diosas.
¡Por qué á tí mismo te acosas
con tan singular idea?
Si la mujer no desea
de la edad sufrir los daños,
no es por lo que son los años,
sino por lo que es ser fea...

Ya que intacta tu hermosura,
con firmeza de diamante,
ofrece á su Adán amante
una manzana madura,
disipa la idea obscura
que te punza con su espina;
y deja tu amor en ruina
que brinde un nuevo retoño.
Salve ¡oh belleza de otoño!
Salve ¡oh Venus vespertina!

La juventud candorosa
es primicia de ignorancia,
que pasea su arrogancia,
con alas de mariposa;
y tu madurez hermosa
es como un fruto en sazón...
Vale para el corazón,
que tiene su arqueología,
más que una estatua del día
un friso del Paternón!

Me gustan más las mujeres
que tocan la edad madura:
un otoño de hermosura
da cosecha de placeres.
Me gustas tal como ëres
más que como fuiste un día:
hoy lograr tu amor sería,
para aquel que te enamora,
¡la promesa de una aurora
que hace un sol en agonía!...

El amor que mi alma siente
sobre tu desdén se ensancha,
como un arrebol que mancha
el azul de su poniente...
Antes de humillar la frente
como un mísero cobarde,
el sol en su último alarde
aviva su resplandor...
¡Venus — la estrella de amor —
es la estrella de la tarde!

¿Qué los labios virginales
saben del amante exceso?
Forma la abeja del beso,
beso á beso sus panales...
No son tus besos iguales
á los que otros labios dan;
y es porque en ellos están
todas sus antiguas galas,
cual si quemasen sus alas
en el rubí de un volcán...

La maestría en tus labios
y la oración en tus ojos,
cuando sacian mis antojos,
valen por los siete sabios.
En tus últimos resabios
acaso más dulce ëres;
y así alcanzas cuanto quieres,
porque alfin has devorado
bibliotecas de pecado
eruditas de placeres...

El amor nunca envejece,
sino que, como el arroyo,
cae al hoyo, llena el hoyo
y luego rebalsa y crece...
El candor se desvanece
en cuanto el placer se apura;
y prefiero en mi locura
de tanto amor que me abrasa,
¡más que el primero — que pasa —
el último — que perdura!...

EL FIN DE DON JUAN

Á Felipe G. Cazenueve

I want a hero.......
Lord Byron.

I

Sobre el altar mayor, disuelto un lampo
esparce ondas de luz. Por las ventanas
entra la brisa del vecino campo;

y, después de agitar las blancas canas
del adusto prïor, se goza impía
en abrir libros y en inflar sotanas.

Fuera del templo, la explosión del día:
el pletórico sol su primer beso
ha estampado en la cúspide bravía.

Dentro, la austera frialdad del yeso:
una virtud impávida, serena;
¡pero no una virtud de carne y hueso!

La virtud tiene un fin, y ese fin llena.
Lo que no llena un fin no es bien preciado:
sino enfrenara el mar, ¿á qué la arena?

La virtud da consuelo al desgraciado,
agua á la sed y luz al precipicio:
surcos abre también como el arado.

Por eso es que aprovecha el desperdicio;
y amasa el nuevo pan con la migaja
abandonada en el festín del vicio...

Muerta no está, para vestir mortaja
y sepultarse en lóbrego convento
de paz eterna. ¡La virtud trabaja!

Mientras allá... la vida en movimiento
canta de Dios la soberana gloria
con un salmo inmortal de enorme aliento,

aquí, apartados de la humana escoria
y de la humana luz, los frailes cantan
maquinalmente un salmo de memoria.

Truena el coro. Las notas que se espantan,
de la gangosa voz al golpe rudo,
cien castillos fantásticos levantan —

Y como un gladiador sobre un escudo,
allá, Cristo, en el fondo, sobre el leño,
abre sus brazos lívido y desnudo;

y escuchando quizás entre su sueño
el salmo de los frailes en el coro,
arquea el labio, con desdén, risueño...

¡Ah! Si pudiera de la peana de oro
bajarse Cristo y escapar al campo,
donde el salmo de amor fluye sonoro,

clavando sus miradas en el ampo
de la radiosa cumbre, sentiría
de la primera aurora el primer lampo;

y al soplo de su sacra fantasía,
volando, perderíase en la bruma
que rasga el sol del Suspirado Día...

Estallaba la música; y con suma
presteza, resbalaba, hecha una öla
que en las playas después se hacía espuma..

A veces una voz quedaba sola,
vibrando, como queda el punto medio
siempre más luminoso en una aureola.

¿De quién era la voz? Del que un remedio
busca tal vez para su mal; que acaso
con esa voz sabe cantar el tedio.

Había un brillo trémulo y escaso
en esa voz extraña, ¡algo de astío
y algo de sol que se hunde en el ocaso!...

II

¿Quién eres, dime tú, fraile sombrío?
Revélame tu voz el mismo acento
de cierto burlador loco é impío.

Verdad que acaso el deslenguado viento
puede variar tu voz: mas fijo queda
no sé por qué tan raro pensamiento.

¿Tú eres el mismo, entre la ardiente rueda
de la danza sensual, que vueltas dabas
en la red que jamás se desenreda?

¿Tú eres el mismo, en fin, que derrochabas
el oro y el placer? Te será duro
recordar tu principio hoy que ya acabas...

¿Y tú eres el vicioso? Hondo y obscuro
era el antro en que ciego te perdiste:
negro es tu ayer, radiante es tu futuro.

¿Y tú eres el hereje? Un caso existe.
Ante esa virgen, cuya gloria hoy cantas,
tu amada se postró; tú un paso diste;

y gritando: —¿Por qué no te levantas?
blasfemaste: —¡Si es ella la que debe
ponerse de rodillas á tus plantas!

Cegábate el amor... Ante la Hebe
que te escanciaba el vaso diamantino
en que el elixir del amor se bebe,

sacrificabas todo: y ya sin tino,
por un beso quizás ó una mirada,
marcabas nuevo rumbo á tu destino.

¿Qué hombre no amó una vez? Ante la amada,
arenilla es la tierra, el mar es gota,
chispa es el sol, el universo es nada;

ella es la idea que en la mente flota;
que sólo *ella* impresiona los sentidos
¡y es luz, forma, sabor, perfume y nota!...

¿Quién eres tú, de tonos compungidos,
fraile incógnito? ¡Oh gloria! ¡oh maravilla!
¡Es él! Es el maestro, empedernidos...

Es don Juan, es el héroe de Sevilla,
el del blasón incólume y radiante,
el corruptor sin tacha ni mancilla,

que ya sin ver atrás, viendo adelante,
tórnase de repente en fraile obscuro
como en negro carbón claro diamante.

El que ningún honor halló seguro,
el que á todo placer le fijó precio,
rinde el pasado en aras del futuro;

y hoy vuelve, arrepentido como un necio,
á cumplir la sentencia mal cumplida,
marcando playas al oleaje recio—

Rotas las falsas vendas de su herida,
se baña así en las aguas milagrosas
de los últimos años de la vida...

Luce el sol—al morir—tintas radiosas,
canta el cisne, la tórtola aletea;
y su mejor perfume dan las rosas.

Bien puede ser la juventud atea;
pero la ancianidad pone en los labios
la oración, y la fe sobre la idea.

Sufre Colón estúpidos agravios,
pero vence: en la tumba existe un mundo
que hoy es también la mofa de los sabios;

y un Colón hay en cada moribundo
para ese arcano—como todo abismo—
¡más atrayente cuanto más profundo!...

III

¡Oh Fray Juan! ¿Es posible que el cinismo
te lleve hasta fingir horror sagrado
hacia el mal, hacia el mundo, hacia tí mismo?

¿Y cómo no acordarte del pecado,
si no hay hojas de parra suficientes
para todas las Evas que has tentado?

Yo no lo sé. Las pecadoras gentes
pondrán en duda tu virtud, y á solas
¡te tratarán de hipócrita insolente!

Cíñete tú las místicas aureolas:
como Colón, altivo y sin temores
rasga del odio las revueltas olas.

Quizás te dé otra América sus flores;
y halles otro árbol en que hacer tu nido;
y halles un nido en que cantar amores.

Yo que en el celestial y enternecido
lenguaje de Jesús mi fe retemplo,
ignoro que el amor esté prohibido.

No abuses del amor. Sigue el ejemplo
solamente de Dios: cree, pero ama.
Vente conmigo. Escápate del templo

El campo trina en amorosa gama,
con la orquestal y mágica armonía
que hay entre el nido, el pájaro y la rama;

y la misma perpetua poesía
de inmenso amor, contemplan por do quiera
¡luna y sol — umbra y rayo — noche y día!

Si tienes corazón, ama siquiera.
Purifica tu ideal, limpia tu espada;
¡pero sucumbe envuelto en tu bandera!

Hoy, obligado por tu ley menguada,
bendecirás el matrimonio acaso
de alguna que en un tiempo fué tu amada...

¿Vergüenza no te da? Detén el paso,
y reflexiona en el profundo duelo
del amor que te ve desde su ocaso;

porque el amor, en su afligido celo,
de un Hamlet teme el movimiento de hombros
más que el puño crispado de un Otelo.

Sin ternura, sin fiebres, sin asombros,
mientras hoy triunfa el sol de la alegría,
duermes la siesta al pie de tus escombros...

Por vencer del amor la tiranía
hiciste del amor ya no un imperio,
sino una demagógica anarquía.

Burlando el religioso ministerio,
tornaste en un infierno el matrimonio
¡y en una salvación el adulterio!

Y hoy — cual la tentación de San Antonio —
no bastarían á romper tu calma
ni el mundo, ni la carne, ni el demonio...

No debe ser así. La excelsa palma
sólo es para el amor del justo medio,
¡que es placer y es ideal, materia y alma!

IV

Buscando acaso incógnito remedio
para tu decepción, pasas la vida,
de un templo obscuro entre el pesado tedio...

Cantas. ¿Te gusta el coro? Alma caída
que pugnas por alzarte y lavar quieres
en el Jordán la sangre de tu herida,

ignoras que sin ser lo que tú ëres
todos gustan del coro... cuando canta
eterno amor entre hombres y mujeres,

Hollando las espinas con tu planta,
del hábito mundano te despojas
y el perfil miras de la tierra santa.

Desechas toda tentación; y arrojas,
con un golpe de luz, la mancha obscura
que en tu libro hallas al volver las hojas...

Vé aquella Virgencita. En su sien pura
luce la aureola de la fe sencilla,
por cima del fragor de tu locura.

¿Es pequeña? Pues vé, vé cuanto brilla;
mas como está en el suelo y es pequeña
la verás bien... ¡si doblas la rodilla!

Sepárate del coro que despeña
sus formidables notas sobre todo:
busca la paz que se desmaya y sueña.

En paz, aislado, mientras suba un codo
sobre tí el mal, mientras la chusma ladre,
mientras el vicio te salpique lodo,

mientras la pena aguda de taladre,
tú sin temor pregúntale á María
si es falta el tener hijos... ¡Ella es madre!

Cree, pero ama. ¡Una irrisión sería
querer secar el agua en todo el mundo,
tan sólo porque á veces se desvía!

V.

¡Qué luchas no tendrás en lo profundo,
cuando de noche, entre tu celda escueta,
después de confesar á un moribundo,

mires alzarse erótica é inquieta
á la Fitz —Fulke de dorados rizos,
que turba así tu austeridad de asceta!

Cual suele en dos espejos fronterizos
una imagen saltar, volverse luego
y saltar otra vez... — tú los hechizos

de tus lances de ayer recuerdas ciego
y se los tornas al ayer impío,
que te vuelve á tentar, sordo á tu ruego.

Nada anima tu espíritu sombrío,
nada te causa amor: lo que tú sientes
no es arrepentimiento, ¡sino hastío!

Turba en vano tus sueños inocentes
la tentación; que antes de ser blasfemo
te cortarás la lengua entre los dientes.—

Constante en tu delirio hasta el extremo,
tremolando la cruz, del mal te escudas
cual marinero que tremola el remo—

Finges quizás imágenes desnudas
de lúbrica atracción, mas luego miras
la rama en que se cuelga el traidor Judas;

y antes de traicionarla, aun más te inspiras
en esa ley que su poder celebra
al blando són de celestiales liras...

¿Quién ahorca al Amor con una hebra?
¿Quién borra de la Historia aquel pasaje
del Edén, el manzano y la culebra?

No creas, no, que con cambiar de traje
cambias de corazón. Fraile te has hecho
porque á las playas te arrojó el oleaje.

Inútil ya, no tienes el derecho
de hablar contra el amor: escucha y calla,
con los brazos en cruz sobre tu pecho.

Desertor presenciando una batalla,
sentirás las nostalgias de esa lucha
que al grito del amor truena y estalla.

Mientras el himno por do quier se escucha
de simpatía excelsa, el ojo listo,
entre la lobreguez de tu capucha,

raudo se inflamará, mas imprevisto
mirará allá, en el fondo, el perfil puro
é inamovible del severo Cristo...

Él es Dios, tú eres hombre. El bien seguro
está sólo en amar: ama y descuida,
que serás grato á Dios. ¡Yo te lo juro!

VI

Hombres hay que en las heces de la vida
logran sentir los maternales besos
que les diera la Fe, la Fe perdida;

y trépanse en sus místicos excesos.
como el Saqueo, á la triunfante palma
para mirar á Dios... ¡Ah, tú eres de esos!

De esos que se arrepienten cuando el alma
llega á sus horrorosas agonías,
cuando se acerca la mortuoria calma,

cuando estampa el dolor sus huellas frías
y el huracán las ilusiones diezma;
de esos que pasan, al revés, sus días:
¡cuarenta en carnaval, tres en cuaresma!

ANTE UNA ESTATUA DEL AMOR

A los pies de un Amor, te dije el mío:
tú me miraste con tranquilos ojos,
ni te incendiaste en púdicos sonrojos,
ni me mostraste enérgico desvío...

¡Cuánto y cuánto te dije! El mármol frío
hubo de conmoverse á mis antojos.
Me sentí doblegar, caer de hinojos,
y rodar como un mundo en el vacío...

—¡Qué estatua tan hermosa!—me dijiste,
y mi verbo de amor interrumpiste
con tu palabra desdeñosa y fatua.

Ante tal desencanto, sorprendido,
no pude contenerme y al oído
te murmuré:—¡Qué hermosa tan estatua!

PARA UN DESDÉN FINGIDO

Tu alma no está, como tu cuerpo, inerte.
Cuando te veo muda y pensativa,
con la dureza de una estatua viva,
me pareces el Angel de la Muerte...

Eres, fingiendo, por contraria suerte,
dócil, flexible y á la vez esquiva:
si dócil como el junco eres altiva,
flexible como el látigo eres fuerte.

Sé que me amas y finges que no me amas.
¿Cuál pensamiento entre tu mente gira
que bajo de la nieve oculta llamas?

Lo sé: finges desdén, me muestras duda,
mientes, sí; porque á veces la mentira
es el rubor de la Verdad desnuda!...

DESPRECIO

(Á L. Tobres Abandero).

Ya sin odio ni amor, la fe perdida,
la sonrisa borrada y seco el llanto,
cuando duerme Saúl le corto el manto
y prosigo mi marcha interrumpida...

¿Para qué la venganza? Ya la herida
se olvidó del puñal... ¡Ya el postrer canto
el cisne, enfurecido del espanto
lanzó sobre las charcas de la vida!

Cansado ya de este combate recio,
todo lo juzgo y lo desprecio todo,
desde la excelsitud de mi desprecio;

y mi desprecio en colosal marea,
sobre toda montaña sube un codo
y sobre todo espíritu una idea...

LA CANCIÓN DE LAS TINIEBLAS

Á Salvador Rueda.

Somos las protectoras del vicio y del tormento:
amparamos el crimen que va á ser, es ó ha sido;
que se llama asechanza, golpe ó remordimiento;
que busca el abandono, la fuga y el olvido.

Nosotras contemplamos hasta que raya el día
al jugador arqueándose en angustiada espera,
sacudiendo los dados con fúnebre alegría
cual crótalos vibrantes entre una calavera...

Nosotras, ya cansadas de ver en los salones
el desvelado baile, solemos otras veces
rondar á las parejas que cambian sensaciones,
allá en las pudorosas y ocultas lobregueces...

Nosotras sorprendemos al que, con manos secas
y ojillos avispados, tesoros acumula,
mientras, haciendo extrañas y repugnantes muecas,
pesadamente duerme la roncadora Gula...

Nosotras, cual si el diablo nos diera con su cola,
giramos azotadas, mas locas de alegrías,
alrededor del ebrio que se echa cual la ola
y arroja sus espumas sobre las piedras frías...

Somos las protectoras del vicio que nos ama
y del dolor sagrado que acaso nos detesta.
¡No nos importa el nombre con que el dolor se llama
resignación que gime ú orgullo que protesta!

En un rincón á veces hallamos la herramienta
que duerme las fatigas de la jornada dura;
y á veces sorprendemos con cara macilenta
al tísico trabajo pendiente en la costura...

Velamos siempre cautas el impecable lecho
donde, soñando, yace la virgen inocente;
soñando, entrambas manos en cruz sobre su pecho,
quizás con la manzana, mas no con la serpiente...

Seguimos al mendigo contando sus monedas
hasta el hogar impuro donde el rencor se aloja;
rencor que á la fortuna le quebrará las ruedas
el día decisivo de la bandera roja!

Danzamos, cual sopladas por procelosos austros.
Y acaso poseídas de insólita fiereza,
en los dormidos templos, en los escuetos claustros,
y en las celdas obscuras, donde hasta el viento reza...

Del pesar y del crimen á un tiempo protectoras,
tenemos radiaciones de nítidos encantos,
caritativas luces, chispas consoladoras:
si somos noche, estrellas; si somos dolor, llantos.

¡Pero otra vida extraña y espléndida vivimos,
con luz que salta trémula ó lánguida reposa,
cuando nos encontramos, cuando nos refundimos
dentro los ojos negros de una mujer hermosa!...

DE VIAJE

Ave de paso,
fugaz viajera desconocida:
fué sólo un sueño, sólo un capricho, sólo un acaso;
duró un instante, de los que llenan toda una vida.

No era la gloria del paganismo,
no era el amante de la hermosura plástica y recia:
era algo vago, nube de incienso, luz de idealismo.
¡No era la Grecia,
era la Roma del cristianismo!

Al redor era de sus dos ojos—¡oh qué ojos esos!—
que las facciones de su semblante desvanecidas
fingían trazos de un pincel tenue, mojado en besos,
rediviviendo sueños pasados y glorias idas...

Ida es la gloria de sus encantos,
pasado el sueño de su sonrisa.
Yo lentamente sigo la ruta de mis quebrantos;
ella ha fugado como un perfume sobre una brisa!

Quizás ya nunca nos encontremos;
quizás ya nunca veré á mi errante desconocida;
quizás la misma barca de amores empujaremos,
el uno á un lado y el otro al otro, como dos remos,
toda la vida bogando juntos y separados toda la vida!...

PUNTO FINAL

Eres fría; y así como los yesos
que en trepadora red ostentan flores,
te enfatuas de tus galas exteriores,
bella envoltura de mezquinos huesos...

Ayer me amaste, hoy me desdeñas. Esos
que se afanan por ser mis sucesores,
mi amor repetirán con sus amores,
porque te besarán sobre mis besos...

Pero borra mi nombre de tu historia
ya que no tuvo tu pasión ternura,
ya que no tiene tu desdén memoria.

Lamenta sólo tu primer fracaso;
porque antes que la sed que el vaso apura
terminóse el licor... ¡se rompió el vaso!

EN VOZ ALTA

Hago punto final. Gloria ó miseria
há tiempo que el amor robó mi calma;
porque él es el Tabor de la materia,
pero es también el Gólgota del alma.

Si llenaste una página en mi historia,
ha de ser justo, aunque mi amor sucumba,
que estos versos consagre á tu memoria
como quien echa flores á una tumba...

Me engañaste, lo sé. Y hoy que se acaba
el engaño teatral de mis afectos,
me asombra tu ficción; porgue ignoraba
que en las flores de trapo hubiera insectos.

Me engañaste: lo sé. Con fría argucia
probabas la verdad de una falsía.
¡Hay inocencia que parece astucia!
¡Hay candor que parece hipocresía!

Aunque hablabas de amor, nunca siquiera
llanto vertiste en generoso alarde...
El corazón de la mujer es cera;
¡y la cera que llora es cera que arde!

Cuando alguna mujer me hable de amores
le hablaré de mentiras y desprecios,
pero no le hablaré de mis dolores;
que es preciso ser necio con los necios...

¡Con qué gozo infernal pondré los labios
en la copa de orgiásticos placeres!
Me graduaré de sabio entre los sabios
que se saben reir de las mujeres...

Culpa tuya será, si yo algún día
clavo un puñal de una mujer al pecho:
ya que tú has pervertido el alma mía.
otras me pagarán el mal que has hecho.

La dignidad me exige una venganza;
y hoy que en mi corazón tu imagen copio,
siento, al verte, que pesa en la balanza
más que el amor ajeno, el amor propio.

Así, con frialdad, siempre con calma,
por fin cerrados del amor los broches,
despídome diciendo, al ver de tu alma
la inmensa obscuridad:—¡Muy buenas noches!

EL NUEVO MONÓLOGO DE HAMLET

Á. D. Martínez Luján.

¿Me ama ó no me ama? ¿Indiferencia es sólo
ese su frío resplandor interno,
que semeja un crepúsculo en el polo?
¿O es de cariño arrobador y tierno
esa faz que, con lánguida pupila,
lívida muestra como un sol de invierno?
¿Me ama ó no me ama? El corazón vacila,
se anubla la razón. Quien ama, en vano
la conciencia tener quiere tranquila.
¡El amor no es laguna, es ocëano!...

Puede seguir el príncipe sombrío,
del gran inglés en la inmortal escena,
monologando con el alma llena
de escéptica atracción hacia el vacío;
puede á la orilla del sepulcro umbrío
un cráneo recoger — grano de arena
que al deslizarse abandonara el río
que á otros ríos de ríos se encadena; —
y puede escudriñar el inseguro
problema eterno del eterno oriente,
donde nace la aurora del futuro
que refracta en las cumbres del presente;
y puede todavía
Hamlet pensar sobre la inmensa noche,
que es para tantos el inmenso día:
yo, haciendo metafísico derroche,
sobre las dudas del amor terreno,
prefiero para tal filosofía
más que un cráneo sin nada, un cráneo lleno.

¡Oh tu adorable cabecita! El vago
nimbo que la rodea
de atracción rara y misterioso halago,
como de guía le sirviera al mago
que en pos fuese de Venus Citerea.
¡Ah! ¿qué aves tenderán ahí su vuelo?
¿Qué ensueño alentará? ¿Qué dulce idea?
¿Qué raras flores abrirán su broche?
¿Y qué amor será el sol para ese cielo?
¿Y qué preocupación será la noche?
¿Cómo poderlo conocer? En vano
sus inquietudes compulsar anhelo,
que no hay belleza que no sea un velo
detrás del que está Dios como un arcano!

Luchar, vencer; jadeante, sudoroso,
sentirse con fatigas de pigmeo,
pero bregar con ansias de coloso;
y tener majestad y buscar gloria,
y sen ir acosada la memoria

por el buitre voraz de Prometeo.
y llenar una página en la Historia,
¡para humillar los lauros ante alguna
mujer que los confunde con la escoria,
como se humilla el sol ante la luna!

¡Oh necia humillación!... Mas ¿qué es la vida?
¿Dónde está la justicia de un orgullo?
¿Qué flor podrá decir: *no fuí capullo?*
¿Qué hombre podrá decir: *no soy de lodo?*
Será una necedad mal comprendida:
pero a ella también va confundida
la inexplicable necedad de todo!...

¡Vences! ¿Y para qué, cuando el encanto
en el misterio está? ¡Múltiples veces
halló el amor que tras martirio tanto
las que creyó primicias eran heces!

Hoy esa duda en la conciencia llevo;
quizás la mujer que amo hace memoria,
porque para el amor no hay nueva historia,
con mi pasión de otra pasion exigua;
y no logro dejar el rastro nuevo,
sino profundizar la huella antigua.

¡Ah, si te llego á descubrir! No en vano
cruja la carabela de mi ensueño
por cima de las furias del oceano:
Colón y Cristo ante el linaje humano
hacen dos redenciones sobre un leño.
No importa que en mi loco desvarío,
al descubrir mi amor de visionario,
quizás el mismo leño del navío
se transforme en el leño del Calvario...

Pero ¡ay! ¿es justo lo que exige el hombre
lleno de farsas y de amores harto?
¡El que su amor reparte no se asombre
de que haga la mujer igual reparto!

¿A qué meditar más? Bello ó sombrío,
porvenir de verdad mi amor anhela.
Si para navegar se hizo el navío,
yo me quiero lanzar al nuevo mundo
dejando en pos inacabable estela;
que me gusta escuchar, más que el sombrío
monólogo del ancla en lo profundo,
los diálogos del viento con la vela!...

Amándola sabré si algo la inflama
ó amándola sabré si algo la enfría.
Hundirla quiero en mi pasión inmensa;
y, al envolverla con el alma mía,
darle luz de mi amor, luz de mi llama,
para poder pensar lo que ella piensa
y poderme decir:—¡Me ama ó no me ama!

DECLAMATORIA

(Á Andrés A. Mata).

El bardo melenudo y decadente
se pasó sutilísima y lígera
la mano por la blonda cabellera,
y se la alborotó sobre la frente.

Plegó después el labio sonrïente;
alzó los ojos á la azul esfera;
y con voz melodiosa y plañidera
rompió el silencio de la absorta gente...

Y dijo sus estrofas. Nadie pudo
sorprender los obscuros simbolismos,
ni salió nadie del asombro mudo.

De súbito estallaron las palmadas,
pero sonaron los aplausos mismos
como si hubieran sido bofetadas...

DEL TIEMPO VIEJO

Si el hacha abre una senda en la montaña
como en la mitológica leyenda
á crecer vuelve la roída entraña:
y la vegetación borra la senda.

Como la selva soy; como ella quiero
darle esperanza al corazón vencido;
porque también, como la selva, espero
que sobre tu pasión crezca mi olvido!

Ya no te puedo amar cual los amantes
de tus tiempos de sol: hoy me das frío.
Estoy enfermo de no amar, porque antes
de apurar el placer, siento el hastío...

¡Y quién sabe mirándote de lejos,
surja y retoñe mi pasión exigua:
una moneda de los tiempos viejos
es más preciada cuanto más antigua!...

EN EL DIVÁN

Indolente y gentil como Afrodita
ensayas las más lánguidas posturas;
y en tu diván, mirando las alturas,
eres el abandono que medita.

Saltas, al eco de tu amor que grita;
vibras, al diapasón de tus locuras,
que, en tus formas de lira, hay curvaturas
de la sensualidad más exquisita.

El voluble abanico, que en tu mano
cándidamente y á compás se mece,
te da un tinte de amor extramundano;
y, bajo de la túnica, el pequeño
pie en que termina tu beldad parece
ser el punto final de todo un sueño..

SPLEEN DE LORD

(Á Ernesto E. Boza).

El Hastío ha dejado el surco abierto,
donde el Vicio después sembrará todo
eso que apenas nace queda muerto,
si es alma en humo, si es materia en lodo.

Ya para siempre el corazón desierto
de esperanza y de fe, mustias las galas
de los sueños de amor, el vuelo abate
sobre una roca en que plegar las alas
y contemplar de lejos el combate.

Hastiado de luchar, desde la alta
cúspide del delirio que me asalta,
incompleta de Dios veo la obra;
¡porque si me atormenta lo que falta,
me aburre inmensamente lo que sobra!

Es preciso burlar el sufrimiento:
tejer las danzas de una orgía loca:
dar de beber al corazón sediento,
no el agua destilada por la roca
del jamás ablandado aburrimiento,
sino el agua que corre en albedrío,
perturbando el brutal estancamiento
de todos los pantanos del Hastío!...

Reirse es olvidar y olvidar quiero;
y si acaso mis penas sublevadas
modulan mi gemido lastimero,
las disciplinaré con carcajadas.

Reirse es olvidar. El Gozo olvida;
y el Dolor tiene la memoria abierta
eternamente por una ancha herida.
Es preciso escapar; romper la puerta.
Coronada de pámpanos y erguida,
rediviviendo la Esperanza muerta
me brindará en la copa el dulce halago
del ensueño feliz. Loco y sin calma
todo el ensueño apuraré de un trago,
dejando sólo como hez... el alma!

Ebrio, febril y delirante, acaso
en medio de las danzas de la vida,
entre el ardiente giro, hallaré al paso
á la mujer hermosa y fementida
que pudo ser mi oriente y es mi ocaso.
Entonces ciego ya, de gloria lleno,
le clavaré un puñal: ¡será muy bella
sobre tal corazón la herida aquella,
como una rosa en la mitad del seno!

Y vendrá la Justicia. ¡Y vendrá cuándo!
Me arrojarán hacia la sombra espesa;
y subiré al patíbulo cantando

de la Felicidad la Marsellesa.
Y si se escucha á quien su ardor pregona
al borde mismo de la obscura huesa,
he de implorar, en la desgracia mía,
que hagan para mi tumba una corona
con las últimas rosas de la orgía!

Si pugna por saltar quizás el llanto,
sabré ahogarlo en mis risas y en mi canto
y entraré altivo al postrimer encierro,
aunque sé que, con íntimo quebranto,
lograr sólo, tras martirio triste,
lágrimas y alaridos de mi perro...

ESTATUA DE SAL

Eres fría. A tus labios no se asoma
ni la risa, ni el grito, ni la queja:
estatua fueras en la Atenas vieja,
mujer no fueras en la vieja Roma.

Como estatua de sal, si á veces toma
gesto vibrante el arco de tu ceja,
es porque en tu pupila se refleja
el rojo incendio de infernal Sodoma.

¡Tú desdeñaste á jóvenes de brío,
y en matrímonio trágico y sombrío
á ancianos te uniste sin conciencia;
y la justicia del amor burlado,
como que eres de sal, te ha condenado
á que te lama el buey de la Impotencia!

¡QUÉ IMPORTA!

(Á Alberto Salomón).

El desdén de los dioses no hace galas
de poder, ni de cólera al protervo:
César desdeña el odio de su siervo.
¡A odio con arpón, desdén con alas!

Puede el odio trepar por sus escalas
hasta el santuario que á mi amor reservo;
mas yo he de ver al pavoroso cuervo
rodar sin fuerzas á los pies de Palas...

Jamás importarán á mis enojos
nada la ingratitud, nada el mal pago,
nada los cuervos sacadores de ojos;

que en mi alma se desploman los insultos,
como peñascos en profundo lago,
¡que ha de guardarlos para siempre ocultos!...

¡ADELANTE!

Labra pacientemente tus tierras, aunque insana
plaga te las malogre; que hoy los dolores son
arados que abren surcos, donde tendrán mañana
las siembras del ensueño cosechas de razón.

¿Ensueño? Sí, es de noche: soñar es tu destino.
Sonámbulo del verso, no mires hacia atrás.
Desde hoy, cállate; y mudo, prosigue tu camino,
aunque te digan: —*Joven poeta ¿á dónde vas?*

Tú no vas hacia el triunfo de una farsa irrisoria;
tú no vas por la patria que tan ingrata es;
tú no vas tras el crimen disfrazado de gloria,
como el joven soldado del poeta francés.

Tú vas hacia la cumbre de la justicia humana;
tú vas por el desquite de los que acosa el mal;
tú vas tras la victoria que ha de imponer mañana
sobre las patrias viejas la Patria Universal.

Si creen, que lo crean, si niegan, que lo nieguen.
Contra sus propias fuerzas, arrástralos al bien;
y cuando ya las horas de la protesta lleguen,
predica tu Evangelio sin reparar á quién...

Ya que atrevido partes á conquistar la cumbre:
no vuelvas nunca el rostro, no mires hacia atrás,
si quiere, que te siga la imbécil muchedumbre;
¡pero que no pretenda saber á dónde vas!.....

ECCE HOMO

(A Enrique López Albújar)

Cuelgo mi arpa en un sauce, al fin rendido,
cual los bardos llorosos de Israel.
¡Ojalá que haya en mi sepulcro un nido,
como en boca de león panal de miel!

Flébil el corazón, mustio el cerebro,
quejas al viento doy, llantos al mar:
soy un molino que mis aspas quiebro
cansado sólo de girar, girar...

Molino roto, cada vez que siente
el soplo que otros tiempos lo animó,
cual simbólico signo, lentamente
traza en los aires un inmenso ¡Nó!

¿Para qué resistir? La vida entera
es un ábrego, un soplo, un huracán,
que de tanto agitarnos la bandera
la desfleca en jirones que se van

¿A qué luchar? La cumbre desolada
se fatiga de tanta tempestad.
¡Nunca por nadie luchará la espada
de este libertador sin libertad!

Rendido así, mi espíritu se opaca,
por más que entre los cánticos sin fin,
en mis nubes, redondo se destaca
el sol como una boca de clarín.

Rendido así, como cuartel de invierno
que la tropa de ensueños escogió,
tengo en mi alma cenizas de un infierno
que un soplo de los cielos apagó...

Tranquilo al fin, sin que ya pueda nadie
mis dulces paraísos profanar,
¡apagada la hoguera, el nimbo irradie!
Laguna quiero ser, ya que fuí mar...

Mi alma es como un vetusto lazareto,
donde los sueños que enfermó el ideal
rezan fervientes con afán inquieto
el—*Líbranos, Amor, de todo mal...*

Vate desorientado y sin ventura,
encontré como solo porvenir
un odio que me cava sepultura
y un amor que me ayuda á bien morir...

Soy como uu seco pajonal quemado
que un sueño de cenizas duerme en paz,
con los surcos borrosos del arado
sobre la gris desencajada faz...

Conforme con mi suerte, á ella me inclino
como la palma al golpe del simún;
mas no daré — si cambia mi destino —
un solo bien por el dolor común.

Egoísta, ya nunca en mis enojos
al engreído déspota heriré,
por ese pueblo que después los ojos
vuelve con duda á quien lo vió con fe.

Silente, mudo, sin cantar... ¡Mentira!
¡Mentira que esté nunca sin cantar!
Mientras tenga en mis manos una lira,
— salvavidas del alma — échenme al mar...

Mi musa es el magnífico incensario
que, en las misas sangrientas del dolor,
amontona en las grietas del calvario
cenizas de ternura, ascuas de amor...

Descuelgo mi arpa, pero estoy rendido;
Canto, pero no canto con afán;
¡porque he encontrado en mi sepulcro un nido,
pero de aves que nunca volarán!...

RESURREXIT

I

Estaba ansioso de luchar. No en vano
se estremecía la vibrante espada
por cruzar, en la lid, desenvainada,
cual voladora sierpe en el oceano.

Más noble es ser torrente que pantano;
y era justo oponer en lucha airada
contra la obscuridad una mirada
y un amor puro contra el odio humano.

Palpitando de horror, con ansias sumas,
mi corazón clavado de puñales
sería un ave de aceradas plumas...

¡Preciso era subir! Perdí la calma;
y me lancé á los ásperos breñales:
¡cuando á lo alto llegué, sólo era un alma!

II

Soñé que estaba muerto, Años hacía,
durmiendo en paz las ansias de la guerra,
me solazaba en abonar la tierra
que con amor de madre me cubría

Entre mi tumba estrecho me sentía;
y, como el león que el domador encierra
contra la jaula con furor se aferra,
yo, viviendo otra vez, sobresalía.

Vi también que, por leyes misteriosas,
de las carnes brotaban los gusanos,
pero que se tornaban mariposas...

Súbito, no vi nada: era un abismo;
cegué; me estremecí; tendí las manos;
¡y caí desplomado... entre mí mismo!

PROTESTA

(Á José M. Barretó).

¿Quiénes son, dónde están los que han querido
mancillar mi honradez con su impostura?
Hay nieves y no fangos en mi altura;
águilas, no serpientes en mi nido...

Ellos, los que han mi corazón herido,
me han coronado de inmortal ventura;
¡que si el arma enemiga es tan impura,
más noble que vencer es ser vencido!

Gocen los viles, que con torpe saña
sentirán, acosándome en el monte,
bajo sus garras renacer mi entraña;

que si un día naufragan sus ideales,
¡cruzaré como nave el horizonte
sin oir gritos y sin ver señales!...

VÍCTIMA

Hoy te censuran con brutal crudeza
los que ayer te ensalzaron á porfía:
se quiere descubrir la Hipocresía,
tratando en vano de mentir franqueza.

El odio mismo que á hostigarte empieza,
ficción de teatro y trampa de falsía,
es el casco de honor y bizarría
con que cubre la Envidia su cabeza.

No te arredre la estúpida comparsa;
porque tú siempre arrollarás la farsa,
al soplo de huracán de tus castigos...

Vencerías también, si al fin murieras;
¡porque yo sé que el día en que tú mueras
te tienen que llorar tus enemigos!...

EL PEGASO ANTE EL POETA

I

Y habló el Pegaso, y dijo: — Yo no daré mis crines
para arcos gemidores de trémulos violines,
sino para que triunfen, como penacho fiero,
sobre la bizarría de un casco de guerrero.

Mis alas son banderas, que excelsos paladines
quisieran como gloria de su blasón severo;
en mi relincho tiemblan los épicos clarines;
y bajo mis galopes hay músicas de acero...

Al enarcar las alas, se encrespa y embravece
la crin sobre mi cuello, que en su perfil parece
un arpa: en el cordaje vibra solemne oda...

Y al sacudir las alas, el ojo parpadea;
y, de mi cuello á mi anca, la piel rápida ondea
cual si una sola arruga la recorriese toda...

II

Y habló el Poeta, y dijo:—Conozco tus vigores,
y aplaudo el ritmo en que hablan tus cascos habladores
sé de tu vuelo el rumbo por el Azul, á modo
de un paso de conquista, que lo conquista todo;

Y asiéntome en tu anca, que orlada con mis flores
es redondez y es lustre como obra de escultores:
y engríome en tu escape, y en la carrera beodo
tiendo sobre tu mármol mi humanidad de lodo...

¡Y bien! Dame una sola de tus sonoras crines,
para ajustarla á un arco, no de arrullar violines,
sino de flechar verbos en desatada lidia.

Ya de tu recia cola, ya de tu cuello rudo,
dame una de tus crines; que quiero hacer un nudo,
¡para que tenga su horca la lengua de la Envidia!...

CONTRA NATURA

(Á Luis F. Ulloa)

Adórente los ciegos de la idea;
los que no hallan en tí sino ternura
y amor para tu débil creatura,
que aunque es tu creatura también crea.

¿Quién provoca la lucha gigantea,
si no eres tú, de nuestra vida impura?
¿Quién agrega el hastío á la ventura
y en deshacer lo que hace se recrea?

Madre Natura, como un templo en ruina,
abandonado y sin cimientos fijos
al fondo del desprecio te derrumbas;

¡porque tú eres la eterna Mesalina,
que se revuelca con sus propios hijos
en el lecho incestuoso de las tumbas!

CANTO DE HUELGA

¡Déjenme descansar! No estoy vencido
porque me siento grande en la batalla,
me horroriza la tumba del olvido
y la musa se enferma cuando calla;

pero ya desespera, ya fatiga
la ansiedad de la turba que me acosa,
y que, envuelto en la vórtice, me obliga
á cantar versos y á vivir en prosa...

¡Turba de maldición! Déjeme en calma
soñar con el amor que me extasía...
Suya es la luz que brota de mï alma,
¡pero la luz que entra á mï alma es mía!

Déjeme amar la libertad del campo,
el torrente glorioso, el manso arrullo,
el beso de pasión que imprime el lampo
en los trémulos labios del capullo...

Déjeme amar la cúspide fulgente,
el canto de la alondra matutina,
la corona que el sol ciñe á la frente
desmoronada de la aldea en ruina...

Déjeme, en fin, amar los vocingleros
timbres del alba en el confín distante,
el gorjeo de luz de los luceros
y el ruido de alas de la sombra errante.

¡Déjeme en libertad! Turba menguada
la que opaca mi estrella con su estrella:
¡fuera de ëlla para mí no hay nada,
fuera de mí sí hay todo para ëlla!

¡Menguada turba! El estro soberano
conquistar sabe triunfadoras palmas:
¡si ella es un río, mi alma es un oceano
en el que pueden desaguar mil almas!

Suya será mi voluntad entera,
mi razón, mi idëal, mi ley, mi brío;
¡pero déjeme, en cambio, que siquiera
pueda decir:—¡Mi corazón es mío!...

EN LA FRAGUA

(Á un exquisito)

Arte caritativo que futilezas labra,
y acicala los trajes, y los descuidos peina,
finge piadosa mano que bruñe la palabra
como un espejo intacto para una faz de reina.

Proscrita de Bizancio, la excelsitud de mi arte
no es dar fiesta al oído con frase amartelada:
si quieres un espejo para narcisëarte,
mírate en la ancha hoja de mi radiante espada.

Aquiles que, entre tocas, en la extranjera corte,
pone al músculo férreo disimulos de raso,
es pueril comediante, que nunca alcanza el porte
del que en la Iliada cruza con resonante paso.

Las enguantadas manos no son para las lanzas
ni los tímidos verbos les dan alma á las cosas...
No me déis pies hercúleos tejiendo muelles danzas,
ni me déis bravas frentes coronadas de rosas.

Con paciencia de monje, yo exprimiera tu vino
en mis copas que fueran los prodigios más tersos;
y con la fina punta de un puñal damasquino,
destaparía el cofre de mis joyantes versos...

Pero hasta las mujeres desatan sus sonrisas
de volteriana burla, con notas tan süaves...
Yo no robo el suspiro, sino el vuelo en las brisas;
yo no envidio el gorjeo, sino el ala en las aves.

Ven, artista, y arroja tus bellas baratijas
á los hervores nuevos de mis futuras dianas,
como los viejos nobles echaban sus sortijas
al bronce destinado para fundir campanas...

ESTANDARTE DE AMOR

Huyes de mí; pero colgado al muro
me dejas un recuerdo: tu vestido.
Le veo resaltar entre lo obscuro
como tú misma; y dudo sorprendido,
rogándote un perdón para mi ultraje,
si eres tú, sólo tú, la que he querido,
ó si todo mi amor fué por tu traje...

Amo tu traje así. Flor de pecado,
con ese traje como nunca bella
te conocí y te amé. Quiso mi estrella
què no les fuera á mis amores dado
besar tu pie, sino besar tu huella...

Al ver tu traje, sin querer te veo
cuando en fuga cruzabas por la calle,
mientras que, en el zigzag del galanteo,
se enroscaban al árbol de tu talle
las yedras lujuriosas del deseo.
¡Cómo abultaba el traje que ceñías
tus tentadoras curvas! ¡Cómo en ondas
tus encajes dictaban armonías,
á manera de un beso entre las frondas!
¡Cómo en rápidos pliegues te envolvías!
¡Cómo, entre el nudo de joyantes lazos,
fingir me dabas en las ansias mías
la dulce penitencia de tus brazos!...

Tocadas tus mejillas por la rosa
de una suave pintura, hay en tu encanto
algo del artificio de una diosa
que su tez nunca profanó con llanto;
con un fino pincel le das negrura
al perfil de tus cejas, que el quebranto
jamás contrajo en horas de amargura;
y el lunar breve que tu faz decora
pintado es, con la misma gentileza
con que un sabio pintor que se enamora
pone su firma á la mejor cabeza...

Súmanse en este traje, que conoce
así el culto interíor de tu belleza
como los sacramentos de tu goce,
ya que hartas veces te envolvió en su ola;
todos los elegantes artificios
que te hacían, prestándote su aureola,
cesáreamente bella hasta en tus vicios!

Amo tu traje así. Sobre su seda
corren mis manos trémulas y ansiosas,
como una loca sensación que rueda
sobre una piel suavísima de rosas,
y se gozan, jugando con el nudo
que ata los lazos, en romper el broche,
que ayer celó tu clásico desnudo

y hoy sólo guarda lobreguez de noche;
y cual las de aquel Hércules membrudo
que Ovidio canta esclavo de mujeres,
las manos mismas que en el firme escudo
rompieron lanzas... ¡tiemblan de alfileres!

¡Ojalá que tu traje al fin me diera,
de vivo amor en inflamado exceso,
aquella muerte de voraz hoguera
que desató la túnica de Neso;
porque, envuelto en sus pliegues, moriría
soñando con la gloria de tu beso
y ardiendo en la ambición de hacerte mía!

Ya que, sufriendo de mi amor la injuria
y de todas mis ansias el ultraje,
es como un estandarte de lujuria,
yo moriré abrazándome á tu traje,
cual el soldado, que la aviesa suerte
hace caer en la batalla fiera,
no se rinde cobarde ante la muerte,
sino que, altivo entre su propio duelo
y digno de la gloria que lo espera,
goza también del último consuelo
de morir abrazado á su bandera!...

LAS DOS ESCANCIADORAS

Para beber inspiración, me afano
por merecer la copa de diamante
que escancia Hebe á Júpiter Tonante
entre las pompas del festín pagano.

Mas ¡ah! tampoco me recuerdo en vano
de la Samaritana, que anhelante
se inclina, con el ánfora delante,
sobre la frente del amor cristiano...

Hebe triunfa en el fúlgido concierto;
y la Samaritana halla ventura
en mitigar las ansias del desierto.

Así mi numen escanciar desea,
más que la copa de la Forma pura,
el ánfora profunda de la Idea!

EL VERSO FUTURO

Á Leopoldo Lugones y Ricardo Jaymes Freire

Las luchas de la palabra con la idea — son las luchas del músculo con el nervio: — salta el ritmo en chispazos — como toques de incendio, — cuando empieza la eterna batalla — del Numen con el Verso.

¿Para qué hacer jardines — de árboles enfilados y serios, — cua guiando la mano con que escribe — la Natura las páginas de sus bosque soberbios? — ¿Para qué el artificio, — si lo espontáneo es bello? — Surja el ritmo en la estrofa como surge — en las nubes, en las olas, en los vientos. — en la gira orbital de los mundos celestes, — en la cuva solemne de las aves en vuelo. — en los monologantes excelsiores de los ríos, — en el galope alado de los huracanes negros.

Las estrofas libres, — [en que el arte nuevo — rompe la losa de los santos sepulcros, — para hacer orgiásticas copas de los cráneos secos,] — no son las procustales — noches insomnes de ajustado lecho...

Todas las lluvias se embriagan en sus generosas flores, — todas las aves tienen ramas para posar su vuelo!

Tétricas son y nefastas — las formas fantásticas de su aspecto; — pero en su fondo caben el amor libre, — el dolor libre y el libre ensueño...

Árboles simulan — las estrofas libérrimas, que el plectro — traza como un delirio sobre las sombras: — á manera de haces de árboles de invierno, — atados con la cuerda de oro de la horca — de un suspiro largo, con nudo de besos...

Árboles que sufren; — con sabrosas frutas de veneno; — con flores de ambrosía, que soñara Jove — para los banquetes de sus tedios; — con raíces negras, como las serpientes — de los fabulosos pecados edénicos; — con ramas retorcidas, — como los brazos de los condenados dantescos; — con hojas afiladas, como lenguas de insulto; — y con nidos de abrojos, como corazones huecos. — Tal las estrofas, que simulan, — sobre los promontorios del pensamiento, — teoría selvática de fantasmas de sangre — con sus enmarañadas cabelleras de duelo.

Ven, tú, la bien amada musa, — la musa de los amores extraterrenos; — ven, á enseñar tus cantos cristalinos — como cristales ahumados por un hálito de infierno; — ven, á dormir tus siestas — de olímpico abandono que gusta blandos lechos; — ven á romper el grito de tus protestas — en sodómico diluvio de fuego; — ven, á llorar tus penas incognocidas — con sollozos obscuros de difíciles ecos, — aquí, bajo la copa del árbol, — que impone su nueva vida sobre los campos viejos, — traspasando los lindes con las raíces — y con las ramas interrogando al cielo, — á manera de una gráfica y sonora — Primavera del verso!

¡Oh haz de estrofas libres! — resumen de los triunfos estéticos. — signo de las américas del arte, — número de los anarquismos del ensueño, — simula el árbol de las prohibidas frutas — en el Paraíso del Amor, (duo eterno). — Los que comáis sus frutas envenenadas — seréis más grandes que los dioses viejos; — y si la espada de los exterminios — los arroja y se clava á las puertas del Verso, — tendréis siempre la esperanza del futuro mesías, — hijo de un dios y descendiente vuestro!...

SOL PONIENTE

Ven, contempla el paisaje, musa mía!
Desde el atrevimiento de esta cumbre,
mira cómo del sol en la agonía
cae sobre él nublada muchedumbre...

Presencia el sol sus mismos funerales:
caen sobre él, antes que ruede muerto,
las nubes como buitres colosales
sobre un león moribundo en el desierto...

Mira. El león se retuerce en su amargura;
sacude la melena enfurecido;
y arroja miles de astros á la altura,
como arenas á cada resoplido.

Hay almas que agonizan como soles...
Jesús vuelve la vista al que lo hiere
y el sol torna las nubes arreboles...
¿Será mi alma tal vez un sol que muere?

¿Morir mi alma? ¡jamás! El estro sube
por cima de la turba posternada:
un rayo arrancaré de cada nube,
y en cada rayo envolveré una espada.

Mi alma quiere luchar; pero hoy no lucha.
Burlador de las olas, me hago el muerto:
¡soy el viajero que tendido escucha
al que viene detrás por el desierto!

Lívido, cabizbajo, cejijunto,
envuelto en mi pendón hecho pedazos,
ante el abismo me detuve un punto
y ante el peligro me crucé de brazos.

¡Siempre he desafiado la inclemencia
del Mal que vibra sobre mí su espada,
con la serenidad de una conciencia
á luchar y á vencer acostumbrada!

Cuando Dios juzgue la constancia mía
y me pregunte al conclüir el viaje,
cómo hice la mundana travesía,
le diré: trabajando mi pasaje!

Hoy no quiero luchar, estoy astiado;
y no es que se haya muerto mi conciencia:
vivo, como un dolor petrificado,
absorbido en mi propia indiferencia.

El sol no muere, no; si acaba el día
es por una ficción del firmamento:
una vuelta del mundo es su agonía,
una vuelta después su nacimiento.

El alma grande que en las luchas muere,
para surgir con ímpetu iracundo,
para resucitar, calle y espere,
inmóvil como el sol... que ruede el mundo!

IMPRECACIÓN

(Á Eduardo Talero)

No puedo descender. Siempre en la altura,
desafiando la extensión sombría,
paseo la insolencia de mis ojos
escrutadores de misterios.

Risas
de analfabeta chusma; estruendo airado
de gentes ebrias en vibrante orgía;
juramentos de sórdidos despechos;
tempestades de pálidas envidias;
ola inmensa de fétidas injurias;
coro alegre de irónicas diatribas,
todo sube hasta mí; como el infame
hálito de la bestia apocalíptica,
revelador de las humanas menguas,
denunciador de las bajezas ínfimas,
instigador de los más nobles odios,
provocador de las más santas iras.

Hálito repelente de las hondas
capas de fango en que Satán dormita,
sube hasta mí, cual bofetada enorme
de la noche rebelde contra el día...

Entonces vuelvo el alma hacia lo obscuro;
y, asomándome al antro que transpira,
interrogo á las sombras, que me cuentan
sus voluptuosidades infinitas,
sus ansias descompuestas, sus dolores
de senos maternales que se crispan
dando á luz un relámpago, sus glorias
de fieras é incestuosas Mesalinas,
sus caprichos de histéricas danzantes
sus delirios de turbas anarquistas.

Y me tapo los ojos por no verlas,
pero las sigo oyendo; y por no oírlas,
me tapo los oídos y las veo...
Las veo, sí, por más que las pupilas
con apretados párpados encubro;
pues dentro, al fondo, en la conciencia misma,
las veo, sí, las veo que pausadas
y en caudalosa procesión desfilan.,.

Almas desnudas de honradez; ideas
huérfanas de virtud; foscas envidias,
que murmuran al sol que las alumbra;
ansias como serpientes retorcidas;
ambiciones volcánicas; rencores
de superpuestas pequeñeces frívolas;
concupiscentes apetitos; fiebres
de altas sensualidades; avaricias

de ojos calculadores; arrebatos
de sangrientas locuras repentinas;
propósitos de befa; chistes torpes
de mordedura venenosa y fría;
estulticias que niegan el derecho
y fuerzas que el derecho crucifican;
desnudeces estólidas del alma;
conjuraciones de la carne impía...

Oh, qué hórrida visión!... Volcán de fango,
selva de vicios, mar de pesadillas,
cae sobre mi espíritu y me abate;
me hace postrar de hinojos en la lidia;
rogar misericordia; hacerme polvo;
y hundirme en la impotencia de la vida...
¡Cuántos males, buen Dios!

Pero ¡ah! no salga
triunfador tanto mal. No está la lira
fatigada de cantos: da á los aires
nueva protesta de salud. Erguida
sopla la musa; el corazón se enciende
con los ardores de la angustia misma;
en la mente, las alas vuelo exigen;
en el éter del alma, impera el día...
¡A cantar!

Es el vate, que, los siglos
de los siglos ahonda con su vista;
y explora, como un buzo, el oceano
de una lágrima.
¡Canta!

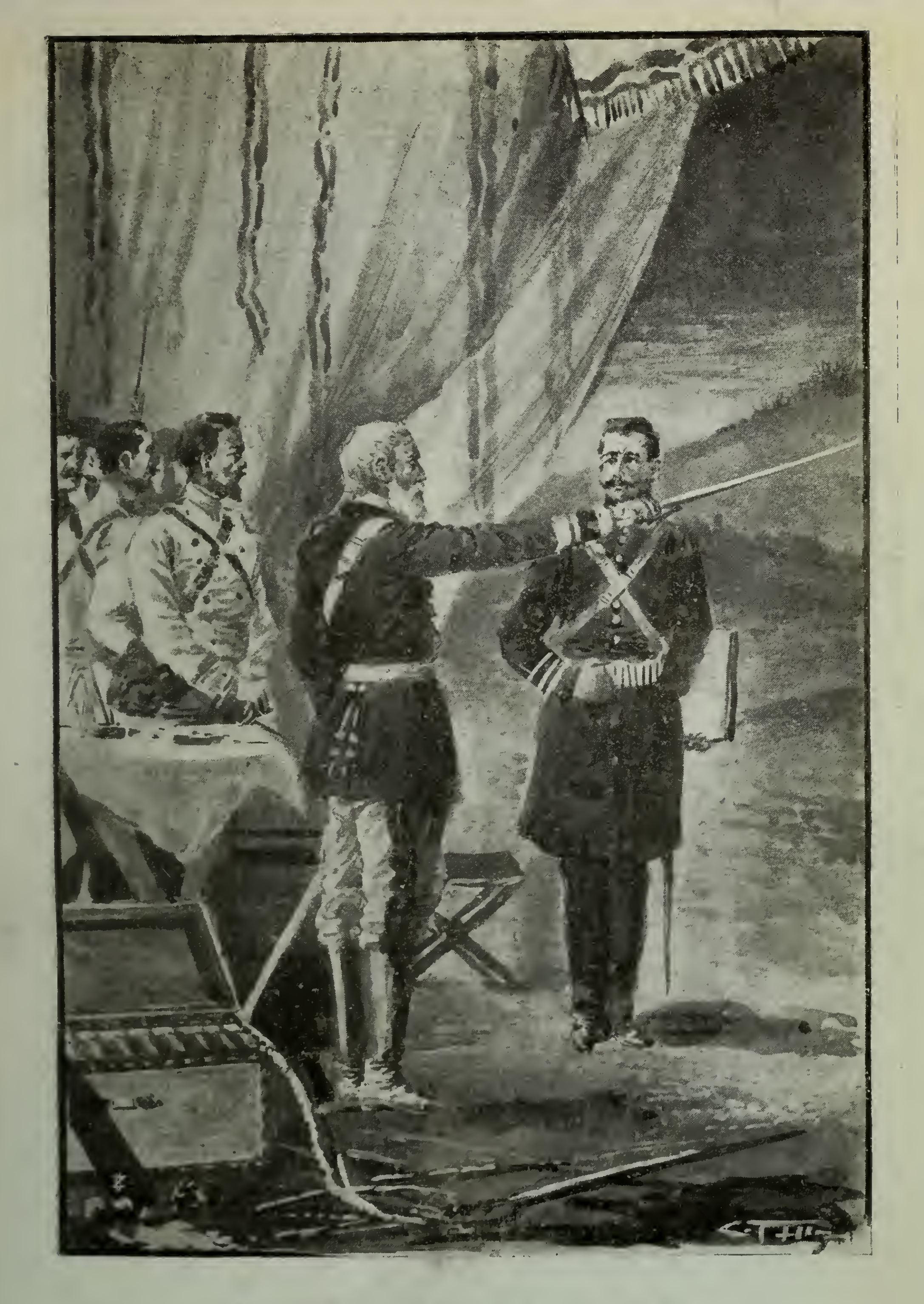
Alce la envidia
su escándalo, y azótele la frente,
donde como en el cielo impera el día;
truene la voz de las tinieblas hondas;
rompa á volar la carcajada indigna;
hierva el rencor de las humanas menguas;
¡que yo todo lo veo... desde arriba!

MIS COMBATES

(Á Pedro López Aliaga)

¡Oh qué crüel vacilación! El alma
vibra como hoja en árbol que los vientos
sacuden con furor; pero yo en calma
ríome de mis propios sufrimientos...

En medio de mis íntimos afanes
véome yo luchando con la Suerte,
en portentosa lucha de titanes,
como brega la Vida con la Muerte.



Yo rendirme no sé, yo siempre lucho
á vencer ó morir; decid que es ésta
mi irrevocable y única respuesta:
¡Quemaremos el último cartucho!

La Epopeya del Morro. - V

Nada importa la Muerte, si la Vida
como el Sol nace en el opuesto lado,
si salud al que hiere da la herida
cual la sangre del bíblico costado...

Quiero apurar la copa acibarada
con mano firme y ánimo sereno;
pasear despreciativa la mirada;
y abrir las alas al fragor del trueno...

Ciérrese ante mi vista el horizonte,
núblese el cielo: seguiré en la lidia...
Moriré como heroico Laocoonte
ahogado entre los nudos de la envidia!

En vano, sí, la sociedad maldita
pondrá sobre mi frente un «*aquí yace*».
¡La ilusión como el Fénix resucita
y la melena de Sansón renace!

Y cuando caiga, si á rendirme llego,
hastiado ya, cansado de mi mismo,
he de abrazarme del Destino ciego;
y juntos rodaremos al abismo...

Siéntome grande en medio de la lucha
con el Destino ingrato que me hiere;
El Destino que *pega, pero escucha;*
¡el Destino que mata, pero muere!...

¡NO ES DEMÁS!

(Á Hermán de Vivero)

No es demás que el volcán proteste, y brame,
y salte de su asiento; no es en vano,
si sorprende á Pompeya y Herculano
desatentadas en la orgía infame...

No, no es demás que el corazón se inflame
y que el látigo vibre entre la mano,
si, al rebelde castigo, el vil tirano
de su castigador las plantas lame.

Justo es que estallen, cuando el Bien claudica,
volcán de sangre, rebelión de llamas:
la sangre borra, el fuego purifica...

¡A los primeros golpes que lo hienden,
[illegible]eden del árbol las endebles ramas
[illegible]os frutos podridos se desprenden!

CANTO Á ZOLA

Alma toda verdad, tú descargaste
golpes de luz contra la noche densa
del romántico ideal, que sepultáste
en el orgullo de tu aurora inmensa;
cerebro todo sol, tú desde el foro
llenaste con tu voz el teatro mismo,
y tu protesta resaltó entre el coro
como una campanada del abismo;
corazón todo ardor, nunca el paciente
carácter fuiste que su senda labra,
siempre hiciste estallar súbitamente
la máquina infernal de tu palabra;
alma, cerebro, corazón, tú, cuando
Víctor Hugo perdióse entre lo obscuro,
llegaste como una águila volando
sobre los huracanes del futuro...

¡Sí! Cuando el Socialismo victorioso
clave en la cumbre su bandera roja
y el irritado mar entre en reposo;
cuando, al soplo de fieras tempestades,
se doblegue esta edad cual una hoja
en el libro de todas las edades,
tu nombre flotará, como pendón roto,
en incesante afán hecho jirones,
predicador de un porvenir remoto,
Bautista de las grandes redenciones!

Apóstol de verdad, tú no has querido
callar, aunque los bravos aquilones
amenazaran arrancar tu nido;
y tras de los siniestros episodios
de la traición de Dreyfus, has surgido
como un fénix de amor sobre los odios...
¡Y á la voz de tu musa visionaria
que entre las sombras trágicas descuella,
la inocencia es una isla solitaria,
tu alma una ola al rededor de ëlla!
Impulsa tu bajel; que el mar es ancho...
Clava, como una lanza, tu querella
en las aspas del mal, aunque rebote:
esos que te atacaron como á Sancho,
te quisieran befar como á Quijote!

No importa que te insulte la ignorancia
del populacho que á tus pies vocea:
tú eres la libre y justiciera Francia,
¡eres la Humanidad, eres la Idea!
Los que te deben coronar de rosas
te coronan de espinas... Plebe atea,
que no quiere creer en tus gloriosas
ansias de luz futura, te apedrea...

Apágase tu espíritu vibrante;
y callas, mientras corren silenciosas
lágrimas de titán por tu semblante.

¿Lloras? ¡Sí, como lloran las montañas!
Lloras como las cumbres eminentes...
La tempestad sacude tus entrañas
y te impulsa á llorar. ¡Lloras torrentes!
Pobre coloso abandonado y triste,
juguete de las turbas inclementes,
de esas, de las que un día ídolo fuiste...
Bien haces en llorar. No por tí mismo,
sino por los causantes de tu pena:
tu llanto de titán será el bautismo
de la plebe, — inconstante Magdalena!
Apágase tu ardor, duerme tu nervio,
rindes tus armas al rigor del hado:
no quieres ser, como Luzbel, soberbio;
quieres ser, como Cristo, resignado...

Bajo una vergonzosa tiranía
tu alma desdén olímpico atesora,
y reta las alturas muda y fría;
fría como una esfinge acusadora,
muda como una eternidad sombría...

Bien haces en callar. Fía en tí mismo.
Sofrena un poco tu corcel; no avances;
y páralo en dos pies ante el abismo...
Y verás que, á la voz del Socialismo,
fuertes con el laurel de cien victorias,
desfilan tus homéricos romances
como una inmensa procesión de glorias!

¿No sientes los calores fecundantes
de la *Tierra* en que el surco forma lecho
para que caigan los derechos de antes
y comience á crecer otro derecho?
¡Oye la voz intrépida del tajo
conquistadora del futuro aliento,
de esas generaciones del trabajo,
grandes á pleno sol y á todo viento!
¿Y no trasciendes el horror que apesta
por las fétidas bocas de las minas,
en donde en vano la viril protesta
se alza como una cruz sobre las ruinas?
Es *Germinal*. Tinieblas apretadas
en que el glorioso porvenir se encierra,
de esas generaciones encorvadas,
que nacen y que mueren bajo tierr
¿No oyes tronar la carcajada impía
de la turba, cercada de placeres?
Es *Naná*. Los placeres de la orgía
ocultando. entre vinos y mujeres,
la más abominable tiranía...
Vé morir á la pobre cortesana,

cual vil despojo de gastada gloria,
mientras sueña en Berlín la turba insana,
que se afana en lograr una victoria
y no en lograr una virtud se afana.
Y la *Débacle* fué. Y en la porfía
el águila imperial rodó al abismo:
resuena aún el grito de agonía
que dió el asolador militarismo.
¡Y no ves desfilar la burguesía;
el pueblo embrutecido y resignado;
de las bajas pasiones el enjambre;
las sierpes tentadoras del pecado;
y las jaurías ladradoras de hambre!

Sólo existe una fe, la fe que vuela
desde *Lourdes* á *Roma,* y desde *Roma,*
torna á *París* con insaciable empeño:
esa es la fe que redención anhela;
es la protesta que venganza toma;
es la bandera del futuro ensueño.

Tú has penetrado á golpes de conquista,
á sangre y fuego, en la conciencia humana;
donde hierven las glorias de mañana,
germinando la aurora socialista
entre la corrupción republicana...

Y por eso, ante el verbo prepotente
con que azotas la envidia y la ignorancia,
los pueblos de este nuevo continente,
que para siempre ensalzarán tu nombre,
absortos al fulgor de tu arrogancia
te saludan á tí, —Francia hecha hombre,
hombre que salvas el honor de Francia!

Y es vano ya que gires la mirada,
buscando á tu redor alguna cumbre:
sombra abajo verás; arriba nada...
¡Hierve á tus pies rugiente muchedumbre!
Clava el rayo de sol de tu locura
en las profundidades del abismo;
y ya no sueñes en mayor altura,
porque la única cumbre eres tú mismo...

EL NUEVO DODECASÍLABO

(Á Amado Nervo).

Musa, prende nuevos ritmos en las liras,
nuevas formas, nuevos triunfos, nuevas palmas;
que en las formas ya gastadas sólo inspiras
viejas cosas, viejos temas, viejas almas.

No en el carro de dos ruedas que gemían
bajo el peso del augusto Juan de Mena:
hemistiquios de seis radios, que corrían
doblemente triunfadores en la arena.

No en la forma con que cruza claroscuros
la barquilla de sus locos pensamientos,
que va en busca de los puertos más seguros,
al azote despiadado de los vientos...

Musa, canta tus canciones en la nueva
triple forma de los nuevos cuatro radios;
carro de oro que á la musa rauda lleva
al escape por los líricos estadios.

¡Son tres golpes remachando la cadena,
son tres saltos que coronan tres alturas:
se dirían tres corceles que en la arena
estamparan cuatro firmes herraduras!

Triple lengua diagoniana, que vibrante
lame el cuerpo de la musa que se crispa:
triple corte sobre el dorso de un diamante,
sobre el cáliz de una rosa triple avispa...

Es la sistole y la diástole en el verso,
vaivén loco de las olas en la lira,
trino alegre que gorjea limpio y terso,
aspa triple que en los aires rauda gira...

Finge trípode en que roja llamarada
arde, y rasga las penumbras más remotas,
es conjuro de sibila que inspirada
da tres veces en tres tonos cuatro notas...

¡Musa, canta; que así puedes en un día,
ya que tiran de este carro tres corceles,
conquistarse tres imperios de armonía
y ceñirte tres coronas de laureles!...

ÁGUILAS Y GORRIONES

Bandada de gorriones sueña en vano
derribar alta torre, y la golpea
con sus menudas alas: tal jadea
turba envidiosa en su delirio insano.

No importa, no, que el egoísmo humano
junte á toda la estúpida ralea
contra una sola cumbre de la idea:
¡una nube no seca el oceáno!

Cual puñado de arenas, en su anhelo
se unen las ambiciones despechadas,
y se esparcen al golpe de las olas...

Para cruzar por el azul del cielo,
los gorriones se juntan en bandadas;
en tanto que las águilas van solas!...

URNA

(En memoria de un niño).

Jóvenes mueren siempre los amados
de los míticos dioses.
Los abriles
son gratos al Olimpo: en primavera
reverdecen los árboles helados.
Así Patroclo, así Héctor, así Aquiles,
así se van en la pagana ëra
todas las grandes almas juveniles!

Y en la ëra cristiana,
el Hombre — Dios prefiere
joven también morir, y joven muere;
pero, en su amor hacia la especie humana,
más que la juventud, la infancia quiere.

— *Dejad — dice — á los niños que yo ämo*
que se acerquen á mí. — Y á los infantes
besa y abraza, pródigo en cariños
siempre para el candor. ¡Dulce reclamo!
¡Si jóvenes así morían antes,
los amados de Dios mueren hoy niños!...

Has muerto así. Pues que jamás la suerte
pudo darte enemigos, no encontraste
á quienes perdonar; y perdonaste,
muriéndote, al mismo Ángel de la Muerte!

Bello es morir, cuando la fe sagrada
sabe, con sus canciones de sirena,
dar vida al muerto y fecundar la nada;
cuando con sus canciones encadena
á la Esperanza audaz, mientras retumba
el trueno del dolor y se despoja
del cuerpo, el Alma, que á buscar se arroja
su América en los mares de la tumba!...

Alma y cuerpo, que fluyen y refluyen
siempre entre sí, se juntan cual se junta
también todas las noches que concluyen
con todas las auroras que despuntan;
y así, mezcla de luz y de tiniebla,
el sér humano, con su mente altiva
que de glorias fantásticas se puebla,
es solamente una penumbra viva!

Tu alma muy grande fué. Tal vez por eso
temprano dejas la mundana escoria,
temprano arrojas el enorme peso,
temprano fugas á la eterna gloria...
Nudo de esclavitud sólo es la vida:
morir es sólo desatar el nudo...

¿Por qué fué tan temprana tu partida?
¡Ah! el poeta, en su sorpresa mudo,
cree que, en busca de la eterna calma,
tan pronto el lazo desatarse pudo,
por ser muy poco el cuerpo...
¡y mucha el alma!

LIENZO Y MÁRMOL

(Á Enrique Castro y Oyanguren).

I.

BUSTO DE DAMA.

Tu cabeza imperial ciñe una aureola
de blanca luz. Con gentileza suma,
tu busto surge como flor de espuma,
de los encajes en la blanda óla.

Alguien pintó tu faz, tal vez tú sola;
pero ese tinte que en tu faz se esfuma
te hace, ante el Arte que á tus pies se abruma,
émula de la *Elvira* de Argensola.

Encerrado tu busto en marco de oro,
tu prodigiosa faz fuera un tesoro
de nácar y marfil, ébano y rosa...

¡En lienzo tal, la fantasía inquieta
podría ver mi firma de poeta
sobre tu hombro, como una mariposa!

II.

BAJO RELIEVE DE HÉROE.

En el mármol que el Arte ha cincelado
vida immortal hallaron tus legiones;
y hasta el humo fugaz de tus cañones
para siempre quedó petrificado.—

Entre el hórrido estruendo, que acallado
adivínase en gestos y expresiones,
á galope se tienden cien bridones
cual si fueran un viento huracanado...

Á la cabeza, tú: fiero, jadeante,
tendido en el bridón hacia delante,
en la persecución de una bandera...

¡Todo el que vió, de pronto, tu figura,
á un lado se apartó de la escultura,
para verte pasar en tu carrera!...

Á UN SOÑADOR

(Para Leopoldo Cortés).

¿Adónde vas incauto y errabundo,
con los desnudos pies hollando abrojos?
Tu reino ¡oh, soñador! no es de este mundo;
¡alza del suelo los cobardes ojos!

¿Qué te importa el clamor de torpe lucha
en que se agita la pasión humana?
El extraviado caminante escucha,
tendido en el desierto, el breve paso
con que lo adelantó la caravana.
¿Pero es que tú te retardaste acaso?

No: tu te apartas, porque así lo quieres,
del rumbo señalado á tu destino:
tú eres dueño de tí. Bien sé que no eres
una piedra rodando en el camino.

Empedernido soñador, ansías
ceñir á tu ideal la humana suerte;
y execras, como un joven Jeremías,
el dolor de las grandes tiranías
y la ley opresora del más fuerte...

Quisieras estrechar entre tus brazos
al pueblo no domado en las peleas;
romper los yugos; desatar los lazos;
¡y hacer la comunión de las ideas,
repartiendo tu carne hecha pedazos!

¡Ay de tí, soñador! Tu afán es grande,
pero inútil también. No es todavía
tiempo que el Sol de la justicia mande
un rayo redentor, á la sombría
prisión del pueblo. Tu presura es vana.
Romeo: no es la alondra, no es el día;
no es tiempo que abandones la ventana
en que te habla de amor la Poesía...

Ama, busca un amor. Cántale el canto
del acendrado afán que te devora;
y así cual viertes generoso llanto
por el pueblo que sufre, amando llora...

¿Crees acaso tú que el sacrificio
de tu sangriento Gólgota, redime
al pueblo, que te mancha con su vicio,
que corre desolado al precipicio
y que besa la mano que lo oprime?

Abandona tu afán: deja el trabajo
de tu prédica santa en el desierto...
Mira hacia las alturas, no hacia abajo;
y si el llanto quizás tu vista empaña,
preferir debes la Oración del Huerto
al inútil Sermón de la montaña!

¿Para qué vas cual loco peregrino
buscando agravios que vengar? Tus quejas
befadas son: desanda tu camino;
no bregues con ejércitos de ovejas,
ni te encares con aspas de molino...

Un día llegará. —¡Tardará el día! —
en que el vulgo crüel que te ha befado
reconozca en tu voz la profecía
y se contriste de no haberte amado.
¿Será arrepentimiento ó ironía?

Sólo cuando hayas muerto, el vulgo infame
apreciará tu vida. Hoy, entre tanto,
no esperes en tu sueño que te äme:
¿qué le importa tu amor, ni qué tu canto?
El en su orgía seguirá aturdido;
y ébrio, sin reparar en tu quebranto,
no te dará ni corazón, ni oído...

¡Vale más, pues, morir! Joven y bello,
sacrifícate al ansia que te inspira;
busca en la muerte el póstumo destello
de la única gloria; dobla el cuello,
y que te decapiten con tu lira!

El amor de los dioses te reclama.
Jóvenes mueren, en el canto griego,
los predilectos de los dioses. Ama;
que humo es la gloria y el amor es llama:
no hay gloria sin amor, ni humo sin fuego.

Ama, pero no al vulgo: ama á los dioses.
Eres joven y bello. La fortuna
te aguardará en la tumba en que reposes...
Eres bello: tu sien luce serena
la palidez intacta de la luna,
bajo del nubarrón de tu melena.
Eres joven: tan joven como bello.
¿Por qué heroico la vida no te arrancas,
antes que en el negror de tu cabello
pinte la ancianidad sus rosas blancas?

Ya sé: triste es morir, con breve paso,
en plena juventud!...
¡Es suerte impía
que el Sol se apague en la mitad del día,
cuando debe morir en el ocaso!

Vive, sí; pero vive de otra suerte...
No más tus himnos ante el vulgo entones;
y hazte tuyo por fin, tranquilo, inerte,
hasta que sin sentirlo te abandones
al sueño perezoso de la muerte...

Alma no comprendida y calumniada;
númen radiante en sublimado ensueño;
fe que bregara con altivo empeño,

serás tú la figura desgarrada
del héroe agonizante que, risueño,
fija en los cielos la postrer mirada...

Quijote de la lira, sueña y calla,
ya que no encuentras eco en el abismo:
no enfiles tus estrofas en batalla;
consume tus ensueños en tí mismo...
Egoísta desde hoy, deja que el mundo
siga sin escucharte en su egoísmo:
sé desde hoy un escéptico profundo,
mudo ante la alabanza y el ultraje,
sordo al trueno de guerra que retumba,
austero como un árbol sin follaje,
frío como una lápida de tumba!...

Y vive así, feliz, despreocupado
del vulgo que al abismo se derrumba,
si no quieres vivir ardiendo en ira
y morir, como un Dios, crucificado
contra el arco gigante de tu lira!

¡Una cruz es el fin de tu aventura!
Don Quijote, que armado caballero
busca del bien las triunfadoras palmas,
sólo es la colosal caricatura
de Cristo, ese divino aventurero,
ese eterno Quijote de las almas!...

EL FIN DE SATÁN

(Á don Gaspar Núñez de Arce).

La noche de los siglos envolvía,
en su mortaja negra, el palpitante
cadáver de la Tierra. Un siglo haría,
un solo siglo: apenas un instante.

A las plantas de Dios, el caos profundo,
sin presente, pasado, ni mañana;
ante Dios. el cadáver de este mundo;
y entre El y el mundo, la Conciencia humana!

Ya Dios había, como juez eterno,
vibrado la palabra postrimera;
y, en el fuego elocuente del Infierno,
sentía ya la turba pecadora
la desesperación de su ceguera,
sin fe de sol, ni caridad de aurora...

Todo estaba acabado.
Volvió Dios su magnífico semblante
hacia el cielo distante
y lo mostró á los héroes del pecado,
que, firmes á los vicios tentadores,

se mantuvieron á su diestro lado,
como si fueran las electas flores
del árbol de Jesús crucificado...

Y luego el cielo abrióse.
Pero antes
de entrar en él, los buenos, como buenos
que eran al fin, oyeron los distantes
alaridos de horror, ayes de truenos,
con que hablában á Dios los pecadores,
desde el Infierno, — donde el alma ëra
amartillado yunque de dolores;
la idea, noche; y el deseo, hoguera.

¡Qué inefable inquietud púsoles freno,
los detuvo en mitad de su victoria;
los hizo vacilar...! ¡Cómo! ¿Era el Bueno,
el que les iba á dispensar la gloria,
el que les daba cumbre á la esperanza
y les ceñía aureolas de ventura,
el mismo que con hambre de venganza,
devoraba á su propia criatura...?

— ¡Tened piedad, Señor! Piedad con ellos.
Si esta alma es como Vos, su alma es como ésta.
¿Su sombra opacará vuestros destellos?
Entonces perdonadlos sin tardanza,
para que así sus voces de protesta
no turben nuestras voces de alabanza! —

Y el buen Dios dijo: — ¡Sí!
Más luz que el grito
del *fiat* aquel, al comenzar los mundos,
prodigó este perdón en lo infinito:
irradiaron los cóncavos profundos;
se iluminaron las esferas vivas;
y, de la ciega noche en el desierto,
saltaron las estrellas pensativas
y se inclinaron sobre el mundo muerto!...

Entonces pensó Dios — ¡y fué qué hermoso
pensamiento el de Dios! — romper la fiera
condena de Satán. ¡Sí! Qûe volviera
á su lado él también; él, victorioso,
redimido y feliz; lo mismo que antes
de la caída lóbrega; lo mismo
que cuando acarició las delirantes
ambiciones rebeldes del abismo...

Dios tenía que ser mejor que el hombre:
el hombre intercedía por su hermano.
¿Cómo iba el Bueno á desmentir su nombre?
Dios quiso perdonar: porque en su mano
sentaban mal los rayos del castigo,
dignos sólo del Júpiter pagano...
¡Y pensó en perdonar á su enemigo!

Cual surge, con estrépito de trueno,
de entre la nube el rayo tempestuoso,
aparece Satán: se alza ante el Bueno,
á la boca del antro. Está sereno:
¡casi puede pensarse que está hermoso!

¿Cómo Dios pudo someterlo á tanto?
¿Cómo impuso tan bárbara cadena
á su ángel más querido? Seco el llanto,
árido el corazón, mudo el quebranto,
Satán sufrió con la rebelde gloria
de un reo superior á su condena;
¡de un héroe superior á la victoria!

¡Ah! Siempre Dios es bueno... Lo perdona
al sucumbir la Tierra: Satán siente,
del peso abrumador de su corona,
por fin ya libre la orgullosa frente...
Y Dios es bueno así; que en El se encierra
del cristiano perdón la eterna fuente...
Al fin, Satán su bárbaro tormento
sufrió toda la vida de la Tierra;
pero toda esa vida fué un momento!

—Ha llegado—le dice Dios—el día
en que abandones tu mansión sombría
y vuelvas á mi lado,
si es que te hallas al fin purificado,
si es que te sientes ángel todavía!
Pero antes, dí, Satán, dime ¿qué has hecho
que pudiera valerte ante mis ojos?
Yo mismo he disipado mis enojos;
tú provoca mi amor!...

—Tengo derecho
á tu amor, si amas al linaje humano;
porque yo fuí, Señor—Satán exclama—
el que lo hizo pecar, pero no en vano:
el que le enseñó á amar ¡por mí es que äma!
el que la fruta le brindó prohibida,
y le encendió la misteriosa llama
que le alumbró las sendas de la vida.
¡Por mí es grande! ¡Por mí buscó la esencia
del eterno poder! Mío fué el grito
que lo empujó con rumbo á lo infinito,
sobre los huracanes de la Ciencia!...

—¡Basta!—díjole Dios.—Tienes derecho
á mi amor otra vez. Estás salvado:
que si perdono al hombre porque ha amado,
¡yo te perdono porque amar le has hecho!—

Satán no lo escuchó. Fijos los ojos
en el cadáver de la Tierra, hablaba
y hablaba sin cesar: ní un solo punto
se interrumpió. Los últimos despojos
del planeta difunto
se estremecían, mientras él gritaba!

—¡Basta!—repitió Dios.
Satán seguía;
y Dios lo apostrofó breves instantes:
al golpe de los verbos fulgurantes,
raro placer el Réprobo sentía
como si lo apedrearan con diamantes!...

—¡Basta!—concluyó Dios.
Satán entonces
cesó de hablar; y de su voz los ecos
vibraron cual las quejas de los bronces,
de los abismos en los sordos huecos...
Y vió á Dios, y lloró: fué un tiempo largo.
Lloró, lloró; y llorando, de rodillas
cayó ante Dios. ¡Y fué un torrente amargo
el que se despeñó por sus mejillas!

De súbito fijando la mirada
en la humana Conciencia, que se erguía
á la diestra de Dios sin decir nada,
muda, impasible, indiferente y fría,
lanzó una atronadora carcajada!
—¿Por qué ríes así?—Dios le interroga;
y él le dice:—¡Es que sufro todavía!—
Y lo pregona en la extensión sombría
con voz de carcajada que se ahoga...

Dios entonces lo atrajo nuevamente;
y, enseñándole el cielo prometido,
lo transformó en ángel: en la frente
le estampó un beso de perdón y olvido.

Pero Satán, ya de ángel, á la puerta
del mismo cielo, al verse redimido,
pobló otra vez con espantoso ruído
de carcajada la extension desierta,
cual una tempestad hecha quejido!

Dios lo llamó otra vez.
Pero, en su espanto,
él se escapó: fugó despavorido,
como una sombra al resplandor de un foco

Dios vertió entonces generoso llanto...

¡Tanto había sufrido, tanto, tanto,
que el pobre Satanás se volvió loco!

HETAÍRA ANCIANA

Sobre la faz exangüe de la hetaíra anciana,
que en lecho delictuoso gastó sus primaveras,
relampaguea el beso de las viciosas turbas...

Sus ojos de armonía — dos hemistiquios griegos —
penetran en el hondo misterio del pasado:
y dicen remembranzas de las supremas dichas
que su ánima encendieron en cristalinas fiebres:
lámparas de lujuria parecen sus dos ojos
en el acribillado duelo de una tormenta;
y fíngese, en sus rojas pupilas inyectadas,
incendio de placeres sobre un amor en ruinas...

Sus brazos, que sedientos en náufragos afanes
extiéndense en demanda de mendicantes goces,
como implorando un cuerpo de varonil contorno
para estrecharlo al suyo con nudos de culebra,
simulan ramas tristes de un árbol dolorído,
que al soplo huracanado del ábrego se tronchan
y locas se retuercen como danzantes llamas,
como serpientes ebrias, como suspiros largos...

Su cabellera nívea, de sueltos laberintos,
que undívagos al aire sobre la espalda ruedan,
finge los anchos pliegues de la bandera blanca
con que la Muerte cruza por las revueltas lides...

Sus labios ¡ah sus labios! son pétalos de sangre,
que, ajados por el vicio de fementidas glorias,
despiertan con la lluvia de imaginados besos
que son consuelo póstumo á las difuntas galas...
¡Ya con los labios sólo probar puede las dichas!
¡Ya sólo en besos largos apurará embriagueces!
¡Ya sólo, en su impoteute delirio de venturas,
alcanzará en los labios limosnas de consuelo!

¡Mísera de la anciana, que ya en el lecho ardiente
no encuentra las caricias del cortesano joven!
¡Mísera de la vieja, que del amor antiguo
despierta la memoria de dichas palpitantes,
al profanar con besos las impecables bocas
de los ingenuos niños que estrecha entre sus brazos!

¡Ay del extinto culto de la hetaíra anciana,
que en ansias voluptuosas sólo á gozar aspira
el beso de los niños de bocas virginales!
¡Ay de la cortesana, que en ósculo sonoro
derrite así la nieve de sus cabellos blancos,
sobre la llama eterna de los cabellos de oro!...

ONOMÁSTICO

Aunque Paris no soy, por más que vivo
tras un hato de ovejas, ya que adoro
tu hermosura de Venus, pensativo
busco un regalo para ti y altivo
mándote un cesto de manzanas de oro

Altivo, sí, me siento en mi ventura;
porque son mis manzanas de aquel huerto
de que saliera el premio á la hermosura,
que Venus alcanzó: Venus no ha muerto,
desde que triunfas sobre tantas bellas;
pero yo no te ofrezco en mi locura
una manzana, sino un cesto de ellas!

Acepta, tú, mis fervorosas preces,
ya que, en el culto del regalo mío,
te he proclamado Venus tantas veces
cuantas son las manzanas que te envío!.

Desque así me seduce tu hermosura,
sírvate de simbólico presente
la fruta de amor, que en los altares
de tus nupcias, quizás, con la blancura
de la pureza, tejerá en tu frente
primaveral corona de azahares...

Es la fruta nupcial la que te envío.
no es la fruta malsana,
que ofreció en el edén árbol impío
para desdicha de la especie humana.
Newton vivió ignorante de la vida:
nunca mordió la biblica manzana;
¡y descubrió la ley de su caída!...

Es la manzana, de las carnes frescas
en áureo estuche, la que acaso siente
todas mis ambiciones romancescas,
á la presión de tu afilado diente:
rasga la piel y pide á su desnuda
carne después el jugo que te sacia,
como se sacia mi ardorosa duda
con los agridulzores de tu gracia...

Es un pretexto mi regalo en suma
para poderte regalar de paso
el alma entre los versos de mi pluma,
que apenas corre en el papel, acaso
porque la idea de tu amor la abruma;
y ya que su manzana te daría
Venus también, disipa tus enojos
y acaba de leer la carta mía,
¡si no la quema el fuego de tus ojos!..

EL DIÁLOGO DE LAS TUMBAS

(Á don José Echegaray)

En el fúnebre y lívido paisaje,
donde salta el panteón blanco y austero,
la luna riega montecinos lampos,
que platean la sombra del follaje,
brillan sobre la arena del sendero
y huyen después á los vecinos campos...
Parece que la luz se acobardara
al romper en la tumba: es como el riego
de un agua pura, refrescante y clara,
en un campo de sed-que es todo fuego.
¿Por qué tiemblas, oh luna misteriosa?
¿Por qué pareces vacilar? ¿Tú, acaso
no eres un astro muerto? Ama la fosa;
desata tus collares cristalinos
sobre las tumbas; y con firme paso,
cruza, por la alameda de los pinos,
¡que fingen ayes de crujiente raso!...

Alineadas las tumbas, ora abiertas
como bostezos de hambre, ora cerradas
como ojos de pereza, siempre juntas,
bóvedas son á cuyas anchas puertas
se asoman de la luna las miradas,
en busca de las vírgenes difuntas...

Acaba de morir la Ofelia casta,
de alma de cera y juventud de lumbre:
¿quién el cirio apagó? Pasión nefasta
con soplos de huracán. Fué un ansia loca
que arrojó un corazón, desde la cumbre
á la profundidad, como una roca...

Dulce Ofelia, ¿en qué sueñas? ¿En la vida?
Torna á la realidad; salta; despierta:
¡tal como hablabas al soñar dormida,
debes hablar también soñando muerta!

¿Qué Hamlet criminal y pensativo
te ha sepultado en su alma taciturna?
¿A dónde está quien apagó tu aliento
con su aliento mortal? ¿Acaso vivo?

Rasga el silencio de la paz nocturna
un suspiro, un rumor, un hondo acento,
que viene á ti, desde lejana urna,
como confiado á la piedad del viento...

¡Es su voz! Es la voz de tu asesino,
implorando perdón. Y se oye apenas,
como si se tardara en el camino
toda una eternidad... Es clamor de ola,
que, rompiendo en su límite de arenas,
se esfuerza por gritar: —¡No, no estás sola!...

¿Qué respondes, Ofelia, qué respondes
á ese grito de horror? ¿Por qué te escondes,
como una flor que pliega su corola?
Tienes miedo tal vez... ¿Qué puede hacerte?
Repulsión, odio... ¡No, no sabes de eso!
Hoy tú no eres más débil, ni él más fuerte:
doblegados estáis al mismo peso.
Y un arma tienes: tu virgínea palma.
El penetró en tu vida, con la muerte;
¡pero no pudo penetrar en tu alma!...

Oye su voz y dile tu reproche;
que, entre la paz de la callada noche
en la que apenas el follaje zumba,
tendrás, cediendo á su postrer instancia,
mientras el viento borra la distancia,
un diálogo con él de tumba á tumba...

—¡No, no estás sola, Ofelia! Eras mi vida
y contigo acabé.., Pero, despierta;
que es lo mismo estar muerta que dormida...

—¡Dormida, para Dios; para ti, muerta!

—Ténme piedad y escúchame un instante,
el instante fugaz que nos separa
de la justicia eterna... Delirante
como nunca, corrí tras de tu huella;
¡y, al mirarte volar, con mano avara
cogí tu vida y me escapé con ella!
Robé tu vida así; tú me robaste
el corazón, que es más. Ya sé que he sido
la sombra de tu sol; y si el contraste
resaltar hace más el bien perdido,
más saltará tu mérito, que asombra
y seduce á mi espíritu, afligido
y orgulloso á la vez de ser tu sombra...

—Mas ¿Por qué deshojar la flor temprana,
antes que rompa su cerrado broche?

—La rosa sólo vive una mañana
por salvarse del hielo de la noche.
¡Ah! si hubieras sentido un solo instante
la sed de fuego, el ansia delirante,
que mi lóbrego espíritu sentía,
mayor angustia desgarrase tu alma
que la angustia fugaz de la agonía,
tras la que vino tu perpetua calma.
Duele así la inyeccion de adormidera,
que, si hiere la piel, infunde sueño
reparador al fin: mas suerte fiera
es la del infeliz que desespera.
y desvelado en excitante empeño
pasa sin descansar la noche entera...
¡Qué horrible es el dolor, cuando perdura
y se goza en matar así las galas,
una tras otra, en siglos de amargura!.

¡Nada importa el dolor, cuando tiene alas!
Hoy gozas de la paz. ¿No oyes el grito
de eterna lid de los humanos seres,
que conturban la paz de lo infinito?
Te libré de la vida ¿qué más quieres?.,.
La vida es el dolor: la mejor parte,
del dolor siempre fué. ¿Mas, tú quién eres
para saber de la revuelta sirte
del pesimismo arrollador? Tú mueres,
como viviste, sin por qué. Yo el arte
sé en cambio del dolor. ¿Quieres medirte
con la vara del mal? Mira tu huella;
y fíate después en la falacia
de la vida... ¿La ves? Repara en ella:
te creías feliz porque eras bella;
y tu felicidad... ¡fué tu desgracia!

—Es que yo era feliz, porque en mi pecho
á espiritual amor prestaba abrigo...

—¿Pero el rico, oh mujer, tiene derecho
de insultar con sus pompas al mendigo?
Cuando la ley de la armonía irradie,
como un sol, en las cumbres de la idea,
podrá gozarse el bien que se desea,
¡si gozar ese bien no daña á nadie!
Tu bien era mi mal. Si fué egoísmo
arrastrarte hacia mí ¿también no lo era
en ti, vivir sin reparar siquiera
un punto en mi pasión? Era lo mismo.
¿Qué mal era mayor? ¿Qué alma más fuerte?
¿Cuál pudo ser la senda preferida:
la paz reparadora de tu muerte
ó la lucha angustiosa de mi vida?
Y ya que estás en la mansión serena,
ya que plegaste por la fuerza el ala,
confiésame: la muerte menos buena
es mejor que la vida menos mala!...

—¡Oh Hamlet! ¿y tú hablaste de armonía?
Deja que tras de ti mi rumbo tuerza
y que te arguya, ante la suerte mía,
que nadie quiere el bien, cuando es por fuerza...

—¿Y yo por fuerza no te amé? ¿Y acaso
la fuerza no es el título de muerte,
con que Naturaleza va á su paso
arrollando á los débiles? El fruto
vale más que la flor, porque es más fuerte
porque tiene más vida; así en el bruto,
así en el hombre, así ¿qué bestia insana
pudo hacer lo que yo: matar por celo
y matarse después? Es que mi anhelo
tiene una fuerza superior: ¡la humana!

—Perdona ¡oh Hamlet! que saber pretenda
el ardor, el afán, el vivo fuego,

que te empujó por la terrible senda
ciego de amor...

—Es que el Amor es ciego.
Te amé, te quise mía; y como tu alma
era ya de otro amor, pensé en la calma
de los sepulcros; y cedió mi suerte,
cual cede al viento la marchita höja;
y, á modo de Colón hacia otro mundo,
quise arrojarme al seno de la muerte,
desde mi juventud, como se arroja
el ágil nadador al mar profundo...
Ya que era refractaria el alma mía
á la flor de los locos entusiasmos,
tuve sed de gozar en mis espasmos
la voluptuosidad de tu agonía...
Te maté, porque sí: fué tu destino.
Ofrecerte mi vida era muy poco:
quise ofrecerte más; me sentí loco,
y te ofrecí mi honor: ¡fuí tu asesino!
Así lo quiso nuestra infausta suerte:
para siempre apartados en la vida
ó para siempre unidos en la muerte..
Y si culpable fuí, non lo fuí en vano;
que al empuñar el arma del suicida
me hice justicia con mi propia mano!...

—¿Pero no te arrepientes? ¿No te llena
de zozobra ese Dios, que acaso escucha
cómo conturban la mansión serena
las desgarradas voces de tu lucha?

—Miedo, ¿por qué? Sorpresa de alegría;
puesto que en nada mí razón creía
y me encuentro que hay Dios. Es lo que siente
el mendigo, que, huyendo maldiciente
del vano ruido del festín sonoro,
por las escuetas calles, de repente
ve brillar en el suelo un disco de oro...
Dios juzgará. Filósofo elocuente
en breve frase mi razón encierra:
amarse y generar es solamente
perpetuar el dolor sobre la tierra...
Halle del griego el epitafio impío
quien el misterio de mi tumba viole:
¡Oh qué felicidad, si el padre mío
hubiera muerto, como yo, sin prole!...
No en vano hasta Satán, ya que le veo
acercarse hacia mí, razón me muestra;
pues si en medio al ardor de su deseo
y si en medio al fragor de su palestra,
oyese el ¡ay! de un hijo, en su locura
no sabría qué hacer: Dios lo maldijo;
pero, entre su indecible desventura,
¡no aumentó su dolor con el de un hijo!...

—¡Calla, calla, por Dios!
—Ofelia amada,
no estás sola: ¡aquí estoy!...

. . . .

Era ya hora
de que en la obscuridad, cual carcajada
en medio de un dolor, saltase Aurora.
Aurora. Allá en los límites distantes,
que de visiones el misterio puebla,
rompieron á temblar los vacilantes
diálogos de la luz con la tiniebla.
La luna, como Ofelia, se moría
llena de palidez, lánguidamente,
copiando, en su agonía, la agonía
de la marmórea virgen inocente...
Rumoreaban los árboles. Las aves
trinaban en el hueco de las fosas.
Soplaban brisas de perfumes suaves...
llevándose y trayendo mariposas..,

De pronto, en la capilla, entre la urna,
donde yace un Jesús de la agonía,
al desgarrar la lobreguez nocturna,
espántase la luz del nuevo día;
porque, saltando del recinto estrecho
que sujeta sus miembros mal ligados,
el Cristo, en medio de una paz que arredra,
sentado se halla sobre el duro lecho,
mientras que de sus ojos entornados
deja rodar dós lágrimas de piedra...

¿Por qué llora, por qué? Toda la noche
oyendo estuvo el diálogo elocuente;
y á las últimas frases que, en derroche
de luz y sombras, desató el demente,
sintió acaso nublarse la conciencia,
porque pensó, con alma arrepentida,
que debió haber dejado descendencia
como ejemplo de amor para la vida!...

LA DOLIENTE BELLEZA

¿Por qué sufres, si es bello cuanto miras:
el cielo, el campo, el mar, el mundo entero?
¿Por qué blandes apóstrofes de acero,
por qué protestas cuando no suspiras?
¿Por qué entre nubes de tristeza giras,
si tras de cada nube hay un lucero?
Porque sólo el dolor es verdadero
y todas las bellezas son mentiras...
En la misma belleza el dolor cabe:
¡cuánta bella mujer angustias siente
que descubrir no puede la mirada!
Muy hermosa será; pero ¿quién sabe
si la naturaleza es solamente
una mujer hermosa... y desgraciada?

HEROÍSMO

(Á José Ingegnieros).

Poeta: ¡sacrifícate al Derecho!
Cuando lancearlo quieran, con tu mano
junta las lanzas, como el gran romano;
y dirígelas todas á tu pecho.

Tu verbo sea temporal desecho,
que obscurezca los días del tirano;
y por las noches, cual fantasma insano,
vela en la cabecera de su lecho...

Bruto es tan héroe cuando á César mata
como cuando la vida se arrebata:
si el odio es justo, el crimen dignifica...

Poeta: el criminal tiene su aureola;
¡porque, si es héroe quien su vida inmola,
es más héroe quien su honra sacrifica!...

GRITO DE JOB

¿A qué matarme? Quedará pendiente
siempre el recuerdo de mi vida entera;
y me aflige pensar que, cuando muera,
viviré en la memoria de la gente.

Nó, no puedo dejar que se lamente
mi heroica acción con frase lastimera;
y que todo el que piense: —¡Un hombre era!
diga con falsedad: —¡Era un demente!

Cuando siento llegar horas fatales,
envidio sólo al que por suerte rara
muérese en las entrañas maternales;

mas no comprendo el paso del suicida,
dejando el rastro aquí: me suicidara,
¡si pudiera borrar toda mi vida!...

EL COFRE

La pompa colonial de tus balcones
simula un cofre de imperial tesoro,
que debiera tener incrustaciones
de conchaperla y ornamentos de oro...

Siglos duermen ahí, cual golondrinas
con las nostalgias del placer exiguo.
¡Oh catafalco de la Edad en ruinas!
¡Oh monumento del Amor antiguo!

¡Oh qué escalas de seda colgaría
de tus balcones el abuelo amante,
que, en las noches de luna, subiría
en pos quizás de un beso palpitante!

Desde aquellos balcones, tus difuntos
nobles abuelos, con audaz fortuna
robaban horas y gozaban juntos,
bajo el celestinaje de la luna...

Suspensa la calada celosía,
la intacta virgen, sobre el blando seno,
recostaba la frente del que un día
cruzó el combate con fragor de trueno.

El fiero capitán, que con la espada
fatigó las conquistas coloniales,
cogido entre los besos de su amada,
era una garra envuelta entre pañales.

¡Ah! ya no más tu espíritu podría
sentir aquella Edad: el cofre roto
ha dejado escapar la poesía,
que era el encanto del placer remoto...

Asomada tu faz, acaso toma
de aquella Edad el clásico reflejo,
¡como una Primavera que se asoma
por entre un árbol retorcido y viejo!

Y en la ventana, como un cuadro eterno
que se anima á la luz de tu mirada,
¡eres la imagen del Amor moderno
dentro del marco de la Edad pasada!

ARQUEOLOGÍA

Cuando en las viejas ruinas del Oriente
moderno explorador halla un tesoro,
al descubrir los ídolos de oro
que culto fueron de pagana gente,

¡con qué interés el alma del Presente
vuela á esa Edad, en que el sagrado coro
divinizaba en cántico sonoro
deformes monstruos de achatada frente!...

Mañana que esta Edad también sucumba,
futuro explorador, de tumba en tumba,
paseará por las ruínas su mirada:

¡y qué espanto tendrá, qué rara idea,
cuando brillar entre las ruínas vea,
como joya rarísima, una espada!...

LA COMPRA DE VENUS

(Á Alfonso Caro)

Tal como el hijo de Neptuno un día
sorprendió á Galatea temblorosa
en brazos del pastor, que al fin lozano
era también cual ella, yo querría
mirar junto á tu faz de fresca rosa
las barbas blancas de tu esposo anciano.

¿Qué contraste mayor? Ni el que la nieve
con el sol estival forma en la cumbre....
¡Así se embriaga un moscardón aleve
en la miel de una flor!
La muchedumbre
se arrodilló ante tí: cayó rendida
ante el ara triunfal de tu hermosura;
y tú, al sentirte diosa, envanecida,
quisiste oro tal vez, y, en tu locura,
brindaste en el festín con larga mano
la copa de tu carne fementida
al oro mercader de un torpe anciano!...

¡Oh, la noche de bodas! Las cortinas,
que supieron cubrir el blanco lecho,
consumirse debieron en las llamas
de la bujía al fin. Lecho de espinas
debió tornarse aquél, en que deshecho
tu amor, más que tu honor, si es verdad que amas,
quedó apenas de pie sobre tus ruínas,
como árbol seco de desnudas ramas....

Amor no es árbol que arraigar pudiera
en abrupto peñón. Vano es que quiera
ser torrente tu amor; porque el torrente
sólo fecundaría la pradera,
nunca el yerto arenal.
La cana frente
de tu esposo contrasta junto al oro
de tu copiosa cabellera; cuida
de la risa jovial de Pan sonoro,
que vive del amor y ama la vida!

Hoy la luna de miel, luna menguada,
gozas en las campestres soledades;
y satisfecha con sentirte amada,
pero sin amar tú, bajo las frondas
pasas como ilusión de otras edades
viendo tu faz en las serenas ondas
de quieto lago, descansando al borde
de torrente locuaz, bebiendo lampos
y vientos y perfumes, dando un beso
á cada flor cual misterioso acorde
de arpa eólica, irguiéndose en los campos
como estatua gentil de carne y hueso....

Pero por más que esfuerces el oído,
no podrás escuchar las siete notas
de la flauta de Pan, que está escondido,
miedoso de saber cómo á su nido
Amor ha vuelto con las alas rotas.
No escucharás el beso que las ninfas
le dan á los pastores, ni siquiera
el monólogo eterno de las linfas
en que se ve Narciso enamorado.
Soledad sin amor por donde quiera;
¡y ahí tú, victoriosa y altanera,
como si fueses reina en despoblado!

Cuando el hijo de Venus, que travieso
armado va del arco de un suspiro
y de la flecha espiritual de un beso,
te halle, á la vuelta de robusto tronco,
tal vez soñando en el voluble giro
de un cántico sensual, oyendo el ronco
clamor de los torrentes, con el alma
puesta en los ojos y los ojos puestos
en ese cielo azul de eterna calma,
fruncirá el rostro con nerviosos gestos
y sorpreso ademán, al encontrarte
deshojando las hojas que cogiste,
á la manera que en la Edad del Arte
encontró á Psiquis, solitaria y triste....

No importa, no, que sobre el hombro acaso
sientas el peso de la cana frente
de tu dueño y señor: él en su ocaso
no da ni quita luces á tu oriente.
No importa, no, que el vívido reflejo
sombrío nubarrón encuentre al paso,
ya que al paso también le da una aureola:
para el Amor que te halla junto á un viejo
lo mismo da que si estuvieras sola....

Sus barbas sobre tu hombro: en sus cabellos
de alba espuma, relucen los destellos
de tu áurea cabellera que se agita
y al undívago viento se destrenza:
¡junto á la cera de su faz marchita,
tus mejillas son rosas de vergüenza!

Y sentirás inútil tu hermosura;
y en vano soñarás con la ventura
de oir, cual blanda música de quejas,
en torno del panal de tu dulzura
el susurro de amor de mis abejas....
Y al no poder batir las alas rotas,
rechazando á tu dueño con espanto,
soltarás ¡ay! como collar de notas
las desatadas perlas de tu llanto:
llanto inútil será. Sólo en tu sueño,
tal como el sueño de Endimión, podría
romper tus ligaduras en mi empeño
y atraerte á mi lado ¡oh luna mía!...

Te debes resignar: de oro es tu yugo;
de oro fué tu ambición.
Loco es tu intento
de soñar primaveras: tu verdugo
es como el tronco que te presta asiento.

Tronco reseco de nudosas ramas,
arraigado esqueleto del que un día
árbol fué, consumido por las llamas;—
sin un nido de amor, abandonado,
como el atrevimiento de un malvado,
como la rebeldía de un protervo,
como un Satán hecho árbol: ¡se diría
que es el asta simbólica de un ciervo!...

FLOR DE ESPONTANEIDAD

(*Versos de álbum*)

El acero en el papel
extraños rasguños deja
al escribir: es la abeja
que pica para dar miel.

No escribo con pluma de ave
sobre pergamino blando,
resbalando... resbalando:
mi pluma corre suave;

porque la musa que inspira
mis versos es la amazona
que de roble se corona
y de piedra hace su lira.

Mi musa es como el torrente,
que va entre peñas y frondas,
mientras palpita en sus ondas
el alma de un continente...

Artes nimias y pueriles
extrañas son á mi pluma;
la delicadeza suma
es para almas femeniles.

No esfuerzo mi arte en buscar
falso brillo de oropeles:
yo sé que guarda más mieles
que un palacio un colmenar.

Sábelo: el poeta no es
artificioso elegante,
que esconde en mórbido guante
largos dedos de marqués;

mas tampoco odia la seda
cuando viste un porte altivo.
No es el burgués positivo:
se el ala, no es la rueda...

Libre así, corriendo va
por la selva del dolor:
es el alma, toda amor,
que ama al Arte donde está.

Mas no te extrañes al fin,
si tras el Arte, corriera
del torrente á la bañera
y de la selva al jardín;

que la bañera en su linfa
retrata tu faz de diosa
y cada botón de rosa
es una boca de ninfa.

Y verás tú cómo enfermo
de fatiga y desengaño,
en frescas aguas me baño
y en blandas rosas me duermo..

No importa que el alma mía
sufra en angustia secreta,
puesto que el mal del poeta
es bien de la poesía.

Si huérfano del aroma
de nada sirve el capullo,
si Dios soñó en el arrullo
y luego hizo la paloma,

sobre el palomar en ruina
el arrullo alado nace
y el aroma en la flor hace
la redencion de la espina.

Apiádate del que á ti
vuela en alas del lirismo:
¡yo no valgo por mí mismo,
sino por lo que hay en mí!...

PADRE NUESTRO

(Á Jorge Polar, en el álbum de sus hijas).

Errante explorador, que por la umbría
selva entró alguna vež, y que con firme
mano grabó su nombre en débil tronco
de arbusto protector, que le dió lecho
de hojas muertas de sed,—al soplo airado
del Destino, tal vez torne su rumbo
hacia el paraje aquel, cuando ya el tiempo
haya puesto vigor entre las venas
del arbusto y el tronco haya ensánchado:
y entonces gozará con ver su nombre,
que vivirá á través de las edades,
como revelación de un alma, en medio
de estas mudas y eternas soledades!...

¡Cómo no has de gozar, si eres poeta,
al leer las estrofas que escribiste
en tus radiantes noches; cuando el viento
agitaba la pálida bujía,
con su hálito de musa; y solo, y mudo,
te golpeaban la frente pensadora;
y cabalgabas en el versó alado,
que corría... y corría... y más corria,
atravesando sombra, y después sombra,
y después sombra, y sombra todavía!...

Ahí están tus recuerdos: ahí, inmobles
mariposas disecas, tus ideales
crucificados sin piedad, tus sueños
coronados de espinas, tus locuras
con sus sangrientas púrpuras rasgadas;
ahí encuentras placer: el placer mismo
del hijo vuelto de lejanas tierras,
que va á besar la tumba de sus padres;
el placer mismo del labriego anciano,
que pasea en sus campos donde nunca
podrá otra vez arar; el placer triste
—ya que envueltos en miel háy aguijones—
del inválido que oye las trompetas
y no puede alistarse en sus legiones.

Más que el explorador que su nombre halla
en un tronco del bosque, más que el bardo
que halla un recuerdo suyo en cada estrofa,
goza el padre que mira concentrarse
toda la luz de su alma, todo el fuego
de su cuerpo viril, cual en el foco
de inmaculada lente, en su hijo amado
que retorna ese amor como un reflejo,—
ya que el padre en el hijo hallará siempre,
en cuerpo de crisol, alma de espejo!

¡Oh qué dicha mayor: sentirse padre,
verse una y otra vez reproducido

en un hijo y en otro! ¡Acaso sea
un misterio eucarístico el que logra
que el padre, transformándose en los hijos,
como un lampo de sol en cien destellos,
se sienta integramente en cada úno
y ame en un solo amor á todos ellos!...

Así Dios goza desde su alto solio
en ver rodar los mundos á sus plantas;
goza en oirse por sesenta siglos
alabado en la Tierra, y por mil veces
en otros mundos mil; en ver las nuevas
vidas que brotan de la misma muerte;
en ver la estéril lucha de los males
contra el bien inmortal; en el arrullo
de la oración, que llega hasta su oído,
por más que el can de la herejía ladre:
así Dios goza y goza; pero tiene
una dicha mayor:
¡la de ser Padre!

PERLAS BLANCAS

Bajo el alero de tu ceja arqueada,
pájaro verde tu pupila finge;
pero tu arma triunfal no es la mirada:
es tu sonrisa de hechicera esfinge.

La sonrisa que salta en la hermosura
de tu faz ya marchita por los besos,
muestra tu milagrosa dentadura
como un rosario de impecables huesos.

¡Cuántos nuevos delirios me provoca,
cuántos raros é histéricos antojos,
la sonrisa macabra de tu boca
ó el fuego fatuo de tus verdes ojos!

Sólo cifro en tus dientes mis empeños,
ya que ellos son, con nítidos encantos,
dados en el tapete de mis sueños,
broches para el estuche de mis cantos.

Muérdeme el corazón; que en él, crujientes
con la fiebre del ansia disoluta,
se clavarán tus afilados dientes,
como si fuera en deliciosa fruta.

Quisiera, en los delirios del pecado,
oir después las armonías de oro
del collar de tus dientes, desatado
entre una copa de cristal sonoro...

¡Oh, tus dientes! Mañana, cuando mueras,
hasta en la tumba saltarán lucientes;
¡que, entre todas las blancas calaveras,
siempre en la tuya triunfarán los dientes!...

AMOR MUERTO

Sin poderlo evitar, tal vez me quieres;
y mis pláticas dulces y armoniosas
te embriagan con las mieles de sus rosas;
vé lo que fuiste ayer, vé lo que hoy eres!

No quebrantes la ley de tus deberes:
díme sólo palabras amistosas;
que me conformo. El trato de las diosas
vale más que el amor de las mujeres...

Gózome sólo en contemplar tu huella,
como recuerdo de mi amor profundo,
borrándose en la arena del desierto...

Tal soñamos mirar lejana estrella,
por el rayo de luz, que á nuestro mundo
llega quizás cuando la estrella ha muerto!...

ASUNTO WATTEAU

Eres princesa gentil
del tiempo en que el rey galante
tañía en jardín fragante,
su pífano pastoril.

Así la fiesta rëal
sobre tus labios de flor,
libando mieles de amor,
vibra eterno madrigal.

La gloria de tu belleza
canta á los nobles señores,
que se fingían pastores,
hartos de tanta nobleza.

Triunfas en la alegre fiesta
como una abeja de öro,
que danza al compás sonoro
de la voluptuosa orquesta.

Pastoras hay á tu lado
y pastores á tus pies:
la alfombra que huellas es
blando césped tapizado.

Bajo un sol de áureos destellos
que traspasa los follajes,
arreboles son los trajes
y espumas los albos cuellos.

Allá un pastor, que arrebata
con églogas á su amante,
luce anillos de diamante
y brocados de oro y plata.

Allá una dulce pastora
que de amantes tiene rueda,
mueve la crujiente seda
de su falda tentadora...

A un golpe sobre el atril
rompe la canción galante
gime el violín sollozante
y retumba el tamboril;

y fíngese entre la cauta
fronda de vaga ilusión,
la rítmica confusión
de la paloma y la flauta.

¡Loado el baile! Las damas
de sus galanes en brazos,
atan y desatan lazos
de luciérnagas y flamas...

Y mientras que al centro tú
sonríes, giran, en rueda,
oropéndolas de seda,
mariposas de tisú...

Y ensayas, sacando el pie,
al són de la blanda nota,
inflexiones de gavota
y actitudes de minué.

Así la idílica fiesta,
en que mezclan sus cambiantes
los zigzags de los danzantes
y los gluglús de la orquesta...

Así la fiesta, así ës
digna del verso ferviente
de un Virgilio decadente
ó de un Teócrito marqués...

Tu cabellera empolvada,
rima con la albura acaso
de los estuches de raso
que cubren tus pies de häda.

'ormas de suave inflexión
ıuestra tu talle, ceñido
ıor simbólico vestido,
omo abierto corazón.

Il abanico en tu mano
ı los galanes responde
y ya se ríe de un conde,
ya desdeña un cortesano.

Si una indiscreción te hiere,
enojado tu abanico
e abre y cierra, como el pico
le un cisne... que canta y muere.

Loado el príncipe augusto
ue, enlazando tu cintura,
'a paseando la hermosura
scultural de tu busto!

Rueda el sol al precipicio;
y á los póstumos fulgores,
las telas multicolores
son cual fuegos de artificio.

Lánguidamente sus sones
apagando va la orquesta;
y se disuelve la fiesta
en parvadas de ilusiones...

Tú vas dejando en los prados.
tras de esa fiesta de amores,
como reguero de flores,
corazónes deshojados...

Para pedirte una flor
de esas que huellan tus pies,
Pan se viste de marqués
y Apolo se hace pastor.

¡Cuánta memoria despierta
ese tu donaire altivo!...
¡Eres el recuerdo vivo
de la aristocracia muerta!

LA MUERTE DEL CISNE

(Á Victor Criado y Tejada)

ı joven taciturno
de la hepticorde lira,
ue á orillas del ensueño
sus cántigas suspira,
on el suspiro exangüe
de un viejo moribundo
ue ve en perfil borroso
las costas de otro mundo;
l ya marchito efebo
de frente en que la arruga
razó su huella triste
cual de pincel en fuga,
le pómulos salientes
en que fiebrosas crisis
pintaron ya con sangre
las rosas de la tisis
y de ojos que simulan
artificiales flores
con cuentas cristalinas
en luto de dolores;
el que hostigado siempre
por la mujer amada
sólo ama los amores
de la amorosa Nada;
el que, con alma herida
de enfermedad de hastío,
es una rama seca
que va arrastrando un río;
él mismo busca dicha
de inexplicable gloria,
que, aunque vulgar parezca
ó inútil ó irrisoria,
penetre en los más tetros
recónditos delirios,
cual voluptuosa suma
de goces y martirios,
y, en las penumbras hondas
de mezcla tan extraña,
produzca el culebreo
del río en la montaña...
Y así, del fondo mismo
de su elocuente anhelo.
surgieron tres figuras,
que en sosegado vuelo
atravesaron sombras
y noches y capuces
y su perfil tomaron
de las más vivas luces.
La üna rubia ëra
de suelta y blanca túnica:
ceñíala una aureola
por sus fulgores única,
mientras la luenga cauda
de su volado traje
perdíase en las brumas
de un boreal paisaje

y entre sus finos dedos
del más ebúrneo encanto
un ramo deshojábase
en un copioso llanto...
La ötra de castaña
y airosa cabellera,
peinada en caprichosas
evoluciones, era,
por lo risueña y viva,
la tentadora dama
que cuenta en luises de oro
cada minuto que ama,
buscando en cada copa
con que su labio estruja
para sus negras noches
el sol de una burbuja.
La ötra era morena,
de recogida falda;
allá, en la lejanía,
mirábanse, á su espalda,
la blasonada seda
de asiáticos mantones
ciñéndose á los flancos
en blandas inflexiones
y el símbolo vibrante
de helénica cigarra
sobre las cinco cuerdas
de la triunfal guitarra...
—¡Cantad! — Las tres cantaron.
Y fué el cantar sonoro
el brindis de las perlas
en el festín del oro.

—Yo soy el Arte bello
del impasible esteta
que busca los rincones
del alma del poeta,
para dejar en ellos
el numen laudativo
que cante dentro el mármol
el Idëal cautivo,
bajo la forma eterna
que en símbolo de roca
pone elocuente dedo
sobre la muda boca.
Yo soy el sueño humeante,
que en espirales sube
y piérdese en los limbos
de la voltaria nube,
con las filosofías
de la caduca escuela
que busca los misterios,
y vuela, vuela, vuela,
como si fuera un soplo
de la verdad divina
resucitando glorias
en la pagana ruina.
Yo corro por los campos
en busca de las flores,
porque parecen bocas
que dan besos de amores,
y como yo amo el beso,
porque es blanca pureza
amo también las flores
que da Naturaleza:
las flores son mi símbolo
y mi Arte de ellas toma
el siempre erecto tallo
y el siempre casto aroma
y así sobre la tierra
se yergue mi Arte bello,
que lo perfuma todo
sin reparar en ello.
La carne es fango y mi Arte
no es de carnales galas,
sino de florilegios
en las campestres salas,
donde susurran fuentes,
donde aletean brisas,
donde las flores cambian
suspiros y sonrisas...
Ya ves: mi amor no quiere
caricia de lujuria,
que es cólera y delirio,
que es explosión y furia;
mi amor apenas pide
caricia voluptuosa,
que es emparrado y césped,
que es arroyuelo y rosa
Si me amas, al oído
te inspiraré los cantos
de eurítmicos compases
y místicos encantos;
y si de amarme dejas,
perdiéndome en la bruma
desde la peña altiva
me arrojaré á la espuma
como la virgen loca
de la hamletiana corte...
—¿Cuál es tu nombre?
—Ofelia, la idealidad del Norte.
Yo soy la triunfadora
refinación del vicio,
que me hace vibrar lauros
en fiestas de artificio,
bajo el pendón radiante
de acribillada noche,
que es riego en mis raíces
y aljófar en mi broche,

mientras me dan, en brazos
de fugitivo dueño,
sus exquisitos zumos
las cepas del ensueño..
Practico los milagros
de Venus de Citeres:
museo soy de gracias
y estuche de placeres.
Conozco los secretos
de aquel amor pagano
que idealizó las formas:
no los conozco en vano..
Cuando la hora verde
con azufrados toques
irradia en los cristales
de crapulosos choques,
yo corro por las calles,
vestida de la sombra,
en busca de la lengua
que con amor me nombra;
y, así que encuentro un brazo
para apoyar el mío,
canto, suspiro, lloro,
beso, y abrazo, y río,
y me revuelvo, y danzo
como una sierpe loca:
veneno hay en mis ojos,
veneno hay en mi boca
en mis corruptas manos
y en mis vitandos senos.
Soy mezcla tentadora
de miedos y venenos!...
Si quieres, dame el brazo:
vamos en pos del vicio;
que el Arte me incomoda
y adoro el artificio.
Poeta: canta el canto,
de las orgías rojas,
donde los besos ruedan
como marchitas hojas,
donde los labios sangran
como lascivas fresas;
y no te patriarquices
en las frugales mesas,
bajo copudas hayas,
sobre mantel de lino,
sino derrocha á mares
el burbujeante vino,
sentándote á las cenas
del lujo y á mi lado,
donde resalte en triunfo
tu frac florojalado:
después, yo, siempre dócil
bajo el halago tierno,
seré toda la noche
tu lámpara de infierno...
Si te amas á tí mismo,
si tienes por ventura
caprichos voluptuosos
gozando en tu hermosura,
ven á narciseärte
dentro mis limpios ojos;
y has de tener entonces
novísimos antojos,
porque, al sentirte envuelta
por mis eternas llamas,
tendrás que verme viéndote
y me amarás si te amas...
Pierrot me está enseñando
su máscara de harina,
y me da risa: ríete.
—¿Quién eres?
—Parisina

—Yo soy el alma joven
de las verbenas locas
que pone los claveles
sangrientos en las bocas,
y canta el sonoroso
y olímpico epigrama
del vino y del abrazo,
del beso y de la llama.
Yo soy la que surgiendo,
como la peña sola
entre los histerismos
de la danzante öla,
me yergo entre los bailes,
en pedestal de flores,
y trenzo las peleas,
y anudo los amores...
Yo soy la de la falda
suspensa á la rodilla;
zapato de listones,
bajo plateada hebilla;
montera sobre el moño
cuajado de claveles:
chaqueta de torero,
bordada de horopeles;
y manos enclavadas
á firme en la cintura,
con el altivo dengue
de mi gentil figura...
Yo soy la que en la plaza
de requemada arena,
aplaudo la bravura
y aplaudo la faena;
y guardo mientras ello
del matador la capa:
él escapó del toro,
pero de mí no escapa.
Ya ves: hay en mis labios
los besos más mortales,

que tienen aguijones
ocultos en panales.
Si así quieres quererme,
yo te querré en la vida
cual nunca te quisieron:
¡yo soy para querida!
Pero ¡ay de tí! si intentas
burlarte de mi empeño;
y vas cual mariposa
de un sueño en otro sueño,
de un amorio en otro,
y así en constante huída,
y así en alegre vuelo
¡yo soy para temida!
No esperes que tus vanas
caricias me desarmen:
yo soy la mujer fuerte...
—¿Cómo te llamas?
—Carmen.

Después... quedóse el bardo
súbitamente mudo:
quiso cantar el Cisne,
pero cantar no pudo;
y en toses desgarradas,
con ligereza suma,
saltó la sangre al suelo
como una flor de espuma
y su gentil cabeza
rodó desvanecida;
y por sus propios labios
quiso arrojar la vida...
Las tres mujeres luego
rasgáronse á pedazos
la desceñida ropa,
torciéronse los brazos,
cayeron de rodillas,
golpeáronse la frente;
¡y sus seis ojos fueron
una capilla ardiente!...

EL BESO DE CLEOPATRA

Cleopatra soñó. ¡Soñó en un beso!
Ella había besado tantas bocas;
pero faltaba á su amoroso exceso
la mayor ansia de sus ansias locas.
Besó la frente del mendigo anciano,
y la mejilla de la esclava impura,
y el sacro pie del ídolo, y la mano
sacerdotal; mas siempre en su locura
ansiaba un beso de sonoras alas,
que volase al azur, como primicia
de un placer nuevo de supremas galas,
disuelto en el temblor de una caricia...

Y una noche soñó que en el desierto
su alma era un huracán. Barriendo arenas,
su alma voló sobre ese libro abierto,
como un suspiro rápido que apenas
nace en el corazón cuando ya ha muerto.
Y huracán se sentía. ¡Oh, qué figura
tan desceñida y tan flotante aquella
que se soñaba ver! Su vestidura
iba quedando en ráfagas tras ella...
Cuando, de pronto, tropezó...

Sus ojos,
incendiados de amor, vieron al frente,
una cabeza enorme. en cuya boca
palpitaban los últimos despojos
de una sonrisa de expresión doliente,
en una muda contracción de roca.

Y sonrïó también, porque el exceso
del visionario amor delicias finge;
y se acordó de que soñaba un beso,
¡y besó la cabeza de la Esfinge!

Cuando abriendo sus párpados de seda
paseó, vuelta á la vida, su mirada,
y vió de esclavos la ceñida rueda
que velaban su sueño, enamorada
de su alma de huracán, tendió la mano
y arrancóle al que hallara más cercano
la vigilante y retadora espada.
Irguióse reposada y blandamente;
miró á todos después; y, bajo el peso
de su pereza, doblegó la frente;
y se dejó caer desfalleciente,
murmurando al caer: — ¿Quién quiere un beso?

Los esclavos se vieron un instante;
mas, con el rostro pálido y sorpreso,
uno irguióse, dió un paso hacia adelante
y dijo: — Yo.
La reina lanzó un grito:
el grito de la fiera que ha encontrado
sn presa al fin. Después...
Fué todo un sueño.
Dió la reina la espada al vil precito
que el heso le pidió: — Te has condenado
á morir. ¡Muere y lograrás tu empeño!

Luego el verdugo con veloz destreza
decapitó al esclavo. Y sonrïente
quiso ver Cleopatra la cabeza...

Pasó todo aquel sueño por su mente,
y ansiólo realizar: entre sus manos
cogió aquella cabeza en su ansia loca;
pensó en el beso de sus sueños vanos;
y estampó un beso en la sagrienta boca...

Y volvióse á dormir, ya que el exceso
del visionario amor delicias finge...
¡Y soñó nueva vez con aquel beso
que le dió á la cabeza de la Esfinge!

LA VEJEZ VIRGILIANA

Quiero gozar, en horas de sosiego,
la rústica vejez del buen labriego,
que, al abrigo sentado de sus frondas,
oye de la ciudad el ruido vano
como estruendo de ejército lejano
ó voz opaca de confusas ondas...

Si el marino, que cruza el ocëano
sin dejar una huella en su camino,
siente amor hacia el mar, yo que hoy anciano
veo huellas de mí, más que el marino
feliz me siento.
Atravesé la tierra,
pero el rastro en su faz dejé grabado;
y amo, por eso, el campo y cuanto encierra,
ya que en su corazón hundí mi arado!

Lejos de la banal y fausta pompa,
que es engaño y no más de los sentidos,
antes que á su contacto se corrompa
mi sano corazón, quiero el amparo
de verdes hojas y calientes nidos
para morir en paz... Seré cual faro
solitario y feliz, que entre la bruma,
sobre aislado peñón, rumbo señala,
mientras el mar lo besa con su espuma
y el viento lo acaricia con el ala...

Cuando imprevisto mal, siempre vecino,
ó mi propia vejez, me ate en sus lazos,
apague mi vigor, ciegue mi tino,
entorpezca mis pies, rinda mis brazos;
cuando no pueda ver cómo chispea,
sobre el arado de bruñido acero,
el rojo sol de los alegres lampos;
cuando mi eterno afán inútil sea
de saltar ágil al corcel ligero,
y cabalgando así correr los campos;
cuando, atado con fuertes ligaduras
al lecho del dolor, sienta el anhelo
de pararme y andar, y por la abierta
ventana de floridas colgaduras
vea sólo un girón de campo y cielo,
sin poder ¡ay! ni traspasar la puerta;
cuando enfermo y anciano
tender los ojos á mis campos quiera,
y ver sembrar y recoger el grano,
con altivez de emperador romano
recorreré los campos... ¡en litera!

Y así en litera, sobre firmes hombros
los campos cruzaré como otros dias;
será la procesión de mis escombros
sobre la alfombra de las tierras mias!...

Y ya pronto á morir, del postrer lampo
á la luz que illumine mis montañas,
decirle quiero en mi agonía al campo:
Deja acabar en tí, ya que concluyo;
á hundirme yo mismo en tus entrañas.
Fuiste mío ayer... ¡hoy seré tuyo!

ASUNTO VELÁZQUEZ

Perdonad, señora mía,
que os bese la mano; y luego
hable, en cláusulas de fuego,
de vuestra cortesanía.

No en vano mi musa inquieta
soñó ver vuestro gran porte
en la castellana corte
y en tiempos del Rey poeta...

Vestida de negro os miro;
é imagino estaros viendo,
junto al gran Rey, presidiendo
las fiestas del Buen Retiro.

Sentada estáis, entre un coro
de caballeros y damas,
mientras el Rey, que arde en llamas,
os compone versos de oro!

Entre la turba dispersa
que en los salones se espacia,
ya el Enano os hace gracia,
ya el Conde-Duque os conversa...

Os veo ahí entre las gentes
reir con alegre afán;
¿de qué corona serán
las perlas de vuestros dientes?

¿Reís del bufón, señora,
que á vuestros pies se fatiga,
de Olivares que os intriga
ó del Rey que os enamora?

Entre el vívido derroche
negro tenéis el vestido:
sois un lucero dormido
en el fondo de una noche...

En el negror resaltantes,
vibran sus notas lucientes
vuestros ojos, vuestros dientes
y vuestros claros diamantes;

y forman contraste bello,
con la negrura del traje,
las espumas del encaje
en los puños y en el cuello.

Aunque el traje los recata,
dejáis mirar, al acaso,
chapines de negro raso
con lentejuelas de plata.

Vuestra faz una corola
tinge de encendida flor,
sin recurrir al primor
del soneto de Argensola...

Hasta rodearos el cuello,
por el uno y otro lado,
cuelgan de vuestro peinado
bucles de fino cabello.

Vuestras manos, que de verlas
son, cuando deshojan flores,
tienen ebúrneos primores
en chapa de conchaperlas.

En la diestra lucís bella
sortija, que es un tesoro:
¿tenéis incrustado en oro
el ojo de alguna estrella?

Al ver la sortija vuestra,
dijérase que en un vuelo
el sol bajó desde el cielo,
para besaros la diestra...

Producís más arrebato,
con una vuestra mirada,
que la triunfadora espada
de Spínola en Monferrato.

Felipe no há en sus antojos
más temidos defensores,
que, cuando dicen amores,
vuestros perlinegros ojos...

En la galería, que alta
domina el ancho verjel,
de la fiesta en el tropel,
vuestra hermosura resalta.

No en vano el Rey cree justo,
ya que sois hecha de nieve,
el que en un bajo relieve
se eternice vuestro busto;

y así manda que el cincel
cumpla su gusto rëal,
en el mismo pedestal
donde se alza en su corcel...

Tal vez acaba el telón
de caer en el proscenio,
donde luciera el ingenio
de Lope ó de Calderón;

y la nobleza, que admira
el Arte, quiere después
mover á compás los pies
cual oyó á compás la lira.

Mientras fingen blandas olas
las flautas de dulces ecos,
van á anidarse en los huecos
los arrullos de las violas;

y al halago de los sones,
va la eurítmica pavana,
majestuosa, grave, ufana,
paseando por los salones...

De pronto, un paje hacia vos
extiende un cerrado pliego.
Con una mirada luego
le decís al paje adiós.

Y sobre el pliego, que ostenta
una albura inmaculada,
hay una oblea encarnada
como lágrima sangrienta.

El Rey las cejas enarca
como exigiendo merced.
—¿De quién es?
— Tomad; leed.
—¡De Calderón de la Barca!

Es en verso. Invoca á Dios
y jura que os quiere bien;
pero que, harto de desdén,
¡se ordena fraile por vos!...

El Rey con altivo porte
el pliego rasga en pedazos;
y vos... caéis en los brazos
de las damas de la corte.

Bella aparecéis, señora;
pero como nunca bella:
tal se desmaya una estrella
sobre un girón de la aurora...

¡Como astro que en la mañana
brilla aún sobre el abismo,
sois un regio anacronismo
en la edad republicana!...

PRAXITÉLICA

Á Marcial Helguero y Paz Soldán

¿De dónde aquella de abultado seno,
blanca á manera de ritual paloma?
Quizás del bosque de vetusto aroma,
porque es la ninfa del pasado heleno.

Lascivo amante, de cautela lleno,
corre tras ella; entre las manos toma
el talle; y luego, sobre el hombro asoma
su puntiaguda barba de sileno.

¡Mitológico grupo! La escultura
copiarlo debe; que, con nuevos trajes,
al remozar la clásica aventura,

forman pareja de exquisito gusto
una ninfa entre un vértigo de encajes
y un sileno de frac que le da un susto.

COPA DE ORO

Dame el buril con que grabar solía
el artífice heleno, en copas de oro,
ninfas danzantes en alegre coro
y sátiros con rostro de ironía.

En el contorno de la estrofa mía,
grabaré, como artístico tesoro,
tu egregio busto, tu imperial decoro
y tu perpetuo abril de poesía.

Mas tu copia mejor no vale nada,
desque me ocultas con tu faz de diosa
el abismo de tu alma disoluta,

como si entre esa copa burilada
me brindases, con mano mentirosa,
envuelta en oro la mortal cicuta!

SÁTIRA

Hojeando la vetusta antología
de los griegos un día,
anónima encontré sátira hermosa,
que una punzante abeja parecía
embebida en las mieles de una rosa...

Bella y terrible al par, terrible y bella,
lágrima de una estrella,
chispa de incendio que en lo obscuro brota:
el pensamiento que palpita en ella
es como un temporal en una gota!

Y la gota es cual lágrima exprimida
en que toda una vida
se condensa quizás de sufrimiento;
y en la que un alma, del rencor herida,
se venga con un solo pensamiento!

Tal su lanzada le pagó á Longino
el Cordero divino
que, desde su dolor, bienes reparte:
el bardo halló á la envidia en su camino;
no le hizo un bien, pero se lo hizo al Arte.

El tormento mayor del enemigo
es el llevar consigo
la envidia matadora del reposo:
la envidia es á la vez culpa y castigo;
¡porque le seca el alma al envidioso!

¡Cuán fiero el golpe del puñal sería
que se oye todavía
el grito que arrancó!... Tal abre el broche
la flor al soplo de la racha impía:
tal vive el astro en la mortuoria noche...

Anónimo dolor de un alma herida,
que se venga, escondida
en incisiva sátira, del hombre
que con sórdido afán turbó su vida,
¡anónimo ya no es: suyo es mi nombre!

Dantesco explorador que se aventura
por entre selva obscura,
graba su nombre sobre el tronco amigo,
cabe el cual en la noche de amargura
encontró lecho y protector abrigo...

Mío es ese dolor; mía esa estrofa,
en que la insana mofa
halla un freno seguro á su desvío;
mío ese santo verbo que apostrofa
al lenguaraz... ¡Ese dolor es mío!

Caritativa lástima me inspira
el que en vano suspira
por alta cumbre y se debate en vano;
y ruega la limosna de una lira,
tendiendo á Apolo imploradora mano.

Pero el que sueña en su impotencia loca
con socavar la roca,
á cuya cima en su ruindad no alcanza,
es volcán de rencor, que por su boca
lavas de envidia á las alturas lanza.

Retorcida en sus ansias de ventura,
tal es la envidia, impura
sierpe que se revuelca en su veneno...
Loada sea la inmortal Natura,
que hasta en el propio mal puso algo bueno!

FLOR DE HISPANIA

Á Don Juan Valera

¿Qué cantará la musa enloquecida
por la morfina y el absintio? En vano,
llena de amor, la copa de la vida,
brindándole salud, llega á su mano.
Ella prefiere en locas saturnales,
apurar el licor de turbias ondas,
que en copas de embriaguez bullen traviesas:
ella goza con verse en los cristales
que corren, no debajo de las frondas,
sino en lauto festín sobre amplias mesas...
Cuando á la alcoba, que entibió el perfume
de arábigas pastillas, corre luego,
y al blando lecho, como al mar, se arroja,
lejos de que su espíritu se abrume,
siente arder de los ósculos el fuego
en sus mejillas de camelia roja.
Y entonces busca el sueño en la morfina,
que, divagando en sus azules venas,
de paz le colma el corazón ardiente
y la arrastra á su corte cristalina
donde hipnóticos cantos de sirenas
la ahogan entre nudos de serpiente...
¡Cuántos besos volaron de su boca!
¡cuántas flores pasaron por su frente!
¿Qué es lo que canta la divina loca?
El dulce nombre del Amor invoca;
pero de un amor falso y decadente.

Halla en París inspiración de un día,
arrastrando tal vez el triunfal carro
del Vicio, entre la falsa pedrería,
que al esparcirse en el revuelto barro
cubre de ascuas la senda de la orgía...
Halla tal vez inspiración, que el broche
abre y cierra fugaz, al són de orquesta
que de lúbrica danza hace derroche,
mientras que finge relumbrante fiesta
con su millón de lámparas la Noche...

El vicioso Nerón sonó el primero
en las nocturnas fiestas: París arde
como un rubí de fúlgido brasero,
cuando lo sopla el viento de la tarde;
y corriendo en la hora vespertina,
por sus alegres calles, va la musa,
como sombra que apenas se adivina
y que semeja, al resbalar confusa,
alada aparición de Mesalina...

¡Oh musa! rompe los traidores lazos
de esa sirena, que cantando mata;
y busca amor en los robustos brazos
del hispano león, que en mil pedazos
los castillos de naipes desbarata.
No el licor excitante, que te enferma,
apures más, para poblar de flores
tu alma, llanura solitaria y yerma
que se muere de sed: busca vigores
que escanciar en tu vaso cristalino;
y huyendo del festín gózate á solas
en paladear el generoso vino
de las clásicas tierras españolas!

De otra suerte, tal vez debe el poeta
condenar de la musa la falsía
en los dantescos círculos, á modo
de castigo ejemplar. Tal la coqueta,
que en juegos de voluble fantasía
burló las almas y rió de todo,
alardeando de mágica hermosura
y nunca de virtud, con justa suerte
trocada al fin en sórdida figura,
extinto al fin el postrimer reflejo,
está acaso en el seno de la muerte
condenada á mirarse en un espejo!...

Justo será que la acordada lira
al plectro de marfil dulce responda,
y envuelva amor en mieles de mentira;
justo será que el musical lenguaje
que usar supieron los antiguos, onda
sea desvanecida en el cordaje
de la lira sensual; justo que Eco,
al nombre de los clásicos, se esconda
y no conteste, desde el sordo hueco,
con los aplausos de sonante fama
que los vientos llevaron por dó quiera
justo, por fin, que de la extinta llama
no se vea volar humo siquiera...
¿Pero dónde la voz que alcance luego
á llenar el vacío? ¿Dónde el lampo
que desgarre la sombra, y luche, y venza?
¿Dónde siquiera el refrescante riego,
ya que el torrente no, para este campo,
cubierto con cenizas de vergüenza?...

Vibre otra vez la reposada lira
de Fray Luis de León; florezcan rosas
á su paso, que huyendo á la mentira,
busca las soledades silenciosas,
donde sólo habla el viento que suspira...
Suene otra vez el pífano sonoro
de Garcilaso pastoril: la espuma
de la leche, que colma el hondo seno
del cántaro, en sus églogas de oro,
apagará la sed del que se abruma
bajo el peso del sol, que tuesta el heno...
Truene otra vez el tamboril de risa
que redobla Cervantes: á sus sones,
pasa la Humanidad danzando á prisa
en desenvueltos círculos de histriones..,
Marque el compás el clavicordio grave
de Lope y Calderón: sendas de flores
recorre así la procesión serena,
que, entre brillos de acero, y trinos de ave,
cantando sueños y mintiendo amores,
pasa, como un gran Himno, por la escena...
Dé á los aires la flauta de Argensola
su arrullo columbino: regio porte
tiene, ceñido de irisada aureola,
el soneto triunfal, como una ola
que se tiende á las plantas de la corte.
Brame la apocalíptica trompeta
de Herrera sin rival; así al olvido
rodará el arte vil que lo sujeta;
y batirá sus alas al poeta,
sobre las muchedumbres suspendido...

¡Oh musa, vuelve en tí! ¡Deja que el alma
repudie el falso amor! ¡Teme el halago
del absintio falaz! ¡Da luego calma
de tus morfimanías al estrago!
Porque quizás si Jove poderoso,
á modo de Jehová, viendo tu ejemplo,
prefiera de las tumbas el reposo
á tus profanaciones en su templo;
y herido en su poder, desde la altura,
cual en la noche de Pompeya, hastiado
de mirar revolverse tu hermosura
en el candente lecho del pecado,
al *¡Hágase la Luz!* reemplace luego
con voz que diga, en la asombrada anchura,
como trueno de horror: —¡Hágase el fuego!

LA VEJEZ ANACREÓNTICA

¡Oh jóvenes amigas! el anciano
os ama y os requiere.
Mi alma evoca
aquel tiempo feliz, en que la mano
firme acercaba el ánfora á mi boca;
y en que, tras los festines ya deshechos,
y entre el revoloteo de Cupido,
improvisaba pecadores lechos
cual ave que hace en cualquier rama un nido...

Ya que infausta vejez ha quebrantado
las alas de mi amor, sólo me resta
herir la lira con el plectro mío,
y arrullar, con acento regalado,
el abandono, tras alegre fiesta,
con que duerme el placer sueños de hastío.

Débil mi diestra ya, su licor vierte
la vacilante copa: entre el sombrío
follaje de mi barba así se advierte
la gota de licor, que al fin se abruma
y cae como gota de rocío,
resbalando por cálices de espuma...

Pero aún puedo refrescar en vino
el caluroso labio, aún atino
á libar el licor, que se derrama
por mis débiles nervios, á manera
que por las fibras de vetusta rama
un soplo animador de primavera.

¡Ay de mí, que no alcanzo mayor gloria,
por más que el fuego del licor me exalta
á disputarle á Venus la victoria:
yo tengo vino, pero amor me falta!...

¡Oh jóvenes amigas! Vuestro encanto
se diría el tapiz de una pradera,
que, cual piadosa máscara, cubriera
la macilenta faz de mi quebranto...
Derramad la flotante cabellera
sobre mis limpias canas, dad al aire
el beso del amor, tañid la flauta
de arrulladores tonos, tejed luego
la viva danza de sensual donaire;
y ya veréis que de mi lira incauta
se escaparán las cláusulas de fuego...

Y os hablaré de amor: vuestros oídos
se habrán de regalar con mis acentos,
que, sumando el ardor de mis sentidos,
inflamarán el alma de los vientos.

Cantando así me dormiré en mi canto
y soñaré cantar vuestra hermosura:
¡y me amaréis! Por misterioso encanto
el poeta al hablar se transfigura.
Bajo la palidez de mis cabellos,
simulará mi frente luminosa
nieve que besa el sol con sus destellos,
cual si fuera con ósculos de rosa...

¡Ay de mí, que, perdidos los vigores,
siento el dolor de las marchitas flores,
que ayer, engalanadas de alegría,
dieron al aire sus perfumes vanos,
y hoy son desprecio hasta de aquellas manos
que las ajaron sin piedad un día!...

Mas ¿qué he de hacer? ¡Oh jóvenes amadas!
dejaos al fin acariciar siquiera...
Tal el avaro que cegó, ya á solas
no goza recreando sus miradas
en el tesoro, que á su vista era
un mar inmenso de lucientes olas;
pero sí goza con el tacto, hundiendo
sus temblorosas manos entre el oro,
y goza del metal entre el estruendo
con el alegre retintín sonoro...

¡Oh jóvenes amigas! Pronta muerte
ha de torcer el huso de mi suerte;
mas ha de ser en el festín risueño,
cuando sobre la boca del abismo
bate sus alas fementido ensueño:
así veréis, al uno y otro lado,
rodar súbitamente, á un tiempo mismo,
el vaso roto, el cuerpo inanimado.

Nada en la muerte repulsión me inspira.
Cuando yo muera, el canto de mi lira
ha de turbar, con música de besos,
la soledad de vuestra paz nocturna;
y, hechos ceniza, mis dolientes huesos
recinto buscarán que los merezca,
para dormir el sueño del arcano:
así tal vez la cineraria urna,
por sus gentiles formas, os parezca
la copa del festín que alza mi mano...

¡Oh jóvenes amigas! Ya que inerme,
tras rïente embriaguez halla el anciano
plácido sueño de profunda calma,—
¡la ürna es copa en que la carne duerme,
la copa es urna en que reposa el alma!...

EL ÚLTIMO CANTO DE NERÓN

(Á Miguel A. Pasquale)

El filósofo heleno, que rodeado
de sus fieles discípulos, moría,
no es más grande que yo: yo también muero
con las pimpleas musas á mi lado,
que enlazan, al mirarme en agonía,
sus rosas de oro á mi laurel de acero.

Mis lumínicas sienes, que guirnalda
de dáfnico laurel lucen no en vano,
se orlan así con las purpúreas rosas
que me traen las musas en su falda,
y que entretejen con la docta mano
con que hieren sus liras armoniosas.
Agonizo de amor. Ya veis que muero,
ya veis que presto moriré: no importa
Minutos antes de lanzarme altivo
á la callada tumba, cantar quiero
el propio mal que mi existencia corta.
Si cantando viví, cantando muero.
Por fuerza he de morir, ya que por fuerza
viví también. La desbocada turba,
que luego ha de llegar, querrá en su ira
estrangularme: ¡que su rumbo tuerza;
aquí viene demás! Su voz conturba
las suaves notas de mi dulce lira.
Antes que profanado mi arte sea
por la turba mendaz, que ayer mi gloria
y hoy á los vientos mi baldón vocea;
antes que üno de mis versos de oro
mezcle su brillo á la menguada escoria
de fementida turba sin decoro;
antes que rompa con infando grito
la música tranquila de mis versos,
que reflejan la paz de lo infinito
en el cristal de sus acordes tersos;
antes que intente sonreir impía
del misterioso encanto de mis notas,
han de saltar bajo la mano mía,
que el timón tuerce á los seguros puertos,
las siete cuerdas de mi lira rotas,
los treinta abriles de mi vida muertos.

Soy á la vez que emperador romano,
artista y soñador. La turba infame,
que es vil lebrel para lamer la mano,
es á veces también como el oceano
que ruge fiero y las orillas lame.
Sé que viene hacia mí, como la ola:
arena soy; estallará en espuma;
me arrastrará tal vez: y cuando en vano
sueñe entregarse á los placeres sola,

sentirá el yugo que otra vez la abruma,
¡y estará sin artista y con tirano!
Poeta antes que César, mi corona
es de eterno laurel: soy el ungido
que de los dioses el elogio entona,
y recibe de mano de los dioses
única lira.
¡Apolo: yo te pido
que me dejes cantar, mientras reposes!...

La voz de Apolo apenas si podría
igualar de mi voz la euritmia grave,
y el justo són, y el ágil maestría:
temo así que la turba espante el eco
de mi voz blanda, como el trueno al ave.

Llena es su voz y mi cantar es hueco:
mi cantar es la forma esbelta y pura,
que de rítmicas pompas se rodea,
y que no precia ser en su estructura
mágico estuche de inmortal idea.

¿Idea para qué? La forma es todo.
Tengo en el mármol mi inviolable norma:
requiere ideas el humano lodo;
pero al mármol le basta con la forma.
La forma es todo: la beldad en ella
está, al contacto de la idea, extraña.
El ferrado titán de la montaña
supo esconder la celestial centella
en el hueco también de frágil caña.

¡Venus no es sabia, pero siempre es bella!

Fué la belleza mi idëal. Collares
de perlas, que ensartaba hilo sonoro,
parecían los férvidos cantares
que desataba, entre mis copas de oro
de la inútil belleza en los altares.
Belleza fué lo que buscó mi anhelo
en el capricho de las iras locas:
sembrar rosas de sangre por el suelo,
ver el espanto en las abiertas bocas,
oir el grito de la carne herida,
sentir el choque de la lucha fuerte,
distraer el cansancio de la vida
con novedades trágicas de muerte,
depurar el placer de todo hastío
en inédito amor nunca explorado,
desviar las aguas del eterno río
y buscar nuevos cauces al pecado;
ese el afán poético, ese el mío,
cuidando siempre de estampar el sello
de originalidad al desvarío.

¡Loado sea el mal, si el mal es bello!

Ya no recuerda la rebelde turba,
que hoy desata las nubes de sü ira,

cómo ayer me juzgó su dueño amado.
Hoy con su insulto la mansión conturba
donde ayer á los sones de mi lira,
danzaba alegremente y sin cuidado.
¿Cuál será la verdad, cuál la mentira:
el odio nuevo ó el amor pasado?

¿Quién me enseñó á matar? Con mano pura,
jamás acostumbrada á los castigos,
firmé de muerte la primer sentencia:
el vértigo de sangre y de locura
vino después. Los fieros enemigos
acusaron de blanda á mi conciencia.

¿Y quién responde, quién, de que al empuje
del negro vendaval la torre erguida,
que por el peso de sí misma cruje,
en vano luche, y ruede hecha pedazos
para siempre jamás? ¡Así mi vida!
La sangre pide sangre: entre sus brazos
me arrulló el pueblo sanguinario; y ciego,
ciego, ciego de amor, rompí los lazos
y fuí á quemar mis alas en su fuego.
Recuerdo aún el crimen, que es el toque
de más alto carmín en mi delirio:
¡Agripina!
Su nombre es como el choque
de un arma en el combate: es un meteoro,
que ensangrienta la noche del martirio.

Era mi madre. ¿Y la maté?... Lo ignoro.
¿Es culpable el puñal que abre la herída,
ó lo es la mano que lo oprime y blande?
Esos que huyeron ya, los mis amigos,
pusieron una valla con su vida
á mi grandeza... ¡y decidí ser grande!

Luego... quise mirarla, sin testigos,
muerta ya, maldiciendo en mi conciencia
que obstáculo y baldón se hubiera hecho
de mi existencia quien me dió existencia:
pude darle mi amor, no mi derecho.

¿Para qué verla así? Para que á solas
el propio mar, que arrebató la arena
en la épica furia de sus olas,
la llorara con lágrimas de pena.
El velo levanté: la vi dormida.
¡Oh blanca desnudez! En su hermosura
ostentábase pálida y sin vida,
como una praxitélica escultura:
y rígido quedé, tal como un muerto,
gozando, en actitud sobrecogida,
de sus líricas formas el concierto.

¿Qué tiempo quedé así? Fué como un siglo.
Enarcadas mis alas de poeta,
Escondidas mis garras de vestiglo,

volando me lancé: la lira de oro,
en el lejo palacio, ansiaba inquieta
romper quizás en cántico sonoro.
¡Y cantar quise! La belleza pura
de esa yerta mujer nubló mi vista.
¡Si yo hubiera sabido su hermosura,
la hubiera respetado como artista!

Huí lejos, huí, tal como fuga
tímida estrella cuando Phebo nace:
saltó en mi freute la primera arruga,
verde cana brotó en mi cabellera:
y lloré cual la nieve se deshace
en torrentes que inundan la pradera.
Tal llorara la muerte de una diosa:
¡y es que mi ánima estaba arrepentida
de haber robado el soplo de la vida
á esa mujer como ninguna hermosa!
Huí, lejos, huí...
Cuando mi duelo
calmóse al fin y regresé á mis lares,
saludáronme, en fiestas de consuelo,
las frentes abatidas hasta el suelo,
las lenguas desatadas en cantares.
Como hoja seca en alas de la brisa,
arrastróse á mis pies la turba loca.
¡Y entonces,—era justo,—una sonrisa
de supremo desdén jugó en mi boca!

...Oigo el tumulto ya: piafan caballos.
Oigo ya el trote de los rudos callos.
¡Oh dicha, si en mis cánticos triunfales
se ajustara al acento de mi lira,
el ritmo de los cascos musicales!

Ya se acerca la turba que delira.
Oigo el tumulto ya... Si he visto á Roma
al gorgóneo fulgor de un gran incendio,
hallarla supe semejanza acaso
con la homérica Ilión que se desploma,
entre el irrispetuoso vilipendio
de una ancha nube sobre un sol de ocaso.
Hoy la escucho tronar, tal como el ciego
melesígenes canta en su poema
á los ruidosos carros, que entre el fuego
de Ilión rodaban, cual tonantes olas,
que prorrumpen en gritos de anatema
al reventar sobre las playas solas.

Tiempo es ya de morir, ¡Démonos prisa
Lanza, lanza, por fin, tu último acento,
lira polifonética, que al viento
ora das un lamento, ora una risa,
ora das una risa, ora un lamento.

Ya qne el esclavo resistió cobarde
á matarme, yo quiero con mi mano
hacer de gloria el postrimer alarde,

hundiéndome el puñal en la garganta, —
¡nudo de vida que en el cuerpo humano
tiene mi preferencia... porque canta!
¡Cómo atruena el tumulto! ¡El puñal venga.
El puñal... ¡Bien! Ya estoy... Ya estoy herido...
Que mientras una musa me sostenga,
las otras canten... ¡A cantar! Lo pido...
Mientras el coro de las musas cante,
á un solo golpe desplomarme quiero,
sin que un gesto contraiga mi semblante,
ni entre mis labios se retuerza un grito:
¡Presto, musas, llegad! Porque me muero...
me muero... No me muero: ¡resucito!

EL ALMA INMÓVIL

(Á J. M. Vargas Vila)

I

El genio no es la nube, que de rayos preñada,
busca un lecho en las sombras; el genio no es la espada,
que, de sangre sedienta, se goza en el combate:
es el peñón, no el río; la valla, no el embate...

El genio es como el cóndor, que con veloz mirada
bajo sus pies contempla la tempestad airada;
pero garras no tiene, sino alas con que abate
las alturas en donde nada vibra, ni late.

Cuando el genio contempla los abismos, entonces
hay en sus verbos fraguas, dinamitas y bronces;
porque él todo lo dora, como la luz del día.

Tal Dios, que ve impasible la dicha y el quebranto,
nunca se ha sonreído, nunca ha vertido llanto;
porque Dios está inmóvil, y lo humano varía...

II

Homero está tranquilo: sus épicas canciones
tienen relampagueos, vértigos y explosiones;
pero él está tranquilo, como gimnasta raro
que sin quemarse pasa por entre el ígneo aro.

El Dante está sereno: canta obscuras regiones
de tormentos rebeldes y sórdidas pasiones;
pero él está sereno, como solemne faro
que en la pavura negra pone su punto claro.

Shakespeare y Goethe ahondan dos abismos profundos
— corazón y cerebro — donde se agitan mundos,
y ni el de Albión se inquieta, ni el de Weimar vacila...

Así la altiva cumbre, del hielo de su frente
desata, como el genio, las furias de un torrente;
¡pero ella, como el genio, también está tranquila!...

PAGANA

No os ofendáis, señora,
porque esta vez á vuestro oido llega
el verso amante del que en vos adora
las formas puras de la estatua griega.

Dejad que en mi alma esculpa
vuestro perfil olímpico de diosa,
con cinceles de amor. ¡No, no es mi culpa
el que yo sea artista y vos hermosa!

Arte soy, vos belleza;
y dejaros de amar fuera un ultraje:
no grabaré mi nombre en la corteza;
¡pero quiero dormir bajo el follaje!...

¿No os place el aura leda?
A mí me place vuestro dulce acento,
que una música eólica remeda
desmayada en las ráfagas del viento...

¿No os place ver el cielo?
A mí ver vuestros ojos, en que late
génesis de relámpagos al vuelo
con temblores de espadas en combate..

¿No os place, en fin, la estatua
que en el museo artístico descuella,
no neciamente desdeñosa y fatua,
pero como segura de ser bella?

A mí me place el firme
molde en que se vació vuestra hermosura...
¡Bajo el golpe traidor, quiero morirme,
como César, al pie de una escultura!

Por eso, ya que en vano
os quisiera estrechar, de ardores lleno,
dadme ese traje que ceñís tirano
en que resalta vuestro ebúrneo seno.

Hundiera en él mi frente;
y aspirara, con ansia voluptuosa,
el perfume impregnado que se siente
como una tibia emanación de rosa...

¡Sí! yo os quiero mirar, señora mía,
desnuda al fin, correr por el boscaje:
ninfa desnuda de la selva umbría,
¡mi propia sombra os servirá de traje!...



¡Y esa mujer, de carne desgarrada
por infame puñal, con la mirada
de un sol de gloria en la pupila incierta;
esa, sobre el cañón crucificada,
esa, es la imagen de la Patria muerta!

La Epopeya del Morro. - VII

EL RETRATO DE CÉSAR

Á Pablo Patrón

No eres dios, ni eres hombre. Hay en tu frente
algo de rebeldía. Hay algo triste
que anubarra tu espíritu luciente:
acaso del Olimpo descendiente
y tu alma un fondo de nostalgia siente.

Júpiter se hizo hombre: ¡y tú naciste!
No hay en tu rostro la expresión que arroba,
sino el enojo de amenaza eterna.
Eres hijo de un dios y de una loba:
¡tuya es la cumbre y tuya es la caverna!

Personaje de Esquilo, héroe de Homero,
cruzaste con tu manto y tu coturno,
cual por un teatro por el mundo entero;
y desde tus alturas, sin desmayo
vibraste, como el hijo de Saturno,
la viva llama del trisulco rayo!

¡Ahí estás! eres tú. Robó el artista
besos de aurora al sol que se levanta,
para exhibirte á la asombrada vista
de los siglos, que oprimes con tu planta...

Titánica es tu faz: ¡hay tanto en ella
de Prometeo y de Luzbel!
Tus ojos
son las mitades de una misma estrella,
partida por un rayo, que destella
en medio de una tempestad de enojos.
La ceja es como el arco con que Alcides
aprendió de Quirón el arte un día:
cresta de öla en espumosas lides
y perfil de una cúspide bravía...

Calva como un picacho de granito
es tu aquilina frente sublevada:
tiene algo de escalón á lo infinito
y algo del resplandor que hay en tu espada.
Fruncido el entrecejo, cual si al fondo
vieses cruzar á la enemiga tropa,
viertes tu ira que sale de lo hondo
cual si volcases desbordada copa...

En tu nariz carnosa y dilatada
hay algo del sileno, que olfatea
á la ninfa veloz: la llamarada
de la lujuria por tu faz serpea;
y en tu boca sensual de labios gruesos,
se adivina el afán que te devora
cuando desatas tu collar de besos
sobre la ninfa que encorvada llora...

Sin que el vello sombree tu semblante,
limpio lo muestras cual marfil pulido:
así un titán que se conserva infante
á través de los lustros que ha vivido.
No cual Hércules barbas, ni melena
cual Sansón, luce tu belleza rara:
tu ceja — arco, ola, cumbre — es la que llena
de viril sombra la desnuda cara...

Tu saliente mandíbula denota
la tenaz ambición que te levanta;
y tu cabeza es como flor que brota
de un retorcido tronco: tu garganta.
Luego... la diestra—que del férreo brazo
pende cual fruto de una rama fuerte
capaz de sujetar con duro lazo
al corcel desbocado de la suerte.

No dice más tu copia, y es bastante;
porque tu alma fulgura en tu semblante.
¡Ah! sólo causa, al contemplarte, asombros,
el hallar que en tu cuerpo de gigante
estén desnudos tus altivos hombros.
¡Desnudos, sí! Luzbel cayó del cielo,
tú caíste también. Muertas tus galas,
te quedó — como á él — también el vuelo:
¿á dónde están tus angulosas alas?

Puede, más que Luzbel, Dios solamente:
así cuando en las cumbres del Oriente
irradió el Cristo, se espantó tu gloria.
Ella profunda fué, grande fué ella;
por eso que, eclipsándola en la Historia,
Cristo puso su pie sobre tu huella...

Pero no sólo Dios, también el Arte
pudo vencerme un día. Y tú, que altivo
no supiste ante nada doblegarte,
tú te doblegas hoy... y estás cautivo:
por más que vibres cóleras de acero,
por más que frunzas de tu ceño el arco,
¡hoy estás como un triste prisionero
en los estrechos límites de un marco!...

IDEALIDAD

(Á José Fiansón).

Estoy enamorado de un ensueño;
no hay un perfil en la ilusión flotante
de mi impoluto amor. Mi alma es tan honda
que en su profundidad se hace el diseño
confusión misteriosa y fascinante,
como el húmedo aliento de una onda
que va á romperse en el confín distante...

No el Pigmalión feliz que se enamora
de la forma perfecta: soy un alma
que tras un alma va, como la aurora
tras la noche fugaz, que escapa al beso
ambicioso del sol. ¿Dónde la calma,
como un oasis, domará mi exceso
bajo el frescor de compasiva palma?

Estatua al fin, la amada del artista
que el pincel fulminó contra sí mismo
siquiera fué un recurso de su vista:
mi amada es una sombra del abismo.
Pero ¡ah! también sin alma, el cuerpo inerte
repugna como imagen de la muerte,
en tanto que, sin cuerpo el alma pura
es como un rayo que escapó del cielo
y rasgó el luto de la noche obscura
para envolverse en misterioso velo.
No amo el cuerpo que fuga y que varía.
sin que conquiste perdurable aureola:
la materia sin alma está vacía;
y el alma sin materia triunfa sola!...

Enamorado así de una penumbra,
de un escape de sol que huye al soslayo
por un quicio en que apenas se columbra
lo que puede caber en sólo un rayo,
voy por el mundo con afán de loco
buscando un idëal que nunca encuentro,
y se me desvanece lo que toco,
y me hallo fuera de mi propio centro;
y cuando el sueño de mi amor evoco,
siento que el mundo material es poco,
siento que el infinito está aquí adentro,
y, al amar á mi amor, siento que me amo,
ya que tengo en el alma el paraíso,
y en la suprema idealidad me inflamo
de vivir entre mí como Narciso...

Abrome el corazón, como si fuera
prometedora mina; y busco al fondo
mi excelso amor, pero lo busco en vano.
¡Ah, quién el hilo salvador me diera,
cuando en mi propio dédalo me escondo

para escapar del atractivo arcano!...
Ya que es necio mi afán, al fin me entrego
del todo á mi pasión, con la tranquila
fe con que el mártir se entregaba al fuego;
y, clavando en el cielo la pupila
con la fijeza con que mira un ciego,
me siento más que nunca enamorado,
sustráigome del mundo, y sin conciencia
de lo que soy, errante y desligado,
voy divagando por la azul altura,
cual si fuera el perfume de experiencia
que se escapó de un cáliz de amargura...
Sufro y gozo á la vez: mi sufrimiento
es como el de la flor que, al fin ajada,
disipa sus aromas en el viento
y se hunde en las caricias de la nada...

Enamorado de un ensueño, nadie
comprenderá mi idea suspirada,
aunque en la cumbre de mi verso irradie;
y solo, con mi lira y con mi amada,
seguiré sobre el fango de las mofas,
repartiendo á la turba el alma mía,
en esta enfermedad de las estrofas
como en una perpetua eucaristía!...

Á LOS QUE SUFREN

No, no importa el estigma, que el pantano
osa poner sobre la nieve alada
de los cisnes que cruzen en bandada
hacia el País del sol.....
El vulgo insano
horada el corazón que bien le quiere,
para buscar la fuente misteriosa
donde la sed de la ignorancia muere.
El mal se trueca en bien: tal el destino
que rodea de espinas cada rosa
y que empuja la lanza de Longino!

El apóstol que sufre sin desmayo,
con el orgullo del dolor sereno,
y hondos tormentos atesora su alma,
avariento del bien, no teme el rayo.
ni teme el huracán, ni teme el trueno:
¡es como un faro convertido en alma!
Rebelde faro, que en la noche obscura
sufre el ultraje de crüel tormenta,
y que, á través del temporal, fulgura,
cual única esperanza que alimenta
la sorprendida nave: él solo apura
todo el horror; y, desde el fondo mismo
surge de aquella abierta sepultura,
como el Angel Custodio del Abismo..

¡Cuánto vale el dolor, que compra apenas
un gajo de laurel para la frente!
¡Cuánto pié tuvo que arrastrar cadenas,
antes de hollar la cúspide eminente!
¡Cuánta gota de llanto, suspendida
en el ojo del genio, primas finge,
donde, sobre al desierto de la Vida,
surge la Gloria como muda Esfinge!
¡Cuánta ironía en los risueños labios!
¡Cuánto gusano en la dorada fruta!
El eterno banquete de los sabios
sólo ha tenido un brindis: la cicuta.

Gozo de la palabra que clarea
sobre la obscuridad, como una aurora;
pero támbien la aurora de la idea
desata su rocío: ¡también llora!
Gozo da el resplandor que así derrama
la antorcha en las tinieblas encendida;
¡y nadie piensa en que la alegre flama
va á la antorcha robándole la vida!...

Goza el vulgo en la luz que á ver alcanza
sin cuidarse en saber de dónde llega:
el redentor, al golpe de la lanza,
abre los ojos de la turba ciega...
Basta para perder toda esperanza
el destacarse sobre el vulgo airado,
que ríe del Quijote peregrino;
y lo empuja, por rápido camino,
á morir cual Jesús, crucificado,
pero sobre las aspas de un molino!.....

Tal la flor, que embalsama el fresco ambiente
y en regalar aromas se recrea,
las rebeldías del abrojo siente
y en secretos dolores se consume:
¡quién sabe si la flor, como la idea,
sólo tiene un tormento en su perfume!...

¡Nada importa el dolor, si al fin es gloria!
No es ser amado cual Musset dijera,
sino ser admirado es la victoria,
haciendo que, ante el mérito que brilla,
el Odio lenguaraz insulte, hiera,
hable... pero doblando la rodilla!

Gloria al dolor pregonarán los bronces
en el Juicio Final del vulgo necio:
¡la aristocracia del dolor entonces
tendrá su tiranía de desprecio!...

El hielo que oprimiera cada cumbre
derretido será; y, hecho torrente,
rodará con inmensa pesadumbre,
de la altitud por la agrietada frente.

Y en ese apocalipsis, en que el trueno
será trompeta, al postrimer conjuro

vientos de tempestad saldrán del seno
en que hoy duermen las glorias del futuro:
así estallando bajo el golpe aleve
que les dan al pasar los huracanes,
que arrojan á las simas sus despojos,
sacudirán su cárceles de nieve
como una pesadilla, los volcanes,
con sólo abrir sus espantados ojos!...

El alma de volcán duerme su sueño
bajo nieve tiránica, hasta el día
en que, al impulso del rebelde empeño,
quiere imponer también su tiranía!

Quien sufriendo vivió podrá siquiera
despreciando morir: cuando ya todo
perdido esté, cuando su suerte fiera
sea huracán, le restará el consuelo
del ala vencedora sobre el lodo
y del éter rasgado por el vuelo...

Nadie la prueba de la lid rehuya,
si colmar sueña sublimado anhelo,
robándole un laurel á la victoria:
¡cuando el Invierno del Dolor concluya,
vendrá la Primavera de la Gloria!

El que siembra con fe, logrará el fruto.
Alma que fía en sí, nunca es vencida:
como el instinto que en el mismo bruto
por fuerza tiende á conservar la vida,
la fe en el hombre se resuelve luego,
sobre el dolor en triunfadoras palmas;
porque es á modo del instinto ciego
de la conservación para las almas...

ODA OLÍMPICA

Á la juventud

No la épica trompa, con que Homero
pregonó las hazañas inmortales
del cauto Ulises y de Aquiles fiero,
sino la ebúrnea lira es la que quiero
para romper en cánticos triunfales.

Píndaro sea el lírico maestro
que entre los nueve clásicos descuella,
quien su lira me dé, para que en ella
tenga un oasis la aridez del estro.
Cantaré, cual ayer cantara él mismo,
los simulacros bélicos, que al choque
imprimen en el alma el heroísmo,
como el cincel las formas en el bloque;

y ensalzaré al poeta sin rivales,
ya que esos juegos de viril porfía
son como los perpetuos funerales
del que en sus odas los cantara un día.

¡Loada la gloriosa primavera,
que en la sien juvenil prodiga flores,
al romper las batallas de la vida!
Juventud que se envuelve en su bandera
es digna de los líricos honores,
ya que tampoco la lección no olvida
que le dieron luchando sus mayores.
Cantar el porvenir, cuando en la cumbre
aún no se ha apagado
el vivo ejemplo de la excelsa lumbre
que encendieron los héroes del pasado,
es pedir el laurel, ganar la gloria,
atropellarse para entrar en lucha,
asordar los oídos de la Historia
con voz de reto que tronar se escucha,
amanecer á la futura brega
y prepararse á la feliz victoria,
sentirse grande en el combate rudo,
y ya no á modo de la raza griega
morir, sino nacer sobre el escudo.

¡Salve á ti, primavera de esperanzas,
que sobre el hielo del dolor avanzas
resucitando las marchitas flores;
salve á tí, Juventud, que en la ancha arena
expandes con la lucha tus vigores,
disipas los nublados de tu pena,
y, rica de laurel, en la porfía
corres como una olímpica figura,
tras la copa del triunfo, en la que un día
nos brindarás no sorbos de amargura,
sino siquiera gotas de ambrosía!

Digno es del áureo verso el varón fuerte,
que, crecido á la sombra de la palma,
se ríe desde niño de la muerte
y tiene sano el cuerpo y grande el alma.
Maldito el que desgasta sus abriles
en estancarse con mortuoria calma,
ó en robar horas al placer violento,
como hojas secas que se lleva el viento

No es Juventud la que llorosa y triste,
huérfana de coronas y apocada,
ni la fatiga ni el dolor resiste.
¿Qué sabe de la lid, qué del trabajo?
Ni hundir la reja, ni vibrar la espada.
Falta de fuerzas sobre el hondo tajo
del arado viril, llora y se abate;
y si tiene tal vez planta ligera
no será para el triunfo en la carrera.
sino para la fuga en el combate.

Cuando haya muerto el pundonor, y en vano
flote el postrer jirón de la bandera;
cuando en el fondo del dolor humano
aliente vil resignación, y el hierro
duerma sueño de paz sin que haya mano
que lo sepa blandir: cuando del perro
llegue á la luna el retador ladrido,
y el Fénix no renazca y entre el fango
muera el cisne de Leda, conmovido
no debe el vate de apolíneo rango
llorar, sino rugir. Si las vilezas
desparecen al fuego y queda el oro,
desate sobre todas las cabezas
lenguas de fuego el cántico sonoro.

La femenil ciudad en que las danzas
laxaron el vigor: en que la fiesta
para siempre jamás rompió las lanzas;
en que la Juventud á los altares
corre de Baco, y gala deshonesta
hace de anacreónticos cantares;
la femenil ciudad, que el bien olvida
y apresura el placer, por justa suerte
ha de ver en la aurora de su vida
la repentina noche de su muerte.
Incendiada será. Y así que, presa
de la llama voraz, quede en pavesa
el pindárico vate no vencido
romperá en odas de triunfantes lizas;
y sobre la ciudad, como un rugido,
pasará luego el viento del olvido,
sacudiendo el crespón de sus cenizas.

No, no sois los que, prestos á la arena,
sabéis correr con entusiasmo, aquellos,
rendidos en mitad de la faena,
jóvenes que disipan sus destellos
en las danzantes fiestas: de la lira
suenan así los cánticos mejores,
dando á los aires la alabanza vuestra;
porque la musa varonil se inspira,
cuando ve que del tálamo de flores
caéis de un salto en la marcial palestra.

Ya otra vez el asombro ha preguntado
si los que del amor hacían gala,
eran los mismos que, en la patria historia,
honraban las insignias del soldado,
batían antes de morir el ala
y espantaban la muerte con su gloria.
Los que mimados en su infancia han sido
guardan un noble corazón, que late
á todo impulso generoso: el nido
águilas da también para el combate.
El amor no es endeble: Hércules ama.
No porque estéis con el acero en mano

listo á la lucha el corazón amante
en vuestro pecho yacerá dormido;
porque en la misma fragua en que Vulcano
hace los fieros rayos del Tonante,
hace también las flechas de Cupido.

¡Oh mancebo gentil, rompe el estrecho
molde femíneo de tus formas puras!
Levanta el amplio y vigoroso pecho,
enciérrate entre férreas ligaduras,
échate ingentes pesos sobre el hombro,
cubre larga distancia en tu carrera;
y alcanzarás el merecido asombro
de la tímida virgen que te viera.

No robes con placeres la pujanza
á tu virilidad: rápido avanza
á conquistar la délfica corona;
y así que cunda el músculo en tus brazos
y cobren solidez tus formas bellas,
al son del himno que tu elogio entona,
ya podrás descansar en los regazos
de rendidas y cándidas doncellas...

Bebe el clásico zumo de las vides,
y consagra á tu amor dulces instantes,
pero, al beber el zumo, no te olvides
de hacerlo en copa de oro, siempre que antes
sepas ganarla en las hercúleas lides.

Entonces el amor será más fuerte,
más digno, más viril. Ya tu deseo
podrás colmar en placentera suerte,
mientras que, en repentina catarata,
las desatadas ondas del Alfeo
se harán en tu loor lenguas de plata!
Es tiempo ya de que en la arena ardiente
quede probado el músculo. El presente
así sintiera venturoso orgullo,
al ver que el porvenir busca vigores.
¡Es tiempo ya, titanes en capullo,
de romper el botón, y hacerse flores!...

¡Ah, con qué agrado miraréis, mañana
que os opriman los hielos de la vida,
la empolvada corona, que, pendiente
del muro, os hablará de la lozana
juventud en que fausta y engreída
ciñó de triunfos vuestra misma frente!
Y al tocaros quizás esos cabellos
que laureados así viéronse un día,
sentiréis sólo deshacerse en ellos
nevados copos de ceniza fría...
Mas vuestra ancianidad, cual la del roble,
rica en savia ha de ser, que siempre queda
huella de glorias tras la lucha noble.
¡Qué importa la vejez, si cada ruina
escondido quizás guarda un tesoro!...

Finge nn molino trágico la rueda
de la suerte, que rápida camina;
y así del trigo de los bucles de oro
brotan las canas como blanca harina.

Pero antes ¡ah! de que lleguéis á ancianos
probaréis vuestra gloria. El varón fuerte
recoge el fruto con sus propias manos,
ó lo arranca del árbol de la suerte...
No buscáis para el músculo las galas
de fuerza inútil: ¿para qué las alas
si no es para el empuje á lo infinito?
Anima al viril brazo el noble anhelo
de romper las prisiones del granito
y redimir los gérmenes del suelo;
y un numen sacro en su labor lo inspira,
cuando, al vibrar el victorioso tajo,
la herramienta pulsada como lira
canta las epopeyas del trabajo.

El arado abrirá sobre los valles
surcos de salvación. Taladro fiero
hará saltar la roca de las minas.
La multitud no azotará las calles,
sino que, en esa redención de acero,
cruzarà el campo, vestirá las ruinas,
voceará en las silentes soledades,

romperá el hielo de las arduas cumbres,
y, al soplo de huracán de las edades,
volará en busca de las nuevas lumbres,
cual si fuera en un éxodo de gloria,
que remozando la pasada vida
evocase otra vez sobre la Historia
la visión de la Tierra Prometida.

En su carrera ese desborde humano
azotará las despobladas zonas,
como azota la faz del oceano
con su látigo de agua el Amazonas.
Los verdes campos alzarán cantares,
las bravas cumbres ceñirán coronas,
los negros antros abrirán caminos;
y cubrirán nuestros desnudos mares
bosques flotantes de veleros pinos.

Y al avance del ímpetu que crea,
se tornará la selva en limpio llano,
y en ciudad fausta la pajiza aldea,
y el árido desierto ya no en vano
se extenderá con mendicante anhelo,
cual si fuera la palma de una mano
que le implorara una limosna al cielo;
y para darnos sus mejores minas
conmoviéndose entonces las montañas
como desesperadas heroínas,
se abrirán ellas mismas las entrañas

En tan ruda labor las damas bellas,
que ora regalan al amor su aliento,
ora avivan la luz de las estrellas,
ora enriquecen de perfume el viento,
sabrán también, — como en lejano día,
para acrecer el bélico tesoro,
cortáronse entusiastas á porfía
hasta sus crenchas de abeduz ó de oro, —
hollar el campo y doblegar la frente
sobre el surco, que abierto con fatigas
se bautiza y fecunda con sudores:
tal la bíblica Rnth que humildemente
va sólo recogiendo las espigas
que quiebran al pasar los segadores...

Si logramos unir en nuestra historia
al noble corazón el brazo fuerte,
gozaremos la alianza de la gloria
y no nos vencerá sino la muerte.
Nada importa morir, si cada tumba
en un bosque de lauros se convierte.
¡Bello es que un pueblo sin temblar sucumba!
En el osario sus despojos yertos
se regarán con llantos compasivos;
que ante la tumba de los héroes muertos
se postrarán los vencedores vivos.

¡Oh vencedor, que altivo te levantas,
piensa, si las rodillas no quebrantas,
que la que cumbre fué se torna abismo!
El polvo que hoy está bajo tus plantas,
mañana puede estar sobre tí mismo.

Para salvar los áridos desiertos
que tras de cada tumba abre el olvido,
— libros en blanco para siempre abiertos,
en que la voz de los elogios calla, —
nada importa vencer, ni ser vencido:
lo que importa es ser grande en la batalla.

No te arrepientas, Juventud, si acaso
en los esfuerzos de tu afán prolijos
hallas suerte fatal; afirma el paso:
que la fe de los padres en ocaso
renace en el oriente de los hijos.

No te arrepientas, Juventud. El vate
tampoco de tu elogio se arrepienta,
ya que pulsó de Píndaro la lira.
La fe en el porvenir gana el combate.
la duda en el combate es una afrenta.
la afrenta de esa duda horror inspira;
y el arrepentimiento encoge el ala,
no vence más en las contiendas rudas,
y va á besar los pies como Magdala
ó á colgarse de un árbol como Judas.

¡ SILENCIO !

Tú sabes que tu afán es prematuro;
tú sabes que no es tiempo todavía
de que derrame el suspirado día
luz de justicia sobre el antro obscuro.

Si el porvenir es sordo á tu conjuro,
si es inútil tu ardor en la porfía
calla y contempla con mirada fría
las penumbras inquietas del futuro.

Canta al sol, cuando el sol bese la cumbre,
pero hoy, sumido en tí, sella tu boca:
¡y que ruede á tus pies la muchedumbre!

¡Más vale ser, guardando el pensamiento,
mudo y firme á la vez como la roca
que hablador y voluble como el viento.





POEMAS

LA EPOPEYA DEL MORRO

¿En dónde está la musa que corría
como corre el torrente,
desgreñada, febril; la que, en su ardiente
ímpetu soñador, se estremecía
de gozo entre las luchas destructoras
en que bregaba sin sentir las horas:
si era preciso hasta morir, moría,
á manera del sol, porque tenía
vespertinos crepúsculos y auroras?

¿En dónde está la que en la selva umbría,
para ahuyentar las fieras,
cuando la noche del dolor caía
alzaba sus estrofas como hogueras?...

¿En dónde, en dónde está?... Las femeniles
fiestas de seducción, en copas de oro,
escancian la embriaguez. El bravo Aquiles
ha roto ya su lanza. Sansón juega
á los pies de Dalila; y entre el coro
sólo se oye una voz: la voz que ruega.
Rasga, ¡oh! musa, el disfraz con que te cubres:
muestra tu faz ante las turbas viles;
y arroja de tus sienes juveniles
los pámpanos de todos los octubres
y las rosas de todos los abriles!...

¡No tejas más arrobadoras danzas,
ni bebas más embriagador falerno:
rompe el vaso en que libas esperanzas;
ó exprime en él la esponja de amargor
con que apagó su sed el Héroe eterno,
y luego, como Sócrates, apura
esa gota de llanto del Infierno!

Liba el cáliz de amargo sacrificio
que prueba tu virtud, tal como el vaso
de dulcísimo amor prueba tu vicio;
y prepárate al canto de esa lira,
que quiere como el sol en el ocaso
hacer su último esfuerzo: duerma en calma
para siempre después, si en tanto gira
su postrer nota convertida en alma...

¡Coge otra vez tu lira; la que yace
empolvada tal vez, pero no rota:
en sus cuerdas de ayer duerme el sonido.
Desata el broche á la primera nota
y verás cómo en notas se deshace...
Olvidada en la fiesta en que has vivido,
serás hoy como un Fénix, que renace
de las cenizas de su propio olvido!

Así, lejos del torpe desenfreno
estar debes. ¡No en blandos y sensuales
cánticos gastes más la fantasía,
sino, con voz de trueno,
en pregonar los hechos inmortales
del paladín, que supo en la porfía,
esgrimiendo el acero sin desmayo,
mostrar con espartana bizarría
pensamiento de sol, alma de rayo!

¡Sí! busca á un héroe y cántalo. Su gloria
gloria tuya será, si es que lo cantas
y lo haces perdurar en la memoria,
como el bronce dichoso en que esculpido
el héroe tiene, ante sus firmes plantas,
postrado de rodillas al Olvido.

¡Si tornase á vibrar la vieja lira
del poeta de Ilión! Así las santas
fruiciones del ideal que al vate inspira
lograsen el laurel, digno tan sólo
del héroe, no del vate, que suspira
por el triunfo, no dél, sino de Apolo.
El héroe de la Iliada vive hoy mismo;
porque es en la apoteosis de su acero,
doblemente inmortal: por su heroísmo;
y por la lira que pulsaba Homero!

¡Ah! cuán feliz el vate
si alcanzara á imitar en cada estrofa
la agitación nerviosa del combate;
y á fijar el perfil del héroe, al modo
del duro bronce, de que no hace mofa
el fugaz tiempo destructor de todo.
Más ya que todo al fin, todo ha pagado
tributo al tiempo burlador, no sea
menos que el polvo ruin, la madre idea
cabalgadora sobre el verso alado!

¡Musa: el héroe está ahí! Bésale y rompe
el canto al fin; que si no es bronce, el canto
no se oxida tampoco ni corrompe...
Así está el héroe: besa sus heridas;
enjúgale el sudor; contén el llanto;
y al vibrar tus estrofas conmovidas,
justo es que en sacra inspiración te exaltes,
para cantar las luchas encendidas
entre ese héroe inmortal — como Leonidas —
y la Suerte traidora — como Efialtes!..

I.

El canto de los héroes.

¿Será el Progreso un bien?
¿Será un tormento?
¡Ay! más parece torcedor impío;
implacable aguijón del pensamiento,
que impulsa á caminar, como el judío,
sin tregua, sin descanso, sin aliento!

¿Hacia dónde se va? ¿Dónde la clave
que descifre el misterio de esta huída
hacia un eterno porvenir? ¿Qué mano
del inviolable arcán tiene la llave?
¿qué ojo penetra el fondo de la vida?
¿qué lengua canta el porvenir humano?
¡Ah! desbocado el lóbrego torrente
corre, corre veloz, eternamente,
sin poder encontrar el océano!...

¡Eternidad, eternidad hermosa,
cuando es la paz que duerme y que reposa:
eternidad, eternidad sombría,
cuando sólo es la lucha fragorosa,
inacabable, de brutal porfía!

El progreso sin fin de las edades
desata en las alturas de la mente
el dolor de la negras tempestades:
la Humanidad atormentada siente
triste desdén hacia el pasado obscuro,
hastío al fin en el mejor presente
y eterna angustia por el bien futuro!...

Y en esta marcha de dolor, que empuja
al mundo, fatigado caminante,
sin rumbo fijo ni imantada aguja,
por la infecunda arena del desierto,
como el fantasma de otro mundo muerto
condenado á marchar hacia delante;
en esta variación de hombres y cosas
— hoy asombro, mañana indiferencia. —
alzan á las regiones luminosas,
de la eternidad de la concienci-

los héroes todos, de contraria suerte
y diverso ideal, como pendones
que la Vida, en sus grandes ascensiones,
clavó sobre las cumbres de la Muerte!

¡Ah! morirán las cosas y los hombres;
mas siempre, entre las vastas mortandades,
flotará en las futuras soledades
una inmortalidad: ¡la de los nombres
de los héroes de todas las edades!

En medio de la noche, en que camina
el mundo, hacia la aurora del mañana,
cada héroe, coronando cada ruína,
es como cada antorcha que ilumina
las noches de Nerón. ¡Antorcha humana:
llamarada infernal, lumbre divina!...

El héroe, que conquista las alturas
para espaciar la fúlgida mirada
y ensanchar de la Vida el horizonte,
loco en sus sueños, sabio en sus locuras,
levanta al sol su frente castigada
por furioso huracán cual la del monte.

Cualquiera que se llame su tormento,
aunque no sea su ideal sagrado,
el héroe sí lo es: El pensamiento
es de origen divino. ¡Torpe intento,
quitarle al hombre lo que Dios le ha dado!

¡Hasta los anarquistas, que en su empeño
quieren violar el porvenir oculto,
siquiera son apóstoles de un culto,
centinelas perdidos de un ensueño!

¡Sacras son las furiosas tempestades
que fecundan la vida con la muerte:
deben serlo también, ya que igual suerte
tienen siempre las hórridas peleas,
las ideas de todas las edades
y los héroes de todas las ideas!

Pronto, pronto, mañana,
la idea de una patria solamente
la eterna unión para la especie humana,
ha de rayar, desde las altas cumbres,
sobre la triste y abatída frente
de las encadenadas muchedumbres.

La Patria vieja cambiará de nombre;
y el nuevo nombre que soñó la mente
triunfará al fin en la batalla ruda...
¡Oh! ¡Patria Universal! Patria del hombre:
todo un siglo... *muriendo, te saluda!*

Y entonces surgirán potentes brazos,
que el yugo desigual hagan pedazos
y la bandera universal levanten:

y vendrán otros héroes; pero entonces
esculpidos serán en otros bronces
y habrá otras liras que también los canten.

Hoy canta, ¡oh musa! al último patriota
que suspenso en la cumbre, ante el abismo,
hizo la redención de la derrota
abriéndose en la cruz del heroísmo;
al que supo morir cual sol poniente
que en su manto de sombras se recata,
con la actitud de un César que se siente
altivo bajo el golpe que lo mata;
al que fulgió sobre la lucha fiera,
desgarrando la noche de la Historia;
al que cayó, pero al caer siquiera
se vengó de la muerte con la gloria.

Digno es del canto el héroe que su espada
fulminara en Junín y en Ayacucho;
mas lo es también el que á su patria amada
defendiera ante el cielo y el oceano:
si su esfuerzo fué el *último cartucho*,
BOLOGNESI fué el último espartano!

Hoy canta, ¡oh musa! cual cantara un día
la musa de Simónides la suerte
de los que hallaron, en la lucha impía
de las mismas Termópilas, la muerte.
Y dí también como ella, ante la fría
tumba del héroe que escalara el cielo:
«—Su tumba es un altar; y su memoria
vive en la patria con perenne duelo;
y su duelo es un canto de victoria!»

¡Todo puede morir! La fe se trunca
el amor pasa, la esperanza ceja:
no peligran jamás, ni mueren nunca,
sólo los héroes de la historia humana.
¡Hoy canta al héroe de la patria vieja
y al de la Patria Universal mañana!

El canto de la Guerra.

El ejército es músculo de hierro,
que tempestades de vigor desata
sobre los grandes pueblos de la Historia.
¿Quién rompe el triste y ominoso encierro?
¿Quién la cadena que á los pueblos ata?
¿Quién violenta las puertas de la gloria
y descerraja el calabozo obscuro,
arrojando los ídolos á tierra,
conjurando las albas del futuro
contra las noches de hoy? ¡Sólo la guerra.

Y guerrear es vivir,—la vida es lucha.
Aún, como el torrente que los campos
furioso asalta, rebramar se escucha
al pueblo rey, que en su marcial camino
iba rompiendo con sagrientos lampos
la tempestuosa noche del Destino.
Aún, entre la clásicas lecciones
del docto pueblo heleno, se oye el canto
de Homero á las belígeras legiones
de los dos lustros de fragor y espanto.
Aún la voz del luchador, que en donde
se enseñaba, á pensar, alta corona
alcanzaba en su olímpico deseo:
¡voz de victoria, á la que aún responde,
como eco eterno que vigor pregona,
la enronquecida voz del Coliseo!...

La guerra es tempestad que se desata
á las plantas de Dios; y que al pigmeo
hasta las plantas de su Dios encumbra:
¡Júpiter vibra el rayo con que mata;
Jehová vibra el rayo con que alumbra!

Grande es morir; mas con la frente enhiesta
en heroica actitud, interrogando
al Destino con labios de protesta:
más vale el pueblo que murió luchando
que el que sólo vivió. de fiesta en fiesta,
en la enervante paz del ocio blando...

El pueblo que sus cóleras sepulta
en vil resignación, turba es de abyectos:
no, no es esa la paz; ¡esa que oculta,
bajo del mármol frío, hervor de insectos!

Cuando la sacra idea
de paz universal vibre sus palmas,
mil otras liras vibrarán sus notas,
á cuyos ecos vibrarán las almas.
Hoy canta, ¡oh musa! la feral pelea
y á BOLOGNESI como ayer á Aquiles;
que en el mar de visiones en que flotas,
no asoman ni siquiera los perfiles
de esas nuevas Américas remotas...

Digno es el héroe que la vida exhala
por la patria, que cantes su querella.
Canta la guerra, sí; ríndete á ella:
¡justo es que la condenes, porque es mala;
y justo es que la cantes, porque es bella!

La guerra con que Chile, el cóndor fiero,
acosara al Perú, que aunque vencido
deslumbró como el héroe á la Victoria
no ha sido por blasón de caballero,
por la mujer de Menelao no ha sido:
ha sido por sentencia de la Historia

Conquistador impulso abrigó el pecho
de Chile siempre; el del Perú la gloria
de sostener al débil contra el fuerte.
Diga Dios de que parte está el derecho:
¿lo está del Heroismo ó de la muerte?

La espada napoleónica que un día
— relámpago de sangre en noche umbría —
trazó linderos ensanchando zonas,
conquistadora fué: porque á su paso,
si ignorándolo acaso
libertó pueblos, conquistó coronas.
¡Ah! la Prusia después, como un torrente,
violó la sepultura del coloso;
y con voz de cañones elocuente
turbó del héroe el último reposo,
para decirle que no valen nada
las conquistas jamás, y que el glorioso
pueblo, en que un día relumbró su espada.
veía al fin por extranjera gente
hasta su propía tierra desmembrada!...

¡Mas no el ardor de apostrofar inflame
el alma de la musa; y que, serena
como el cielo purísimo, derrame
luz y no sombras en el ancha arena!

La Guerra del Pacífico es proeza
que apenas pudo Marte haber soñado,
ya que es sueño la vida de los hombres...
Con el arrojo de Espinar empieza;
concluye con la fe de Leoncio Prado;
y se llena con Grau; ¡bastan tres nombres!

El Perú de Espinar corre á la cumbre:
es el que á coronar la cumbre aspira;
el que busca la gloria; el que no mira
como rueda á sus pies la muchedumbre;
y sube, y sube, hasta que al fin expira.
El Perú del estoico Leoncio Prado
es el que sonríe de su suerte:
es el que apura el néctar, sosegado,
hasta hacer la señal, cual buen soldado,
con que marca el instante de su muerte (1).

¡Oh Grau! Tu « Huáscar », redentor despojo
que envuelve el patrio pabellón parece.
El mar, que con la sangre se enrojece,
bandera bicolor finge en las brumas:
la sangre pone el rojo;
y el mar pone el albor de sus espumas:

(1) El comandante Ladislao Espinar murió coronando la cumbre de San Francisco en desigual batalla.

El coronel Leoncio Prado fué fusilado, después de haber caido prisionero en la batalla de Huamachuco: bebió una tasa de café, ante el pelotón de soldados que lo ultimara, y dió él mismo la señal de la descarga al concluir su predilecto néctar. (1883).

Como el eco á la nota,
iba la Gloria misteriosa y grave
siguiéndote dó quier, siempre atraída:
era cual una celestial gaviota
que seguía la marcha de tu nave,
á través de las brumas de la Vida...

¡Oh GRAU, la musa que el ardor celebra
de BOLOGNESI, el último espartano,
postrado ante el altar en que te mira,
como vestal que quiebra
la sacra leña con robusta mano,
muda de admiración, rompe la lira!

¡Oh musa, canta! ¡Pero no... detente;
que tu labio, marchito
de sed y de dolor, apenas siente
la horrorosa ansiedad de dar un grito!...

III.

El Morro y el Héroe.

El escarpado Morro que la frente,
por los marinos vientos azotada,
yergue con orgulloso continente,
parecía inclinarse reverente
bajo el peso glorioso de una espada...
Más que todos los siglos de su historia,
más que todas las rudas tempestades,
más que todo el fragor de las edades...
el peso lo abrumó de tanta gloria!

¡Pero no! Bajo el héroe se sentía;
y cual corcel, que altivo caballero
con ágil rienda diestramente guía,
el Morro, — que mil veces cabalgado
por el negro Huracán mostróse austero, —
al sentir sobre sí la bizarría
del inmortal soldado,
ansiaba como nunca entusiasmado
subir más á los cielos todavía.

¡El Morro, frente al mar, en sus anhelos
de dominarle todo, parecía
nave, que, entre horrorosos cataclismos,
hundióse para atrás en los abismos,
levantando la proa hasta los cielos!...

¡Ya lo azotaba el huracán rugiente,
ya el irritado mar inútilmente:
el Morro, rechazando los embates,
desgastados los pies, rota la frente,
era como un titán sobreviviente,
como un héroe inmortal de cien combates!

Pedestal del glorioso sacrificio,
se alzaba con el ansia que enardece
en la batalla el pecho del soldado:
porque él era el Satán del precipicio,
que ante la boca del peligro crece
y se alza, como un pueblo, sublevado.
¡Ansia sentía de escapar del suelo;
y bajo el pie del varonil soldado,
parecía, en las brumas, el crispado
puño de Ayax amenazando al cielo!

Y ya al Morro, la Suerte
señalado el futuro le tenía
con el dedo sombrío de la Muerte.
Entre su corazón, guardado había,
los mortales despojos de una obscura
raza infeliz que le poblara un día;
y así predestinado, en la futura
noche del tiempo, á la batalla impía,
era el Morro ¡una inmensa sepultura!

¿Por qué quiso la Suerte que en la cumbre
del Morro fuera la feral batalla?
¡Ah! ¿La vivaz y cegadora lumbre
del rayo matador, en dónde estalla?
¿En dónde rasga de la sombra el seno
el puñal del relámpago furente?
¿En dónde bate su atambor el trueno?

La batalla radió sobre la frente
del Morro, que eminente
se destaca en las vastas soledades;
porque ¡para las cumbres solamente
han hecho su fulgor las tempestades!...

Y el héroe estaba allí.
Cual roble erguido
en campo de verdor; cual brava cumbre
en voluptuosa y lánguida llanura;
cual grito de cañón entre rüido
de batalla campal; y cual vislumbre
de un rayo en medio de una noche obscura,—
sobresalía el héroe entre las tropas
que lo rodeaban: su marcial figura
por do quier esparcía resplandores,
como licor las rebalsadas copas,
como perfume las abiertas flores...

Cien héroes más á su redor, á modo
de mariposas en constante gira
al redor de la luz, — colmaban todo,
el campo, el cielo, el mar, de los reflejos
del héroe erguido ahí, como una pira
refractanto su lumbre en cien espejos...

Grandes eran las almas,
merecedoras de eternales palmas
é inmarcesibles lauros, que la Suerte

quiso ante el mar y el cielo unir entonces
como regalo que ofreció á la Muerte
hablando por la boca de los bronces;
pero, ¡ah! si no brillara, como faro
de ensangrentada gloria, el héroe altivo,
que iluminó con el postrer disparo
la negra noche del peñón cautivo,
menos valdrían, menos, tal vez nada, —
cual nada valen las figuras bellas
que ornamentan el puño de una espada,
si la espada también no es digna de ellas.

¡El héroe! ¡él es! La musa consternada
fija su triste y húmeda mirada
en el héroe inmortal: le reconoce;
y tiembla, al modo de la novia amada
que sufre en medio de su propio goce...

¡El es! Y está vestido
con el traje de Aquiles en la Iliada:
es un griego y ¡es él! De su pisada
y de sus armas el enorme ruido;
dice: poder y orgullo; de su aliento
el calor, con que empaña
las vaguedades húmedas del viento,
dice: arrojo y salud; y de su extraña
musculatura de titán, el fuerte
molde en que fué vaciada, dice: gloria.
¡El es el vencedor! Su gran victoria
es rodar abrazado de la Muerte,
por la candente arena de la Historia...

Ciñe á su pecho fúlgida coraza,
que siempre indiferente á la amenaza
é impenetrable para el golpe ha sido;
y á su indomable frente,
ciñe crinado yelmo reluciente
de abundoso penacho enriquecido.
Bruñidas grevas cubren sus rodillas;
lanza pujante y poderosa espada,
que saltarán al choque hechas astillas
de la diestra crispada,
esperan el fragor apetecido
que truena en las estrofas de la Iliada.
Rotas lanza y espada, el héroe entonces
fiará su broquel; ¡ese que ha sido
hecho con siete pieles, revestido
por tres ingentes láminas de bronce!

¡Es el héroe! Es el último espartano,
es Bolognesi, es el viril guerrero,
que, suspenso ante el cielo y el océano,
resucitó la gloria del acero
que gozaba al sentirse entre su mano.

Mas... la visión del héroe no es aquella
que le muestra de Aquiles heredero,
cuando no tuvo su feliz estrella:

no estaba, como Aquiles, tan armado.
Sin armas casi combatió; mas pudo
caer sobre su escudo de soldado:
¡sobre su corazón, que era su escudo!

Es el titán... ¡Cómo en su pecho late
más que el odio, el amor hacia la gloria,
fuera más que su empuje en el combate,
su generosidad en la victoria!
Aunque en la lucha fiera
vibra su acero, segador de vidas,
¡rasgaría en jirones su bandera,
para vendar con ella las heridas
del enemigo que á sus pies cayera!...

En su alma bulle generoso fuego,
que es luz de glorias en la noche obscura;
¡y también como su alma, su figura,
de viril expresión es la de un griego!

Sobre el negro caballo
de ancho tórax y de anca reluciente,
que asienta firme su chispeante callo,
y tiembla, relinchando en sus ardores,
con esos sutilísimos temblores
que recorren la piel rápidamente,—
destácase el anciano,
sentado á plomo en él, alta la frente,
fija la rienda en la siniestra mano
y la espada en la diestra. El kepis de oro,
tres veces galoneado, cubre aquella
frente, como un blasón sobre un tesoro:
bajo dél se adivinan las ya vanas
reliquias de un pasado, que destella
con plateados fulgores; son sus canas...
el semblante arrugado,
de afilada nariz y grandes ojos,
es reliquia también de ese pasado;
pero en el fondo de su pecho late
un corazón jamás envejecido,
que cuando siente el hielo del olvido
vuela á buscar el fuego del combate!

Tal el hermoso anciano,
que siempre tuvo en el feral embate
—más valiente que Aquiles, ya que el griego
gozaba de los dioses el socorro—
frente de cumbre y corazón de fuego;
que no por cierto en vano
¡nació al pie de un volcán, murió en un morro! (1).

---

(1) Aseguran varios biógrafos que el coronel Francisco Bolognesi nació al pie del Misti.

IV.

En espera

Sólo quince centenas de soldados
escoltan al titán; son la semilla
cogida en los graneros á puñados,
para las grandes siembras de la Historia...
¡Fingen un nubarrón, en el que brill
aquel anciano como un sol de gloria!

Al frente de los breves batallones
resaltan capitanes denodados,
¡qué ejemplo son de militar civísmo:
parece que esos grandes corazones
fueran sólo pedazos de uno mismo!
ARIAS, UGARTE, INCLÁN y MOORE, y tantos,
se yerguen impasibles en la altura,
cual víctimas que miran sin espantos,
bajo sus pies, cavar su sepultura...

La tropa desgreñada, hecha pedazos
la tosca vestidura,
esperando su cruz se abre de brazos;
y así la Muerte, en su furor salvaje,
sentirá sin querer, los regocijos
de la viajera que al llegar del viaje
va á caer en los brazos de sus hijos.

El héroe es como el ídolo encumbrado
de un templo fabuloso: le son gratas
las ofrendas del último soldado;
y aquellos capitanes con su ejemplo
sostienen como firmes columnatas
esa tropa, que es bóveda del templo!

La tropa hambrienta, pero siempre erguida,
no implora una limosna de la Suerte;
es como una avanzada de la Vida
que presenta sus armas á la Muerte!..

¡Ay! ella sufre, pero no se abate:
ufana de sus viejas cicatrices,
otras tantas banderas de combate
hace, desnuda, de sus rojos trapos,
como huelga de obreros infelices
que tienen la altivez de sus harapos!

¡Son tan pocos!... Y en vano la mirada
espacia el héroe por dó quier: no llega
refuerzo alguno. Soledad callada;
cúspide muda; silenciosa vega;
campiña sin rumor... ¡En vano, en vano,
se esfuerza por oir otro murmullo
que no sea el murmullo del oceano!

¡Ah! parece el silencio con que el fuerte
desprecia al débil, desde su alto orgullo.
Ni un vago, inquieto son, ni un leve ruido;
es el hondo silencio de la Muerte,
¡es el sueño profundo del Olvido!...

La ola apenas en los pies estalla
del Morro; que hasta el mar sobrecogido
ahoga sus fragores de batalla
y expresa su dolor en un gemido...

La campiña, á las plantas extendida
de la imponente y erizada roca,
es ancha mesa que al festín convida,
sábana abierta que al placer provoca.
¡Por ahí llegarán!... Mas el acento
con que el titán á sus hermanos llama,
cual copa de sonidos, se derrama
sólo en la hinchada vanidad del viento...
¡Nadie responde á su clamor! La impía
Suerte, que en ira y en dolor lo inflama,
está sorda también... Tal en un día
el loco, que las calles recorría
de la sacra ciudad, sin hallar eco
—¡Ay de Jerusalem¡ ¡Ay! — repetía.

¡Súbito ancho rumor pobló los campos!...
El mar, de pronto, retumbó en el hueco
del socavado Morro; nube obscura
vibró su trueno entre siniestros lampos;
y un viento de furor silbó en la anchura...

El héroe, sus gloriosos capitanes,
la tropa entera en pie, clavan los ojo
en el vago confín de la campiña.
¡Al fin están colmados sus afanes!
¡Llega el refuerzo al fin! ¡Y ya despojos
no serán de las aves de rapiña!

¡Oh placer engañoso! ¡Oh espejismo
de perpetua ilusión, que finges palmas
donde hay tiniebla y soledad de abismo!
¡Oh sarcasmo cruel: tú eres el mismo,
el mismo en los desiertos que en las almas!

El ruido aquel — ¡ay! — no era
de guerreros amigos... Los corceles
alzan, en sus belígeros tropeles
el ronco son de la veloz carrera...
Los infantes los siguen: el estruendo
de sus aceros lo ensordece todo;
y en rápida invasión corren á modo
de un torrente de cólera rugiendo.
Arrastrados los lóbregos cañones
entre nubes de polvo, cada rueda
cruje y lanza al girar ásperos sones...
¡Un eco de fragor rodando queda,
por detrás de esas bárbaras legiones!

¿Quiénes son? En sus rígidos semblantes
de cóndores adustos, se adivina
el ansia con que acaso los gigantes
provocaron la cólera divina...
¡Los invasores son! Es la de Chile
huracanada hueste... ¡Que ya es hora
que el Cóndor triunfador su garra afile
en las sienes del Morro; y que destile,
bajo esa garra, sangre redentora!

El héroe, sus gloriosos capitanes,
la tropa entera en pie, cogen sus armas;
porque sienten nacer otros afanes,
al oír el clarín de las alarmas
que truena con la voz de cien titanes...

Todos piensan igual. Todos la copa
beben de igual dolor hasta las heces:
el héroe anciano y la revuelta tropa.
Cinco veces mayor el acampado
enemigo es al fin... ¡Y cinco veces
crece dentro de sí cada soldado!

Triunfaron los aquivos: los aquivos
eran diez veces más que los troyanos.
Vencidos fueron por los persas luego;
mas no quedaron en la lucha vivos
los únicos trescientos espartanos.
¡Aunque igual bosque de laureles brota
en ambos campos de heroismo griego,
vale más que aquel triunfo esta derrota!

¡Ah, ya está todo en el lugar que quiso
señalarle la Suerte desgraciada!..
El invasor al pie, cual replegada
ola pronta á saltar; en la alta cumbre,
el héroe, cual relámpago indeciso
que anuncia tempestades, con la lumbre
de su vibrante espada;
el mar sembrado de enemigas naves
súbitamente, que al volar semejan
las arrancadas plumas de las aves
que por los vientos arrastrar se dejan;
y arriba, arriba, el cielo aletargado
como un bostezo eterno: es cual la losa
suspensa de un sepulcro. ¡La amorosa
madre naturaleza ha bostezado
porque presiente el sueño de la fosa!

Resaltando en la cumbre, el héroe se halla
en serena actitud: la Suerte impía
le amenaza á la vez por mar y tierra.
¿De qué sino de blanco á la metralla
el débil «Manco-Capac» serviría,
mísero cascarón armado en guerra,
que es sólo escarnio de la mar bravía?

El griego en las Termópilas tenía
la defensa del áspera quebrada;
y pudo ver al golpe de su espada,
veinte millares de hombres en un día
rodando por la arena ensangrentada...

Bolognesi en la cumbre suspendido
hállase ante la escuadra fragorosa,
como ante un cazador pendiente un nido.
Y bajar de la cumbre fuera en vano,
ya que innúmera hueste al pie lo acosa.
¿Mas qué le importará, si otro es su anhelo?
No podrá el héroe descender al llano;
pero podrá subir: ¡subir al cielo!

Parece ¡ay! el titán de las montañas
que las iras de Júpiter provoca:
atado se halla á la pelada roca
y el Cóndor le devora las entrañas;
pero también, como en la vieja historia
del rebelde titán que así sufría,
ha de arrancarle al cielo, en su agonía
una chispa inmortal: ¡la de su gloria!

Expuesto en las desnudas soledades,
no de un desfiladero en las guaridas,
soporta las sangrientas tempestades:
¡por eso es que la voz de las edades
lo aclamará más grande que Leonidas!...

V.

El último cartucho.

¡De pronto, un mensajero!
Es que la Suerte
quiere á veces jugarse con la Muerte,
entre esperanzas de irritante gozo,
como juega el albor de la mañana
en el turbio cristal de la ventana
de un lóbrego y profundo calabozo...

Cinco veces mayor, el enemigo
quísole enviar al héroe un mensajero
de prometida paz. ¡Ah! ¿Cómo al fiero
huracán resistirse del castigo,
iba el puñado aquel? ¿Y la esperanza
cómo iba á desdeñar, cuando el acero
suspenso estaba de feroz venganza?

Escoge el enemigo á un denodado
capitán de pulquérrimos blasones
é insospechable fe: joven soldado
que en su raudo corcel, avanza, avanza
por entre las intrépidas legiones,

hasta llegar al héroe; y conmovido
—¡Salvo es el nombre—dícele—que tengo;
y expresar con mi nombre os he querido
esta misión de paz en la que vengo!—

—¡Seguidme!—dice el héroe; y lo adelanta
lleno de majestad, por breve senda,
con porte airoso y con segura planta...

¡Ya están los dos en la cerrada tienda!

Y no á befarse del anciano vino
el mensajero aquel; y de su lengua
no cayeron insultos, como gotas
de sangre del puñal de un asesino.
¡Ah! no le habló de irritadora mengua,
sino de las estériles derrotas
que ni afligen ni ablandan al Destino.
Su palabra mostróle la ya cierta
derrota luego; y le enseñó el camino
de honrada salvación: dejar la plaza.
Y breve, breve fué, como un alerta,
¡no como una amenaza!...

Después que lo escuchó, ligera mano
pasóse el héroe por el ancha frente;
las cejas enarcó súbitamente;
pero, al pensar que se enojaba en vano,
díjole así tranquilo y sonriente:
—Tengo apenas un grupo de soldados;
pero tengo á la vez los más sagrados
deberes que cumplir: la voz escucho
de mi conciencia que morir me manda:
y moriré... después que en la demanda
¡haya quemado el último cartucho!—

Sencilla así y sublime, como el verso
con que el poema de Moisés empieza
su frase fué. Fué el dorso, fué el reverso
de aquellos elocuentes y famosos
discursos de pletórica belleza,
con que hablan los béligeros colosos
de la Iliada inmortal. Grabar debía
la Patria en su marmóreo cenotafio
esa frase de heróica bizarría,
que, como el sacrificio presentía,
¡tuvo la brevedad de un epitafio!...

El sorprendido Salvo pudo apenas
balbucear frases de pesar: veía
que ancho sepulcro ante los pies se abría
de ese héroe. en cuyas venas
la misma sangre circulaba acaso
que en las del hijo de Peleo un día.
Y sintió... ¿qué sintió? Lo que se siente
ante el sol, cuando se hunde en el ocaso,
como en la tumba ensangrentada frente...

En silencio los dos, así un instante
contémplanse á la vez. Luego al anciano
tiende la mano el joven anhelante,
y estrecha en ella la rugosa mano
del tranquilo gigante...
— Aguardad, — dice el héroe, — yo os lo ruego:
no estoy solo, en verdad; y es deber mío
consultar mi respuesta. Volved luego;
ó mejor... esperad, porque ya ansío
de una vez concluir. Venga la junta,
aquí mismo, ante vos; y que decida
si supe contestar vuestra pregunta
y si supe escoger. ¡O muerte, ó vida! —

Prontos instantes luego
empezaron del héroe á la presencia,
á llegar sus gloriosos capitanes:
MORE el primero fué, con el sosiego
del que marcha, serena la conciencia,
á la coronación de sus afanes;
y luego UGARTE, con la faz tranquila,
de plena juventud en los deseos,
fulminando la luz de su pupila
por entre el resplandor de los arreos;
é INCLÁN después, con la modestia suma
de un astro casi oculto,; y el anciano
ARIAS, que al peso de la edad se abruma
y en la espada viril sienta la mano;
y O'DÓNOVAN gallardo y sonriente,
BLONDELL dominador, ZAVALA ufano...
¡Todos peruanos son! Y solamente
entre el clásico grupo, un argentino
yergue á los cielos la preclara frente:
¡es SAÊNZ PEÑA! En su febril mirada
de ardiente juventud, brilla el destino
que en los grandes espíritus chispea;
hijo de San Martín, su misma espada
¡es la espada inmortal de Necochea!

Rinda parias el Arte á la hermosura
de ese grupo de excelsos capitanes,
en donde, con hierática apostura,
BOLOGNESI destaca su figura,
como un dios en un grupo de titanes...
Prenda el Arte la lámpara del numen
en el mejor altar, y cante gloria:
¡ese clásico grupo es el resumen
de los trescientos de inmortal memoria!
¿A dónde el bronce colosal, á dónde
que apologice el alma que se esconde
en el reto lanzado á la victoria;
que interprete el afán de la respuesta
de esos desesperados paladines;
y que exprese el vigor de esa protesta,
más alta que la voz de cien clarines?...

El grupo, en torno sus miradas gira;
y un solo bronce que lo copie no halla:
¡y ese grupo es el grupo en que se mira
el nubarrón que en el combate estalla!
¡Ah! ¿para cuando reservar entonces
el verbo ensalzador de la batalla?
Sólo la lira canta; ella se inspira;
ella es la redentora de los bronces,
¡ya que es de bronce el arco de la lira!...

Y ahí también, á un lado,
Salvo ese grupo respetuoso admira;
y se siente crecer ante el ejemplo,
como bajo el castigo el buen soldado:
su cabeza inclinada y descubierta
como la del idólatra en el templo,
recibe el sol por la ventana abierta;
y su mirada, á veces, busca el campo,
que se encuadra en el marco de la puerta...

¡El héroe, en medio! De su nívea barba
aprisiónase el ampo
con mano nerviosísima; en su frente,
cual labrador que la campiña escarba,
surcos ahonda el ímpetu furente
que enardece su espíritu; en sus ojos,
hay un rayo de sol resplandeciente,
que fulmina altivez y vibra enojos;
en su actitud airada,
se ve el deseo que en su pecho late;
y en su cintura, la ceñida espada
¡tiene estremecimientos de combate!...

En amplio semicírculo, á su frente
los bravos capitanes... Es el coro
que forma Homero de la aquiva gente
en la junta inmortal, en que el sonoro
rayo vibra de Aquiles impaciente.

Habla el héroe: — Ha venido un mensajero
de la enemiga tropa: en una mano
trae la oliva de la paz; y al mismo
tiempo en la otra vengativo acero...
Dejar la plaza me ha exigido en vano:
en nombre del rebelde patriotismo
que siempre alienta el corazón peruano,
le he respondido que la lucha quiero
y no la rendición... Fuera egoismo,
egoismo de gloria, en un anciano,
sacrificar vuestras sagradas vidas
sin oíros primero.
¡Vosotros escoged! ¡No hubo espartano
que no siguiera el rumbo de Leonidas:
os lo recuerdo; mas quién sabe acaso
si no es bueno seguir, cuando están llenas
de juventud las almas, al que un paso
le resta dar hacia la tumba apenas!... —

Mientras así decía,
como en una patriótica ironía,
por sus hinchadas juveniles venas
¡en copioso raudal la sangre hervía!
Cesó su voz vibrante,
como una tempestad de amargas quejas;
y se enarcaron las viriles cejas
en su rostro de Júpiter Tonante.

—¡Vuestra opinión es mía!—dice entonces
el majestuoso MORE; y todos.—¡Mía!—
prorrumpen á la vez: la vocería
es cual si echasen á volar los bronces...

Y no ardió discusión ni surgió enojo
entre el Poder, la Ciencia y el Arrojo,
como en la junta que de Homero el numen
en exámetros canta varoniles:
porque el gran BOLOGNESI era el resumen
de Agamenón, de Néstor y de Aquiles:
así encarnaba el héroe americano
la majestad de Agamenón de Atreo,
la experiencia de Néstor el anciano
¡y el arrojo del hijo de Peleo!

SALVO, siempre en suspenso, ve la airada
tempestad estallar, con cejijunto
rostro de horror. Clavando una mirada
en esa extraña faz, el héroe al punto
desnuda con estrépito su espada,
y señalando el campo, que la puerta
deja entrever, con la actitud del guía
que muestra un rumbo en la extensión desierta
—Ya sabéis—dice—la respuesta mía!
Yo rendirme no sé, yo siempre lucho
á vencer ó morir; decid que es ésta
mi irrevocable y única respuesta:
¡Quemaremos el último cartucho!—

No expresó más ese viril deseo
que arde en los heroismos sobrehumanos,
el epitafio que el cantor de Ceo
consagró á los trescientos espartanos.

El epitafio aquel del pasajero
que va á decir á Esparta cómo el fiero
Leonidas cumple su deber,—se abate,
se humilla, palidece, ante este grito,
que parece retar al infinito
¡con el último estruendo del combate!...

SALVO, al oir tan varonil respuesta
abrió los ojos, de sorpresa mudo;
y ante el grupo inmortal, apenas pudo,
viendo del héroe la figura enhiesta,
doblegar la cabeza en un saludo:
¡Y fué ese arranque de sorpresa el mismo
con que después, tras el combate rudo,
saludó la Victoria al Heroísmo!...

VI.

Antes del asalto.

¡Y luego habló el cañón! More el primero
que llenó los espacios con el grito
del ronco bronce fué. La inmensa flota
de invulnerable corazón de acero
ensordeció, al tronar, el infinito;
y tal como rebota
desgalgado peñón de la alta sierra,
rebotaba la voz, que de eco en eco
iba á perderse, como un ¡ay! de guerra.
de los abismos en el sordo hueco...

Ya la hueste acampada
al pie del Morro ametrallaba fiera
la rebelde altitud, en que dó quiera
el héroe, cabalgado, discurría,
fija en la diestra la desnuda espada,

seguido de un jirón de su bandera;—
por aquí, por allá, por donde había
un grupo de soldados en espera,
sintiendo del ardor el acicate,
ó abocando el cañón, que parecía
brújula gigantesca del combate...

Y así acabó, por fin, hora tras hora
todo aquel primer día:
la Suerte se gozaba en la demora;
ó acaso era cobarde todavía
para asestar traidora
el postrer golpe de su saña impía.

No tan fácil tampoco á los mortales
la Gloria ser podría:
preciso era sufrir con los delirios
de la ansiedad, entre cruentos males.
La Gloria está rodeada de martirios,
como un huerto cercado de zarzales...

El grupo aquel de capitanes fieros
decidió socumbir, pero en fulgores
bañando los aceros:
morir así, vibrando sus espadas,
hasta caer en la batalla ruda
cegados por sus propios resplandores,—
no como hato de ovejas devoradas
por famélicos lobos, sin que acuda
la jauría de canes salvadores...

Eco halló entre los míseros soldados
la voz de los gloriosos capitanes;
y así tras de esa lid no fatigados,
en torno de los símbolos sagrados

de sus patrias banderas, juramento
hicieron de luchar como titanes
hasta ser polvo y esparcirse al viento!

Como el licor de la volcada copa,
habíase esparcido, desde el alma
del héroe altivo hasta la humilde tropa,
el mismo sacro afán. En el paisaje,
Bolognesi era el tronco de una palma,
y la tropa, el ramaje...

En la comida luego de aquel día,
apuraron los tétricos soldados
su alimento postrer, fríos, callados,
con profunda atención; y no se oía
risa profana que á turbar viniera
aquella calma de dolor sombría,
que se cierne en las almas y en las cosas,
cuando próxima está la nube fiera
á desatar sus iras tempestuosas...

¡Ah! ¡no fué más siniestra la comida
de Priamo y Aquiles! De esta suerte,
su tributo pagaban á la Vida
para después pagárselo á la Muerte.
El griego y el troyano
al fin comieron sobre el cuerpo inerte
de Héctor ¿qué iban á hacer? era lo humano...
Pero ¡ah! los héroes de esta cruda guerra
desdeñaban los póstumos tributos;
y antes de ser abono de la tierra,
le exigían el pago de sus frutos!...

Apartado hacia allá, viendo el oceano,
de aquella tarde al vívido reflejo,
un joven capitán, la arqueada mano
puesta en el entrecejo
como en defensa del fulgor que ardía
del ancho mar en el movible espejo,
bañado el cuerpo en la rojiza lumbre,
una estatua de bronce parecía
que se alzaba de pie sobre esa cumbre.

¿Quién era? Alfonso Ugarte, que á la hora
en que un beso de paz rompe su broche
de vaga luz, cuando encendida nube
finge barco con rumbo hacia la aurora
á través de los mares de la noche,
y cuando el alma de la tierra sube
al cielo entre perfumes y oraciones,—
quiere buscar á su febril pupila
mudas contemplaciones,
que allá en la vasta soledad tranquila
le hablen de sus pasadas ilusiones...

Ahí, mirando el mar, cuyo horizonte
ábrese como se abre la esperanza,

el joven capitán, que así sentía
bajo sus pies la cúspide del monte,
amparaba el amor, que sin tardanza
á su ardoroso espíritu acudía
como ave de alas rotas...

A manera
del viejo, que sentado en los umbrales
de su tumba, recuerda lo que era
en sus años de ayer primaverales,
el joven capitán, que entre la fiera
batalla ha de encontrar segura muerte,
pone el recuerdo del placer mundano
en el risueño amor; y altivo, y fuerte,
lleno de juventud... ¡se siente anciano!

Venus, de azules ojos
lo adora como á Paris: y Minerva
de ojos verdes, lo adora como á Aquiles.
Venus placeres y Minerva enojos
le brindan á la par. Nada lo enerva,
nada lo abate: es fuerte en sus abriles;
y enlazando los lauros á las rosas
en torno de sus sienes juveniles,
es digno del amor de las dos diosas.

Mas... fíjase de súbito en la escuadra
que á lo lejos se tiende amenazante;
y cual la ola, que protesta y ladra,
á las plantas del Morro estremecido,
ruge él también, y en el confín distante
el trueno repercute ese rugido.
Vuelta la espalda al mar, mira la tierra
en que duerme la sombra sosegada:
sólo un reflejo por las nubes yerra
cual de un cadáver la postrer mirada...
y entonces jura qne en el mar...

¡El grito
del vibrante clarín, pregona al viento
que la silente paz del infinito
ha bajado también al campamento!...

Aquí y allí esparcidos los soldados,
en sus improvisadas fortalezas,
quédanse en vago ensueño aletargados,
pensando en los amores ya pasados;
y cual repletas copas de tristezas,
rebosan una lágrima escondida
que cólera veloz enjuga luego,—
porque esa gota al corazón caída
es una gota de ácido en el fuego...

Por entre la tiniebla silenciosa
que envuelve el campamento,
prolóngase el alerta,
como una voz obscura y temblorosa,

como la voz con que se queja el viento,
como la voz de la extensión desierta
llorando en profundísimo lamento...

Y entre la paz del campamento inerte,
de pronto, en su corcel, con raudo vuelo,
cruza á escape la Muerte,
como una blanca ráfaga de hielo...

¿Y el relámpago aquel hermoso y puro
alma errante del cielo desprendida,
que en carrera de luz hiende lo obscuro
como un ensueño de la Eterna vida?
¿Esa visión, que los espacios puebla
de otras mil en fantástico derroche,
y arroja desde lo alto de la noche
semillas de astro en campos de tiniebla?
¡Es la Gloria inmortal, que cruza el cielo,
atronadora, mientras todo calla,
con dominante y anchuroso vuelo
por encima del campo de batalla!...

Bolognesi no duerme. Incorporado
en el intacto lecho,
fija un dulce recuerdo en el pasado;
y siente encima de su noble pecho
sus gloriosas medallas de soldado.
Entre la obscuridad, la fantasía
finge el combate aquel, en que valiente
á la Victoria arrebatara un día
eterno lauro con que orlar su frente.
Oye la atronadora vocería
que alza en Tarapacá la tropa fiera,
semejante al rebote de un torrente,
de peñón en peñón, por la pradera...

Parece que alguien le hable ó que algo mira.
A veces la pupila incierta toma
repentina fijeza; frunce el ceño;
siente que á su redor la sombra gira;
y allá en el fondo, una visión se asoma
que le hace preguntar: —¿Pero es un sueño?

¡La visión de la Patria!
En desconcierto,
se atropellan visiones y visiones,
como los espejismos del desierto
rasgándose en nerviosas vibraciones.
Ante su fantasía, á las miradas
que hunde en aquella obscuridad de fosa
muévense esas visiones reflejadas,
como sobre las aguas agitadas
se retrata una imágen temblorosa...

¡Es la Patria, ella es!
Procesión rauda
de heroicos lechos y gigantes hombres
pasa, arrastrando la gloriosa cauda

de mil y mil inolvidables nombres...
¡La visión de la patria! Es ella misma
que copia entre las sombras su reflejo;
y no al través de un ilusorio prisma,
sino en la Historia como en fiel espejo...

¡Es la Patria, ella es!
Fija y segura
queda su imagen sola,
mientras la procesión finge una ola,
que al fin se pierde por la playa obscura...

Viste negro crespón; y su mirada
busca sólo la abierta sepultura
que le espera tal vez, en la crispada
mano, la empuñadura
tan sólo muestra de su rota espada;
está pronta á morir... Pero, ¡ah! fulgura
en sus ojos el toque con que empieza
la conquista del cielo el nuevo día;
que á veces, sin querer, Naturaleza
toma por nacimiento la agonía:
¡Y quién sabe si al fondo, en las conciencias
del Hoy y del Ayer y del Mañana,
nada vienen á ser las apariencias
siempre engañosas de la vida humana!...

¡Ah! Por entre la negra vestidura,
su desgarrado corazón chispea,
como una estrella titilante y pura
por entre el nubarrón que la rodea...
¡Y sin dejar la espada, con la mano
empapada en su sangre todavía,
muestra su corazón, — como al cristiano,
en las visiones del dolor humano,
también le muestra el corazón María!

Y así la noche entera...
Otro sol vino
del grupo heroico á contemplar la gloria;
de ese grupo divino,
que en la escarpada cumbre de la Historia
lucha contra las huestes del Destino...

Volvió el cañón á hablar,
y así indecisa
la Suerte estuvo nueva vez. La brisa
agitaba en el Morro la bandera,
sin que el furor de la enemiga flota
desgarrarla pudiera
al soplo de huracán de la derrota;
acariciada por la brisa, era
el supremo desdén de la arrogancia,
hasta que al tercio sol la hueste fiera
cubrió rápidamente la distancia...

¡Llegó el primer minuto del asalto!
El grupo lo esperó con la segura

idea de morir... Sereno y alto,
destacaba entre todos su figura
el héroe en su corcel, sobre el basalto.

Cinco veces mayor, el enemigo
todo lo arrollará, todo... ¡qué importa!
Cinco veces mayor será el renombre
que cada héroe llevará consigo
al sepulcro también. La Vida es corta
para que pueda apetecerla el hombre...
¡Y á la manera de ese grupo fiero
que ante innúmera tropa no se abate,
ni empaña el lustre de su limpio acero, —
siempre acosada del dolor, la Vida
es sólo un grupo de años que combate
contra una Eternidad desconocida!...

VII

El Asalto

Allá, lejos, muy lejos,
lúgubre fondo ó cárdenos reflejos:
el verbo de las broncas tempestades
en gloriosa explosión rompe iracundo, —
y se apaga en las hondas soledades;
el relámpago cruza vagabundo
como una inmensa mariposa extraña;
y el trueno llora su dolor profundo
en el altar mayor de la montaña...

¡Eco parece del enorme ruido
que hicieron, derribados desde el cielo,
al rodar para siempre en el olvido,
los olímpicos dioses! ¡Voz de alarmas
que sembraba pavor, pavor de hielo,
estremeciendo las colgantes armas
en el raudo corcel, que hallaba el suelo
de la trémula Roma decadente,
á donde el fiero bárbaro quería
agua encontrar para lavar su frente
salpicada de fangos todavía!
¡Grito eterno de horror que el furibundo
torrente da al saltar! ¡Ay de agonía,
con que se rasga el corazón de un mundo!...

¡Mas no es la tempestad: es la batalla,
que en la cúspide estalla
del Morro que se siente estremecido,
cual si hubiera del cielo descendido,
en un bólido enorme, la metralla,
para saltar del choque de la tierra,
en horroroso y trágico estallido,
como un pregón de atronadora guerra!...

Blanca, espesa neblina
la frente envuelve de la brava cumbre,
en que el drama sangriento se adivina,
del cañón ronco á la rojiza lumbre
que desgarra las brumas repentina...
Blanca, espesa neblina opaca el cielo;
y hasta el altivo sol rinde tributo
á la tristeza del heroico duelo,
y se viste de luto...
Así también, cuando los dioses quieren
acabar con los héroes en la Iliada,
los circundan de nieblas... ¡Y así mueren
bajo los golpes de invisible espada,
sin llegar á saber cómo los hieren!

Por imposibles sendas, por estrechos
bordes de precipicio, por dó espacio
encuentra al pie, las invasoras gentes,
con la fe de los triunfos en sus pechos,
con el sol de las iras en sus frentes,
lánzanse á la altitud, cual los torrentes
saltando por encima del reacio
valladar que embaraza sus corrientes...
Finge un río, que en ancha catarata,
en vértigos de espuma se arrebata
al chocar con las peñas: invertido,
sube en vez de bajar. Las muchedumbres
son las aguas de un mar desconocido...
¡Tal el Diluvio Universal ha sido:
tal subieron las aguas á las cumbres!

Y el héroe está en el Morro; y está cierto
de que se acerca el trágico minuto
en que ha de rodar muerto;
y está cierto á la vez de que su gloria
ha de rasgar la obscuridad del luto,
como un tajo de sol sobre la Historia.
Es breve su estatura;
pero en su alto corcel crece y espanta,
cual si fuese titánica figura:
el héroe toca con su frente el cielo,
mas siempre tiene su corcel la planta
afianzada en el seguro suelo...

Llueve el plomo, se rasga la bandera
se destempla el clarín; y roncamente
la invasión adelanta y adelanta;
y caen los soldados, á manera
de las espigas cuya altiva frente
el granizo quebrantá...
Se acerca el choque ya. ¡La lucha fiera
va á enconarse por fin! Sigue el torrente..
y todo es confusión súbitamente;
y se mezclan soldados con soldados;
y luego.,. ¡se derrama por do quiera
ancho rumor de vientos encontrados!

Mas... ¿Quién es el ginete misterioso
que en carrera veloz hacia la cumbre,
del torrente invasor sigue las huellas;
y corre, y corre, de llegar ansioso,
mientras sus armas de chispeante lumbre
van lanzando relámpagos y estrellas?.,.

¡Es la muerte; ella es! Su rostro fiero,
de luminosas cuencas, se destaca
bajo de un casco de luciente acero:
ciñe, como suntuoso coracero,
ingente cota de bruñida placa.

Se ve que avanza triunfadora y fuerte
—con una nube en su semblante pálido
y un rayo de dolor en su mirada—
la dantesca figura de la Muerte
cabalgadora en su corcel escuálido,
que es un arpa de huesos destemplada...

Cual relámpago el látigo chasquea;
y se lanza á la cumbre, á la pelea:
todo, todo lo arrolla y lo aniquila;
que el corcel de la Muerte acaso sea
¡el mismo espectro del bridón de Atila!
¡Arranca chispas al sentar el callo
en el recio peñón; clava la espuela
en el hundido ijar de su caballo,
que se para en dos pies; y luego... vuela!

En su diestra, resplande la guadaña
insaciable de vidas, que á ambos lados
va sembrando el terror. ¡Es una extraña
visión, un huracán de la montaña
que arremolina nubes de soldados!...

Como el experto nadador que á solas
juega en el ancho mar, y ya sepulta
su cabeza en las olas,
ya la saca otra vez, ya la hunde luego,
así la Muerte en misterioso juego,
súbito ya parece, ya se oculta,
ya vuelve á parecer; y entre las filas
deshechas de soldados, cruza rauda,
cual un cometa de pavura ciego
que huye espantado de su propia cauda,
ó cual fiera que corre en la espesura
revolviendo sus fúlgidas pupilas
entre las sombras de la selva obscura...

A cada rudo golpe, á cada embate,
los batallones,—aves que en su nido
quiebran las alas por sondear la altura,—
van dejando rodar en el combate
soldado tras soldado, hoja tras hoja,
á manera de un árbol sacudido
que de todas sus galas se despoja.

Soplo de tempestad ruge iracundo...
Allá un soldado cae, otro levanta;
aquél hunde su corvo en la garganta
del débil moribundo,
que, soltando el fusil, rodó á su planta:
aquel héroe sin nombre, con su sola
calada bayoneta, al fin rechaza
á un grupo, que le envuelve y le amenaza
como á la peña la ceñida ola;
ese, como hoja que arrebata el viento,
de peña en peña va, por el barranco;
ese otro lanza horrible juramento,
los ojos pone en blanco,
deja caer el arma, con la diestra
cubre la sangre que en su pecho asoma
y rápido, en mitad de la palestra,
gira sobre sí mismo... y se desploma;
éste, el corvo homicida
clávale por la espalda al que entre tanto
expone, ante cien muertes, una vida;
éste, de cara al sol, muerto soldado,
como expresión de póstumos enojos,
muestra al cielo el combate reflejado
en el cristal de sus abiertos ojos;
y éste otro, que dispara
su arma antes de caer, rápido rueda
y, en su alarde postrer, de espaldas queda,
vuelta hacia el suelo con desdén la cara...

Charcos de sangre lo enrojecen todo;
y así la sangre, lustración de horrores,
resbala en cauces de revuelto lodo
cual por la sien del labrador sudores...
¿Qué Verónica santa enjugaría
el sudor de la sangre en ese suelo,
si sólo alcanzaría
á retratarse la batalla impía
en el lino del bíblico pañuelo?...

Entre la sangre, en grupos, confundidos
se amontonan al par muertos y heridos;
vibran las armas rotas sus destellos
temblorosos, como esas sensaciones
que recorren la piel hasta que inerte
el cuerpo queda al fin. Y sobre aquellos
grupos, en su corcel, salta la Muerte;
y salta á modo de una cabra fiera
que empezara á correr, por los montones
de segadas espigas en la era...

Y á manera del Dios de los cristianos
que por do quiera sa halla, ó á manera
del sol que esparce generosa lumbre
sobre el amplio hemisferio por do quiera,
BOLOGNESI verter con amplias manos,
sueña, gloria y fulgor desde la cumbre:
blandir la espada al frente

de aquel grupo que avanza denodado;
él solo resistír aquel torrente
del invasor jadeante y furibundo;
bajar de su corcel, y al buen soldado
que cayó levantar sobre sus hombros;
y recoger el ¡ay! del moribundo;
y luego, nuevamente cabalgando,
buscar el choque provocando asombros;
y ser, en medio de las luchas fieras,
una llama entre todas las hogueras
y una cruz sobre todos los escombros...

A un mismo tiempo, las gloriosas vidas
de Arias é Inclán que al golpe de la Suerte
vanamente resisten, extinguidas
disípanse en las sombras de la muerte.
Arias, bajo su espada que resplande
con luz eterna, es siete veces grande,
ya que muestra en el pecho siete heridas...
Inclán llena el afán desesperado
que expresó un día, con modestia suma,
de morir «como el último soldado...»
Y brilla el sol con súbitos reflejos,
haciendo resaltar, entre la bruma,
la venerable faz de los dos viejos
con sus cabellos de rizada espuma...

Fué entonces... cuando mano temeraria
de heróica abnegación, prendió la mina
de uno de aquellos fuertes... Repentina
retumba en la llanura solitaria,
bronca, inmensa explosión, desde la cumbre;
y se rasga la pálida neblina
al parpadeo de rojiza lumbre...
Soldados, armas, piedras, como informe
masa que un monstruo destrozó, se lanzan,
y hechos un grito de dolor enorme
á las alturas resonando avanzan...
Fiera columna se levanta al cielo,
con fragor de horroroso torbellino,
como protesta con que el mismo suelo
se quiere sublevar contra el Destino...
Y luego... aquí y allá, desparramados,
aceros por mitad, muertos soldados,
corceles moribundos; y en montones
banderas y cureñas de cañones,
miembros rotos y cuerpos desmenbrados...
¡Oh! qué escena de horror...
Y allí, risueña,
una muerta mujer se abre de brazos,
como sobre una cruz, en la cureña
de un tronado cañón. Hecha pedazos
la vestidura, sobre el pecho enseña
de ensangrentada herida el rojo sello
como flor que brotara de una peña...

Al rodar desgreñado
por sus hombros y en torno de su cuello,
el revuelto caudal de su cabello,
simula sobre el pecho ensangrentado
negro plumón de buitre; y entre aquello,
¡ay! se destaca el corvo del soldado
fijo del seno en las desnudas pomas,
como el pico de un cóndor, enclavado
en medio de dos cándidas palomas... (1)

¡Una mujer! La dulce compañera
no quiso separarse de su amado,
sino quedarse oculta en la bandera
de la patria inmortal, cual escondida
perla en el mar, para que así la Suerte,
que hizo de esas dos vidas una vida,
las cortara también con una muerte!
¡Y esa mujer, de carne desgarrada
por infame puñal, con la mirada
de un sol de gloria en la pupila incierta;
esa, sobre el cañón crucificada,
esa... es la imagen de la Patria muerta!

¡Y otra mujer en la celeste altura
de pronto apareció!... ¿Quién es? Su diestra
arma no blande; y temblorosa y pura
se sonríe con tétrica amargura
al mirar el horror de la palestra...
Arma no blande, no; pero fulgura
entre sus manos bellas
y delicadas, sobre nube obscura,
misteriosa corona hecha de estrellas.
Ciñe á su sien otra corona; y ciñe,
con ígneo cinturón, túnica roja
que de los héroes en la sangre tiñe...
Su seno tiembla como leve hoja;
su boca es una rosa sonriente;
y sus pupilas de húmedas miradas
parecen, al brillar tranquilamente,
dos perlas de rocío salpicadas
por el ala de cisne de su frente...
¡Es la Gloria inmortal, que desde el cielo
al héroe busca en la sangrienta zona;
porque verle morir quiere en su anhelo,
caer ante sus pies con raudo vuelo,
y ceñirle su espléndida corona!

Ante sus ojos, More, el digno hermano
del héroe, erguido está. Si en su ansia loca
rompió su nave un día

(1) Este es un hecho histórico, á que alude el escritor chileno Vicuña Mackenna en su narración del asalto á Arica.

contra una roca de la mar bravía, (1)
vengarse quiere del Destino insano:
morir sobre la cumbre de otra roca
y ante el asombro de ese mismo oceano.

More acordóse de la frase aquella
del viejo Mariscal, (2) cuando gritaba
en medio de la tropa que luchaba
por asir la victoria; frase bella
y terrible á la vez; discurso parco,
pero de singular, mágico hechizo:
—*¡Aquí un charco de sangre! pronto un charco*...

¡El no lo repitió; pero lo hizo!...

Al abrigo del Morro,
en tanto el «Manco-Cápac» se debate
en pérdida segura y sin socorro:
y la espesa neblina, agujereada
por los ígneos disparos del combate,
deja ver sobre el líquido elemento
la palpitante flota desplegada,
que á golpes de cañón fatiga el viento

Y el combate prosigue todavía...
¡El combate es eterno;
porque para los héroes cada hora
es un siglo de afán y de ironía:
ya que morir desean, la demora
es un suplicio más, es el infierno,
es la perpetuidad de la agonía!...

¡Oh! ¡qué horrible es el ver en ambos lados
caer unos tras otros los soldados,—
yerbas en que el corcel hunde la planta
ó frutos por las piedras arrancados!
¡Oh! ¡qué horrible es saber que en la contienda
el que cae, al caer sólo adelanta
un paso más por nuestra propia senda!
¡Menos horrible fuera, si es segura
la muerte al fin, el que á la vez caídos
hallaran una sola sepultura
todos, á un tiempo y para siempre unidos!
¡Qué vil es el deseo del tirano:
hacer una de todas las cabezas
para cortarla con su propia mano;
mas siempre es menos vil que las vilezas
del Destino inhumano,
que á sus débiles víctimas inmola
unas ante otras sin piedad alguna:
no hace de las cabezas una sola,
pero las va cortando una por una!..

(1) El heroico More, comandante que era de la «Independencia», había visto encallarse á su navó en un desconocido arrecife de los mares del Sur.
(2) El Gran Mariscál don Ramón Castilla.

VIII.

La muerte del Héroe.

Bolognesi, vibrante y encendido
en patriótico ardor, buscaba acaso
que pronta muerte le saltara al paso;
y como hubiera sido
corto ese día para tanta gloria
si Josué paró al sol en su carrera
hasta alcanzar la bíblica victoria,
¡ah! también él lo hubiera detenido
para seguir en la batalla fiera,
hasta haber muerto... ¡ya que no vencido!

¡Y tal lo ve la historia todavía!

En su negro corcel, avanza, avanza
al peligro mayor. Vibra en sus ojos
el sol eterno del Eterno Día;
porque bulle en su pecho la esperanza
de hacerse un pedestal con los despojos
de la propia invasión. Así la espuela
clava al ijar de su corcel, que vuela
relinchando de horror; ¡y así entre el fiero
batallar de la tropa amontonada,
en su diestra viril, brilla el acero
cual si fuera un relámpago hecho espada!

De pronto, por su mente enardecida
cruza en rápido vuelo heroica idea:
si ha de morir, que sea
vendiendo cara su gloriosa vida.
Oprimirá el botón que precipite
el fin de la tragedia: la corriente
eléctrica provoque; y prenda luego
la subterránea mina. Así el desquite
alcanzará de la invasora gente,
que morirá con él... Y corre ciego,
atropellando en su ímpetu furente
mil invasores, que de sangre beodos,
ruedan á discreción. Sobre su frente
brilla el deseo que en su pecho siente:
¡morir, como Sansón, matando á todos!...

Mas ¡ay! que hasta la Muerte apetecida
es á veces también indiferente...
Y falla el hilo eléctrico; y entonces
triste, desesperado de la vida,
vuelve á buscar, entre los roncos bronces
y los filos de acero,
el golpe que abra con mortal herida
su pecho de cruzado caballero.

Y fué entonces también cuando el combate
arreció en torno al héroe; y cuando fiero
clavando en su bridón el acicate
embistió el héroe con mayor embate...

En medio de la horrenda vocería,
cada cual fulminaba entre el tumulto
tanto golpe, que al fin no se sabía,
porque en la confusión quedaba oculto,
quién lo daba, ni quien lo recibía!

La muerte en su corcel llegó de lejos
y á manera de flecha disparada
que va certera al blanco, su mirada
envolvió al héroe en lívidos reflejos;
y la frente del héroe iluminada
siniestramente así, doblóse mustia,
con la dulce expresión de un sol marchito
que se hunde en un crepúsculo de angustia

No se oyó un solo grito...
Sólo se oyó un rüído atropellado:
estrépito de cuerpo que ha rodado;
metálico rumor de armas de guerra;
y del corcel, al punto disparado,
al trote que hizo palpitar la tierra...

Tendido estaba el héroe: ahí, tendido.
Las canas, envolviendo la cabeza
como pálidas nieves de tristeza;
la macilenta faz, en un extraño
fulgor bañada; el corazón, herido...
Breve espacio ocupaba sobre el suelo;
¿mas qué su breve corporal tamaño,
si su alma sola llenaría el cielo?

La Gloria descendió desde la altura
y le ciñó su espléndida corona:
al abrirse las nubes, por la anchura
un trueno, como un grito de amargura,
repercutiendo fué de zona en zona...

Y la Gloria ante el héroe parecía
cauteloso guardián, á la manera
del alba que precede al nuevo día.
La Muerte en su caballo amenazóla,
como en la orilla rocallosa y fiera
al Morro enhiesto la quebrada ola:
quísola atropellar, pero fué en vano;
porque la Gloria, aunque mujer, es fuerte.
La Gloria se inclinó, cogió la espada
que el héroe retenía entre la mano:
y preparóse á defender armada
el cadáver del último espartano...
¡Y fulguró esa espada de tal suerte
entre las sombras del dolor humano,
que se espantó el caballo de la Muerte!

Volvió la Muerte los abiertos ojos;
y como por do quier que la mirada
espació, apenas encontró despojos,

al verse en triunfo sobre tanta vida,
se sintió de sí misma horrorizada
y fugó en su corcel despavorida...

La Gloria entonces con nerviosa mano
clavó la espada en el purpúreo suelo;
se arrodilló ante el último espartano;
quitóse la corona, y fijó en ella
una estrella mayor... ¡Después, al cielo
pudo elevarse con tranquilo vuelo,
porque el alma del muerto era esa estrella!

Y en tanto que la Gloria sosegada
subía al cielo con el alma aquella,
los fúnebres despojos en el suelo
esperaban la póstera morada:
¡y largo tiempo, huérfana y clavada
al pie del héroe, como cruz de duelo,
quedó temblando la vibrante espada!

Tal como, en aras de su amante ruego
ofrendaba á sus dioses, el pagano
de pretérita edad, el corderillo
de sus mejores hatos, en el fuego;
lo deshuesaba con su propia mano;
le arrancaba la piel con su cuchillo;
lo rociaba con vino generoso
y de olientes naranjas con el zumo;
y, luego, en profundísimo reposo,
su oración elevaba envuelta en humo...
Bolognesi también, por la victoria
de su Patria infeliz, quísole al cielo
rendirle el homenaje de su gloria;
y cual si hubiera en su dolor infausto
adivinado de la Patria el duelo,
quiso ofrecerse él mismo en holocausto.

Él, que era digno de la excelsa palma;
él, que tenía su sitial de oro
en imperante altura;
él, que amparaba al sol dentro del alma;
él, que huyó siempre del festín sonoro,
porque era intacto cual la nieve pura;
él, que nunca manchó sus galardones
con ambición menguada y prematura;
él, que pudo escribir en sus blasones
la sacrosanta frase de Pavía,
porque nunca perdió la honra sagrada
que de sus padres heredara un día;
él, que cuando el clarín llenó el espacio,
abandonó, para coger la espada,
la dulce vida del *varón* de Horacio;
ese hombre, ese hombre justo, en su heroísmo,
quiso ofrecerse al Dios de sus mayores
por salvar á la Patria; — y así el mismo
que en su vida ejemplar de varón fuerte
tranquila senda recorrió de flores,
¡cóleras de volcán tuvo en su muerte!...

¡Tal el héroe cayó!
Y al rudo embate
cien héroes más entre el feral combate
siguieron luego esos gloriosos rastros,
que fulguraron en la lucha fiera...
¡No vencerá la sombra aunque el sol muera;
que, cuando muere el sol, nacen mil astros!

En torno del cadáver, la apretada
tropa, en círculo estrecho,
rechazó al invasor desesperada,
como embota la punta de una espada
la recia cota sobre el firme pecho;
y en torno del cadáver, el hirviente
combate creció más, como una airada
ráfaga que girase repentina...
¡Cuando cae un peñón en un torrente,
el agua de la rápida corriente
en torno del peñón se arremolina!...

IX.
FIN DEL ASALTO.

De pronto, en su corcel, entre el tumulto
que arrolla el invasor, rápido avanza
ALFONSO UGARTE, cual fugaz meteoro:
tal en las sombras del dolor oculto
brilla á veces un rayo de esperanza...

Es blanco su corcel, con cascos de oro
y pupilas de sol: rasga la bruma
con su flecha veloz; y sobre el alta
cumbre, erguido en dos pies, salpica espuma
con relincho de horror... ¡y luego salta!

El joven capitán está vaciado
en homérico molde: al ver su tropa
desgranarse, soldado tras soldado,
ya la esperanza de vivir perdida,
apura de una vez la amarga copa
en el brindis heroico de su vida...

¿Cómo cantar el pavoroso instante
que separa su vida de su muerte?
Ahí, sobre la cumbre, es un gigante
que se empina ante el mar, con la mirada
fija en el cielo; entre su mano fuerte,
hecha un rayo de luz vibra la espada;
y de su espuela al golpe temerario
el corcel en dos pies mide el abismo:
¡es así como un bronce legendario
que se yergue asombrado de sí mismo!

¡Y luego llega el pavoroso instante
en que cae por fin, tal como roto
se desplomara un bronce hacia adelante
en medio del fragor de un terremoto!

Y al ver así cayendo su figura,
con la espada desnuda entre la mano,
en su blanco corcel, creyó el Oceano
que era un Angel bajando de la Altura!

Estrellóse por fin en la ribera;
y la ola al besarlo lastimera
lo envolvió en la mortaja de su espuma:
mientras un solo instante, uno tan sólo,
detuvo su fragor la lucha fiera;
que todos, todos, con sorpresa suma,
parecían mirar entre la bruma
el rayo aún de esa veloz carrera...

Brilló en la Historia para siempre el nombre
de Alfonso Ugarte; y en el ancho viento
un trueno repitió con ronco acento
la frase de Shakspeare: *¡Ese es un hombre!*

¡Y se le ve en la Historia todavía!...
¡Cae, cae veloz, rápidamente,
del alto Morro hasta la mar bravía;
ya que lo hace caer la Suerte ingrata,
como su empuje ha sido de torrente
su caída es también de catarata!...

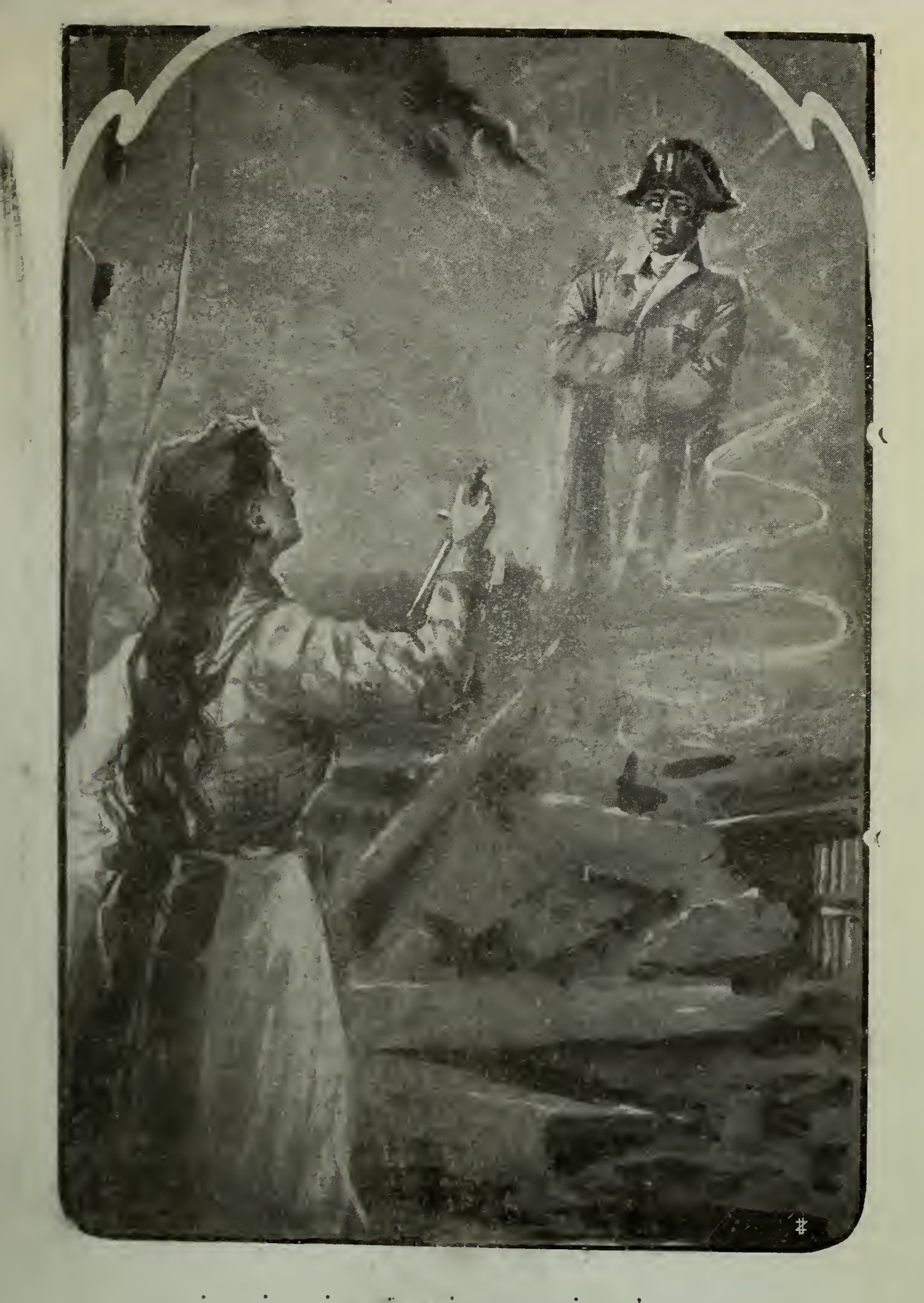
El débil «Manco Cápac», que ese mismo
heroico ejemplo ve, se rasga el seno;
y antes de ser del invasor chileno,
se hunde también en el profundo abismo.

En tanto, sobre el Morro, en el postrero
fuerte del norte, un grupo denodado
resiste altivo al vencedor, que fiero
en su innúmera hueste lo ha encerrado,
como un compacto círculo de acero.
¡El asalto invasor rompe la valla,
que cede al fin; y el grupo prisionero
es el punto final de la batalla!

Y luego, sobre el campo,
que sembrado de fúnebres despojos,
invitaba al dolor, su vivo lampo
fulminó el sol: acaso en sus enojos,
disipando el crespón de la neblina,
quiso ver de quién era la victoria;
y vió en ruína á su Patria, ¡pero en ruína
que era como la tumba de la Gloria!

De las quince centenas de soldados
que escoltaban al héroe, diez centenas
por la tierra quedaron esparcidas:
esos héroes desnudos, desgarrados,
ostentaban apenas
la púrpura imperial de sus heridas...

Y ahí mismo, dispersos invasores,
como banda de buitres iracundos,
cebáronse en sus últimos rencores



. . . .

esa mujer que en épico delirio
las maternas entrañas se destroza;
esa mujer que impone su martirio
sobre la Eternidad... es Zaragoza!

El Canto del Siglo. - I

sobre los indefensos moribundos;
y como el avariento en su tesoro,
gozáronse con sórdidos afanes
en despojar de sus galones de oro
á los mismos gloriosos capitanes...

Así el salvaje cazador, que pudo
herir al noble puma, que maltrecho
rodó á sus pies, le clava la rodilla;
con una mano oprímele el membrudo
cuello; y con otra en la mitad del pecho
húndele su cuchilla.
El generoso puma, que ha logrado
ver al salvaje cazador deshecho
ante su pies, lo deja abandonado;
pero el salvaje con presteza suma
lo desuella cruel: ¡y es que ha luchado
para vestirse con la piel del puma!

Agrupados y estrechos,
y mezclando la sangre generosa
de sus rasgados pechos
con la de los heridos invasores,
sólo ansiaban los héroes una fosa
en que dormir un sueño sin rencores.

¡Todo el que ahí cayó, cayó con gloria!
Aquel, cualquiera de ellos, es un hombre,
un hombre, y eso basta; y si la Historia
héroe sin nombre lo llamara un día,
aquel, cualquiera de ellos — *Tengo un nombre:*
yo me llamo Perú — protestaría!

Aunque sobre el fragor, cual voz de trueno'
pregonó paz á la revuelta tropa
el ronco grito del clarín chileno,
la cólera inundando la ribera
y el rencor rebalsando de la copa
no se saciaron con la lucha fiera;
y en grupos, á los bravos paladines
que aprisionado había, despiadada
la tropa quiso asesinar. ¡En vano
se enronqueció la voz de los clarines!

Un capitán chileno, con la espada
en la viril, castigadora mano,
impuso paz entre la tropa airada
y la vida amparó de los cautivos,
que así pudieron, tras el odio insano
de la hueste furiosa, quedar vivos.

El mismo Salvo fué. ¡Quiso la Suerte
dejar con ello su misión cumplida;
y así el que fué emisario de la Muerte,
fué después mensajero de la Vida!...

Semilla heroica de una raza fuerte,
esos sobrevivientes, que entre el ronco
trueno de los cañones, á su paso

tropezaron mil veces
sin llegar á caer, fueron acaso
las más amargas, dolorosas heces,
lejos, lejos de ser los más felices:
¡así al golpe del hacha rueda el tronco;
pero quedan clavadas las raíces!...

Súbito el fuerte aquel, en que rodeado
preso cayó el puñado
de héroes que en su altivez amenazantes
lucharon sin piedad, saltó en inmenso
estrépito de horror; porque en él, antes
del fin siniestro, preparada mina
retumbante tronó, y el humo denso
fingió crespones sobre tanta ruína!

El fragoroso ruido
puso pavor dó quier: el humo, un velo
ante ese sol de cólera encendido,
que fulgiera en Junín y en Ayacucho
y que en Arica ensangrentara el cielo...
¡Era el grito final, era el traquido
con que estallaba el *último cartucho!*

En esa voz, que desgarró la calma
del silencio mortuorio, en ese estruendo,
en ese ¡ay! de protesta, había un alma.
Era el grito doliente en que gimiendo
claman á Dios el huérfano y la viuda,
la madre abandonada, el padre anciano,
que ven tronchado en la batalla ruda
el báculo, ¡ay! en que apoyar la mano;
era la voz de la Conciencia, herida
por la injusticia de la aviesa Suerte:
era el postrer suspiro de la Vida
entre la carcajada de la Muerte:
era el gemido de dolor y espanto
del viejo que á la tumba se desploma,
repercutiendo la explosión de llanto
del tierno infante que á la vida asoma:
era el grito primer, que aun no asomados
á este valle de lágrimas y males,
dan los póstumos hijos ignorados,
saltando en las entrañas maternales
como resurrección de esos soldados!...

¡Ay! y luego... las ruinas por dó quiera.
El clarín pregonando la victoria
y en la altitud de tricolor bandera;
el sol vertiendo su esplendor de gloria,
á través de los lóbregos crespones
del humo denso; la lejana flota,
con las bocas de horror de sus cañones
fijas hacia la cúspide remota;
y en el fuerte postrer de ronco estruendo;
temblorosas, danzantes, serpentinas,
llamas rojas y azules relamiendo
el informe tumulto de las ruinas...

Mañana... de los fúnebres despojos
el rastro quedará; y ante los ojos
del viajero, que ansioso de impresiones
abra la tierra, saltarán opresos
bajo las duras piedras, en montones,
descarnados al fin los blancos huesos...

Cuando pasó la guerra,
esparcidos dejó sobre la tierra
astillados fragmentos de armadura,
limpias hojas de acero diamantino,
como el corcel que deja su herradura
abandonada en medio del camino.
¡Quedaron, como al viento la ceniza,
los despojos mortales por dó quiera
esparcidos también! Tal se desliza
un raudal, salpicando la ribera...

Luengos años después, como arca santa
el ataúd de esos despojos vino
á buscar amantísimo reposo
en la tierra natal. ¡Oh musa, canta
esa vuelta al hogar! No fué el camino
por dó el pródigo hijo licencioso
llega al festín paterno: fué la senda
de heroicos y de injustos sacrificios,
que señaló á través de la contienda,
en el desierto de infecundos vicios
de la esperanza la segura tienda!

¡Ah! fué la vuelta del pendón rasgado
á las manos del último soldado,
que á no morir en el combate alcanza;
y fué un soplo que vino del pasado
á avivar el ardor de la esperanza!...

¡Y volvieron, al fin, esos despojos!
Como el cadáver de Héctor en la Iliada,
los salió á recibir el pueblo entero...
La voz trémula y húmedos los ojos,
ya Casandra no fué la que inspirada,
de la altitud los saludó primero,—
sino la Patria misma que, la espada
rota en la diestra y con crespón de luto
cual una reina viuda y desolada
que en su propio dolor se dignifica,
buscó en la confusión, tal como un fruto
entre mil flores, al Titán de Arica!...

Y arrojándose á él en su desvelo,
lo estrechaba con hórrida agonía;
y, como Hécuba á Héctor, le decía:
—¡Tú eres de cuantos hijos me dió el cielo
el que más adoraba el alma mía!—

X.

Conclusión.

Y la noche primer del cautiverio
sobre el Morro cayó.
¡Lumbre sangrienta
iluminó ese vasto cementerio:
y de entonces, el Morro, entre el misterio
tenebroso y profundo del pasado,
es así como un túmulo que ostenta
el cadáver de un pueblo embalsamado!...

El noble pueblo, que en feral combate
se desplomó sobre sus propias ruinas,
orgulloso de glorias, no se abate;
pero recorre, á golpes de acicate,
quebradas de dolor, cuestas de espinas..
El pueblo, que en la luz del heroísmo
envolviera la cúspide eminente,
tiene hoy nubes de horror sobre su frente
y entre su corazón lutos de abismos!

Tal del griego en el símbolo sagrado,
el corcel vencedor en la carrera
de los juegos olímpicos, orlado
del clásico laurel; el que en la fiera
batalla, lejos de aplacar su brío,
mostróse como nunca denodado;
el que anduvo por sendas de zarzales,
y aventuróse por el bosque umbrío
sin temblar una vez; el que la gloria
alcanzó de los cánticos triunfales,
está á veces, cual sombra de sí mismo,
que nada dice de su vieja historia,
condenado por fiero despotismo
á vivir dando vueltas á una noria.

¡Pobre pueblo, que sigue con tristeza
de su ostracismo la sentencia airada,
ciñendo con orgullo á la cabeza
sus ínfulas de víctima sagrada!
¡Pobre pueblo, que sigue en su amargura
el sendero erizado de dolores!
Al verlo ni se aflige, ni se cura
el doloso Destino en sus rigores...

¡Oh! pueblo, empuña el hierro: álzate fuerte;
despósate otra vez en el combate
con la Gloria. No importa que la Suerte
vencer te logre, si jamás te abate!
Lucha hasta sucumbir, para así verte
resucitar en la futura Historia:
¡y entonces la elegía de tu muerte
será el epitalamio de tu gloria!...

Pero acuérdate, ¡oh! pueblo, como Niobe,
tras de tanto dolor, del alimento.
Justo es que el sufrimiento,

largas horas te robe;
mas si quieres honrar esa memoria
que más que lustre de un heroico nombre
es lustre de tu historia,
imita el alto ejemplo de aquel hombre:
si con gloria murió, vivió con gloria!

¡Oh! pueblo, si hasta Dios como tú ha sido
también ayer sobre la cruz clavado,
no execres el dolor que hayas sufrido:
¿qué importa el infortunio del pasado
cuando cada esperanza es un olvido?
Ya que echar flores no podrías, deja
que en el tronco del árbol carcomido
su panal forme laboriosa abeja...

Si alguien duda de tí, muestra tus manos
que el clavo agujereó. No te corones
de pámpanos jamás... Y ojalá entonces
el himno que en los pueblos soberanos
canta el Juicio Final de los tiranos,
en la Resurrección de las naciones!

Fuerte con la gloriosa fortaleza
del que sus lauros arrancó á la Muerte,
busca un nuevo horizonte á tu grandeza:
sé desde hoy pensador, si has sido fuerte...
¡Fuiste ayer corazón, hoy sé cabeza!

La roca altiva, que azotó la ola,
siempre será señora de la playa...
Patria que en su viudez halla su aureola,
puede enorgullecerse de estar sola:
¡tiene la soledad del Himalaya!...

Y sola así la Patria dolorida,
en lo alto del Morro, con las ramas
ya quebradas del árbol de su vida,
hacer debe una hoguera:
así el héroe inmortal se apareciera,
como Dioz á Moisés, entre las llamas
de la zarza encendida...

Y como ofrenda al héroe, arroje luego,
a la hoguera también, vicios pasados,
viejas leyes y sórdidas costumbres,
para que en ese fuego
los dolores por fin, purificados,
brillen como el incendio de las cumbres:
á la luz de la hoguera, el seno obscuro
del horizonte se abrirá rasgado;
y consumiendo en llamas el pasado,
de las cenizas surgirá el futuro:
¡y el patrio pabellón, teñido en rojo,
cuando se apague la gloriosa hoguera,
flotará sobre el último despojo
como una llamarada hecha bandera!

EL CANTO DEL SIGLO

POEMA FINESECULAR.

No zarpará en mi cántico sonoro
la nave de Jasón, que Orfeo un día
siguiera en pos del vellocino de oro,
sino la nave de pavor, que á solas,
escapando sin velas, se diría
un caballero andante de las olas.

No la sierpe Pitón será vencida
en el himno sagrado, que de Apólo
hace un perpetuo símbolo de vida,
sino en el riel la audaz locomotora,
que va, enfrenada por un hombre solo,
á la conquista de la eterna aurora.

No, como canta Hesiodo, ya en la nube
serpenteará de Júpiter el rayo
sobre la frente del titán que sube,
sino la chispa eléctrica, que luego
pulsa el alambre y vuela sin desmayo,
prestándole á la idea alas de fuego.

No el escudo de Aquiles que Vulcano
laminara de bronce por tres veces,
ni aquel arco de Ulises que en la mano
apenas de su rey vibrar solía,
serán las armas que al rezar sus preces
cuelgue la musa en el altar del día,
como una ofrenda al bienestar humano,
sino el sable—relámpago de acero—
que palpitó en la mano
de un hombre solo contra el mundo entero.

Sobre la cumbre impávida se yergue
la épica musa, que al volver los ojos
halla luz, siempre luz; mas como albergue
fueron sus ojos de la sombra, oscila
negra noche de lúgubres despojos,
que arden como un incendio, en su pupila.
Aguila que pasea la mirada
por los hondos abismos, y do quiera
sorprende, entre derroches de alborada,
amenazante resplandor de hoguera,
de súbito se siente deslumbrada;
pero, agitando los sonoros remos,
parte, como una flecha disparada
por la fé de los ímpetus supremos,
y vuela, y vuela, más allá del monte,
más allá de la nube....
y siempre encuentra luz en su horizonte,
y va viendo más luz cuanto más sube!

Desde las telescópicas alturas,
clava la musa los abiertos ojos
en la ancha escena que á sus pies se agita:
rómpense las cerradas sepulturas,
se estremecen los fúnebres despojos
y el cadáver del Siglo resucita;
porque también la trompa resonante,
con voz apocalíptica, convoca
la pretérita lucha que es distante,
el aplauso del mar sobre la roca,
el viejo triunfo del laurel glorioso
que ciñe el hielo de las frentes canas,
los soles inhumanos, el reposo
de la noche que incuba las mañanas
todo lo que renace de lo obscuro,
todo lo que en la cúspide flamea,
todo lo que es pasado y es futuro,
todo lo que es Eternidad é Idea!

¡Y cómo de la musa en la mirada
arde el épico numen! Se diría
que las sombras más negras de la nada
queman sus alas en la luz del día...
La musa con sus ojos de inspirada
penetra en los arcanos más profundos
y hace comparecer vivos y muertos,
como Dios en el juicio de los mundos
hablando con la voz de los desiertos;
y así, cual un compás que en la medida
de sus brazos abiertos
mide un siglo de vida,
la musa ve al ginete desalado
con el águila fija en la cimera
que á este Siglo asaltó desde el pasado
como sobre un abismo en su carrera,
y ve el torneo universal de aureolas
que París en sus sueños ha forjado,
para que el Siglo agonizante vaya
creciendo, á la manera de las olas
cuando van acercándose á la playa!...

La musa baja desde el alto cielo,
á cantar en el polvo de la tierra
cuanto mira que es ala para el vuelo,
cuanto mira que encierra
una esperanza para el bien humano
como una selva invívita en un grano;
y así, envuelta en los últimos fulgores
del siglo de las luces, se destaca
la musa ante los ojos del vidente,
como mujer que con laurel y flores
ciñe la sien y el seno con la placa
de una coraza de oro reluciente,
dando al soplo del viento fugitivo
la voladora falda, el pie desnudo
sobre el áspera cumbre, el ojo vivo

desflorando el misterio, el labio mudo
pero ajustado á la marcial trompeta,
sintiéndose de súbito crecida
como un fantasma que soñó el poeta,
universal imagen de la Vida,
bajo de cuya planta estremecida
cruje y se rompe el eje del planeta!...

En la ciega espiral de un torbellino,
la musa nuevamente desprendida
escapará tal vez á las alturas,
deshojando en su rápido camino
la guirnalda de todas las locuras,
hasta quedar en las celestes salas
serena, como un ave suspendida
con una tempestad bajo las alas...

Sonará entonces la broncínea trompa;
y al escuchar su voz en el espacio,
surgirá el Siglo con la augusta pompa
de un rey que oye llamar á su palacio.
— ¿Quién es? — preguntará.
¡Soy tu Conciencia!
responderá desde la altura un grito;
y, al soplo huracanado de la ciencia,
quizás el eco de ese grito lleve
con desatado vuelo á lo infinito,
resonando en las hondas soledades,
la confesión del Siglo XIX
en el Juicio Final de las Edades!...

I.

El Águila imperial.

Napoleón: el gran hombre del Siglo. — Fíat Lux. — Alejandro y César ante Napoleón. — Al frente de las legiones. — En Egipto y Marengo. — Napoleón cónsul. — Napoleón emperador. — El águila de Austerlitz. — Lágrimas de Cristo. — La paz de Presburgo. — La batalla de Jena. — Napoleón ante la tumba de Federico el Grande. — La invasión á España. — El heroísmo hispano. — Zaragoza. — Las victorias de Pirro. — El primer desengaño. — La invasión á Rusia. — La entrada á Moscou. — El incendio de Moscou. — La retirada de Polonia. — A través de los hielos. — ¡Era bastante! — El campo de Waterloo. — Hacia Santa Elena. — El beso de la Muerte. — La última conquista.

Al comenzar el Siglo era la noche.

Caravanas de nubes, que en su vuelo
simulaban cortejos funerarios;
huérfanos astros de sangriento broche,
que acribillaban el crespón del cielo
como ojos de atrevidos visionarios;
negro huracán, que con su ronca lira

clamaba en los desiertos solitarios;
luto, en que sólo con fulgentes huellas
un relámpago pálido de ira
les daba un aletazo á las estrellas...

Era preciso un Dios, un alma fuerte,
que dijese el *fiat lux*.
La noche triste,
esa máscara negra de la muerte,
necesitaba sol: ¡y tú naciste!
¡Oh Napoleón! Los báratros profundos,
que tú con tu palabra redimiste,
se asombraron al brillo de tu espada;
porque Dios de la nada hizo sus mundos
y tú mismo te hiciste de la nada!...

¿Qué Alejandro? ¿Qué César?
En su frente
ciñó Alejandro la imperial corona
que heredó de Filipo: el elocuente
triunfo del padre ante sus ojos fijo
señalábale rumbo. El padre abona
con sus ejemplos la raíz del hijo...

César siente correr entre sus venas
sangre de dioses; y en su fé palpita
la fé que lo hace recordar á Atenas,
porque siente la sangre de Afrodita.
Noble nació: risueña la Fortuna
fué á visitarlo hasta en la misma cuna;
y creciendo orgulloso y temerario
entre el fausto de elogios y canciones,
tuvo para envolver sus ambiciones
la protectora túnica de Mario...

¿Y tú? Tú á nadie le pedíste nada:
no tuviste la suerte del heleno,
ni otro guerrero te ciñó la espada.
Naciste sin herencia y sin apoyo...
Ellos, que hoy te reciben en su seno,
nacieron ríos; tú naciste arroyo!
Es por tu propia fuerza que eminente
surgiste entre la inmensa muchedumbre:
para llegar de arroyo hasta torrente
es preciso nacer sobre la cumbre!...

Tú sólo con tu espada, á la manera
de Moisés con su vara milagrosa,
venciste al pueblo, que á tus plantas era
un mísero escabel, como una fiera
que ante los pies del domador reposa.

Todo hervía en la sombra, y á lo lejos
se escuchaba el rugido de la nube
que se incendiaba en cárdenos reflejos;
todo era espanto y negación y encono:
el odio del esclavo á veces sube
hasta Dios mismo porque tiene un trono.

Y tú cogiste entre la firme diestra
el haz de acero de los odios santos,
como héroe vencedor que en la palestra
coge todas las armas homicidas,
y merece en su honor todos los cantos,
y se apropia después todas las vidas.

¿A dónde irá la turba en sus furores,
sin un dedo de luz que le señale
un rumbo al porvenir? De los vapores
de la ïra del pueblo también sale
fuerza de que aprovechan los motores;
pero precisa que la docta mano
regule el curso del progreso humano,
que es como el de la hélice en los mares,
cuando crujen los huesos de un tirano
entre las maquinarias populares!
Por eso tú, como ninguno fuerte,
grande como ninguno, ante la Suerte
ceñiste lauros y vibraste palmas:
te alzaste entre una tempestad de muerte;
y fuiste el pararrayos de las almas!...

Al frente de tus épicas legiones
hollaste cumbres y salvaste honduras:
recorriste en tus magnas ambiciones
nevados montes, cálidos desiertos,
quebradas de fragor y arduas alturas,
vírgenes selvas y arenales muertos,
cortando en cruz el curso de los ríos
pasando en triunfo el arco de los puentes,
rompiendo los obstáculos sombríos
y arrastrándolos luego en tus corrientes,
cual si hallaras también todo pequeño,
al sentir de tu impulso el acicate,
para trazar los planos de tu ensueño
en las arquitecturas del combate!

Como una tempestad entre una copa,
tu mente desatada,
que soñaba en el cuadro de una Iliada,
encontró estrecho el marco de la Europa;
y fuiste el Miguel Angel de la espada!...

Atravesando tormentosos mares,
guiado habías á tu invicta tropa
hasta las seculares
tumbas de los dormidos Faraones,
que, de su extinta pompa en lo profundo,
temblaron al oir de tus cañones
aquella voz que ensordecía el mundo;
y ya en el aire, como á veces flota
el último recuerdo de una nota,
flotado había el retador saludo
con que, ante las Pirámides serenas,
hiciste en medio del asombro mudo
agitarse la túnica de arenas,

mostrando entre su abierta sepultura
las momias de los reyes á tu vista,
ya que en la crüeldad de la aventura
á través de esos áridos desiertos,
para agregar un lauro á tu conquista,
no perdonabas ni á los reyes muertos!

Vencedor en la lucha trasalpina,
que en Marengo selló tu nueva gloria,
volaste luego hacia la Patria en ruina
para darle tu aliento de victoria:
ella misma, de asombros en asombros,
hasta encontrarte fué; te echó los brazos;
sintió que florecían los escombros
entre su corazón hecho pedazos;
laureó tus sienes con triunfal guirnalda;
y no colgó la túnica en tus hombros,
mas cónsul te aclamó como al romano...
¡Ah! tú, entonces, sentiste que á tu espalda
proyectabas la sombra de un tirano!

El Siglo te encontró soñando un día
con la imperial corona.
Envanecido
como un Luzbel del pueblo, el preferido
de ese Dios que confiado se dormía,
tú, el más hermoso de sus hijos, ciego
te rebelaste, y más feliz que el mismo
Luzbel, entre tu espíritu de fuego
envolviste á tu Dios, y como él luego
también lo encarcelaste en el abismo...

Quien defendió la Libertad á modo
que defendía en ínclito torneo
el paladín la honra de su dama,
cuando vió que era conquistable todo,
sacrificó esa honra á su deseo;
y por coger la flor, quebró la rama!

En la diestra viril la copa de oro,
ebrio de triunfo y con la sien laureada
te levantaste en el festín sonoro
y buscaste los ojos de tu amada:
la Libertad, temblando, ruborosa,
se deslumbró ante el brillo de tu espada
y cedió al fin á tu pasión mezquina.
Podía ser la Libertad tu esposa;
y sólo llegó á ser tu concubina!

Mas no te engrandeciste porque hicieras
alas de águila á todas tus banderas,
ni porque de los hombros suspendida
la túnica imperial te diera abrigo...
¡Ah, si pudieses desdoblar tu vida,
cómo tuvieras que luchar contigo!
Grande eras de verdad: ¿para qué el dolo?
Así opacaste el sol de tu grandeza,
y todo en vano... La corona es sólo
un grillete clavado á la cabeza!

Cesáreamente grande hasta en tus faltas,
escalaste las cúspides más altas
para desde ellas proclamar tú mismo
tus sangrientos decálogos de guerra,
disputándole el Angel del Abismo
el imperio del Mal sobre la Tierra!

Tal cuando en Austerlitz sacudió el ala
tu águila vencedora, y los cañones
con voces de caverna hicieron gala
de huracanadas cóleras: en tanto
que al vuelo recorrías tus legiones
y gozabas en medio del espanto
escuchando ya el ¡ay! del moribundo,
ya el vítor del heroico combatiente,
ya los truenos de bronce en lo profundo,
ya los gritos de asalto en la pendiente,
ya el metálico estruendo en la llanura
de armas cruzadas con vibrante choque
como un zarzal de aceros sacudidos,
ya la afilada queja de amargura
con que gime el clarín, ya el marcial toque
con que ronca el tambor, suma de ruidos
en que cifrabas la mejor orquesta,
para halagar espíritu y sentidos
como á los invitados á una fiesta;
tal cuando en Austerlitz rapido el eco
arrebató la postrimer descarga,
se oyó de pronto como un golpe seco
entre el silencio de una noche larga,
y luego, con estrépito de insulto,
un llanto de titán... Sobre una roca
sentado estaba Cristo: con los codos
en las rodillas; el semblante oculto
entre las manos; la melena loca
danzando al aire; y el dolor de todos
reconcentrado en la sedienta boca,
que hablaba con la voz de los desiertos
desatada en sollozos convulsivos...
Cristo resucitaba entre los muertos,
para llorar la infamia de los vivos!

¿De qué sirvió su sacrificio? En vano
dió á los piadosos aires sus lecciones,
que ataban con amor los corazones
y consolaban al linaje humano;
porque siempre á través de las edades,
su nave zozobraba en el océano
al golpe de las mismas tempestades...

Y ahí quédóse Cristo, cabizbajo,
llorando siempre en su dolor profundo,
al ver con las fatigas del trabajo
su arado roto y sin labrar el mundo;
y hoy, sigue ahí, sobre ese campo en ruina,
á manera de un Dios meditabundo

que ve marchita su mejor guirnalda:
es un titán que la cabeza inclina,
con diecinueve siglos en la espalda!

Como la de Austerlitz fué la primera
campal batalla de la nueva era,
Cristo al llorar en ese campo yerto
llora en todos los campos: y así hace
en su lamentación por cada muerto,
la elegía de todo lo que yace...
El buen Cristo, que ruega á las alturas
la paz de las humanas creaturas,
no cesa de llorar en su elegía,
sin esperanzas de que al fin acabe
la guerra entre los hombres. ¡Y quién sabe
si llorará otro siglo todavía!

Otra vez triunfador y otra vez grande,
¡oh Napoleón! si con tu firme espada
fijaste lindes al impulso fiero
que en la batalla sin querer se expande,
sobre la propia carta desplegada
ante tus ojos, donde el mundo entero
retrataba su faz, tú, hecho un coloso,
al apoyar el índice severo,
volviéndote á Francisco tembloroso,
le pudiste decir: — ¡Hasta ahí quiero!

¿Quién no te vió después, desde la altura
dominar Jena y con audaces ojos
desafiar al Sol, que en su bravura
rompió sobre tu frente haces de enojos?
Nada importaba el número: sabías
que tú por otro ejército valías;
y te bastaba un grupo de soldados
para robarle un lauro á la Victoria,
ya que el anuncio de los faustos días
vibraba en tus oídos inspirados
como un grito de lucha ardiendo en gloria.

Revuelta ante tus ojos la batalla,
te iluminabas de placer mirando
las curvas que en el aire la metralla
con alas de meteoro iba trazando,
cuando se desataban los granizos
de los plomos mortíferos y cuando,
sobre encrespado mar, la acometida
era una ola de flotantes rizos
que rodaba en las playas de la vida...

¡Con qué placer contabas los despojos
del enemigo, hundiendo el acicate
en tu caballo con veloz carrera!
¡Cuánto no abrías los alegres ojos,
para ver en lo recio del combate
serpenteando en los aires la bandera!

¡Qué hacinamiento y qué fragor!
Tu espada
no podía trazar la divisoria
línea entre los ejércitos rivales.
Apenas tú, por intuición de gloria,
podías con la luz de tu mirada
seguir el curso de los dos raudales,
por entre aquella selva enmarañada...

Selva de entrechocadas armaduras,
donde se revolvían las legiones,
á modo de las sombras más obscuras
del dantesco terror; tal parecían
aquellas fragorosas contusiones
de hombres que contra hombres combatían
en inflamada lid, mientras rugían
como fieras hambrientas los cañones...

Se oye aún el estrépito de espanto
con que tembló la pávida llanura,
cuando rabioso de esperar ya tanto
súbito desataste de la altura
el raudal de tus bravos caballeros,
que, como catarata de quebranto,
saltaron sobre todos los aceros,
que intentaron quizás ponerles valla,
para caer entre el tumulto mismo
y arrojarlo del campo de batalla,
mientras, al grito de tus mil clarines,
se oía relinchar en el abismo
ese huracán de palpitantes crines...

Entonces tú con planta vencedora
llegaste altivo hasta la misma tumba
de Federico el Grande: aun retumba
la voz de tus cañones que sonora
saludó al héroe, cuya noble espada,
temblando de rubor te fué entregada
por el débil Guillermo, cual se entrega
el alma á Dios, cuando la muerte llega
y nos hace palpar que todo es nada...

Ciego de vanidad en tu deseo
osaste trasmontar el Pirineo;
porque soñaste en tu ambicioso instinto
alcanzar, como un último trofeo,
la corona imperial de Carlos Quinto.

¡Nunca, jamás te hubiera aconsejado
la falaz tentación tamaña ofensa!
No había un soberano que opacara
en España tus glorias de soldado,
ni que llegase hasta tu altura inmensa
para poder mirarte cara á cara;
mas todo un pueblo varonil sí había,
que, adiestrado en las luchas seculares,
hallábase con ansias todavía
de arrancar otra América á los mares...

La ambición te cegó; quiso perderte;
y te lanzaste sobre España en vano;
sólo ella pudo detener tu suerte;
y así venció tus ímpetus de muerte
como enfrenó las furias del oceáno!

Quien robó de la sombra un hemisferio,
quien estrelló la noche de la nada,
quien se bañó en las aguas del misterio
pudo medir su espada con tu espada;
y así otra vez oyeron los espacios
el grito retador de los titanes
luchando contra Júpiter severo...
Abriéronse cabañas y palacios,
y todos con patrióticos afanes
se arrebataron en tropel guerrero;
y, como en el milagro de los panes,
todos lucharon con un mismo acero!...

Nunca encontró tu paso en su camino
obstáculo mayor que aquella roca,
en que chocó el raudal de tu destino
que se desvió por la pendiente loca...
Donde menos tal vez creyó tu orgullo
vacilar en vencer, fué detenido:
y es porque en tus laureles ya dormido,
de mentirosos sueños al arrullo,
ver no quisiste que si el pueblo hispano
oponerte no pudo á un soberano,
pudo sus fuerzas oponerte á solas;
¡porque el cetro no estaba en una mano,
sino en todas las manos españolas!

...¿Qué doliente mujer es la que, envuelta
en desgarrada túnica, te mira,
sacude al aire su melena suelta
y la pálida faz en torno gira?
¡Ah! ¿qué idea veloz cruza su mente,
que así ahonda los surcos de la frente
y el agitado seno oprime en vano?
Tuya va á ser...
¡Jamás!... Entre su boca
estalla el trueno de una risa loca;
y un desnudo puñal muestra en la mano!
Antes que dar su honor, dará su vida;
y como la Lucrecia del romano
blande el acero del puñal suicida,
porque al mirarte trasponer su puerta,
preferirá, caída por caída,
á caer deshonrada, caer muerta!

Esa mujer de altivo continente
que acosada del hambre, enferma y triste,
resistióse al afán de tu impudicicia;
esa mujer que supo sonriente
morir, bajo los golpes que le diste,
y no imploró piedad sino justicia;

esa mujer que en épico delirio
las maternas entrañas se destroza;
esa mujer que impone su martirio
sobre la Eternidad... es Zaragoza!

¡Ah! tú también venciste en aquel día;
tú también has podido
decir lo que otro vencedor decía:
—Una victoria igual; y estoy vencido!
Tu sol, tu fausto sol, cuyos destellos
ceñían á tu Patria excelsa aureola,
empezó á declinar. Y en tus cabellos
blanqueó una cana, todavía sola...

Rechazado te viste; y como Anteo
cobrando mayor fuerza en la caída,
desataste el caudal de otro deseo,
pero sobre otra Patria desvalida.
Moscou te vió bajar de tu caballo...
Encontraste en Moscou muerte, no vida:
calles de asolación, plazas desiertas.
Desde el emperador hasta el vasallo
te dejaron las llaves de sus puertas;
y por única vez sobrecogido,
solo entre tus legiones te sentiste.
¡Cuánto silencio! Tú buscabas ruido...
Y entraste á la ciudad pálido y triste,
como quien entra al seno del Olvido!
Siniestra llamarada,
alargando su lengua amenazante,
serpenteó como trágica bandera:
y, por el septentrión abanicada,
creció... creció... creció como un gigante
envuelto en una túnica de hoguera.
Mano enemiga destruyó tu intento
sepultán[illegible]n llamas, y así en ruinas
todas [illegible]aciones peregrinas
fuero[illegible]as que arrojaste al viento...

Cu[illegible] en la obscura noche sorprendido
te vis[illegible] entre las llamas, en un salto
quizás te imaginaste haber caído
al fondo del infierno desde lo alto;
y compartiendo con Satán el trono,
sentiste que corrías por las salas
donde perpetuamente arde el encono,
y que en los hombros te crecían alas...
Despierto á la verdad, fué tan profundo
el dolor que sentiste, como un día
el placer de Nerón, mientras veía
arder también la Capital del Mundo!

El fuego te venció. Con tus legiones
volviste por tus pasos; y á manera
de un Moisés extraviado en el desierto,
recorriste las trágicas regiones
del Norte frío, en cuyo rostro muerto

dibujó una sonrisa tu bandera,
que batía sus últimos jirones
al soplo helado de la racha fiera...

La nieve te venció. Solemnemente
hollaste las blanquísimas alfombras,
y arrastraste á tu ejército de frente:
era una negra procesión de sombras
sobre un atrio de mármol transparente...

¡Cómo se proyectaba tu silueta
en el cristal de la bruñida nieve!
Cada actitud de tu figura breve,
cada destello de tu espada inquieta
y cada gesto de tu faz altiva
se duplicaban en el ancho espejo
de aquella nieve, que saltaba viva
con la palpitación de tu reflejo...
El hambre... El hielo... El buitre pavoroso
y el árbol seco... El viento de la muerte,
silbando entre el silencio del reposo...
La nube replegada como fiera
en asechanza... Soledad inerte...
Limbo de nieve que en el sol espera...
Cuaresma de dolor que en Dios confía...
La peregrinación de una bandera
entre las brumas de una noche fría...
Allá, un hambriento que devora cruda
la enjuta carne de un corcel que ha muerto;
allá, un ebrio que canta, se desnuda
y se tiende á morir sobre el desierto;
más allá, caballero encapotado
rueda de su corcel... y no levanta;
ahí, sobre el cadáver de un soldado,
pasa la tropa con segura planta;
aquí, en torno de hoguera, que improvisa
hálitos de calor, fórmase rueda,
y el grupo alegre que prorrumpe en risa
helado y mudo para siempre queda;
y hasta en la carpa donde tú de noche
te refugias como águila entumida,
cuando la aurora desatando el broche
canta en la nieve el salmo de la vida
¡ah! cuántas veces al calzar la espuela
que iba sembrando estrépito y alarma,
encontrabas helado al centinela
que se moría presentando el arma!...

El incendio y el frío, fuego y nieve,
se conjuraron contra tí; y el grito
que Europa dió bajo aquel golpe aleve
que tantas vidas apagara en breve,
fué á despertar á Dios en lo infinito.
Dios, entonces, pensó que era bastante...
Pero tú en Dios clavaste la mirada;
y seguiste, y seguiste hacia adelante,

cuando más adelante era la Nada...
¿ A qué seguirte más? ¡Preciso fuera
que la musa en tus glorias inspirada,
se envolviese también con tu bandera
y cambiase su lira por tu espada!

Después de Waterloo, después del día
en que, ansiando el socorro, combatiste
hasta que cuando el Sol tocó agonía
entraste al fin en tu agonía triste;
después de Waterloo, quedó en el campo
tu veterana tropa hecha despojos,
que se envolvieron en el tibio lampo
del Sol, que antes de huír... abrió los ojos:
¡ah! ¡tú también, antes de huír, los viste!
Aquel, de altiva faz, de espalda al suelo,
mira con insolencia hacia la altura,
como quien se resiste
á no ver más el resplandor del cielo
y á perderse en eterna sepultura;
aquel, aún en actitud de guerra,
vuelto contra la Tierra en su agonía,
abre los brazos, porque acaso ansía
entre sus brazos abarcar la Tierra;
ese, mostrando en el desnudo pecho
atravesado acero; abre la boca
con el gesto de un grito; ese otro, hecho
un bulto informe, á modo de una roca
que rodó de la cumbre, amontonado
sobre otro, se retuerce y se disloca
como el remordimiento de un pecado;
este, sobre un corcel agonizante
que cayera en la fuga, yace herido;
este otro, desplomado hacia adelante,
hunde las manos en el rojo guante
de la encharcada sangre en que ha caído...
Allá, una rueda de cañón; más lejos,
otra rueda; más lejos todavía,
una cureña sola... Sables viejos,
mellados en cien épicas batallas;
cascos ya sin el águila bravía;
espuelas rotas; restos de metrallas;
lanzas; hierros; casacas de soldado:
aquello ante tus ojos parecía
campo invadido por veloz torrente,
que al volver á su cauce ha abandonado
todo lo que arrastraba en su corriente!...

Te aprisionó el británo;
y preguntóse luego que de dónde
venido habías por triunfal camino.
—¿De dónde?—se pregunta.
—Del oceano!
la voz de la justicia le responde:
—Y regrésese al mar, si del mar vino!...

¡Ah! cuando luego en la velera nave
surcaste el mar, hacia la ïsla aquella
donde la noche del silencio grave
iba á caer al fin sobre tu estrella,
pensaste que hasta el nombre que tenía
la misma nave te auguraba gloria,
desde que á la Quimera venció un día
« Belorofonte »; mas tu suerte fiera
quiso que fueses, contra aquella historia,
devorado esta vez por la Quimera.

En Santa Elena un día
soñaste que una extraña mensajera
una nueva corona tre traía:
llegar la viste, envuelta entre la nieve
de la más blanca túnica — ¿Quién era? —
¡La Gloria! — En vano á disfrazar se atreve:
conoces tú su majestuoso paso;
y su rostro adivinas tras el breve
antifaz negro que lo envuelve en raso.
La llamaste hacia tí; y ella, en exceso
de apasionado ardor, besó tu boca,
que sintió palpitar en ese beso
todos los sueños de tu mente loca.
Ansioso de placer, rogaste en vano;
mas te sentiste como nunca fuerte,
y le arrancaste con crispada mano
la máscara del rostro...
¡Era la Muerte!

¡Después de tí, qué escolta! Emperadores,
guerreros y tribunos, los que han sido
guías de pueblos, sólo han sido flores
que sobre tus despojos han crecido;
y eternamente tu imperial bandera
en triunfo flotará sobre el olvido...
Todos, todos aquellos son tus rastros;
todos deben llorarte, á la manera
que en la tumba del Sol lloran los astros.

Hasta después de muerto, levantaste
un trono para tí sobre la Historia:
tu muerte fué tiniebla de contraste
que hizo en la tumba resaltar tu gloria;
y asi lanzando un grito de victoria
que siempre un eco encontrará mañana,
hasta después de muerto conquistaste
la Eternidad en la Conciencia Humana!..

II.

La Independencia de América.

Un mundo libre: el gran acontecimiento del siglo. — Los nietos de Pelayo. — España conquistadora. — La hora de la Independencia. — San Martín é Hidalgo. — Bolívar en el Chimborazo. — El delirio de Bolívar. — La última campaña. — Después de Junín. — La cesión del mando hecha por Bolívar á Sucre. — Junta de jefes. — La espada de la Libertad. — El espíritu de Bolívar. — Sucre acosado. — Víspera de la batalla. — La batalla. — La Mar, Miller, Córdoba. — El triunfo. — La sombra de Bolívar. — La bandera nacional. — América á España.

No canto de rencor ni voz de ira
ha menester la musa de la Iliada:
ella sobre la cúspide se inspira;
y, majestuosa, la cabeza gira,
envolviéndolo todo en su mirada.
¿A qué herir al vencido en su desmayo?
¡Quien la trompa sonó, deje la espada!
¡Quien ansíe irradiar clásica lumbre,
aunque lo hiera fulminante rayo
debe tener serenidad de cumbre!...

No increpa Homero, no apostrofa Ercilla:
ni el griego turba el afligido lloro
del troyano que piensa en lo que ha sido,
ni el español intrépido mancilla
al pueblo que hace á los sedientos de oro
beber la muerte en el metal fundido...
Si América venció, fué su victoria
orgullo maternal para la España:
árbol que empieza á dar frutos de gloria
se los debe al torrente que lo baña!
¡Oh musa! vuela en alas del deseo
á la Patria del Cid; abre su historia;
y aprenderás, en su épico heroísmo,
que, después de vencer en el torneo,
quien honra á su rival se honra á sí mismo!

Canta la libertad de un mundo entero
que al desatar los coloniales lazos
no renegó del corazón ibero:
sólo cambió los yugos por los brazos;
y así, al cantar las glorias del acero
que en las faldas vibró del Condorcunca,
cantas la herencia de valor que nunca
desmentirán los nietos de Pelayo,
que de sus padres al seguir la huella
robar supieron de su gloria un rayo.
Si nos dió España corazón bravío,
nuestra gloria mayor también es de ella;
porque va al mar lo que se arroja al río!..

Como en el mito en que Hércules membrudo,
que no igualó en vigores ni en deseo
al rebelde Bolívar, sólo pudo
ultimar á sus pies al león nemeo,
blandiendo, cual un arma entre su mano,
las rotas zarpas de la misma fiera,
todo para vencer sería en vano,
si el heroico Bolívar no tuviera
tanta bravura como el león hispano!

¡Culpa del tiempo fué! — clamó Quintana
su belígera trompa resonando,
al ver charcos de sangre americana
bajo los pies del épico Fernando:
la «*virgen inocente*» del poeta
es siempre virgen, pero no inocente;
y si en la libertad soñando inquieta
hasta con sangre salpicó su frente,
necesario le fué. Tal la conquista
y tal la libertad: si en la palestra
sangrienta nube obscureció la vista,
culpa de ellos no fué, ni culpa nuestra!

Tiempo conquistador fué cuando España
surcó otro oceano y alcanzó otra tierra.
Si la roca es del mar porque la baña,
la civilización es de la guerra,
que la envuelve, la empuja y la acompaña.
Justo es que tras ejército bravío
halle el progreso rumbo señalado:
justo es para las tierras de sembrío
soportar los castigos del arado;
y así de la invasión conquistadora
olvídense las bárbaras matanzas,
arreboles de sangre en plena aurora.
Los soldados, que á golpe de peleas
descuajaron el monte abriendo pista,
trajeron en la punta de sus lanzas
como lenguas de fuego las ideas
en el Pentecostés de la Conquista!

¿Cómo pedirle precisión al nauta
que explora los oceanos virginales?
¿Cómo puede tener la plebe incauta
marcados en el orden sus ideales,
cual los sonidos en la fija pauta?

Desatada la ciega muchedumbre
con fe de glorias y ambición de palmas,
tajó las peñas y escaló la cumbre.
El sangriento relámpago era lumbre
única en esa noche de las almas...
Y como era de noche, no podía
brillar el Sol. Las épocas aquellas
desbordáronse en loca fantasía;
y así brotaron en la noche umbría

las ciencias puras y las artes bellas,
no como nace lentamente el día,
sino como aparecen las estrellas!...

Ha pasado ese tiempo. El hierro mismo
alzó á la Libertad desde el abismo,
y la ungió el óleo del ideal eterno:
el hierro fué el Satán que condenado
cayó al Infierno, y desde el mismo Infierno
volvió á salir ya puro y sin pecado.
¡Ah! tras el golpe seco de las mazas
y el vibrante ¡ay! de las espadas rotas,
halló la Libertad las amenazas
y venció »*de derrotas en derrotas*»
sangre corrió; pero el oceano todo
fuera la más pequeña de las gotas
en el Diluvio Universal del lodo!

Ha pasado ese tiempo. Truene y vibre
la marsellesa varonil del tajo;
que hoy hasta el buey rendido de trabajo
pudiera protestar: —¡Dios me hizo libre!
¿Quiénes son los menguados labradores,
que uncen hoy á los pueblos como bueyes
y abren surcos de rabias y dolores,
en donde en vano sembrarán sus leyes?
No extraña ya que, reventando el broche,
de la misma quizás ley opresora
nazca la Libertad, como la Aurora
de las negras entrañas de la Noche!...

Tal América siente
abrirse luminosos horizontes,
una aureola ciñéndole la frente
un nuevo sol encima de sus montes;
y así, blandiendo vibradora espada,
dando al viento la túnica rasgada
corre, y, aunque la angustia le taladre
el corazón, no se doblega mustia,
porque su angustia es la inefable angustia
que siente una mujer que va á ser madre!

Cuando sonó la hora
de rebelión, un viento huracanado
resopló por las pampas argentinas;
y el ala de la fe libertadora
se abrió á ese viento, en vuelo desatado
que se posó en las cúspides andinas.
A modo de extraviado caminante
para orientar su rumbo en el desierto,
San Martín escuchó sobrecogido,
á lo lejos, el grito retumbante
del huracán, que desde el campo abierto
venía á refugiarse entre su oído.
¿Qué hablaba el huracán?
El lo sabría;
que empuñando vengativo acero,

ágilmente saltó sobre el caballo...
Luego, á la luz del anunciado día,
partió, corrió, voló como un pampero
con crin de azotes y chispeante callo
¿A dónde San Martín?
Va contra el río;
y, por la orilla del undoso Plata,
encamínase á la alta cordillera,
donde flamea el huracán bravío,
que sobre su cabeza se desata
como un largo girón de ancha bandera!

No en vano ante los ojos inspirados
del argentino audaz, fingen las cumbres
ejércitos también petrificados,
copia de atropelladas muchedumbres,
invasión de graníticos soldados,
que alguna vez la cólera del cielo
detuvo en su soberbia caravana,
para que eternamente sobre el suelo
fueren ejemplo de la especie humana;
y así, desde la cúspide del Ande,
el héroe de la pampa arranca un vuelo
hacia más dilatados horizontes,
porque se siente como nunca grande
ante aquellos ejércitos de montes!

Allá, en el norte, donde antiguo imperio
rodó bajo la planta vencedora
del que para vencer quemó sus naves,
la noche funeral del cautiverio
sabe que va acercándose la aurora
porque ya se oye el canto de las aves...
Hidalgo abierto en cruz sobre su espada
es digno de Jesús en el Calvario;
porque el púlpito fué su barricada
y una cadena su mejor rosario!

Él, una vez, en el profundo asilo
del silencio claustral, por la ventana
que daba al campo, cuyo intenso aroma
penetraba á su celda, ve el tranquilo
anuncio de la tímida mañaña
que allá, en la vaga lejanía, asoma;
y en un jirón flotante de neblina
ve temblar el perfil de Galileo,
que acercándose á él, con voz de mando
le dice como á Lázaro: — Camina! —
Entonces él, con redentor deseo,
se va por esas tierras caminando...

Predica aquí y allá: sus oraciones
entusiasmando van los corazones;
y cuando un día vuelve la mirada,
escoltado se ve por cien legiones:
se envuelve, entonces, en la lucha fiera;
y, señalando el cielo con su espada,

levanta en el Calvario una bandera
sobre el madero de la cruz clavada!

Y Bolívar, de pie, con la aquilina
frente contra los cielos sublevada,
sobre la cumbre del volcán se empina
para ver más allá, para ver luego
lo que habrá de venir, para que en roca
estampado el decálogo de fuego
pueda mostrarlo ante la turba loca,
y desde el Chimborazo escucha el grito
con que clama la América doliente,
interroga después al Infinito
y alza hasta él la pensadora frente...

¡Oh! qué visión ante sus ojos brota,
como un apocalipsis delirante
que va á perderse en la extensión remota!
Al golpe de su pie, mira que rota
la nieve salta en chispas de diamante;
y escucha el hervidor desasosiego
con que rebulle el fondo del abismo,
donde palpita un corazón de fuego
como el que siente palpitar él mismo...
Es un delirio, entonces, por sus ojos,
desfilan las homéricas figuras
entrabadas en hórrido combate;
y el héroe en sus coléricos antojos
ve cortas á sus plantas las llanuras
para volar á un golpe de acicate,
bajas las cumbres para ser barrera
de su ímpetu veloz, secos los ríos
para atemorizarlo en su carrera,
humillados los bosques más bravíos
á su paso triunfal, sin que haya nada
que detenga su vuelo hacia el futuro:
sólo delante dél va su mirada,
iluminando el porvenir obscuro!

La Eternidad fecúndase: en su seno
palpita como un trueno
el nombre de Bolívar; en su boca
un nuevo grito de victoria estalla,
y del volcán en la horadada roca
se oyen rugir hervores de batalla...

¡Oh qué excelsa visión! ¡oh qué espejismo
de profética luz! El odio ciego
desata un huracán en el abismo;
y el héroe, al ver la tempestad airada,
salta sobre una nube... y clava luego
una estrella en la punta de su espada!

Al descender de las excelsas lumbres,
torna el héroe á la lid. El león hispano
baja también de las andinas cumbres;
y Bolívar audaz tiende la mano,

y lo llama hacia él. Tal la figura
del airoso domador, que en sí confía
y por entre las selvas se aventura,
lleno de majestad y de osadía.
El león sacude su melena al viento;
clava en él su mirada; da en su acento
á la pávida anchura hondos rugidos:
escarba el suelo que á sus pies palpita;
los dientes choca en ásperos crujidos;
hácese atrás cual replegada ola;
y en carrera veloz se precipita,
desenroscando la flexible cola!

Y Bolívar aguárdalo en acecho
cual firme gladiador, la frente erguida,
uno tras otro pie, salido el pecho:
es un titán que en épica apostura
representa la lucha por la vida,
en la perpetuidad de una escultura!

El choque fué. Las manos del coloso
entreabrieron las fauces de la fiera,
que hizo, al lanzar un grito doloroso,
estremecerse la montaña entera.
En vano se esforzó, ya sacudiendo
la cabeza viril, ya revolviendo
el cuerpo sobre el polvo estremecido,
ya dando al aire el formidable estruendo
de un trueno de dolor hecho bramido:
Bolívar la venció. Cayó la fiera
estrangulada entre los férreos lazos,
clamando en una nota lastimera;
y sobre su cabeza doblegada
puso un pie el vencedor, cruzó los brazos
y clavó en las alturas la mirada...
La Gloria entonces descendió del Cielo,
á completar el cuadro de la historia:
la cabeza del león, fija en el suelo;
el héroe erguido, con un pie sobre ella;
y sobre el héroe, un beso de la Gloria
palpitando en el centro de una estrella!

¡Oh cabeza de león! Ruidos de bronces
rompieron como voces de martirio
el silencio en olímpico rechazo:
y el héroe creyó entonces,
arrebatado en épico delirio,
que bajo el pie tenía el Chimborazo!

Cuando llegó la hora de agonía,
después que, de Junín en la llanura,
Bolívar vió que, al descender el día,
el Sol de Carlos Quinto se ponía
bajo el imperio de la noche obscura,
el león hispano en hórrido despecho
precipitóse con veloz carrera
de Ayacucho á través, en donde era

que, dejándole libre un campo estrecho,
desdoblábase en dos la cordillera
cual si le hubiese preparado un lecho!

Sucre y La Mar y Córdoba y los tantos
que al redor de Bolívar, como venas
de un solo corazón, á un tiempo mismo
sentían regocijos y quebrantos,
compartían al par glorias y penas,
se alzaban con Bolívar á la cumbre,
bajaban con Bolívar al abismo,
eran mil rayos y una sola lumbre,
mil héroes á la vez y un heroísmo!

Tal, rodeando á Bolívar, los colosos
que á su hombro llegan, con vivaz empeño
ruéganle que no exponga ante la muerte
el vigor de sus ímpetus gloriosos,
para que alcance á realizar su ensueño
aunque lo quiera combatir la Suerte.
Bolívar pugna por correr al campo
de la encendida lid, tras la victoria;
pero en su mente repentino lampo
le hace pensar: —
¿Qué es más para la Historia:
la libertad de América ó mi gloria?
Si me vencen, América es perdida:
si quedo yo, la salva mi heroísmo... —

Y nunca fué en su vida
más grande que venciéndose á sí mismo!

Entonces, desciñéndose la espada,
llama á Sucre: dijérase que escucha
la voz de Aquiles, que en la eterna Iliada
manda á Patroclo al campo de la lucha...
¡Con qué soberbia majestad la frente
empina por el sol iluminada!
Sucre se acerca á él solemnemente;
y por más que también crecer se siente,
¡con qué modestia inclina la mirada!

La espada de Bolívar no es el arco
que sólo Ulises sostener podía:
con tocar esa espada era bastante,
para que en el espíritu más parco
se incendiase la heroica bizarría
que incendiaba ese espíritu gigante.

Luego un abrazo.-El grupo se estremece.
—¡Gloria! —grita una voz atronadora.
Sucre sonríe, se transforma, crece;
Bolívar se deslumbra, queda ciego,
y de sus ojos de águila avizora
se desprenden dos lágrimas de fuego
en que se cuaja el llanto de la Aurora...

Desde el umbral de su entornada puerta
vió después alejarse aquella tropa,
que fué á perderse en la extensión desierta;
y sintió no la cólera de Aquiles
que rebosa en espumas de la copa
por más que rompe la vibrante lanza,
sino la luz de todos sus abriles
floreciendo en un rayo de esperanza:
indomable, sereno, majestuoso,
miró el desfile de su hueste fiera,
que envuelta en las miradas del coloso
iba haciéndole adiós con su bandera!

Él también, como Aquiles, aunque ausente
en tantas luchas de la Iliada, llena
con su espíritu todos los vacíos:
se le oye, se le palpa, se le siente,
se le ve dominar el ancha arena,
porque ese héroe es la cúspide serena
de que nacen los otros como ríos...

¡Ah! Cuando Sucre, que delante mira
el león hispano, en noche desvelada
entre la sombra sin querer se inspira
y la pupila visionaria gira,
mientras oprime la sonante espada,
oye una voz que le habla misteriosa
y abisma entre lo obscuro la mirada:
ni un fulgor, ni un perfil, ni una apariencia.
Todo en profunda soledad reposa;
¡porque la voz que le habla es la conciencia!

¿Y qué le dice la conciencia? —¡Lucha!
¿Y ha de luchar contra el rival hispano
doblemente mayor que lo amenaza?
Sí, luchará; porque la voz que escucha
no puede hablarle al corazón en vano,
que ello sería desmentir su raza...

Sísifo con la roca sobre el hombro,
inclinando la frente: tal fingía
el viejo Capitán, mudo de asombro
y pensativo entre la noche umbría,
doblando la cabeza bajo el peso
de la idea que en él se estremecía.
No después como Sísifo flaquea
y de exceso en exceso
en vano pugna por cantar victoria,
sino que con la roca de su idea
llega á la misma cumbre de la Gloria!

Cuando, al saludo de la alegre diana
con que claman tambores y metales,
ve Sucre el resplandor de la mañana
desgarrando las sombras funerales,
antójase de ver cómo, al derroche
de sus fuerzas, las fuerzas coloniales
han de ceder, cual cede en sus desmayos

la más espesa sombra de la noche
al más tímido y suave de los rayos...

¿Cómo cantar después, el elocuente
abrazo en que oprimiéronse los pechos
aquellos generosos adalides;
caballeresco abrazo en que se siente
palpitar ya la fe de los derechos,
ya la altivez de los heroicos Cides?

Ahí se alcanzó á ver á dos hermanos
estrecharse las manos,
arrojando á sus pies armas rivales;
y después, cual gentiles caballeros,
recoger nuevamente sus aceros
y pugnar otra vez por sus ideales!

Del uno y otro bando escapa luego
tempestuoso clamor. Desata el fuego
sierpes entre los hálitos de bruma
que tiemblan bajo el Sol; cunden los sones;
se empenachan con humo los cañones;
los corceles salpícanse de espuma;
y los parches en golpes redoblados
palpitan como grandes corazones...
Aquí y allá revuélvense soldados,
hierros que vibran, gritos de amenaza,
vítores resonantes; y entre aquello,
como la voz eterna de la raza,
habla Sucre. En sus ojos un destello;
en su diestra la espada fulgurante:
sobre el alto caballo se endereza
en los estribos; y épico, y gigante,
echa hacia atrás la varonil cabeza
y grita así: — «¡Soldados!
De los esfuerzos de hoy pende la suerte
de la América entera!» —
Y fué bastante,
para que esos heroicos esforzados
vieron que tras de Sucre iba la Muerte,
pero la Libertad iba delante!

¿A qué seguir del uno y otro bando
el empuje viril? En vano fuera
que la musa quisiera
luchar también, pero luchar cantando,
y hacer de cada estrofa una bandera.

Ahí la Mar, que en Zaragoza pudo
seguir de Palafox la clara huella
cayendo sobre el bronce de su escudo,
supo llegar á Sol si antes fué estrella;
ahí Miller, rompiendo en una ola
y dando al suelo los vibrantes callos,
desató en la llanura inmensa y sola
el crinado huracán de sus caballos;
ahí Córdova, irguiéndose gigante,

díjole á sus soldados, que entre el fuego
se lanzaron con ánimo triunfante:
—¡Armas á discreción!—Y gritó luego:
—¡Paso de vencedores; y adelante!—
Ahí se oye una voz, que desde lo alto
entre el ancho clamor dijo:—¡Victoria!—
Bolívar fué, que en atrevido salto
desgarró al fin el velo de la ausencia
y, fecundando el alma de la gloria,
envolvióse en la voz de la conciencia;
ahí vió Sucre, entre los humos densos,
que eran como los clásicos inciensos
quemados en los épicos altares,
á Bolívar también, que sobre el carro
atravesó por el sangriento barro
hacia las altas cumbres tutelares,
sacudiendo en la diestra,
al remontarse á las celestes salas,
con un vuelo triunfal en la palestra,
cinco banderas como cinco alas.

Luego sobre la cumbre
del Condorcunca, entre la viva lumbre
de aquel heroico Sol, flotó á los vientos
la bandera patriótica del vate,
que en alas de veloces pensamientos
desafía el fragor de ese combate.

Cuando la madre ha muerto,
los hijos guardan con amor el traje
que la envolviera un día,
porque encuentran en él para el desierto
de su dolor idílico paisaje,
dulce oasis de fresca poesía:
así también tras época nefasta,
muerta la Patria en la batalla fiera,
colgada como un traje, hoy en el asta
sólo nos ha quedado una bandera...

¡Oh musa, calla! ¡Oh Patria, te daría
más que halagos de verso, amor de espada:
y yo no te amo á ti porque eres mía,
sino porque eres grande y desgraciada!...

¡Oh madre España! oculta tus enojos;
que odio y maternidad hacen contraste.
No digas que los pueblos que criaste
—cuervos al fin—te sacarán los ojos.
Vence tu noble vanidad: no sea
que tengas que inclinar tu frente altiva;
y que en el cuadro triunfador se vea
sobre la garra muerta el ala viva...

¡Oh vieja España, abuela de naciones,
deja cumplir la ley—la única hermosa
que hace estallar las rosas en botones
y de cada botón hace otra rosa!

Tú que diste á la América
ejemplo maternal de orgullo, siente
de haber cedido tu bravura homérica
á los pueblos de todo un continente.
¡Admira de tus hijos las hazañas!
Quererlos castigar en tus furores
es querer arrancarte las entrañas;
porque esos mismos héroes legendarios
tienen sangre heredada á sus mayores,
de todos tus Quijotes visionarios
y de todos tus Cides campeadores!

¡Oh noble España! Acógeme en tus brazos
y, al compás de mi cántico sonoro,
renueva el nudo de los viejos lazos;
porque un anillo de oro hecho pedazos
ya no es anillo, pero siempre es oro!...

III.

El triunfo de las Ciencias.

El progreso científico: la mayor gloria del Siglo. — El hombre tras de la Verdad. — Idealismo. — Hegel y Krause. — Positivismo: Comte. — Pesimismo: Schopenhauer. — Nietzsche y Tolstoy. — La naturaleza de las cosas. — Laplace. — Faye. — La Creación según la Ciencia. — Cuvier evocando el pasado. — Trevirano fijando las leyes biológicas. — Darwin indagando el origen del hombre. — Transformismo. — Spencer. — El hombre ante la Naturaleza. — Psicofisiología. — Bernard y la anatomía. — Anestésicos y el dolor. — Pasteur: células y microbios. — Brown Sequard: la perpetuidad de la vida. — La muerte según la Ciencia. — La conquista de la Química. — La fotografía. — La carta celeste. — El análisis espectral. — Desde el cielo á la Tierra. — La conquista del vapor. — El buque á vapor: Fulton. — La locomotora: Stephenson. — Túneles y canales: Lesseps. — El viaje de la idea: telégrafos. — Luz eléctrica, teléfono y transmisión de fuerza motriz. — Telégrafo sin alambres. — Edison: Fonógrafo y Cinematógrafo. — Fotófono y Rayos X. — Magnetismo. — El superhombre de la Ciencia.

La vida es un sistema de ecuaciones,
con incógnitas mil: por donde quiera
problemas debe resolver; y fuera,
desde las más fugaces sensaciones
hasta los pensamientos más profundos,
una red de algebraicas expresiones
resueltas sólo en la mortuoria calma,
si no viniese á redimir los mundos
la salvadora hipótesis del alma!

El quijotesco afán que el hombre siente,
corriendo en pos de la Verdad, flaquea;
porque para el Quijote de la idea
La Verdad — espejismo de la mente —
es como una imposible Dulcinea.

La Verdad es la X del Destino,
en que se va á estrellar con un rebote
la lanza de este loco peregrino:
el hombre eternamente es un Quijote
y las equis son aspas de molino...

¡Ah! qué triunfo mayor para la vana
naturaleza humana,
que sujetar con músculos de acero
una sola verdad, siquiera una,
como en su negra noche un prisionero
ve en la ventana un rayo de luna...
Una sola verdad; porque así sola
será en la tempestad del pensamiento,
que trata en vano de dormir en calma,
piadoso auxilio al que arrastró la ola,
cabo de repentino salvamento
para todos los náufragos del alma!

¿Quién es aquel que con cerrados ojos
lo cree todo ver, entre sí mismo?
¿Quién es aquel que, ante la más obscura
antinomia de Kant, arde en antojos
de perfilar el clásico idealismo,
que apenas esbozó la Razón Pura?
Hegel — como un Colón que se aventura,
á través de las sombras de un abismo,
persiguiendo una América soñada —
rasga la ola en ímpetu fecundo;
y, entre la diestra la invencible espada,
como el Descubridor del Nuevo Mundo,
doblando la rodilla sobre el lodo,
clama desde su espíritu profundo:
—¡«Lo racional es real.» La idea es todo!

¿Y aquel que entre las redes de un lenguaje
impenetrable al vulgo, á la manera
que entre lo más espeso de un boscaje,
guarece la Verdad como una fiera?
Krause envuelve en su límpida mirada
las más tupidas lobregueces; blande
su hacha contra la selva enmarañada;
y con pie explorador y paso lento,
en pos de la Verdad se siente grande,
armado de su mismo pensamiento.

Luego, ¡qué cacería! Hirsuta y fiera
la Verdad hunde en él los claros ojos;
y él la acomete. La montaña entera
aplaude al vencedor; mas él, que espera
verla viva, sólo halla sus despojos...
Vístese con la piel; y así vestido,
tras la «Unidad del Sér», rompe la austera
frïaldad del espíritu dormido:
alza una cumbre; y clava una bandera!

Súbito se oye un grito,
que parte como un hacha el tronco viejo
en que abría sus flores lo infinito;
y entonces la Verdad ya no es un mito,
un prisma de ilusión, sino un espejo.

Comte rompió el ideal, como la nieve
de una cumbre: la cumbre está debajo
y, antes de resbalar, el que se atreve
á subir hasta ahí, descarga el tajo.
Firmes los pies sobre la misma cumbre,
pero sobre la cumbre verdadera,
ya puede sin cegarse, ver la lumbre
que refracta en la nieve y reverbera.
Cual la nieve también, el idealismo
desprendióse del monte á la pradera
como sudor de pensadora frente:
y lo que estéril en las cumbres era
se hizo fecundidad, y fué torrente...

Sano positivismo el del maestro;
mas ¡ay! después el corazón roído
por el dolor siniestro
y el cerebro tal vez obscurecido
por el denso vapor de sus locuras,
hacen de la materia un dios caído
más bajo que sus mismas creaturas.

Schopenhauer desata sus corceles,
que en piafante huracán rompen su fila,
hollando los más cándidos vergeles
en carrera que todo lo aniquila;
y la yerba del bien por él tronchada
ya no vuelve á nacer: ¡es un Atila
que azota á Dios en nombre de la Nada!

El mal es positivo: él es la fuente
única de verdad. Quien abre y cierra
los ojos y repara brevemente
en la lid de dos fieras desgarradas,
ya sentirá también cómo se aferra
esa filosofía á sus miradas;
porque en aquella pugna aterradora,
podrá encontrar, como en la humana guerra,
que el mal ahoga al bien, si ha comparado
entre el placer que siente el que devora
y el dolor del que muere devorado.

Y Nietzsche tras de él, como si fuera
el Quijote del mal, va por el mundo,
envuelto en el crespón de su bandera,
predicando exterminio: se dijera
que Luzbel ha salido del profundo
en pos de filosófico renombre,
y, del bíblico Dios á la manera,
ha querido también hacerse hombre...

Pero ¡ah! Tolstoy en épico heroismo
cruza sobre las crespas tempestades,
enfrenando las iras del abismo,
cual si fuese en el mar de Tiberiades,
y con su barba patriarcal y el ceño
de evangélica paz, entre la insana
noche de tanto horror, busca su leño,
para morir como Jesús risueño
por una Eterna Religión Humana!

¡Cuánta inquietud agita
al hombre en pos de la Verdad Suprema!
Sordo á las voces de las fe bendita,
en vano ansía triunfadoras palmas,
embarcándose audaz en el problema
de la naturaleza de las almas...
Si rompió con las sombras del pasado,
olvide las penumbras misteriosas:
baste á su vanidad haber luchado
con la naturaleza de las cosas.

Ya no Lucrecio en rumbo vacilante
la selva cruzará que está rozada:
hoy el explorador marcha adelante
esparciendo la luz de su mirada.
Así, irguiéndose el hombre, pudo un día
ensanchar su horizonte entre sí mismo:
y él, que nada sabía
del origen del mundo en que vivía,
arrancó sus secretos al abismo.

Compareció Laplace ante el espanto
de la timida fe: dijo su ciencia;
levantó la Verdad, le arrancó el manto
y la mostró desnuda á la Conciencia.
Faye envolvióse con la misma ola
que sacudió Laplace entre la bruma;
y, al ceñirse ambos con la misma aureola,
uno el ímpetu fué y otro la espuma!

Al principio era el éter animado:
como el éter vibró, la luz se hizo;
y fué la vida. Entonces ¡qué tormenta
la que agitó lo eterno, lo increado,
como hierve entre sueños el hechizo
de una imaginación calenturienta!
Moléculas que en giros
de inquietas mariposas,
se revuelven como alas de suspiros
quemadas en flamantes nebulosas.
Nebulosas que, en torno
girando de sus ejes, siempre esquivas,
envuelven en sus hálitos de horno
evaporadas nubes pensativas;
y en su voluble danza
van rasgando su túnica flotante,
de jirón en jirón, en mil pedazos,

tal como flores á los aires lanza
con sueltas manos rápida bacante,
que por mejor bailar rompe sus lazos...

Así los soles fueron
centros de los planetas que engendraron;
y si en su propia vida los vivieron,
con la luz de su amor los fecundaron.
Los planetas al sol por siempre fijos,
pedazos de su vida palpitante,
se enamoraron como fieles hijos;
y el Sol, girando en ansias fugitivas,
era como una virgen delirante
que se arrancaba las entrañas vivas...

El Sol, como en las clásicas leyendas
Nerón, cuando, cargado de laureles,
entraba á las olímpicas contiendas,
sujetando á la vez las ocho riendas,
era un equitador de ocho corceles...

La Tierra fué. Cual brujo del Pasado,
que entre el tumulto de osamentas rotas
abre el gran libro que el misterio encierra,
Cuvier ha proyectado
la luz sobre las épocas remotas,
escritas hoy en páginas de tierra...

¡Qué procesión de raros esqueletos,
que el polvo de la muerte han sacudido,
la que va desfilando ante los ojos
del sabio escrutador! ¡Cuántos secretos
se escapan de las tumbas del olvido,
en la resurrección de esos despojos!

Ya no como Jesús ante la fosa
del discípulo muerto: el sabio altivo
se encamina al pasado que reposa:
le dice: — Ven á mí; — rompe la losa;
y lo levanta para siempre vivo!...

Fósiles que, en las rocas incrustados,
parecen jeroglíficos sombríos
y teoremas geométricos; perfiles
de árboles en la piedra amortajados,
como líneas geográficas de ríos;
polvillos y cenizas que sutiles
se escurren entre láminas de roca,
cual se ve en el reloj correr la arena;
cavernas que abren desdentada boca,
donde el fresco chischás del agua suena;
y capas sobre capas, en colores
de caprichosa y fugitiva escala:
ya son vetas de zebra, ya fulgores
de meteoro vivaz, ya roces de ala,
ya pinceladas de brioso empuje,
ya arrugas sobre frente pensadora.

¡Oh tumba inmensa, horrible, aterradora!
El sabio dice: —¡Ven! Y el fósil cruje,
la piedra se abre y hasta el agua llora..

De pie sobre esa tumba, Trevirano,
con la frente inclinada ¿en qué medita?
Oye la voz no en vano
de la Naturaleza que le grita;
y, entre las osamentas insepultas,
va explorando las leyes más ocultas
con que la vida universal palpita.

¿En dónde está el principio, el fin en dónde,
en las leyes biológicas? Acaso
va saltando una vida que se esconde,
á cada nuevo paso
al través de la gran naturaleza;
y nadie alcanza, en su ambición altiva
y á la luz de su mente exploradora,
decir en dónde á transformarse empieza
la inercia material en masa viva,
la masa viva en alma pensadora!

¡Ah! ¿quién sabe si es sólo un organismo
el Universo, inmóvil en esencia,
y que, aunque de apariencia en apariencia
transformándose va, siempre es el mismo,
y quién sabe si Dios es su conciencia?

¡Cuánto organismo bulle en una gota
de agua, de sangre, de sudor, de llanto!
¡Cuánta grandeza flota
en una pequeñez! ¡Oh Vida, cuánto
se multiplica tu inmortal reflejo
que en cada gota de agua reverbera,
como una eucaristía del espejo
que en mil pedazos te retrata entera!

¡Dentro de cada vida hay tantas vidas!
¿Ni quién podría refrenar la ola
que en otras nuevas olas se convierte?
Las chispas de una hoguera desprendidas
hogueras pueden ser: cada corola
es un bosque tal vez; y de esta suerte,
la vida universal es una sola.

Si hay seres que reposan miles de años,
razas muertas y especies olvidadas,
¡ah! también vencerán en lo futuro
otros seres extraños,
razas fuertes y especies no soñadas,
que surgirán desde el abismo obscuro
quizás de un nuevo sol á las miradas...

Eterna evolución, que marcha lenta,
sin despertar en su profundo sueño
al germen secular, hace de un grano
una montaña enorme que se asienta
en los abismos, de un embrión pequeño

un banco de coral en el oceano,
de una flor otra flor y así un boscaje,
de una luz otra luz y así una aurora,
de un gusano de seda un amplio traje
para la desnudez más tentadora;
y cual la griega en su labor de araña,
va tejiendo las vidas á su modo,
porque, del corazón á la montaña,
todo varía y se transforma todo...

¡Ah! mientras la materia se transforme,
salud al sabio enorme
que eterno brillo como el sol derrama;
¡salud á Darwin, que en probar se empeña
y á la asombrada muchedumbre enseña
que todo cuanto vive, piensa y ama!

El hombre, cual torrente que quisiera
saltar de la ribera,
imponer sueña su grandeza vana,
y tú, viejo titán de los combates,
al solo beso de tu libro abates
todo el orgullo de la especie humana!

La Igualdad, que en la cruz tiene los brazos
y el tiránico yugo hace pedazos,
halla viva expresión en tu palabra;
y asi á la vez que nos arrojas lodo,
lo purificas; sin quererlo todo,
porque el hierro que lucha también labra!

¡Oh Darwin, duerme en paz sobre tu idea;
que, á pesar de su orgullo, tu enemigo
eternamente llevará consigo
la propia humillación de su ralea!...

Spéncer con amplísima mirada
sigue al hombre en su rumbo de progreso;
y el hombre se une al hombre: el trazo mismo
de eterna evolución, que de la nada
hizo surgir al hombre, deja impreso
en cada sociedad un transformismo.
La sociedad evoluciona á modo
de viviente organismo;
y en su marcha veloz respeta al fuerte,
amortajando en lodo
á la debilidad, que infunde en todo
sus contagiosos hálitos de muerte.

¡Oh la filosofía
de la Naturaleza!
El hombre, que es ensayo todavía
de algo mejor. delira en su grandeza
entre una atormentada fantasía:
cinco sentidos tiene y atesora
cinco modos de ser; pero ¡quién sabe
si la Naturaleza soñadora
entre esas cinco cárceles no cabe!

¡Cuánto habrá más allá de los sentidos!
¡Cuántos mundos le son desconocidos
al hombre, que, encerrado tras la reja
de cinco hierros se revuelve en vano!
¡Cuánto dolor ó cuánto gozo deja
de impresionar al corazón humano!

¡Cuánta sombra oscurece la conciencia!
¡Cuánto misterio tiembla en cada paso!
¡Cuánta existencia mézclase al acaso
con la humana existencia!
¡Cuánto suena, en la voz de otras edades,
la voz que pone sobre toda ciencia
la eterna vanidad de vanidades!...

Todavía las cinco sensaciones
incompletas le son al sér humano;
porque al sobrepasar las vibraciones
que lo impresiona su poder es vano.
Lo que es obscurídad para los ojos
del hombre, es viva luz para el gusano:
lo que es silencio para él profundo
es formidable tempestad de enojos
tal vez para la hormiga. ¡Así es el mundo!

¡Cómo se engaña el hombre que en sí fía!
Cree que mira un astro, allá, á lo lejos;
y el astro ha muerto en la región sombría
cuando llegan al hombre sus reflejos.
Cree que escucha un trueno, allá, en la altura;
y el trueno para siempre se ha callado,
y es el eco el que corre por la anchura.
El Presente en el hombre es ya Pasado.

¿Qué razón no adivina
que el silencio está sólo en el oído
y la sombra está sólo en la retina?
¡Ah! todo es vibración: luz ó sonido!

También el hombre encierra
dentro de sí misterios semejantes
á los que halla en su paso por la Tierra:
microcosmos al fin, une el abismo
con la cumbre y la cumbre con el cielo.
¡Cuánto anhelo á la vez vibra en su anhelo!
¡Cuánto organismo alienta en su organismo!
¡Cuánta profundidad y cuánto vuelo
se encierra en el *Conócete á tí mismo!*

Bernard con su escalpelo
va rasgando el misterio de la vida,
sobre el mudo despojo de la muerte;
y arranca con la mano estremecida
fibra tras fibra el músculo más fuerte,
traza en la piel geográficos perfiles,
lamina el corazón, abre las venas,
se extravía en los nervios más sutiles,

y persigue la vida en las entrañas,
como un minero que con manos llenas
va robándole su oro á las montañas.

Y como en el cadáver, ya el acero
rasga las carnes en el cuerpo vivo
sin que salte el dolor. Sueño profundo,
con la inmovilidad del postrimero,
suele aplacar el nervio sensitivo,
apagando el sollozo gemebundo:
y así del anestésico, que aduerme
los dolores, al hálito de sueño,
queda en el vivo la materia inerme
y el alma boga en el azul risueño.
Ya no más del herido en el combate
ha de escucharse el ¡ay! cuando la ciencia
le arranca un nervio que se crispa y late,
ya no más el dolor hasta las heces
hará apurar la docta indiferencia;
¡que, como el corazón, también á veces
tiene su caridad la inteligencia!...

El lente de Pasteur triunfa á manera
de un ojo de titán. Es ley suicida
que la vida se nutra con la vida:
y así entre cada sér, otro hay que espera,
para poder vivir, que aquel se muera.
Células y microbios en batalla
perpetuamente están. ¡Qué sabio Homero
cantaría esa cólera que estalla
como en las epopeyas del acero!
¡Qué poema ensalzara el heroísmo
con que pugna la célula, ante el fuerte
ímpetu del microbio, — alma de abismo!
¡Qué Iliada más excelsa que la Iliada
en que luchan la Vida con la Muerte,
el Sér con el No Sér, Dios con la Nada!...

Emperdenido soñador á veces
á fuerza de soñar realiza el sueño.
Si Brown Sequard soñó, ¡loado sea!
Tras de apurar la copa hasta las heces
nuevamente llenarla. ¡Oh noble empeño
de darle á todo eternidad de idea!
El arrancó su jugo misterioso
al árbol del amor; él, atrevido,
quiso robar con mano de coloso
el fuego de los dioses, á manera
de inmortal Prometeo; él ha querido
darle á la débil condición humana
perpetua juventud de primavera,
como un Sol que detiene su carrera
y eterniza la luz de la mañana...

Mas ¿qué importa morir? Todo se mueve,
todo es sonido y luz, todo palpita;
y justo es que la vida se renueve

en la escala del sér, que es infinita.
La nube que saliera del oceano,
vuelve en agua al oceano cuando muere;
y otra vez se hace nube: así lo humano.
El hombre ya no tiembla temeroso
ante la tumba: la Verdad es fuerte.
Así como no hay sombra, ni reposo,
ni silencio jamás, tampoco hay muerte!...

Buscando otro camino
para las viejas Indias orientales,
Colón, que va con ímpetu fecundo
desgarrando la noche del Destino,
ve de pronto las costas virginales
no de las Indias ya, sino de un mundo.
Tal la sabia ambición, que laboriosa
ensayar supo, en el crisol ardiente,
piedra filosofal que buscó en vano,
la química descubre milagrosa,
que es en la ciencia un nuevo continente
donde se ensancha el horizonte humano!

Ella ha arrancado de la muerte fría
nuevo calor vital. Ella ha rehecho
el despojo, ha avivado la conciencia
que extenuada de fósforo yacía,
ha infundido el oxígeno en el pecho,
ha vuelto á su color la transparencia
de la anémica faz, ha enriquecido
de albúmina las venas de la hermosa
y de hierro los músculos del fuerte;
porque ella el hada redentora ha sido,
que de cada hojarasca hace una rosa
y una resurrección de cada muerte.

Transformándolo todo, á la manera
de aquella vara de Moisés que un día
arrancó el agua de la estéril roca,
sabe también, como la luz ligera,
fugaz, sutil, sobre una plancha fría
reproducir el Sol que reverbera...

La imagen que escapaba á la más leve
etérea vibración, hoy ya perdura:
una sola mirada que se atreve
roba la luz de la celeste altura.

El fotógrafo encierra,
de su mirada, bajo el ampio vuelo,
todas las pequeñeces en la Tierra
y todas las grandezas en el Cielo...

Como un mendigo, que á mirar alcanza
desde un triste rincón festín de gloria,
y una mirada codiciosa lanza
sobre lo que no tiene otra esperanza
que la de conservarlo en la memoria,

el hombre, aquí, en la Tierra, estudia y sabe
lo que hay en cada estrella: él la analiza;
y en su análisis cabe
sol ó luna, la hoguera ó la ceniza.
Engreído tal vez cree ser dueño
de cuanto analizó; mas ¡ay! su sueño
se disipa también, al dar un paso
y encontrarse sin pan y sin abrigo.
¡Vanidad de rincón! ¡Como si acaso
el dueño del festín fuese el mendigo!...

Si el hombre con la luz la imagen fija,
con el fuego desata el movimiento,
ya que alado vapor vuelos le presta.
No la rienda será la que dirija
el carro tronador, que á paso lento
lleva un corcel por la empinada cuesta,
sino el férreo engranaje, que si mueve
la veloz rueda sobre el riel segura,
hace al carro subir con vuelo breve,
en un suspiro de humo, hasta la altura.
No dando al viento la insegura vela
la nave en él ha de seguir confiada,
sino al golpe de su hélice que airada
con alas de vapor rápida vuela:
si antes era la estela una sencilla
rúbrica de la quilla, hoy es la quilla
la que se mueve á impulsos de la estela..

La roca de los montes, traspasada
como un gran corazón por una espada,
abrióse al tren, que en marcha sin demora
voló de un horizonte á otro horizonte;
y fué el túnel. ¡La audax locomotora
se hizo un arco triunfal de todo un monte!

Lesseps, cual el Moisés que abrió los mares,
para escapar de las infames guerras
en pos de sus ensueños seculares,
no abrió los mares, pero abrió las tierras;
y cuando un día al fin rodó á su peso,
fué el Milón de Crotona, que ya en ruina,
—él, que abrió tantos robles,—quedó preso
entre el partido tronco de una encina...

Túneles y canales, como abiertas
válvulas de vapor, diéronle al hombre
no soñados caminos. Las desiertas
extensiones pobláronse; y el nombre
de Stephenson escrito sobre el llano
fué á reflejarse en altitudes sumas,
y el de Fulton fingió sobre el oceano
la primavera de una flor de espumas..

¡Ah, más rápido viaje el de la Idea!

El vapor se hace humo, el humo luego
nube, la nube al fin relampaguea;
y lo que fuego ha sido es siempre fuego...

Si conquistó el vapor en las entrañas
de las profundas minas, donde duerme
el sueño abrumador de las montañas,
que en carbón milenario convertidas
son monumentos de la vida inerme
en que yace el recuerdo de otras vidas,
también el hombre, que atrevido sube,
ya que ahonda atrevido, alzó los ojos
y, como quien le arranca el haz de enojos
al mismo Jove, conquistó la nube.

En la electricidad el pensamiento,
por un hilo de alambre, así bucea
en el fondo del líquido elemento
como sobre la cúspide chispea,
escapa por desiertos infecundos,
salta enormes barreras de granito,
rasga los antros en el mar profundo,
vibra en medio de eternas tempestades
y canta con la voz de lo Infinito
el Himno Universal de las Edades!

Por el alambre eléctrico va el alma
en fuga tan veloz, que diera espanto,
si la apariencia con disfraz de calma
de la materia no ocultase tanto!
¡Ah! seguir con los ojos esa fuga,
cual la del mismo rayo, cegaría...
Júpiter fiero el ceño desarruga
al saber que, amansado en la porfía,
su rayo es como un ave mensajera,
que lleva sobre el ala por dó quiera
el nuevo anuncio del Futuro Día...

Los postes arrancados á la selva,
esperando quizás que pronto vuelva
la Primavera á remozar sus galas,
son árboles de invierno desvestidos,
donde se oyen también rumores de alas,
choques de beso y vibración de nidos...
Los postes de la selva milenaria
son después centinelas del arcano,
¡mástiles de una flota imaginaria
en que navega el pensamiento humano!

Por el alambre vagan en la anchura
el sonido vivaz, la luz tranquila
y el raudo movimiento. Un día acaso
podrán todas las fuerzas de Natura
correr por el alambre: la pupila
verá brillar un Sol ya sin ocaso;
el tímpano oirá la voz profunda
con que habla el mismo Dios; la débil mano

enfrenará la actividad fecunda
que hierve en el volcán y en el oceano;
y hasta la idea, haciendo á la corriente
cruzar por dos cerebros en un choque,
saltará de la cumbre de una frente
á la profundidad de un alma en bloque...

Mas ¿qué importa el alambre? Ya la ciencia
lo cortó en el telégrafo. El sonido
la luz y el movimiento, en la experiencia
presto habrán de seguir. Tal en un vuelo
rompe su cable el globo retenido;
y, en plena libertad, escapa al cielo!...

Edison, como un buzo, se aventura
con sus redes de alambre; y aprisiona
entre esas redes misteriosas vidas.
El sabe dónde está la fuente pura
en que el alma á la vida se eslabona,
dentro de las penumbras escondidas;
y hace del tiempo su trionfal proscenio:
el sonido y la luz que un tiempo han sido,
evocados al golpe de su genio
pueden ser otra vez luz y sonido!

El fonógrafo lleva hacia el Futuro
la voz con que habla el Siglo. ¡Oh claridades
las que el cinematógrafo en lo obscuro
proyectará á través de las edades!...

Y la luz cantará, porque el oído
sabe ya en el fotófono que el rayo
se desenvuelve en són. ¡Todo está unido!
El rayo X penetra de soslayo
hasta las más compactas solideces,
para fijar la imagen resguardada
en el fondo del sér. ¡Quién sabe, á veces,
donde más se buscó no se halle nada!...

¡Quién sabe si otra fuerza misteriosa
hoy para el hombre inédita reposa!
¡Quién sabe si en el mismo
apenas esbozado magnetismo,
duerme una nueva ciencia milagrosa!
¡Quién sabe si la bíblica serpiente
no ha logrado mentir; y así el Destino,
antes quizás de doblegar la frente,
verá, con una póstera mirada,
descender al Espíritu Divino
sobre la Humanidad Transfigurada!...

IV.

La última visión.

Examen de conciencia. — El gran poeta del siglo: Victor Hugo. — El gran pintor: Delacroix. — El gran escultor: Rodin. — El gran músico: Wagner. — Arquitectura. — Arco de la Estrella. — Catedral de Milán. — Puente de New York. — La torre de Eiffel. — Hacia lo porvenir. — Navegaciones aérea y submarina. — La Paz Universal — Socialismo. — Intelectualidad. — Las madres. — Los niños. — Ciencia y Amor.

¡Haga la musa examen de conciencia!
Cierre los ojos; y en la sombra obscura
del propio yo, desflorará sus rastros,
como en un hondo lago en transparencia
se mira reflejar desde la altura,
la muerta imagen de los vivos astros...

¿Quién es aquel que en la saliente roca,
al dintel de un abismo, así medita,
sentado, con el índice en la boca
y la mirada en el profundo seno,
donde un río veloz se precipita
que va soplando en el clarín de un trueno?
¿Es ángel ó demonio? Su mirada
las más espesas sombras desvanece
y en la profundidad se filtra suave.
Es un vidente; y piensa: su arrugada
frente á un golpe de idea se estremece,
como la flor en que se posa el ave...

Víctor Hugo, que ve bajo sus plantas
desatado huracán, rúbrica inmensa
que serpea en la faz de los abismos,
oye la voz de innúmeras gargantas
con que habla el río aquel; y entonces piensa
en el ¡ay! de los grandes cataclismos!

¿De dónde el río aquel? Sus turbias aguas,
que van rompiendo en gritos de quebranto,
nacieron en los yunques, en las fraguas,
en los grandes trabajos y en las iras,
hechas con sangre, con sudor, con llanto,
mientras sonaban las celestes liras
al diapasón del amoroso canto...

¡Cómo! ¿No hubo un poeta que ajustara
á su lira la voz del negro río,
en cuya linfa, para siempre clara
desde entonces, el numen se bañara,
libre en su amor, soberbio en su albedrío
Sólo él rompió los cánones deshechos,
como un titán sus férreas ligaduras,
trepó por los caminos más estrechos

y alcanzó la amplitud de las alturas;
y desde allí, clavando su mirada
en el río que corta la quebrada,
al recorrer las cuerdas de su lira,
se hizo el Homero que cantó la Iliada
de nuestra Libertad, — ¡santa mentira!

De súbito, ya en pie, sobre la roca,
tiende la mano; implora al infinito;
y con un dedo que una estrella toca,
deja después, sobre la sombra, escrito
otro nombre: — Igualdad.
Y es porque sabe
que el grito de su pueblo es ese grito,
donde el Sermón de la Montaña cabe;
y porque, desde su ara de granito,
en comunión con las humanas vidas,
piensa que son, cual madres sin entrañas,
los abismos montañas invertidas
que un día surgirán de sus escombros,
ya que en sus curvaturas las montañas
son como abismos encogidos de hombros!

¿Qué ve en el río, que contrae el arco
de sus cejas de Júpiter y luego
vibra como una flecha la mirada?
Por ese río de dolor un barco,
tranquilo entre el afán y sordo al ruego,
con la vela de púrpura entregada
á la brisa de lánguido murmullo,
avanza, al golpe de sus remos de oro
que el agua hienden con chasquido lento,
mientras tímidas flautas en su arrullo
siguen las eses de un cantar sonoro
que una voz de mujer regala al viento...

¡Son los felices de la vida!
Entonces
el poeta, que siente
clamar al río con fragor de bronces,
aprisiona en sus manos una nube
que ha pasado rozándole la frente;
y, oyendo que hasta él mezclado sube
el ¡ay! del monstruo al canto del querube,
sacude aquella nube épicamente,
porque ansía mirar la blanca mano
de la dama gentil sobre la frente
ensangrentada del Dolor humano...

Salta sobre la barca, en lo profundo;
coge el timón en la segura mano,
y se lanza con ímpetus altivos:
su «Divina Comedia» es de este mundo;
porque sus condenados están vivos.

Aquiles de la estrofa, él con su acero
sabe, desde su púlpito sonante,
á cada golpe quebrantar un yugo...
El Paganismo clásico es Homero;
El Cristianismo redentor es Dante;
y el Pensamiento libre es Víctor Hugo...

¿De quién la mano varonil é inquieta,
que á toque de pincel mancha la albura
de los lienzos y traza los perfiles
de las visiones que soñó el poeta?
¿Qué Víctor Hugo mezcla en la pintura
cielos de libertad, magnos abriles
de floridas leyendas, horizontes
de porvenir, ensueños seculares,
sublevaciones ásperas de montes
y rebeldías de escarpados mares?

Delacroix, frente á frente de la tela,
que se estremece al golpe de su mano,
arroja de las alas con que vuela
el polvo de oro del ideal humano;
y épico y generoso, jamás canta,
entre sus sinfonías de colores,
breves idilios, rápidos amores,
porque en tan altos vuelos se levanta
que ve las selvas cual si fuesen flores.

Tal como la Verónica en su lino
estampó el rostro de Jesús, el genio
halló á la Libertad en su camino,
enloquecida, sudorosa y fiera,
que iba á la barricada,—su proscenio;
y la envolvió en su lienzo, á la manera
que se envuelve luchando una heroína
en el amplio jirón de una bandera:
la Libertad, que vuela retratada,
hacia un eterno porvenir camina;
¡y va de barricada en barricada,
en el Juicio Final de cada ruina!

¡Qué dulces tonos en el lienzo suave
diseñan al Orfeo, que se inspira
del argonauta en la velera nave;
y que, entre el grito de la lucha recia,
sembrando va con su tricorde lira,
las artes de la paz sobre la Grecia!
¡Qué ásperas líneas en el lienzo toma
el fiero Atila que arrojó el desierto
sobre la vieja y decadente Roma:
y que, cruzando en su corcel la Tierra,
hundió las glorias de ese mundo muerto
bajo los huracanes de la guerra!

¡Ah! ¡qué inflamada en saturnal orgía
se ve, sobre otro lienzo, la agonía

con que el gran Sardanápalo protesta
del triunfo de la muerte, porque ansía
morir en medio de su alegre fiesta!
¡Y en qué plácidas tintas se colora
Lázaro, que en la tumba resucita,
como la flor al beso de la aurora
y el alma al beso de la fe bendita!

Mas ni el infierno vivo, la matanza,
que en Chíos el pincel copia vibrante,
á las alturas épicas alcanza
como aquel barco en que navega el Dante.

Virgilio, coronado de laureles,
entre una vaga sombra se alza envuelto;
y las iras, que en vano otros pinceles
ensayaran copiar, soplan inflando
el manto al aire sacudido y suelto.
Lago turbio... Cadáveres flotando;
mujeres con el rostro dolorido,
que levantan la frente; hombres que fieros
se hunden, como en el fondo del olvido;
contracciones de gritos lastimeros;
vivas palpitaciones de alarido;
torsos que se levantan en la espuma;
bocas de asombro y espantados ojos;
mortajas desprendidas de la bruma
que va á inflamarse en los infiernos rojos;
y en los bordes del barco, que inclementes
aires arrastran con presteza suma,
músculos que en esfuerzos sobrehumanos
quieren vencer las rápidas corrientes,
brazos cogidos con crispadas manos
y cabezas prendidas con los dientes!...

¿Y quién el Dante del cincel, que quiere
mostrarle al Porvenir la copia viva
de nuestro Siglo eternízado en roca!
Bajo el pie de Rodín, se dobla y muere
la Forma, que renace y expresiva
es ala en hombro y es clarín en boca!

Hugo del mármol, Delacroix del bronce,
él procrea querubes y vestiglos,
todo lo que es vigor y gloria y ciencia...
Se oye á su paso rechinar el gonce
con que gira la puerta de los siglos,
sobre la eternidad de la Conciencia!

El ha fijado, sobre el mármol frío,
todo el hondo calor con que su genio
va animando el espíritu sombrío
de la escéptica Edad; él en sus brazos,
como actor que recoge en el proscenio
el cadáver de su hija hecho pedazos,
ha oprimido con ansias de coloso
la palpitante Inteligencia humana,

que de mármol tallada en el reposo
eternamente se alzará mañana;
y así, como un titán que osa en su anhelo
ir por las rocas escalando el cielo,
él con sus rocas cubrirá horizontes,
á manera del genio del abismo
que va, de cataclismo en cataclismo,
acumulando montes sobre montes!..

Aquel tiene la frente doblegada
por la meditación; aquel se empina
con un reto á su Dios en la mirada;
aquel parece un corazón en ruina
que atravesó una espada,
ya que sonríe con amarga angustia
y cruzando los brazos sobre el pecho,
baja la frente pensativa y mustia;
aquel que se retuerce, á la manera
de un moribundo en su candente lecho,
es un alma sin fe, que desespera;
aquel que, con el codo en la rodilla
y con la barba en la cerrada mano,
pliega los ojos, porque acaso brilla
dentro de ellos el Sol, es un vidente
que cree ver el Porvenir humano
y en lo futuro revivir se siente;
aquel que, con la boca contraída
suplica un pan al generoso anhelo,
es la perpetua imagen de la Vida
que va implorando una limosna al Cielo;
aquel que, con el índice en el labio
y en actitud meditativa, escucha
una voz misteriosa, ¿es loco ó sabio?
y la mujer que una visión evoca,
y se hace Libertad y se hace Lucha,
y se hace Redención, ¿es sabia ó loca?
Allá, brazos de obrero como troncos
ricos de savias, entre exangües venas
de mujeres hambrientas y ateridas;
allá, naufragios en los mares broncos
de la Revolución, lecho de arenas
y naves entre rocas oprimidas;
aquí, nervios crispados en dolores;
allí, raros ensueños de otras vidas;
acá, explosión de rabias y de amores;
todo ciñendo olímpicos laureles,
todo vibrando triunfadoras palmas;
porque el genio inmortal con sus cinceles
talló los cuerpos y esculpió las almas!...

¡Ah! si la Antigüedad tuvo poetas
de dominantes vuelos, y pintores
de fúlgidos pinceles, y escultores
de manos sabias á la par que inquietas;
si tuvo á Homero que embocó la trompa,
á Apeles que jugó con los colores,

á Fidias que vistió de egregia pompa
los pantélicos mármoles; si el Dante
rompe después su cántico divino,
Rafael traza sobre el albo lino
vírgenes nuevas con pincel vibrante,
y Miguel Angel vigoroso arranca
la estatua del Profeta, al recio choque
de su cincel contra la roca blanca,
que duerme el sueño del intacto bloque,—
no tiene, no, quien su grandeza mida
con la del genio musical que en notas
fija, sobre el eterno pentagrama,
lo que es idea, libertad y vida,
jaulas abiertas y cadenas rotas,
aves que trinan en cualquiera rama!

Wagner revoluciona los sonidos
y abre hacia el porvenir sus regias salas;
él, como un cazador, coge los nidos,
y abre los picos sin herir las alas;
él, como un buzo, explora el oceano,
y en vez de perlas cuando vuelve trae
un puñado de notas en la mano;
él, como un viento desalado, cae
en el abismo de la sombra nueva,
que se estremece con temblor de asombros
sobre las blancas crines de un torrente!
él, cuando escapa hacia la cumbre, lleva
una nube colgada de los hombros
y un ósculo de sol sobre la frente!...

Todo cabe en su música. A manera
de una áurea red de prodigiosa araña,
su música retiene prisionera
la mosca de oro de una idea extraña:
él sabe que son ritmos los colores,
y pinta con la música paisajes;
y sus notas perfuman como flores,
y sus notas se anudan como besos,
y sus notas se cogen de los trajes
que al aire baladí vuelan traviesos
en la danza de todos los encajes...

Él sabe que los ritmos de la altura
pueden robados ser; y al cielo sube;
y, al descender de la celeste anchura,
prisionera en su red trae una nube;
así, volando desde humilde nido
hasta el trueno colérico y sonoro,
alza en el aire sus castillos de oro,
porque es el arquitecto del sonido.

La Arquitectura, el arte en que se suma
el vigor y la gracia, hecha por manos
de titanes y gnomos, es el grito
del mar que, entre sus cóleras de espuma,
osa crisparse con esfuerzos vanos
para llegar de un salto al Infinito...



El indio alista
su arco, empuña una flecha y se prepara;
fija en el cóndor, con segura vista,
la flecha sobre el acto; y la dispara....

El Derrumbe - Parte I - V

El Arco de la Estrella es ancho puente,
por cuyo ojo de cíclope en torrente,
¡oh pueblo de París, te precipitas!

El Templo de Milán, con sus derechas
y agudas torres, como un haz de flechas,
es una agrupación de estalactitas...

¡El Puente de New York con su serena
y atlética actitud luce sus galas,
como una aparición, á la manera
de un ave colosal que abre las alas!...

Y la Torre de Eiffel, que se levanta
como un penacho de París, á modo
de un pararrayos trágico que espanta
y penetra en la nube desde el lodo,
tres veces colosal, que del Desierto
suma las tres Pirámides, tranquila,
sobre las nieblas pálidas perfila,
largo compás apenas entreabierto...

Como una flecha que prepara el vuelo,
como una aguja con imán de altura
que atrae las miradas hacia el Cielo,
faro es la Torre, que en la noche obscura
ha de guiar el generoso anhelo
de la naciente Humanidad futura.

Desde esa Torre zarpará la nave
que con un vuelo majestuoso y grave
se pose un día sobre el nuevo mundo,
mientras del nuevo mundo un submarino,
penetrando del mar en lo profundo,
la cruzará tal vez en el camino...

Entonces, cuando en triunfo sobre el viento,
con su máquina eléctrica navegue
el globo entre los cielos y la Tierra,
cuando el buque en el líquido elemento
con insólito empuje al fondo llegue
y rasgue los misterios que él encierra,
será, bajo celeste cataclismo
ó entre explosión que salte del abismo,
la Guerra aniquilada por la Guerra:
aunque el afán de lucha sea el mismo,
la Guerra que se lance airada y loca
tendrá que suicidarse en la batalla,
cual submarino que en el fondo choca
ó como globo que en el aire estalla...

Y alzándose con ímpetu fecundo,
la Paz, que un vuelo triunfador arranca,
clavará en esa Torre, sobre el mundo,
una bandera universal: ¡la blanca!...

Por esa Torre escalará el obrero
la épica redención.
Quiere justicia:
misericordia no; mientras el fuero
ceda cobardemente á la impudicia;

mientras el criminal logre baratos
títulos de honradez; y el rico pueda
comprar con oro el agua de Pilatos,
y lavarse las manchas de la frente,
para arrojar el agua que le queda
á la cara después de un inocente...
¡Oh Dios de justicia! ¡oh Dios de acero!
Tiende la mano protectora al pobre,
descarga al rico el golpe justiciero:
¡y que nada nos falte, ni nos sobre!

Desde esa Torre mirará el poeta
llegar el Porvenir.
La musa inquieta
sabe que, entre las sombras del futuro,
hierve la aurora del ansiado día,
que ha de imponer el bienestar seguro
no con falsa Igualdad; en Armonía.
Es justo que se lleve arrebatados,
la tempestad de las banderas rojas,
escudos señoriales abollados
y árboles genealógicos sin hojas;
pero es justo también fijar la brída;
¿qué alma no ansía ver, si no está ciega,
más que esta democracia corrompida,
la intelectual aristocracia griega?...

A los pies de esa torre, las esposas,
madres del nuevo Siglo, que entre rosas
arrullarán legiones de querubes,
sienten el porvenir en sus entrañas,
fecundas como el seno de las nubes
y como el corazón de las montañas!...

A los pies de esa Torre, las cabezas
de bucles de oro asomarán mañana
dándole entre caricias y ternezas
amor de hogar á la familia humana.

—Niños, venid á mí,—clamaba el Cristo
que amaba el Porvenir.
Niños: ¡yo os amo!
Yo vuestras almas acudir he visto
de Jesús al dulcísimo reclamo;
y en vuestros bucles de oro se adivina
el trigal rubio que dará la harina
del pan y de la hostia. ¡Excelsas palmas
para vosotros, los que deis la Ciencia,
—que es el pan de la humana inteligencia,—
y el Amor,—que es la hostia de las almas!...

Venga desde las cumbres eminentes
y pase, por mi cántico sonoro,
sobre el tropel de las nevadas frentes
el huracán de los cabellos de oro;
¡y á los pies de esa Torre, que en su vuelo
desafía las roncas tempestades,
por obra del Amor, se hará mañana,
sobre la comunión de las Edades,
la Eucaristía de la Especie Humana!...

EL DERRUMBE

(POEMA AMERICANO)

Al Excmo. Señor Presidente de la República, Ing. don Eduardo L. de Romaña.

PARTE PRIMERA

I

El salmo de las cumbres

Allá sobre la cúspide, en el nido
del solitario cóndor, á la hora
en que la obscuridad sube sin ruido
y se ensancha después devoradora
como un bostezo de Luzbel caído,
ruge la tempestad, que, con extrañas
voces, pregona hacia el confín incierto
el secreto arrancado á las montañas
en las apocalipsis del desierto.

Cada monte es un libro: en sus no abiertas
páginas, la indomable fantasía
de la Naturaleza, acaso un día
fijó los sueños de las razas muertas;
y biblia así de eterna poesía,
guarda la historia de una extinta lumbre,
de una ilusión que fué, de un Dios que ha sido.
¡Cuántas frases abarca el atrevido
acento circunflejo de una cumbre,
solitaria y glacial como el Olvido!

¡Oh raros jeroglíficos de piedra!
¡Oh signos de ortográficos perfiles!
El insolente espíritu se arredra
ante el capricho de la cumbre; y baja
á los abismos hondos y serviles,
donde el sombrío génesis trabaja
del glorioso futuro,
que saldrá á luz intrépido y bravío,
como el planeta en un bostezo obscuro
que dió la boca abierta del Vacío...

Del fondo de los trágicos abismos,
al beso de la tarde, cuando el vago
crepúsculo reparte los bautismos
de su luz á las cumbres elevadas,
cuando el cielo tranquilo como un lago
bebe del sol las últimas miradas,
surgen vestiglos, trasgos, raras aves,
vampiros, que en fantástico derroche
ponen las cuerdas de las notas graves
en el arpa vibrante de la Noche.

Vaciándose el abismo al sol que muere,
tras el sacramental abracadabra,
es la boca entreabierta que agua quiere,
sin poder balbucear una palabra...

Logra agua al fin. Cual si Moisés abriera
una senda á su ejército bravío,
súbitamente la montaña entera
se parte en dos para dar paso al río.
Por entre la montaña, en la espesura
protesta el río con clamor de fraguas:
lívida raya en cabellera obscura,
á veces con la red de la verdura
cubre las desnudeces de sus aguas...

Esos que, sin llorar é indiferentes,
sonríen del dolor que los arredra,
podrían ahí ver que hasta la piedra
sabe también llorar: llora torrentes!

¡Qué glorioso concierto
forman el agua en bravos estertores,
con la voz ronca con que hablara un muerto,
y el trueno, que redobla sus tambores
conjurando las sombras del desierto!...

Luego... la paz.
¡El monte de agrias punta
que parece afilar su cumbre ufana,
es un titán con las dos manos juntas
en la actitud de una oración cristiana:

¡Las cumbres de sinuosas inflexiones
como oleajes de horrendos cataclismos,
parecen formidables corazones
enterrados de punta en los abismos!
El alto monte que hasta el cielo crece,
de orgullos fieros y ambiciones sumas,
vertiendo agua en los cóncavos, parece
Hércules humillado hilando espumas...

¡Hasta allá... por las cúspides bifrontes,
con pie de acero y corazón de brasa,
irá el tren de lejanos horizontes,
que superpuestos túneles traspasa
como una aguja que cosiera montes!

¡Oh vértigos de altura extraordinarios!
¡Oh qué collar de cumbres se desgrana,
como jibas de enormes dromedarios
en una inamovible caravana!...
Y de noche ¡oh visión la de las cumbres!
La noche bajo el ala abriga estrellas,
sombras de sombras, fugas de vislumbres,
golpes de trueno y tajos de centellas
¡Allá... sobre esa cumbre que reposa
se ven los astros palpitar con vida,
simulando, en las sombras, la caída
de una inmensa nevada luminosa,
pero perpetuamente suspendida!...

II
Corazón de montaña

En el boscaje se desgranan fugas
de cobardes murmullos: ya es el ruido
con que rebulle el lago estremecido
que contrae su faz llena de arrugas;
ya es el golpe del ala,
que en su palpitación quiebra una hoja,
y sobre el lago de cristal resbala
y en el sonoro líquido se moja;
ya es el runrún de insectos voladores,
que hacen chirriar el élitro vibrante,
que profanan los labios de las flores
y que lucen, rondando sus amores,
alas de tul y ojillos de diamante;
ya es el crujido de vetusta rama;
ya es la caída de pesado fruto;
ya es el trino de pájaro que clama;
ya es la carrera de indomable bruto,
árbol, que fatigado se derrumba;
piedra del monte, que al abismo rueda;
brisa fugaz, que en la hojarasca zumba,
como un suspiro que se envuelve en seda;
y allá, muy lejos, cual arteria rota,
un manantial que cristalino brota
finge, en sus ecos de vigor escasos,
algo como un copólogo que flota
sobre los bordes de un millón de vasos...

¡Oh murmullos del bosque! ¡oh voz sagrada
de la Naturaleza! ¡oh queja honda
de fiera agonizante! No, no hay nada
que ensanche más el corazón humano,
que, cuando vibra, el arpa de la fronda
templada al diapasón del oceano.

Quien descubre una voz que lo enamora;
quien, una voz que le recuerda un canto;
quien, una que lo arrulla ó que lo implora;
quien, que nunca oró á Dios, oyendo tanto
rumor solemne, se arrodilla... ¡y ora!

Por entre aquella soledad profunda,
cual en exequias de pomposo luto,
avanza un fraile. Un nimbo lo circunda
en medio del fulgor de su delirio;
y envuelve en un jergón su cuerpo enjuto,
como en una bandera de martirio.
Tal vez bajo el jergón, sus carnes muerde
cilicio punzador; mas él resbala,
cual si, apenas tocando el tapiz verde,
bajo de cada pie tuviese un ala...

Encapuchado, en actitud de duelo,
va dejando al pasar borrosas huellas:
en sus ojos de abismo hay luz de cielo

y en su barba senil plata de estrellas.
Parece que algo dice ó que algo escucha
dísuelto en un rumor.., ¿Por qué ve el suelo?...
Al mirarlo, en el fondo, se adivina
en la circunflexión de su capucha
el perfil de una cumbre que camina...

¿A dónde va? ¡Quién sabe! hasta él lo ignora..
Apoyado en su báculo florido,
va caminando hacia la nueva aurora
adonde tantos, sin volver, han ido.
¿Qué lo impulsa? ¡La fe! Cruz redentora
en sus espaldas gravitar parece...
Va á la muerte tal vez; pero él avanza,
porque la fe es un ala que le crece
abierta sobre un viento de esperanza.

Él es el noble apóstol de heroísmo,
que se aventura por la virgen selva
cristianizando tribus. Es el mismo
que cien veces entró: ¡quizás no vuelva!
A la vieja montaña adormecida
llega de lejanísima distancia;
y cada vez que al soplo de otra vida
su hábito deja en pos nueva fragancia,
se estremece la selva sorprendida
con la virginidad de la ignorancia...

Parece que la palma triunfadora
dobla sobre él su protector follaje:
es como un alma de dolor que llora
para hacerle con lágrimas un traje.
Y él avanza, y avanza,
como la evocación de una esperanza,
como una sombra de inmortal consuelo,
como un fantasma que en los sueños yerra,
como una viva encarnación del cielo
que con alados pies vaga en la tierra...
Ante él todo se humilla: el bravo espino
se dobla sin vigor; las anchas hojas
tienden alfombra blanda en su camino;
los frutos caen de sus ramas flojas.
Extraño no es que á descansar le brinden
secas flores, que en loco torbellino
danzan al són de músicas bailables;
que hasta las pencas sin querer se rinden,
como trofeos de mellados sables.

De súbito á sus pies se abre una zanja,
por donde prisionero ancho torrente
va sacudiendo su espumosa franja
como se desenrosca una serpiente.
¿A dónde irán los bélicos rebotes
del torrente á estrellarse? Entre el umbrío
boscaje, allá... se miran dos islotes
y alrededor el vórtice de un río.

¡Allá!...
¿Cómo seguir? ¿Cómo el tortuoso
rumbo cortar del ímpetu bravío
con que el torrente va?..,
— ¡Dios milagroso,
tú que en el Rojo Mar diste á tu gente
paso, dámelo á mí! — clama elocuente
el fraile entre ese funeral reposo;
y alza después hacia el Azul la frente,
porque ve que en milagro portentoso
un árbol cae... y le improvisa un puente.

En un claro del monte
donde ponen su cruz cuatro caminos,
se alza la ceiba.
Anchísimo horizonte
domina su señor: aun los vecinos
bosques, que el río cual plateada boa
separa de esa isla. El rey salvaje
abre las aguas con veloz canoa,
como una mano abrió el follaje.

La ceiba secular, que desde el suelo
alza en su único brazo amplio ramaje
dominaba el silencio del paisaje
y parecía amenazar el cielo.

Era capaz en su corteza ingente
de perpetuar los signos de los nombres
de diez tribus del sol; y vanamente
la desearían abrazar tres hombres...

¡Tres hombres!
Se dijera
náufraga nave, que el torrente bronco
hasta ahí trajo, y que se irguió altanera
clavando al cielo su insolente proa...

¡Y á pesar de ello, alrededor del tronco
tres vueltas daba formidable boa!

Cuando desletargada la serpiente
desanille sus fúlgidas escamas
y zigzaguée, á modo de un torrente,
bajo los arcos de copiosas ramas,
elástica, ondulante, entre las hojas,
reflejará del sol las vivas llamas
sobre la verde piel con manchas rojas;
y al ir, en su acrobática destreza,
resbalando veloz por la maleza,
á la manera del destino ciego,
en sus sinuosidades será entonce
como una ese de azufrado fuego
ó como un río de viviente bronce...

La copa de la ceiba al golpe vivo
del viento lenguaraz hervía en sones,
como si fuera el arpa de un cautivo
colgada ahí para vibrar canciones;

y al rededor de sus frondosas galas,
daban rápidas vueltas cien gorriones
como si fuesen un collar con alas...

Aquella tarde en la sinuosa orilla
del río, un grupo alegre de salvajes,
después que el agua con cortante quilla
abrieron al volver de otros boscajes,
rodeaba el fuego de voraz hoguera,
donde se chamuscaban los plumajes
y dorábase el lustre de la escama:
la sangre que caía un charco era
y el reflejo incendiario de la llama
daba á los rostros expresión más fiera.

Ciñen los indios el collar de dientes,
cubren su desnudez con piel de pumas;
y al agrupar tus coronadas frentes
forman espeso matorral de plumas.

Apartado uno de ellos con desvío
ve correr, lleuo de tristezas sumas,
la ese melancólica del río
que dibuja á sus pies oes de espumas...

¿Quién es él? ¿Y en qué piensa?
Se adivina
en su actitud el dominante sello.
Es el rey de la tribu; y de su cuello
pende la triple hilera: en su felina
mirada fulge varonil destello.
Cual Luzbel en la fábula divina,
á un tiempo mismo es repelente y bello...

¡Ah! sus flechas, que en yerbas misteriosas
sabe él envenenar, le abren camino
de triunfo al porvenir. Cual mariposas
sobre un cáliz de miel, enjambres de or·
son los ensueños de feliz destino
que en círculos de luz le forman coro.
Su ambición es vencer en la porfía;
y hasta ensanchar querría
las selvas mismas á su empuje estrechas,
para tener entre su mano un día
todas las tribus como un haz de flechas...

Tal es él y tal piensa.
Repentino,
en la contraria orilla un rumor llama
oídos de atención. Mézclanse el trino
del sorprendido pájaro que fuga,
el doliente crujido de la rama,
el frote de la hoja con la hoja
como desdoblo de sedosa arruga;
y, al inflamado beso
que imprime en cada faz la llama roja,
el grupo de salvajes ve sorpreso,
cual si fuese relieve

ó cuadro vivo sobre el bosque impreso,
un capuchón, un rostro de blancura
y una barba de nieve,
desgarrando el telón de la espesura!

El salvaje cacique abre los ojos
de asombro ante esa faz nunca soñada;
y el fraile, dulcemente, sin enojos,
lo circunda en la luz de su mirada.
Se ven... El grupo que los rostros gira,
observa al fraile, sin que nadie vuelva
los ojos hacia atrás...
¿Quién no se inspira
ante ese cuadro de belleza rara?

¡La ciudad y la selva,
que se están contemplando cara á cara!...

III

El hogar del colono.

En los ásperos pies de las montañas
veíanse á lo largo del camino,
agrupadas sin tino,
con sus pelucas grises las cabañas;
y árboles enfilados, á manera
de tristes centinelas en derrota,
sacudían al aire una bandera
de hojas marchitas en un asta rota...

Ladra el perro guardián; ladra el torrente,
que también cual mastín encadenado
de peñón en peñón, rompe su frente;
flechan las aves con sesgado vuelo
el viento lenguaraz; bala el ganado;
se abren las flores; y palpita el suelo:
todo es fecundidad... ¡Naturaleza
parece que, en un ímpetu salvaje,
se desgarrara el traje
para mostrar desnuda su belleza!

El indio sigue...
El fraile que lo guía
lo ha bautizado ya; por eso él quiere
llegar á la ciudad, que de ella un día
tornara de armas y vigores lleno.
La ambición lo llamó con voz de trueno;
pero como él le ha dicho que le espere,
esa misma ambición duerme en su seno.

¡A la ciudad! El áspero salvaje
en breves pasos, tras el fraile en calma,
dejó — sin olvidarlo — su boscaje;
y así, aunque tenga que cambiar de traje,
extraño fuera que cambiase de alma...
Quiere civilizarse, mas no en vano;

porque en las selvas á su empuje estrechas,
podrá luego tener entre su mano
todas las tribus como un haz de flechas!

Un fundo de floridos cafetales
salta á la vista. Al flanco de la casa,
árboles que se yerguen colosales
un bosque forman, que ni el sol traspasa,
finge un nido de condores, un nido
ante inmensos barrancos suspendido.
De piedra y polvo sobre informe masa,
la fábrica resalta, construída
en la cresta mortuoria de un derrumbe
como un penacho de rebelde vida.

Cuida el bosque tal vez que el soplo mismo
del huracán no desbarate y tumbe
la débil casa — erguida ante el abismo,
como presa que en boca de una fiera
lograse, por extraño magnetismo,
que cerrarse la boca no pudiera...
Los árboles confusos y perplejos
vierten la sombra de sus copas llenas
con voluptuosa paz: vistos de lejos,
recuerdan las fantásticas melenas
de los bardos románticos y viejos...

Coronando la casa, desde lo alto
brinca un chorro de plata reluciente,
que esforzándose va, de salto en salto,
hasta romperse en un peñón la frente;
y entonces cede al poderoso aliento
del ábrego que sopla en el barranco,
y se esparce en mil gotas como un blanco
velo de novia desplegado al viento...
Entre la convulsión de la cascada
que como un león sacude su melena,
finge al caer la espuma ensortijada
los grumos de una barba nazarena....

Luego da en tres monstruosos escalones
tres grandos saltos con presteza suma.
Se hace una catarata que entre espuma
retiembla con nerviosas convulsiones,
protesta con rugidos iracundos;
y del tercer peñón se desbarranca,
rodando destrenzada en los profundos
como una hermosa cabellera blanca...

Y ahí, en el fondo, henchido de clamores
pasa el río veloz, que se creería
la tropa de centauros trotadores
fugando á escape por la selva umbría:
despláyase de pronto; y desplayado,
de las espumas con la inmensa mancha,
rebramando al mirarse acorralado,
es una piel de tigre abierta y ancha...
Finge, cubierto de espumosos velos

peinados suavemente por las brisas,
un charco que ensortija sus hoyuelos
como una enorme cara de sonrisas...

Anhelando que al fin se desenvuelva
su copioso caudal, el río apura
el amor que le brinda la espesura:
tras la feroz lujuria de la selva,
la voluptuosidad de la llanura...

Y al ver cruzar el río
en zigzag sin reposo ní desmayo,
ciego como el furor que lo arrebata,
no se sabe si Dios al bosque umbrío
ha querido tajarlo con un rayo
ó estamparle una rúbrica de plata!

La selva secular, cortada á trechos
por llanuras bravísimas, parece
nodriza exuberante que apetece
abrir las ropas y enseñar los pechos.

En las llanuras de apretada yerba
son los árboles tétrico presagio,
cual desertores de una lucha acerba
ó cual mástiles rotos de un naufragio;
y al fondo de las ásperas quebradas
árboles tristes de un Edén perdido
parecen unas naves encalladas
de mástiles que hubieran florecido...
Es el naufragio de la selva.
Luego
sigue la selva en su marcial conquista:
como quien mira el sol se queda ciego
por un instante, sin perder la vista.
Y en brusca exaltación, Naturaleza
congestiona de pronto la espesura:
es la selva que saca la cabeza
después de zabullirse en la llanura...

La casa de la hacienda está de frente
al río y á la selva. De este modo,
el fondo, aprisionando con un puente
la otra ribera, lo aprisiona todo.
Nada importa que salten á pedazos
los montes en horrendos cataclismos...

¡El puente salvador se abre de brazos
y hace la redención de los abismos!

IV.

Flor de las selvas.

El hogar del colono envejecido,
rico es en juventud; porque en su seno
una blanca paloma tejió el nido:
hija del viudo labrador, es bella
entre su ingenuidad, como una estrella

que entre un lago sereno
refleja su fulgor.
¡Silencio! Es ella...

. . . .

Pálida joven de mirada triste,
¿por qué suspiras y los ojos pones
en el lejano azul? ¿Dónde aprendiste
á hilar estrellas y á tejer visiones?
Parece que en tus dedos una estrella
desfleca su fulgor; tú en cada giro
vas retorciendo, con los flecos de ella,
hilos de llanto y sedas de suspiro...
Mientras tiembla la luz de tus miradas
en la fulguración de tus antojos,
como dos cuentas negras ensartadas
en un hilo de luz, lloran tus ojos...
¡Cómo divagan las azules venas
sobre la hostia de tu blanca frente,
á modo de relámpagos que apenas
pasan sobre un crepúsculo doliente!
¡Cómo se agitan tus intactos senos,
cómo solloza tu gentil garganta,
cuando comienzan á danzar los truenos
y la tierra á temblar bajo tu planta
¿Quién heló tus ensueños? Tus dolores
son como prematuras agonías;
tus suspiros son hálitos de flores
que mueren antes de contar los días...
Con tu aureola de místicos engaños,
pareces una mártir dolorida,
que ha apurado en un sorbo de veinte años
todas las amarguras de la vida.
¡Ah! ¿qué ojos no verán sobre tus ojos
la visión de un amado? ¿Y es porque amas
por lo que vas quedándote en despojos
y arrojando las flores de tus ramas?
Novia eres ya. Por eso te entristece
del bien amado la fatal ausencia;
pero allá, lejos, tu recuerdo crece
como una ola de angustia en su conciencia.
Goza y sufre en la aurora del pecado;
¡que tu alma es, cuando sueña en la caricia,
el cristal de un candor atravesado
por el rayo de luz de una malicia!...

. . . .

¡Silencio! Es ella...
...Mas ¿por qué es su duelo
¿por qué es la exaltación de su anatema,
cuando el amor es como el sol del cielo
que nos alumbra, pero no nos quema?
No era por el ausente. Ella sufría
porque el anciano labrador no era
gustoso de ese afán.
¡Oh, buen anciano!
¿Olvidas que en el alma hay primavera?

No te opongas en vano
á esa pasión: porque tal vez un día,
cuando tu hija en sus hijos floreciera,
la estufa de un volcán calentaría
tu senectud de helada cordillera!

. . . .

Con vacilante paso, estremecida
por una extraña turbación, apenas
sentía circular entre sus venas
lánguidos soplos de expirante vida;
y como una sonámbula, que extraña
y misteriosa fuerza impulsa y mueve,
era una Ofelia de pasión huraña
que cruzaba riendo la montaña
con las risas del sol sobre la nieve...
¿Por qué reía?...
¡Hay en la risa tanto
de misterio y pavor, que el alma helada
que se puede reir de todo un llanto
se horroriza con una carcajada!
¿Por qué reía?...
Espíritu agitado
con todos los pecados del delirio,
con todos los delirios del pecado,
chisporroteaba como un triste cirio
en los altares de su bien amado.
¿Pecado? No. La luz no está prohibida...
Cuando soplan las ráfagas sin brida,
¿cómo su polen negarán las palmas?
¡Las leyes que son almas de la vida
rigen sobre la vida de las almas!

. . . .

¡Salve á ti! Tú despiertas los perfumes
dormidos en las cándidas corolas,
y los juntas, compendias y resumes
en la luz de tus pálidas aureolas;
y perfumada así, nítida y pura,
eres sacerdotisa del santuario
de la selva en que impera tu hermosura,
como impera en el ara el incensario.
A ti acuden las aves doloridas,
implorando piedad; á ti las fieras
corren á restregarse sus heridas,
como si el hada de los bosques fueras.
A ti hasta el rayo de cargadas nubes
acude respetuoso, y se te humilla...
¡Y, cuando á veces por la cuesta subes,
parece que hasta el monte se arrodilla!
El claro sol, que se sonríe al fondo
de las trémulas aguas cristalinas,
cuando asoma pletórico y redondo,
abriendo de la noche las cortinas,
va subiendo y subiendo solamente
con el ansia de verte desde lo alto,

abrasarte en su ardor, besar tu frente,
robarte al cielo y escapar de un salto...
Todo te ama, y de todo amarte dejas...
¿No ves que el bosque, en ansias infinitas
se queja de dolor cuando te quejas
y palpita de amor cuando palpitas?

¿No sientes que la brisa cuando sopla,
murmura dulce amor á tus oídos,
con las escalas de esa inmensa copla
que los pájaros cantan en sus nidos?

¿No oyes que el río que flagela el monte
canta amor en su triunfo soberano,
llevando de horizonte en horizonte
el pregón de tu gloria hasta el oceano?

¡Oh, reina flor de la montaña entera,
goza la dicha de esta vida extraña!...
¡Cuánta reina infeliz cambiar quisiera
su mejor capital por tu montaña!...

V.

De tránsito.

En tanto que del fraile recibía
paternal bendición el rudo anciano,
el indio vió de pronto... ¿Qué vería
que el haz de flechas retembló en su mano?
Una mujer. ¡Cuán blanca! parecía
una dulce visión, un sueño vano...
La vió llegar, con asustados ojos.
¿Qué idea, como el cóndor por el cielo,
por su mente cruzó? Bloque de hielo,
ocultando impasible sus antojos
pareció inmóvil un instante. Acaso
percibir creyó el brote de las flores,
que despertaba esa mujer al paso
en este inmenso valle de dolores...
¿Qué soñó? ¿Qué sintió? ¿Quién sabe el mudo
pensamiento veloz de la sorpresa,
cuando se esfuerza por romper el nudo
que la voz ata en la garganta opresa?
¡Recordó acaso del pasado incierto
un inefable amor que hubo sentido,
sin saber hacia quién, un amor muerto,
muerto antes de nacer, amor dormido,
que ante aquella mujer... saltó despierto!
¡Sí! Por las noches, cuando tenue luna
besa las dulces aguas de los lagos,
amortajando la montaña bruna
cual monstruo enorme de contornos vagos:
cuando el bosque tranquilo se estremece.

con el viento que zumba adormecido,
y es cada árbol la lira en que se mece
—por cada nota—un silencioso nido;
el indio—Adán cansado
de los viejos amores de sus Evas—
soñaba en la apoteosis del pecado,
como un encantamiento realizado
con nuevas ansias de ternuras nuevas...

Y una mujer surgía vagamente,
esfumándose en nieblas indecisas,
con una estrella en la preclara frente
como un beso nimbado de sonrisas;
y él, fatigado cazador, tendido
sobre el mismo carcaj, entre la estrecha
cueva de su dolor, era un latido,
un ansia, un corazón adolorido,
clavado á un árbol por vibrante flecha.
Inenarrable afán, hora tras hora,
consumió de su espíritu el reposo:
el indio varonil á cada aurora
despertaba más triste y caviloso.
¿Dónde poner la vista que no vea
la imagen misma? El corazón opreso
saltaba como un leño en la marea;
y como en las palabras cada idea,
en mil suspiros se envolvía un beso...
Suspiraba el espíritu; y entera
la prisión corporal se estremecía,
como jaula que el puma sacudiera,
por devorar la presa que veía
provocándolo acaso desde afuera.
¡Y pensar que ella misma, la que en vano
por las selvas buscó, de pronto ahora
surgía ante su vista en cuerpo humano,
bella como la Eva encantadora
que redimió el espíritu cristiano!
La vió llegar, con asustados ojos:
estupefacto un punto contemplóla;
y sintió en su mejilla los sonrojos
que rompieron en sangre cual la ola
que echa á playa los últimos despojos.
Ensayando una atlética apostura,
en su carcax de flechas apoyado,
cera como una clásica figura:
¡el Satán de las selvas asombrado
de encontrar en su infierno un alma pura!

Aquella tarde, en tanto
que el viejo labrador y el fraile austero
platicaban, la tímida doncella,
á la puerta, gozaba del encanto
con que el rojizo resplandor postrero
deja caer estrella tras estrella
como gotas de llanto...

El indio al par se hundía en el alarde
penúltimo del sol, que en su derroche
envolvía los restos de la tarde
en el crespón de la enlutada noche...
Y entonces fué la escena
de extraño simbolismo.
La tarde el bosque de vapor se llena
y su boca de espanto abre el abismo...
Decoración: el cielo arrebolado;
el sol que muere en el confín distante;
el torrente, á los pies, precipitado;
y un picacho que se alza ensangrentado
por los besos del sol, allá, delante.
—¿Ves?—dijo el indio; y señalando al frente,
quedó un instante, pensativo y mudo.
Sobre el picacho aquel resplandeciente,
se erguía un buitre, en actitud de enojo,
como blasón de señorial escudo,
encendido de sol, teñido en rojo.

—¿Ves?—repitióle el indio á la doncella,
fija del sol en la postrera lumbre.
—¡Tú eres!—le dijo; y le enseñó una estrella.
—¡Yo soy!—le dijo; y le mostró la cumbre.

Erguido en el picacho, el buitre fiero;
coronado por él, era el picacho
un gigantesco casco de guerrero
con su águila imperial como penacho.

Súbito el cóndor vuela.
El indio alista
su arco, empuña una flecha y se prepara:
fija en el cóndor, con segura vista,
la flecha sobre el acto; y la dispara...

Silba rauda la flecha.
El cóndor grita;
se retuerce febril; resbala herido
entre los nubarrones sempiternos;
y desenvuelve la espiral descrita
por un alma que rueda en los infiernos...
¡Así cayó Luzbel!
Nunca es más bella
la caída de un rey.
Tal en la noche
cruza las sombras desprendida estrella...

Breves momentos, la cabeza airada
y las alas abiertas, hace en vano
de sus esfuerzos el postrer derroche,
retando la actitud con la mirada.

Tal se debate un corazón humano
con una flecha del amor clavada.

Tal la tronchada hélice que flota
rápida gira hasta perder el tino.

¡El cóndor bate en la actitud remota
sus grandes alas, como el aspa rota
que sacude en los aires un molino!

Náufrago de los aires, se agiganta
para sobrenadar; mueve sus remos;
rumbo pone á un crestón que se levanta
cerca, muy cerca; apura los extremos
del vigor que á los músculos se aferra;
mas la muerte se aferra á la garganta.

Si también en los aires el abismo
rechaza los cadáveres que encierra,
ahogado el cóndor náufrago, en sí mismo
el peso tiene que lo arroja á tierra.
Cual resignado el cóndor á su suerte,
descuelga la cabeza, abre las alas,
que fingen ser como funéreas galas
las velas de la barca de la Muerte...

Tras la brega tenaz, justo es que ceda:
es entonces el cóndor una barca,
que, con las velas hacia lo alto, rueda
despavorida entre la inmensa charca...
Llega á tierra por fin...
El abanico
de sus rendidas alas de combate
sacude al pie del cazador; se abate;
tira atrás la cabeza; y abre el pico...

El cazador arráncale las plumas:
le servirán en otra flecha acaso
que, hasta alcanzar las altitudes sumas,
para herir á otro condor, se abre paso
como un tajo de sol entre las brumas.
La aguda flecha que vibró en el arco
y que clavada está — firme y derecha —
parece un mástil sobre un roto barco;
y el cóndor revolcándose en su charco,
nudo de plumas que ensartó una flecha.

En la noche, la virgen temblorosa,
después de recordar la escena extraña
entre el cóndor, la flecha venenosa
y el indio cazador de la montaña,
siéntese dominada de terrores;
y en tanto que al redor todo reposa,
ella duerme soñando en los amores
de un vampiro con una mariposa...

Al primer resplandor de la mañana
que su collar de aljófares desgrana,
vuelve á anudar el varonil salvaje,
tras las huellas del fraile peregrino,
su brevemente interrumpido viaje.

Levantada á los cielos la cabeza,
el indio soñador hace el camino
ensanchando sus ansias de grandeza;

porque al pensar en aquel rostro bello,
yergue la faz con dominante sello
y osado plan en sus deseos traza,
enlazando un amor entre su mente
que dos amores en sí mismo enlaza,
como dos razas que juntara un puente
por sobre el río de una nueva raza.

Y allá va, tras el fraile...
En una arruga
de las montuosas faldas desparece...
La sombra en tanto por los cielos fuga,
el sol se asoma y la mañana crece.
Y entre los pliegues de esas mismas faldas
la cumbre circunfleja,
donde el cóndor estuvo, alza su ceja,
clavada ahí como cortante quilla
y á la manera de un titán de espaldas
que ha doblado hasta el cielo una rodilla...

PARTE SEGUNDA

I.

La oración de las selvas.

No en vano el Dios de los hebreos quiso
prodigar su beatífica ternura
y enriqueció á su humilde criatura
con la felicidad de un Paraíso;
porque no de otra suerte la Natura
vibra en las almas el alegre lampo
de inenarrable amor, de honda ventura,
que sólo da la plenitud del campo.

¡Oh bosque primitivo en cuyas venas
la misma savia del Edén circula!
¡oh selva despeinada, que á los vientos
sacude sus fantásticas melenas,
mientras un río estrepitoso ondula
como un collar de risas y lamentos!...

La noche en la espesura del boscaje
se guarece á dormir, como una fiera
que huye del cazador que la vigila;
y, por entre el misterio del follaje,
se asoma de su obscura madriguera
y abre en cada lucero una pupila...

La selva duerme en oración, á modo
del fervoroso monje que en su lecho,
inclina, arrodillado, la cabeza;
y al balbucear una oración por todo,
se duerme con los brazos sobre el pecho;
y, soñando rezar, dormido reza...

¡Oh selva en oración! Le habla la noche
desde el sonoro púlpito de un trueno;
y la selva abre su fragante broche
como una madre que se abriese el seno.

Su voz espanto da, cual si estuviese
enferma de huracán. En su horizonte
el nudo de las sombras se desata;
y un río de furor pone su ese
entre la lobreguez que lo recata,
á modo de la rúbrica de un monte
que abre una fina cicatriz de plata...

Flébil rayo de luna tamizado
lame las hojas de vibrantes filos;
enróscase en el nervio de las ramas;
y en la red del follaje enmarañado
va, con la plata de sus blancos hilos,
bordando los más bellos monogramas.

La nikelada luna se refleja
en minúsculos discos sobre el suelo,
cuando el follaje traspasar la deja;
y deshoja su beso de ternura
sobre la faz de la montaña en duelo,
como una flor sobre una sepultura...

Fulgen súbitamente en la espesura
voladoras luciérnagas, que al vuelo
tarjan de rayos la extensión obscura;
y, bajo el blanco y desceñido velo
de la luna nupcial, son los fulgores
de las más vivas fiestas de diamante,
los fuegos fatuos de las muertas flores
y los insomnios de la luz errante...

El espeso follaje, suspendido
á la manera de un inmenso nido
que pendiese volcado, urde misterios,
teje penumbras, desvanece lampos,
y pulsa apocalípticos salterios
cual si fuese la orquesta de los campos.

Ya es fluvial cabellera, que en torrente
cae en nudosas y erizadas greñas,
sobre una roca cual sobre una frente;
ya es ola de pujante marejada,
que ciñe troncos y circunda peñas,
entre el furor de su espumoso encaje,
como una tempestad eternizada
en la gráfica copia de un follaje;
ya es flotante y rasgada vestidura,
con que el capricho del pudor á veces
cubre la desnudez de la Natura
que suma las más bellas desnudeces;
ya es harapo de sórdido mendigo;
ya es túnica bordada; ya es bandera

en que se envuelve al viento su enemigo,
como un salvaje en una piel de fiera;
ya es teatral laberinto, que en escalas
de ficción, miente fugitivo acceso
á la altitud de las etéreas salas
sin requerir al golpe de las alas,
cual se alcanza un amor sin dar un beso;
ya es barba de titán, que cae suelta
como una rica primavera en brote,
á modo de una pompa desenvuelta
sobre la majestad de un sacerdote;
y, en las más varias formas, sin que haya
para tan bravo mar estrecha playa,
se van atropellando los follajes,
con el hervor de espumas con que rueda
un laberinto de fastuosos trajes
en una danza de frufrús de seda:
suspensa, así, la lóbrega espesura
en contracción de nervios se levanta;
y meciéndose al viento que murmura,
cubre el azul de la extensión remota,
como una pesadilla que se espanta
ó como una catástrofe que flota...

Allá, un árbol, que se alza retorcido,
hace un gran gesto de dolor, y luego
tiende al Azul los brazos suplicantes
allá, un árbol, abierto como un nido,
que prepara la copa al dulce riego,
salpica su melena con diamantes;
un tronco, más allá, busca el regazo
del musgo, y á los tardos peregrinos
piadoso ofrece improvisado asiento;
acá, un arbusto endeble, como el brazo
de un esqueleto, con sus dedos finos
brinda una flor que se deshace al viento;
más acá, un laberinto de zarzales
punza los pies de un árbol corpulento,
que se alza como un genio de locura
y cambina las equis colosales
de un molino girando en la espesura;
aquí como ganosos combatientes,
se enroscan dos ramajes á manera
que se envuelven y anudan dos serpientes;
ahí, una formidable enredadera
estrangula un arbusto entre sus lazos,
y salta á un árbol, y en veloz carrera
va de un árbol en otro, cual si fuera
una mujer que repartiese abrazos:
es un revuelto campo de batalla
en que ruedan los bravos lidiadores,
mientras bélico ardor ruge y estalla,
sacude frutos y deshoja flores;
y entre la confusión de anchas encinas,
vetustos cedros, robles milenarios
y álamos erizados como espinas,

finge la sombra de una iglesia en ruínas
con los más caprichosos campanarios...

Un charco entre el negror de la espesura
como broncínea lámina chispea,
desplegando en un gesto de locura
una arruga de luz que serpentea;
y alrededor de palpitante rayo,
que la perlada luna desvanece
en el temblor de su fugaz desmayo,
tejen su danza insectos voladores,
ebrios con el licor que les ofrece
la copa rebosante de las flores.

Sobre el runrún destácase el chirrido
del élitro que gime: entre el murmullo
de la enjambrada turba, que en su vuelo
desata una espiral, vibra el quejido
de la fiera sonámbula, el arrullo
con que rezonga el pájaro en desvelo,
el gluglú de las aguas en rebote
sobre las asperezas, el ronquido
del reptil mientras duerme, el desconcierto
de voces locas, el sedoso frote
de hojas que pasan en un libro abierto,
¡hasta el quejido de la flor en brote
sobre el viento locuaz que habla en desierto!

Improviso clamor llena la anchura
y sorprende la paz. Antes que vuelva
el Sol audaz á conquistar la altura,
el viento bramador luce sus galas,
cual fiera que sus miembros desentume.
Siempre en la noche abanicó la selva;
y, aprovechando el golpe de sus alas,
le escamoteó tesoros de perfumes.

La selva es una flor que, voluptuosa,
en entregarse al viento se recrea;
y el viento es una enorme mariposa,
que en torno de esa flor revolotea
y sobre el cáliz de esa flor se posa.

Prófugo el viento corre, y atropella
cuanto alcanza en su fuga: se diría
que huye espantado de su propia huella;
y con desapacibles alaridos
se confiesa, como alma en agonía,
ladrón de aromas, salteador de nidos...

Las flores abren sus sedientas bocas;
las ramas tiemblan de dolor y frío,
las raíces penetran en las rocas
y se retuercen con angustia; el río
salta como un relámpago inseguro,
que va poniendo pinceladas locas
en el más rembrandesco claroobscuro

Lejos aúlla dolorida fiera,
cuya trémula voz desgarra el viento,
como fino puñal y á la manera
de un alerta de espanto que corriera
sobre la muda paz de un campamento...
¡Voz de amenaza y de dolor! ¡Bramido
que se apíla en el ay de una amargura!
¡Espíritu del bosque hecho sonido!
¡Grito del corazón hecho espesura!

Cerca destapa su joyal de notas
lírico ruiseñor, que en su garganta
atesora quimérica fortuna;
como arroyo que salpica gotas,
desata trinos y saltando canta
serenatas de amor para la luna...

Desvanecida y temerosa llueve
la luna, desde lo alto, su tranquila
luz de inocencia como flor de nieve;
en el azul obscuro las estrellas
cierran y abren nerviosas la pupila,
con timidez de púdicas doncellas;
y á través del follaje más tupido,
los astros, que salpican las montañas,
fingen moscas de plata que han caído
en una tela de monstruosa araña!

La luna cubre la montaña entera
con su beso de mármol: es la ürna
que la ceniza funeral espera
del planeta caduco; y se diría
que es ancha copa en que la paz nocturna
mezcla las heces del difunto Día...

La pierrotesca faz del astro muerto
hace un gesto de amor. La selva huraña
se estremece al oir el beso frío,
que cae como nieve en el desierto
y se deshace en un raudal que baña
de azulado pavón follaje y río.

Parece que la Tierra ensimismada,
bajo la siempre hipnótica mirada,
en que la luna pálida acrisola
sus anemias de luz, sueña en la nada
y reza á Dios porque se siente sola;
y es que si una catástrofe en sus brazos
la envuelve un día como inmensa ola,
tal vez, por una irónica fortuna,
condenada esté á dar con sus pedazos
satélites humildes á la luna!...

II.

Amor de fiera.

¡Qué raro sueño fué! La virgen pura
soñó que, en medio de la selva obscura,
hórrida fiera le detuvo el paso
y le dijo su amor: ¡sería acaso
el Mal perseguidor de la Hermosura!

Era la tarde. El soplo de la brisa
ensayaba un rumor en los follajes,
desatando las perlas de su risa
entre las copas de cristal sonoro,
con que, sobre los húmedos paisajes,
brindan las fuentes al danzar en coro.

Cada árbol dominante, al brusco choque
del sol que huía, se casqueaba de oro;
y entre la obscura red de la maleza,
quedaba prisionero el postrer toque
de vacilante luz, como se alcanza
á vér en la más lóbrega tristeza
la chispa de una última esperanza...

Como bostezos de huracán, las iras
resoplaban la selva; y en las ramas
se improvisaban resonantes liras.
Ceñido el sol de púrpura y topacio
consumía las nubes en sus flamas;
y la tarde al fugar por el espacio
iba desenvolviendo panoramas...

Entonces fué: la virgen soñadora,
que en su avarienta falda recogida
flores atesoraba, sorprendida
por el puma se vió. Tal una aurora
halla, á su paso anunciador de vida,
súbito nubarrón que la desdora.

¿Cómo pintar la pávida sorpresa
de la tímida virgen? Los claveles
de su rostro se helaron; y la fresa
de su boca se abrió... para dar mieles;
en sus locuaces ojos puso el miedo
un delirio de sol; y de su falda
cayeron flores al soltar el ruedo,
cual si se destejiera una guirnalda...

¿Cómo pintar la sórdida alegría
de la bestia feroz? Su gesto era
el que da al rostro el alma placentera:
lamióse presurosa; se sentía
feliz; meneó la desenvuelta cola;
y echóse luego ante la virgen sola,
formando un grupo que el muriente día
envolvió en las sonrisas de una aureola..

El puma que en dibujos y colores
era un mapa en su piel, en su fortuna
lecho florido hallaba. Ella era una
Primavera de carne echando flores...

La fiera habló.
La miel que las abejas
roban de los vergeles no es más pura...
Aquella voz temblando de ternura
prorrumpió así con tonos doloridos:
—¡Quiero vaciar la copa de mis quejas
entre la compasión de tus oídos!

Y ella escuchóle.
—Ahonda la conciencia...
No busques la nobleza en el origen;
búscala en el final de la existencia.
¡Cuántos, que enlazan á tu sien la rosa
con el laurel, tu corazón afligen!
Ve; la piel de una fiera es siempre hermosa
y no hay más falsa piel que la apariencia...
Prestidigitadores
tus ojos son, que escamotean almas;
y si mereces las triunfantes palmas
de la erótica fiebre en el exceso,
sabe que en la gramática de amores
te nombra el canto y te adjetiva el beso.
Que, ¿te ofende mi amor? La ruda escarpa
florida puede ser. Yo en mis dolores
sueño que, á las caricias de mi zarpa,
toda tu carne se me vuelve flores...
Y tu pupila no es, ni tu sonrisa
de mentiroso azúcar, ni el cabello
en que te juega voluptuosa brisa,
ni tu alta sien de fulgurante sello,
lo que las ansias de mi amor inquieta.
Lo que yo amo es el Sol, no es un destello;
no es algo tuyo, sino tú completa.—

Y la virgen, oyéndola, una mano
abandonó á la fiera enamorada,
que lamiendo y lamiendo, ya que en vano
la quiso hipnotizar con la mirada,
hízola sacudir la pesadilla,
cuanto vió con asombro y maravilla
que tenía la mano ensangrentada...
Saltó... Púsose en pie... Rompiendo el broche
los astros en las sombras más obscuras,
allá, en las telescópicas alturas,
eran como argentífero derroche...
Ella abrió la ventana; y la cabeza
hundió, con domadora gentileza,
en la boca de lobo de la noche...
Allá, á lo lejos, la montaña bruna;
y más allá, la abrupta cordillera...
Y en tanto que á la vez y por doquiera

comulgaba la sombra hostia de luna,
la virgen miró el cielo... y lanzó un grito,
al ver multiplicados,—tal como era
el derroche estelar en lo infinito,—
los fosfóricos ojos de la fiera...
Después...
Volvió á su lecho; y en su lecho
esa su cabellera enmarañada
era un nido de pájaros, deshecho
sobre el copo de nieve de su almohada.

III

¡Al bosque!

¡Y el sueño era verdad!
Aquel salvaje,
que tras el fraile un día
abandonó las sombras del boscaje
y á la ciudad, con ansias de progreso,
fué á rendir su indomable bizarría,
sólo era un alma alrededor de un beso...
Cuando cubrió su desnudez, y pudo
clavar los ojos con visible espanto
en tanta falsedad y en horror tanto
quiso el traje rasgar y huir desnudo.
La civilización es sólo el manto,
el antifaz, el mentiroso traje;
y así tuvo que ser el desencanto
que sintió el corazón de ese salvaje.
¡Ah! ¿Para qué con torcedora mano
penetrar en la lóbrega conciencia
de nuestra sociedad, y abrir en vano
sus puertas á la luz?
Torpe apariencia
hace soñar ideales y derechos;
y si llega un salvaje en su aventura
sólo halla moldes al amor estrechos
y ve que, aunque alardeemos de ternura,
las rocas son más blandas que los pechos...
¡Ay del indio infeliz!
La desventura
halla un símbolo en él...
Hogar sombrío
tenía, en funeral abatimiento,
como guardián el quejumbroso río
y como solo habitador el viento:
desvencijadas puertas, que el gusano
á grandes vetas horadado había;
ventanas cuya hoja el aire vano,
con seco golpe, sin cesar batía;
leproso el muro; la heredad vacía;
el techo roto y el hogar cuarteado,
vestidos de flotantes telarañas...

Esa alma era un hogar abandonado
en medio del dolor de las montañas!
Y así cuando el salvaje
supo que aquella virgen tan hermosa
de otro era ya, que, cuando el padre anciano
murió, la virgen se tornó en esposa,
que pensar en su amor era un ultraje,
¡ah! con crispada y temblorosa mano,
cual se arranca un disfraz, se arrancó el traje.

Huyó de la ciudad cual de un delito;
y fué á perderse en la vecina aldea,
en busca de la paz de lo infinito
para las tempestades de su idea...

Mas ¡ay! que al regresar á la cabaña,
lejos de la ciudad y su falsía,
iba á estrellarse en la impresión extraña
de saber que la unión de la doncella
fué bendecida en el altar cristiano
por aquel mismo fraile, que en un día
lo bautizó, le señaló su huella,
le mostró el rumbo del progreso humano
y fué á través de ese dolor su guía...
Ya posible eso fué...
Luego, tranquilo
empezó á razonar.
¡No eran extrañas
esas gentes á él?...
Súbito el hilo
de razones cortó. Raza extranjera,
no la de sus montañas,
dueña y señora de este suelo era...
¿Qué título mayor que el de su brol
para resucitar toda una raza?...
Y después de evocar su bosque umbrío,
contempló con pupilas de amenaza
el suelo; y exclamó:
—¡Tú serás mío!
Inútil fuera recordar la calma
para siempre perdida...
¡Y así sobre el derrumbe de aquella alma
se alzó el penacho de una nueva vida
Si el simbólico hogar del buen coloso
se alza sobre un derrumbe, él en su huida
tras un ideal de redención se lanza...
Otro amor se alzará sobre su encono
y sobre su dolor otra esperanza!
Allá va...
¿Dónde? ¡Al bosque!
Y ya no en vano;
porque en las selvas á su empuje estrechas,
al grito que dará, verá en su mano
todas las tribus como un haz de flechas...
allá va...
Cual un último derroche

de sus angustias, llora; por el suelo
golpea, y anda...
Y anda...
Es como un vuelo...
El sol ya ha roto su sangrienta fragua;
y de sus puños húmedos la noche
exprime estrellas como gotas de agua...
Levanta el indio la arrugada frente,
y las estrellas ve... ¡Sobre su duelo,
la noche se estendió piadosamente
como el paño de lágrimas del cielo!

IV

Tempestad

En cada nube hay un arcón flotante
que atesora mil joyas de oro y plata,
lluvias de perlas, chispas de diamante:
el Genio de la luz de pie sobre ella,
collares de relámpagos desata
ensartados en lágrimas de estrella.
¡Oh, qué tesoro el del arcón flotante!
Cuando el arcón se vuelca, y de su seno
las mil joyas derrama en el vacío,
la pedrería entre el metal sonoro
rompe á rodar en el fragor de un trueno.
De tiempo en tiempo, con sanguíneos toques
los rayos — guardadores del tesoro —
sacuden sus finísimos estoques,
que tiemblan en las sombras gigantescas
como tenazas de una araña de oro..
Cada rayo parece que trazase
jeroglíficos, firmas y arabescos,
sílabas sueltas de una misma frase...
¡Oh qué arpa prodigiosa
la de la Tempestad! Más no sería
el arpa con que el Rey cantara un día
su cantar de cantares á la Esposa.
Entre los tempestuosos paroxismos,
el ágil rayo, que al vibrar rebota,
se contrae veloz, lanza una nota,
estalla... y se retuerce en los abismos,
como una cuerda que saltara rota.
Esta noche es así.
Palpita el rayo.
Quiebra la tempestad sus luminosas
diademas en la cumbre; y de soslayo,
hace vibrar, con pulsación extraña,
al tacto de sus manos temblorosas
el arpa colosal de la montaña...
Dominante en su púlpito de sombra,
el Huracán predica el exterminio

en alta voz para que Dios lo escuche.
Silba la sierpe en la mullida alfombra;
finge el bosque fantástico domínio
de sueños y de trasgos;
el monte se abre en dos... como un estuche
en minas de oro y plata;
rompe el meteoro sus nerviosos rasgos;
trota el río en enorme cabalgata...
¡Oh qué dantesco horror!
Y ahí extraviados
testigos son de la inflamada noche
dos ojos en dos ojos reflejados!
¿qué importa el fiero y trágico derroche
para el que sueña de ilusiones beodo?
Canta gloria el amor, vibra sus palmas,
y sueña, y goza, indiferente á todo,
en el mutuo egoísmo se dos almas!...
Domador sin desmayo
de cada nube en los obscuros senos,
hace chispear la férula del rayo
por sobre la jauría de los truenos;
y á lo largo de toda esa montaña,
los nubarrones cual visión extraña
se van fijando sobre cada cumbre,
cual si fuesen las tiendas de campaña
de una conquistadora muchedumbre...
La cumbre—atrás—se dobla á la manera
que se dobla la espalda
de un sembrador del campo.
Se dijera
que sobre ella una nube es vaga sombra
de Ofelia, recogiéndose la falda
y recorriendo la campestre alfombra,
para cortar sus flores: tal desata
la nube su dolor; y en triste lloro
arroja, entre el afán que la arrebata
relámpagos cual pétalos de plata
y haces de rayos como espinas de oro...
Húmeda, lacrimosa y plañidera
sopla una racha.
En tanto
ruge el trueno con voz de madriguera;
y se anuncia en la atmósfera de espanto
tras del viento la lluvia, á la manera
que tras de los suspiros viene el llanto.
Llueve... Llueve... ¡Diluvia!
Un rayo, lejos,
ha incendiado la selva: se ilumina
el horizonte en cárdenos reflejos.
¿Quién, presa del horror, no se imagina
el elocuente cuadro?
Arden las ramas,
á manera de brazos retorcidos
con desesperación; las rojas flamas
desanudan sus bailes de serpientes,

entre los abanicos sacudidos
del viento labrador; chocan los dientes
del tembloroso pánico...
Diluvia.
Diluvia siempre más; y los torrentes
robustecen su vena con la lluvia...
Hasta que, al fin, la cumbre dominante
estremecióse; y el hogar, que un día
sobre un derrumbe levantó el trabajo,
al golpe del alud crujió un instante,
arrancóse de cuajo,
tal como un corazón se arrancaría,
y fué entre el polvo á sepultarse abajo.
Cuando una nueva tempestad retumbe,
ya en el plácido hogar del buen colono
desatar no podrá su ciego encono:
sólo quedan cimientos escombrados;
y ¡ay! quien abriese el fondo del derrumbe,
hallaría dos cuerpos enlazados...
¡Ah! con qué espanto contempló el salvaje
el derrumbe mortuorio, á la manera
que se mira en la gloria de un paisaje
aparecer de súbito una fiera...
¿Qué pensó? ¿Qué sintió?
Cual sombra extraña
desató rapidísima carrera,
por entre el espesor de la montaña...
Halla de pronto al fraile misionero,
que alzándose en mitad de su sendero
como una aparición, dícele el nombre
que le diera su fé.—¡Juan Santos! clama.
Y el indio respondió... No era voz de hombre
sino la de una fiera cuando brama...
—¡Juan Santos ya no soy! ¡Soy Aprú-Inca!—
Y echándosele al cuello
lo arroja á tierra: el fraile que se hinca,
pone en sus ojos celestial destello;
pero el indio le grita que él ha sido
quien lo arrancó del bosque, quien lo ha hecho
abandonar por la ciudad su nido,
quien con un falso amor rasgó su pecho,
quien se ha gozado en verlo escarnecido,
quien á su raza arrebató el derecho...
Y la sangre hizo un charco en el boscajo;
y, sobre su cristal sin transparencia,
reprodujo la faz de aquel salvaje
como si hubiese sido una conciencia...
Juan Santos Atahualpa lanzó el grito
de rebelión: crujieron las cabañas...
¡Su voz, repercutiendo en lo infinito,
era la libertad de las montañas!
Aquello fué el derrumbe portentoso
de una sobre otra raza... Hecho un coloso,
él, Aprú-Inca, que en el campo abierto
se rubricó de heroicas cicatrices,

supo en la lucha desplomarse muerto
como un árbol hachado en las raíces...
Mas cumplió su ambición, y murió ufano;
que en las montañas á su empujs estrechas,
pudo, antes de morir, ver en su mano
todas las tribus como un haz de flechas...

V.

Cuadro final

Hacinamiento de musgosas ruinas,
el derrumbe es el túmulo sagrado
que oculta las reliquias de un pasado:
es la cresta en que imperan las espinas,
como en la sien del Dios crucificado.
¡Ah! no profane la errabunda planta
la cresta del derrumbe, que sombrío
como un gran mausoleo se levanta,
á la boca del antro y ante el río,
que danza, gira, palmotea y canta...
¡No profanado sea!...
Pero es vano
respetuoso dolor pedirle al mundo:
en el torrente del amor humano,
ese río que canta ejemplo toma.
¡Tras el último adiós de un moribundo
hay un infante que á la vida asoma!
¡Y es preciso vivir! Sobre el pasado
irradia al fin el porvenir obscuro;
que en este viaje eterno hacia el futuro,
el presente es tan rápido, que apenas
tiempo da al corazón despedazado
de verter una lágrima en sus penas...
Debajo así del túmulo sombrío
palpitan nuevos gérmenes. No en vano
alegre canta y palmotea el río:
el agua que hoy es río será oceano,
y otra vez nube, y otra vez rocío...
Bajo esos muros escombrados duermen
epopeyas de amor en cada germen;
y á través del derrumbe, pronto acaso
la fuerza vegetal robustecida,
como un Lázaro eterno, se abra paso
en medio del milagro de la vida.
Tal como en el derrumbe, su camino
en triunfo seguirán las razas fuertes,
sin demorar su marcha, aunque el Destino
vibre temores y amenace muertes...
¡Y ha de imponerse sin cobardes quejas,
arrollando temores y amenazas,
sobre el derrumbe de las cosas viejas
la primavera de las nuevas razas!...

EL ALMA DEL PAYADOR (1)

I

Canto de payador, límpido canto,
que como un manantial salta entre rocas
afiladas con hórrido quebranto,
que se escurre en cascadas de harmonía,
que cual puñado de serpientes locas
se anuda y desanúdase á porfía,
que al fin como en un lánguido reposo
se aquieta blandamente en la llanura
y retratando un cielo tembloroso
duérmese entre un estuche de verdura,
á él va mugidora la vacada
y le empañan las lindas con su aliento;
á él vuela, al través de la cañada,
el chajá que ha venido sobre el viento
desde el rancho en que está la enamorada;
á él acuden garzas y palomas,
que hasta el juncal, en resonante orgía,
traen bajo sus alas los aromas
de la Pampa que cruzan en el día;
á él da el trébol sus olientes flores,
su inútil gala el pajonal, su sombra
la fugitiva nube, sus rumores
la llanura más blanda que una alfombra...
Sólo que, á veces, ¡ay! corcel salvaje
llega al lago en carrera desatada:
destroza el pajonal: turba el paisaje:
atropella en su escape la vacada;
y entra en el lago que al copiar el cielo
como ondulante lámina chispea,
rasga ese lago cual rasgase un velo
y en las rasgadas linfas chapotea...
¿Qué es el dolor aciago
sino un corcel indómito y bravío,
que chapotea en el cristal de un lago?
¡Ay! á veces también, soplo violento
pone en las aguas el temblor de un frío...
Se encrespa el lago y se retuerce el viento..
Es como una protesta gemidora
lo que se oye sonar. A caso fíe
al lago el viento el mal que lo devora;
que el lago es un poeta que sonríe
y el viento es un filósofo que llora...

(1) Hemos creído bien insertar esta composición suelta, que no se halla en las ediciones anteriores de las obras del esclarecido poeta, seguros de hacer cosa grata á los amantes de la musa americana. LOS EDITORES.

II

Tal la morocha alegre, en cuyos ojos
hacinó el cielo las mejores luces,
dió una sonrisa de sus labios rojos
al joven payador, que en su quebranto
se dejaba caer como de bruces
en la rendida imploración de un canto
Sonrió... Mas ¿qué vale una sonrisa
en labios de mujer? Lo que una ola
desenvuelta debajo de una brisa...
Tras de aquella sonrisa, vino luego
una más y otra más: no estuvo sola,
no fué la gota de agua sino el riego:
pero bajo de todas las dulzuras
de esas sonrisas plácidas, no había
ni pasiones, ni ensueños, ni ternuras.
Bajo de un haz de flores en el llano,
flores de engañadora poesía
que el Sol envuelve en palpitantes besos,
suele encontrar la escarbadora mano
un montón sólo de pelados huesos...
¡Mísero payador! ¿Cómo podía
ambicionar el corazón en vano
de quien hija nació de un estanciero?
Sin otro amor que el de la luz del día
sin otra paz que la del mudo llano,
sin otro bien que su bridón ligero,
el errabundo payador vivía
aquí y allá, con la guitarra apenas
y con la resonante poesía
en que volcaba el corazón sus penas.
Su rancho era el ombú. ¡Oh árbol de frente
altiva y soñadora! ¡Arbol bendito,
que se alza en la llanura de repente
cual de repente en el silencio un grito
Arbol á la manera de la palma,
que resiste las fuerzas iracundas
del vendaval con desdeñosa calma:
no en vano sus raíces son profundas
como las del dolor dentro del alma.
El estanciero pródigo, aquel día
al vagabundo le brindó su amparo
y hasta albergue le dió, porque él quería
que su hija se gozase oyendo al raro
cantor de la más fresca poesía.
Aquella noche, el payador vibrante
su guitarra acaricia: así delante
de la gentil morocha, haciendo gala
de su numen florido y rozagante,
llena las horas en la alegre sala.
Ella siempre sonríe; él con su mano
nerviosa lanza al aire, como flores
deshojadas, las notas.

El anciano
estanciero recuerda aquel lejano
tiempo de sus eglógicos amores...
¡Cuál se alegra el anciano! Las pupilas
le bailan: muestra las mermadas filas
de sus dientes envueltos en la fuga
de una sonrisa: y sueña... Hasta parece
que hay un surco de luz en cada arruga...
La barba tiembla... El rostro resplandece...
Y la sonrisa que la joven dama
le regala al cantor, es como el eco
del amor que en el canto se derrama:
suena ese corazón, pero está hueco.
También el caracol finge rumores
de olas de mar: y el loco desvarío
¡ay! cree amores lo que no es amores,
sino murmullo en caracol vacío...
Cuando medió la noche, hubo el anciano
de suspender la improvisada fiesta;
y entre su mano acarició la mano
que pulsase con tanta maestría
el instrumento gemidor.
La honesta
joven, cándidamente, sonreía...

III

En la mañana del siguiente día,
sucedió que una res, á campo abierto,
entre nubes de polvo, se venía
como una exhalación. En su carrera,
de una sola cornada dejó muerto
á un corcel; tumbó á un gaucho; una tranquera
saltó; y á grandes pasos el desierto
midió sin que atajar se le pudiera.
Flexible lazo resonó un instante
sobre sus finas astas, y sujeto
el toro quedó al fin; pero el vibrante
lazo estalló de la nerviosa amarra
con la viril sonoridad de un reto,
cual revienta el bordón de una guitarra...
Y la fiera siguió...
Llegó hasta el mismo
corredor de la estancia. Ahí, callado,
el payador, con su guitarra al lado,
estaba cual si fuese en un abismo.
Un grupo de mujeres animado
charlaba cerca.
El toro de repente
presentóse, vió al grupo y disparado
sobre él con furia arremetió de frente.
¡Qué grito el que sonó! ¡Con qué presteza
mostróse erguido el payador de un salto,
entre el grupo y la res! ¡Con qué fiereza

el toro, rebajando la cabeza,
embistió al hombre y le lanzó por alto!
  Otro lazo vibró.
                    Rindióse el toro,
abandonando al payador maltrecho;
y, entre una gran lamentación en coro,
fué el toro á un poste y el herido á un lecho.
  El payador salvóse. Y el cuidado
con que á la cabecera le asistía
la morocha gentil, fué dando á su alma
y á su cuerpo salud. Enamorado,
entonces más que nunca se sentía;
y, vegetando en tan dichosa calma,
grato le estaba al toro de aquel día...
  ¡Ay! Pero en una vez, en que á los labios
un vaso ella le da, tal vez deseosa
de mitigar los últimos resabios
del irritante ardor, él, con el brillo
de la fiebre en los ojos, ve una cosa
que le deja espantado...
                    ¡Es un anillo!
  (Un anillo de amor vaciado en oro
que el amante feliz puso en el dedo
cual promesa nupcial.)
                    Rápido lloro
asoma á sus pupilas; siente miedo
y cólera y pesar, lo que se siente
cuando se pierde todo; algo de ira
y algo de postración.
                    Y al elocuente
anillo aquel que horrorizado mira,
suma en horas después lo que su oído
escucha.
        Es una plática de amores
en la contigua sala. El novio vino
aquella tarde y trajo del camino
para el seno de la novia un haz de flores.
  Mas ¿qué inmuta así al gaucho?
                    Es que ese acento
es de una lengua extraña...
—¡Un intruso ha de ser!—
                    ¿Qué pensamiento
da al fiero gaucho esa expresión huraña,
con que los ojos gira en su aposento?
  ¡Mísero payador! Como un Apolo
de la Pampa vivió, pero al fin muere
ante el intruso aquel, que así no sólo
le disputa las tierras, sino quiere
también quitarle el corazón...
                    En medio
de aquella noche, el gaucho se incorpora:
piensa que no hay para su amor remedio,
sus puños crispa y en silencio llora.
Súbito, quiere huir.

Entre el reposo
la fiebre le estimula; y deja el lecho.
  Arrastra un pie. Tantea sigiloso.
Y, con la diestra en el herido pecho
y la guitarra en la siniestra, huye
cual si fuese un fantasma.
Al patio llega.
Baja uno, otro escalón; mas no concluye:
ensangrentado vértigo le ciega...
  Y ahí muere, tendido
en una charca de su sangre.
En vano
pulsada por el viento da un sonido
la guitarra cayendo de su mano;
y en vano en el cenit la luna enfoca
los hilos del telégrafo en su estampa,
como guitarra de radiante boca
que el cielo tiende encima de la Pampa

ÍNDICE

AZAHARES

SELVA VIRGEN

POEMAS